

# Crímenes célebres

## Los Borgia

ALEJANDRO DUMAS



Lectulandia

La historia de la familia Borgia es sinónimo de crueldad, corrupción y ambición de poder. Dumas nos presenta a sus principales personajes en su rica y detallada descripción, llena de anécdotas que ilustran sus vidas desde 1492 hasta 1507.

Rodrigo Borgia, que se convirtió en Papa por sus influencias políticas en 1492 con el nombre Alejandro VI; tuvo una vida disipada, con amantes y varios hijos ilegítimos, que representaron un papel importante en su papado.

Su hijo César Borgia, famoso por su belleza y crueldad, es descrito como el reponsable de varias muertes, entre ellas la de su hermano y la de uno de los esposos de su hermana Lucrecia. Pero a la vez, fue un hábil hombre de estado, que estableció alianzas entre sus vecinos y recuperó muchos territorios para los estados pontificios.

Lucrecia Borgia, símbolo de corrupción sexual, con sus relaciones incestuosas con su hermano César, e incluso con su padre. Tuvo varios esposos, algunos de los cuales terminaron asesinados.

Esta novela, que aparece dentro de la colección *Crímenes Célebres*, se ha publicado independiente con mucho éxito.

**Lectulandia**

Alexandre Dumas

**Crímenes Célebres. Los Borgia (1492-  
1507)**

ePub r1.0

Titivillus 17.06.16

Título original: *Les Borgia*  
Alexandre Dumas, 1839  
Traducción: Julieta Carmona Lombardo

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Introducción

El 8 de abril de 1492, en una alcoba del palacio de Careggi, situado aproximadamente a una legua de Florencia, tres hombres rodeaban la cama en la que otro agonizaba.

El primero de ellos, sentado a los pies del lecho de muerte y medio envuelto, para esconder sus lágrimas, en las cortinas de brocado de oro, era Ermolao Barbaro, el autor del *Tratado del Celibato* y de los *Estudios sobre Plinio*, quien estando en Roma el año precedente en calidad de embajador de la República de Florencia, había sido nombrado patriarca de Aquilea por Inocencio VIII.

El segundo, que estaba arrodillado y asía entre las suyas la mano del moribundo, era Angelo Poliziano, el Catulo del siglo xv, espíritu antiguo y florido, cuyos versos latinos hubieran podido competir con los de un poeta de los tiempos de Augusto.

Por último, el tercero, en pie y apoyado en una de las columnas inclinadas de la cabecera, siguiendo con profunda melancolía la evolución del mal en el rostro del moribundo, era el famoso Pico della Mirandola, que a la edad de veinte años hablaba veintidós lenguas y ofrecía responder en cada una de ellas a setecientas preguntas formuladas por los veinte hombres más instruidos del mundo entero, si fuese posible reunirlos en Florencia.

El moribundo era Lorenzo el Magnífico, que padecía desde comienzos del año una fiebre acre y profunda agravada por la gota, enfermedad hereditaria en su familia, y veía que eran inútiles e ineficaces las bebidas de perlas disueltas que le administraba el charlatán Leonio de Spoleto —pretendiendo tal vez que sus remedios fueran proporcionales a las riquezas antes que a las necesidades del enfermo. Había entendido que tenía que renunciar a sus mujeres de cariñosas palabras, a sus poetas de dulces cantos, a sus palacios de ricas colgaduras, y había hecho llamar, para la absolución de sus pecados, que en un hombre no tan bien situado quizá se llamarían crímenes, al dominico Girolamo Savonarola.

Por lo demás, el voluptuoso usurpador esperaba, con ciertos temores internos, que no lograban aplacar las alabanzas de sus amigos, al sombrío y severo predicador cuya palabra conmocionaba Florencia, y sobre cuyo perdón basaba ya toda su esperanza de otro mundo. En efecto, Savonarola era uno de esos hombres de mármol, semejantes a la estatua del comendador, que acuden a las puertas de los voluptuosos en medio de sus fiestas y orgías para decirles que ya es hora de que empiecen a pensar en el cielo. Nacido en Ferrara, donde su familia, una de las más ilustres de Padua, había sido llamada por el marqués Nicolás de Este, fue arrastrado a la edad de veintitrés años por una irresistible vocación; había huido de la casa paterna y había profesado en el claustro de los religiosos dominicos de Florencia. Destinado allí por sus superiores a impartir lecciones de filosofía, el joven novicio había tenido que luchar desde un

principio contra los defectos de un órgano débil y duro, contra una pronunciación defectuosa, y sobre todo contra el abatimiento de sus fuerzas físicas, agotadas por una abstinencia demasiado estricta.

Savonarola se condenó desde entonces a la más absoluta reclusión y desapareció en las profundidades del convento, como si la losa sepulcral le hubiese cubierto en vida. Allí, arrodillado sobre las baldosas, rezando sin tregua ante un crucifijo de madera y exaltado por las vigiliyas y las penitencias, pasó pronto de la contemplación al éxtasis, y empezó a sentir esa secreta y profética impulsión que lo llamaba a predicar la reforma de la Iglesia.

Sin embargo, la reforma de Savonarola, más respetuosa que la de Lutero, a la que precedía de unos veinticinco años, respetaba los principios atacando a los hombres y su objetivo era cambiar los dogmas humanos pero no la fe divina. No procedía, como el monje alemán, por la razón sino por el entusiasmo. En él, la lógica cedía siempre a la inspiración; no era un teólogo, era un profeta.

No obstante, inclinada su frente hasta entonces ante la autoridad de la Iglesia, se había vuelto a levantar ante el poder temporal. La religión y la libertad le parecían dos vírgenes igualmente santas; de modo que, tan culpable le parecía Lorenzo avasallando la una, como el papa Inocencio VIII profanando la otra. Así es que mientras Lorenzo vivió opulento, feliz y magnífico, Savonarola nunca quiso, por muchas solicitudes que le hubiesen hecho, sancionar con su presencia un poder que consideraba ilegítimo. Pero cuando supo que Lorenzo, en el lecho de muerte, lo había mandado llamar, no vaciló. El austero predicador acudió presuroso, descalzo y la cabeza descubierta, con la esperanza de poder salvar no sólo el alma del moribundo, sino también la libertad de la República.

Como hemos dicho, Lorenzo esperaba impaciente e inquieto la llegada de Savonarola; de modo que, al oír el rumor de sus pasos, adquirió su rostro un aspecto aún más cadavérico y, levantando su cuerpo apoyado en el brazo, ordenó con un gesto a sus amigos que se alejasen. Estos obedecieron enseguida y apenas habían salido por una puerta, se abrió el cortinaje de la otra y apareció en el umbral el monje pálido, inmóvil y grave. Al verle y leer en su marmórea frente la inflexibilidad de una estatua, Lorenzo de Médicis se dejó caer sobre la cama exhalando un suspiro tan profundo que hubiera podido creerse que era el último.

El monje lanzó una mirada en torno al aposento como para cerciorarse de que estaba realmente a solas con el moribundo; luego avanzó con paso lento y solemne hasta el lecho. Atemorizado, Lorenzo lo observó avanzar hasta que estuvo a su lado:

—¡Oh, padre, he sido un gran pecador! —exclamó.

—La misericordia de Dios es infinita —dijo el monje— y yo respondo de la misericordia divina ante ti.

—¿Creéis entonces que Dios perdonará mis pecados? —exclamó el moribundo recobrando la esperanza al oír tan inesperadas palabras de boca del monje.

—Tus pecados y tus crímenes, todo lo perdonará Dios —respondió Savonarola—.

Dios perdonará como pecados tus placeres frívolos, tus adúlteros deleites, tus fiestas obscenas. Dios te perdonará como crímenes haber prometido dos mil florines de recompensa al que te trajera las cabezas de Dietisalvi, de Nerone Nigi, de Angelo Antinori, de Nicolò Soderini, y doble cantidad al que te los trajera vivos. Te perdonará haber conducido al cadalso al hijo de Papi Orlandi, Francesco di Brisighella, Bernardo Nardi, Jacopo Frescobaldi, Amoretto Baldovinetti, Pietro Balducci, Bernardo di Baudino, Francesco Frescobaldi y otros más de trescientos, cuyos nombres, no por ser menos conocidos, eran menos queridos en Florencia.

Y a cada nombre que Savonarola pronunciaba lentamente con los ojos fijos en el moribundo, éste respondía con un gemido que evidenciaba cuán fiel era la memoria del monje. Al final, cuando éste hubo acabado:

—¿Y creéis, padre —preguntó Lorenzo con un acento de duda— que pecados y crímenes, todo me lo perdonará Dios?

—Todo —dijo Savonarola— pero bajo tres condiciones.

—¿Cuáles? —preguntó el moribundo.

—La primera —dijo Savonarola— es que deberás tener entera fe en el poder y la misericordia de Dios.

—Padre —respondió Lorenzo con entusiasmo— siento esa fe en lo más profundo de mi corazón.

—La segunda —dijo Savonarola— es que devolverás las propiedades ajenas que tan injustamente has confiscado y retenido.

—¿Tendré tiempo para ello, padre? —preguntó el moribundo.

—Dios te lo concederá —respondió el monje.

Lorenzo cerró los ojos como para reflexionar mejor y, tras un instante de silencio:

—Sí, padre, lo haré —contestó.

—La tercera —retomó Savonarola— es que le devolverás a la República su primitiva independencia y su antigua libertad.

Lorenzo se incorporó, impulsado por un movimiento convulsivo, interrogando con la mirada al dominico, para cerciorarse de que no se había equivocado y había entendido bien. Savonarola repitió las mismas palabras.

—¡Jamás! ¡Jamás! —exclamó Lorenzo echándose otra vez en la cama y agitando la cabeza— ¡Jamás!

El monje, sin decir una sola palabra más, dio un paso atrás para retirarse.

—¡Padre, padre! —dijo el moribundo— no os alejéis: ¡tened piedad de mí!

—Ten piedad de Florencia —dijo el monje.

—Pero, padre —exclamó Lorenzo— Florencia es libre, Florencia es feliz.

—Florencia es esclava, Florencia es pobre —interrumpió Savonarola—, pobre de genio, pobre en caudales y pobre en valor. Pobre de genio porque después de ti, Lorenzo, vendrá tu hijo Pedro; pobre en caudales porque con los de la República has mantenido la magnificencia de tu familia y el crédito de tus emporios; pobre en valor porque has arrebatado a los legítimos magistrados la autoridad que les concedía la

constitución, y desviado a tus conciudadanos de la doble vía militar y civil, en la cual, antes de que los debilitaras con tu lujo, habían desplegado virtudes de la época antigua. Cuando llegue el día, que no está lejos —prosiguió el monje con los ojos fijos y ardientes como si estuviera leyendo el futuro— en que los bárbaros bajen de las montañas, las murallas de nuestras ciudades, como las de Jericó, caerán al solo sonido de sus trompetas.

—¿Y queréis que me separe en el lecho de muerte de este poder que ha sido la gloria de toda mi vida? —exclamó Lorenzo de Médicis.

—No soy yo, es el Señor quien lo quiere —contestó fríamente Savonarola.

—¡Imposible! ¡Imposible! —murmuró Lorenzo.

—¡Muere, pues, como has vivido —exclamó el monje— rodeado de tus cortesanos y aduladores, y que pierdan ellos tu alma igual que han perdido tu cuerpo!

Y, tras estas palabras, el austero dominico, sin escuchar los gritos del moribundo, salió del aposento con la misma cara y el mismo paso que había entrado, como aquel espíritu que, desprendido ya de la tierra, se cierne sobre las cosas humanas.

Del grito que profirió Lorenzo de Médicis al verlo desaparecer, Ermolao, Poliziano y Pico della Mirandola, que lo habían escuchado todo, entraron en la habitación y encontraron a su amigo apretando convulsivamente entre sus brazos un magnífico crucifijo que había descolgado de la cabecera de su cama. Trataron en vano de tranquilizarlo con amistosas palabras: Lorenzo el Magnífico sólo tenía sollozos por respuesta; y una hora después de la escena que acabamos de relatar, con los labios pegados a los pies del Cristo, expiró entre los brazos de aquellos tres hombres, de los cuales el más privilegiado, aun siendo jóvenes los tres, no le sobreviviría más de dos años.

Como su pérdida iba a acarrear muchas calamidades, el cielo, dijo Nicolás Maquiavelo, quiso dar muy ciertos presagios: un rayo cayó sobre la cúpula de la iglesia de Santa Reparata y Rodrigo Borgia fue nombrado papa.



# Los Borgia

Hacia finales del siglo xv, la época en que empieza este relato, la plaza de San Pedro de Roma estaba lejos de ofrecer el grandioso aspecto que presenta hoy día a los que la cruzan viniendo desde la plaza de los Rusticucci.

En efecto, la basílica de Constantino ya no existía y faltaba la de Miguel Ángel, obra maestra de treinta papas, trabajo de tres siglos e inversión de doscientos sesenta millones. Aquel antiguo edificio, que había durado mil ciento cuarenta y cinco años, amenazó ruina hacia 1440, y Nicolás V, ese precursor artístico de Julio II y de León X, hizo que lo demolieran, como el templo de Probus Anicius colindante, y mandó que los arquitectos Rossellini y así como Leon Battista Alberti trazaran en su lugar los cimientos de un nuevo templo. Pero, unos años más tarde, tras la muerte de Nicolás V, como el veneciano Pablo II no pudo aportar más que cinco mil escudos para continuar el proyecto de su predecesor, se suspendió la obra, ofreciendo el aspecto de un edificio dejado en sus cimientos, aspecto aún más triste que el de unas ruinas.

En cuanto a la plaza misma, todavía no tenía, como se comprenderá tras la explicación que acabamos de dar, ni su hermosa columnata de Bernini, ni sus fuentes, ni su obelisco egipcio que, al decir de Plinio, fue erigido por el faraón Nuncoré en la ciudad de Heliópolis y transportado a Roma por Calígula, que lo situó en el circo de Nerón, donde se quedó hasta 1586. No obstante, como el circo de Nerón estaba justo en el terreno donde se eleva actualmente San Pedro, y el obelisco cubría con su base el lugar donde se encuentra la actual sacristía, se lo veía cual gigantesca aguja alzándose entre truncadas columnas de muros desiguales y piedras a medio tallar.

A la derecha de estas ruinas se elevaba el Vaticano, espléndida torre de Babel en la que han trabajado todos los arquitectos famosos de la escuela romana desde hace miles de años —en aquella época aún no poseía sus dos magníficas capillas, sus doce grandes salas, sus veintidós patios, sus treinta escaleras y sus dos mil habitaciones; ya que el papa Sixto V, ese sublime porquerizo, que tanto hizo en cinco años de pontificado, aún no había podido unirle el inmenso edificio que, del lado oriental, domina el patio de San Dámaso; pero ya era el viejo y santo palacio de antigua memoria donde Carlomagno recibió hospitalidad cuando fue coronado emperador por el papa León III.

Por lo demás, el 9 de agosto de 1492, parecía que toda Roma se hubiera citado en aquella plaza, desde la puerta del Popolo hasta el Coliseo, y desde las Termas de Diocleciano hasta el castillo de Sant'Angelo: la multitud que se amontonaba era tan grande que refulgaba por las calles colindantes, uniéndose al centro como los rayos de una estrella, y se la veía, como una alfombra movediza y abigarrada, encaramarse en

la basílica, agruparse sobre las piedras, colgarse de las columnas, asaltar los paredones, entrar en las casas y asomarse a las ventanas, tan numerosa y apresurada que se hubiera podido pensar que cada ventana estaba tapiada con cabezas. Toda aquella multitud tenía la vista fija en un solo punto del Vaticano, donde estaba el cónclave; Inocencio VIII había muerto dieciséis días antes y el cónclave estaba eligiendo a un papa.

Roma es la ciudad de las elecciones: desde su fundación hasta nuestros días, es decir, durante unos veintiséis siglos, ha elegido constantemente a sus reyes, sus cónsules, sus tribunos, sus emperadores y sus papas.

Durante el cónclave Roma parece aquejada de una extraña fiebre, que encamina al pueblo hacia el Vaticano o hacia Monte Cavallo, dependiendo de si la asamblea de púrpura se encuentra en uno u otro de estos dos palacios. Efectivamente, la exaltación de un nuevo pontífice es un asunto importante para todos; ya que, como según la media establecida desde San Pedro hasta Gregorio XVI, la duración de cada papa es de unos ocho años, estos son, en función del carácter del elegido, un periodo de tranquilidad o desorden, de justicia o venalidad, de paz o de guerra.

Nunca, desde el día en que el primer sucesor de San Pedro se sentó en el trono pontifical hasta aquel interregno, el pueblo se había visto tan inquieto como cuando lo hemos descrito agolpándose en la plaza de San Pedro y en las calles colindantes. Pero no sin razón manifestaba el pueblo tanta inquietud puesto que Inocencio VIII — a quien llamaban el padre de su pueblo por haber aumentado el número de súbditos con ocho hijos y otras tantas hijas—, había, como hemos dicho, terminado su voluptuosa vida tras una agonía, durante la cual, si nos basamos en el diario de Stefano Infessura, se cometieron doscientos veinte asesinatos en las calles de Roma.

El poder había recaído, como de costumbre, en el cardenal camarlengo, que se convierte en soberano durante el interregno; pero como éste había tenido que cumplir todos los deberes de su cargo, es decir, acuñar moneda con su nombre y armas, quitar el anillo del pescador del dedo del difunto papa, vestir, afeitarse, maquillar y hacer embalsamar el cadáver, bajar tras los nueve días de exequias el ataúd al nicho provisional donde debe aguardar el último papa fenecido hasta que su sucesor venga a ocupar su puesto y lo envíe a su tumba definitiva. Como había tenido que tapiar la puerta del cónclave y la ventana del balcón donde se proclama la elección pontifical, no había tenido ni un solo momento para ocuparse de la policía; de modo que los asesinatos se habían multiplicado y el pueblo reclamaba a gritos una mano enérgica que pusiese término a tanta violencia.

Así que, como hemos dicho, aquella multitud tenía los ojos clavados en el Vaticano, concretamente en una chimenea de donde debía salir la primera señal, cuando, de repente, al toque del *Ave María*, hora en que el día llega a su ocaso, la multitud prorrumpió en grandes gritos y carcajadas, discorde murmullo de amenazas y sarcasmos: acababa de divisar en la cima de la chimenea una pequeña hilera de humo que, como ligera nube, parecía elevarse al firmamento. Esta humareda

anunciaba que Roma seguía sin dueño y el mundo sin papa: las papeletas de escrutinio se estaban quemando; era la prueba de que los cardenales no se habían puesto de acuerdo.

Tan pronto como apareció el humo, para disiparse casi al instante, todo aquel innumerable pueblo, sabiendo que ya no había nada que esperar y que estaba todo dicho hasta la mañana siguiente a las diez, momento en que los cardenales hacen el primer sorteo, se retiró tumultuoso y burlón, como después del último cohete de unos fuegos artificiales; así que al cabo de un instante ya no quedaron allí, donde un cuarto de hora antes se alborotaba todo un gentío, más que algunos curiosos demorándose en los alrededores o en la misma plaza, menos apresurados que los demás por volver a sus hogares. Poco a poco los últimos grupos disminuyeron imperceptiblemente; habían sonado las nueve y media, hora en que las calles de Roma empezaban a ser poco seguras y quedó algún transeúnte solitario apresurando el paso; las puertas se cerraron sucesivamente, las ventanas se apagaron unas tras otras. Finalmente, al sonar las diez, a excepción de una de las ventanas del Vaticano donde se veía velar una obstinada lámpara, las casas, plazas y calles, todo quedó sumido en la más profunda oscuridad.

En aquel momento, un hombre envuelto en un abrigo se dirigió como una sombra a una de las columnas de la basílica inacabada, y, deslizándose con precaución entre las piedras yacentes alrededor de los cimientos del nuevo templo, avanzó hasta la fuente que constituía el centro de la plaza donde se eleva el obelisco del que ya hemos hablado; una vez allí, se detuvo, protegido a la vez por la oscuridad de la noche y la sombra del monumento, y tras mirar a su alrededor para cerciorarse de que estaba solo, desenvainó la espada, golpeó tres veces con la punta en el adoquinado de la plaza e hizo saltar chispas cada vez. Esta convenida señal no se dio en vano: la última lámpara que permanecía encendida aún en el Vaticano se apagó y, en ese mismo instante, un objeto lanzado por la ventana cayó a pocos pasos del hombre del abrigo, quien, guiado por su sonido metálico al tocar el pavimento, no tardó en cogerlo a pesar de la oscuridad y alejarse rápidamente.

El desconocido caminó sin volverse hasta la mitad de Borgo Vecchio; una vez allí, giró a la derecha y se metió en una calle en cuyo otro extremo había una virgen con su lámpara, se acercó a la luz y sacó del bolsillo el objeto que había recogido. No era más que un escudo romano, sólo que se desenroscaba y en una cavidad practicada en su interior contenía una carta, que aquel a quien iba dirigida empezó a leer, aun a riesgo de ser reconocido, de lo impaciente que estaba por saber lo que decía.

Decimos a riesgo de ser reconocido puesto que, en su afán, el comunicante nocturno se había retirado la capucha del abrigo hacia atrás y, como su cabeza estaba en el círculo luminoso proyectado por la lámpara, era fácil distinguir en la luz a un apuesto joven de unos veinticinco o veintiséis años, vestido con un jubón morado abierto en los hombros y los codos para dejar asomar la camisa, y cubierto con una toca del mismo color cuya pluma negra caía hasta los hombros. Ciertamente es que la

parada no fue larga porque en cuanto terminó la carta o mejor dicho la nota que acababa de recibir de una forma tan misteriosa y extraña, la colocó en su billetero de plata, y, ajustándose el abrigo hasta cubrirse la parte inferior de la cara, retomó su ruta con paso rápido, atravesó el Borgo Santo Spirito y se metió por la calle de la Lungara, por donde siguió hasta llegar más arriba de la iglesia de Regina Cœli. Una vez allí, llamó tres veces a la puerta de una casa de hermosa apariencia, que no tardó en abrirse; luego, subiendo aprisa la escalera, entró en una habitación donde lo esperaban dos mujeres con tanta impaciencia que al verlo aparecer exclamaron al unísono:

—¿Y bien? Francisco, ¿qué novedades?

—Buenas, madre, buenas, hermana —contestó el joven besando a la una y alargando la mano a la otra: nuestro padre ha ganado tres votos hoy; pero todavía le faltan seis para obtener la mayoría.

—¿Acaso no hay forma de comprarlos? —preguntó la mayor de las dos mujeres, mientras la otra, a falta de palabras, interrogaba con la mirada.

—Sí, madre —respondió el joven— y eso es justamente lo que mi padre ha pensado. Ofrece al cardenal Orsini su palacio de Roma con sus dos castillos de Monticello y Soriano; al cardenal Colonna su abadía de Subiaco; al cardenal de Sant'Angelo el obispado de Porto con su mobiliario y su bodega, al cardenal de Parma la ciudad de Nepi, al cardenal de Génova la iglesia de Santa Maria in via Lata, y por último al cardenal Savelli la iglesia de Santa María la Mayor y Città di Castello. En cuanto al cardenal Ascanio Sforza, sabe ya que anteayer enviamos a su casa cuatro mulos cargados de vajillas y dinero, y de ese dinero se ha comprometido a darle cinco mil ducados al cardenal patriarca de Venecia.

—Pero, ¿cómo haremos para que los demás conozcan las intenciones de Rodrigo? —preguntó la mujer de más edad.

—Mi padre lo ha previsto todo y nos abre una vía fácil: usted ya sabe, madre, con qué ceremonial se lleva la cena a los cardenales.

—Sí, sobre unas angarillas, dentro de una gran cesta con las armas de aquel a quien va destinada la cena.

—Mi padre ha comprado al obispo que lo visita; mañana les enviaremos a los cardenales Orsini, Colonna, Savelli, de Sant'Angelo, de Parma y de Génova, pollos para asar, y cada pollo contendrá una donación formal, hecha por mí en nombre de mi padre, de las casas, palacios o iglesias que se les asignan.

—De maravilla —dijo la mayor de las dos mujeres— ahora sí, estoy segura, todo irá bien.

—Y, por la gracia de Dios —contestó la más joven con una sonrisa extrañamente burlesca— nuestro padre será papa.

—¡Será un gran día para nosotros! —exclamó Francisco.

—Y para la cristiandad —contestó su hermana con una expresión todavía más irónica.

—Lucrecia, Lucrecia —dijo la madre— no mereces la felicidad que se nos brinda.

—¿Qué importa, si de todas formas la tenemos? Además, ya conoce usted el proverbio, madre: «Las familias numerosas son bendecidas por el Señor»; y la nuestra con mayor razón, por tener tantas similitudes con la de los patriarcas.

Y al mismo tiempo le lanzó a su hermano una mirada tan lasciva que el joven se ruborizó; pero como entonces le ocupaban asuntos más importantes que sus incestuosos amores, mandó despertar a cuatro criados; mientras estos se armaban para acompañarle, redactó y firmó las seis donaciones que debían ser enviadas al día siguiente a los cardenales; porque como no quería ser visto en sus casas, tenía pensado aprovechar la noche para entregárselas en mano a las distintas personas de confianza que tenían que hacérselas llegar, como se había convenido, a la hora de la cena. Luego, cuando las donaciones estuvieron estipuladas y listos los sirvientes, Francisco salió con ellos, dejando a las dos mujeres sonar con su grandeza futura.



Al poco de amanecer, el pueblo se volvió a precipitar, tan ardiente y tan afanoso como el día anterior, sobre la plaza del Vaticano, donde, a la hora habitual, es decir, a las diez de la mañana, salió el humo —como de costumbre, despertando risas y murmullos—, para anunciar que ninguno de los cardenales había reunido la mayoría. Sin embargo, empezaba a correr el rumor de que había tres candidatos con posibilidades, que eran Rodrigo Borgia, Julián della Rovere y Ascanio Sforza; porque el pueblo todavía ignoraba la existencia de los cuatro mulos cargados de vajillas y dinero que habían sido llevados a casa de Sforza, mediante los cuales éste le había cedido sus votos a su competidor. En medio de la agitación que había provocado en la multitud esta nueva decepción, se oyeron unos cantos religiosos: era una procesión dirigida por el cardenal camarlengo, que le pedía al cielo la pronta elección de un papa, y que, partiendo de la iglesia Ara Cœli hacia el Capitolio, debía hacer paradas ante las principales madonas y las basílicas más frecuentadas. En cuanto la gente vio el crucifijo de plata que la precedía, se restableció el más profundo silencio y todos se arrodillaron, de forma que un recogimiento supremo reemplazó el tumulto que reinaba pocos minutos antes, y que a cada nueva humareda adquiría un carácter más amenazador. Muchos pensaron que la procesión, además del objetivo religioso, tenía un fin político, y que su influencia debía ser igual de grande tanto en la tierra como en el cielo. En cualquier caso, si ésa era la intención del cardenal camarlengo, no se había equivocado, y el efecto producido fue el deseado: cuando la procesión pasó, las risas y las bromas continuaron, pero los gritos y las amenazas cesaron por completo.

Así transcurrió todo el día, puesto que en Roma nadie trabaja: se es cardenal o lacayo, y cada uno vive no se sabe cómo. La muchedumbre era cada vez más

numerosa, cuando, hacia las dos de la tarde, otra procesión atravesó a su vez la plaza de San Pedro, pero ésta tenía el privilegio de provocar tanto ruido como la otra infundía respeto. Llevaban la cena. El pueblo la acogió con sus habituales estallidos de risa, sin sospechar, por su irreverencia, que con aquella procesión, más eficaz que la anterior, acababa de ser elegido el nuevo pontífice.

Llegó la hora del *Ave María* igual que el día anterior pero, de igual modo, la espera de todo el día fue en vano, y cuando sonaban las ocho y media la misma humareda reapareció en lo alto de la chimenea. Pero entonces, como corrieron rumores que procedían del interior del Vaticano anunciando que, con toda probabilidad, la elección se produciría al día siguiente, la impaciencia del pueblo se calmó. De hecho, ese día había hecho mucho calor y las gentes estaba tan agobiadas por el cansancio y tan quemado por el sol, ellas que viven de sombra y pereza, que ya no les quedaban siquiera fuerzas para gritar.

La mañana del día siguiente, que era el 11 de agosto de 1492, amaneció tormentosa y sombría; pero eso no fue un impedimento para que la multitud inundara plazas, calles, puertas, casas y basílicas. Esta disposición del clima era, de hecho, una auténtica bendición del cielo, porque aunque hacía calor, por lo menos no había sol.

Hacia las nueve una terrible tormenta amenazaba en todo el Trastevere; pero, ¿qué podía importarle a toda aquella multitud lluvia, relámpagos y rayos? Estaba preocupada por otro menester: esperaba a su papa; se lo habían prometido para aquel día, y sus actitudes demostraban muy bien que si transcurría la jornada sin que hubiese elección, bien podía producirse un motín: así que, a medida que avanzaba el tiempo, la agitación crecía. Sonaron las nueve, las nueve y media, las diez menos cuarto, sin que nada confirmase o destruyese sus esperanzas. Por fin se oyó el primer toque de las diez: todos los ojos se clavaron en la chimenea. La campana sonó lentamente por décima vez y cada toque retumbó en los corazones de la multitud para desvanecerse luego en el espacio, cuando un enorme grito, salido de cien mil gargantas juntas, sucedió al silencio: *Non v'è fumo!* ¡No hay humo!... Es decir: tenemos un papa.

En aquel momento empezó a caer la lluvia; pero nadie le prestó atención ya que los arrebatos de alegría e impaciencia de todo aquel pueblo eran enormes. Al fin, una piedra se desprendió de la ventana tapiada que daba al balcón y hacia la cual se dirigían todas las miradas: la caída fue acogida con una aclamación general. Se ensanchó lentamente la brecha hasta que fue bastante para permitir que un hombre saliese al balcón.

Entonces apareció el cardenal Ascanio Sforza; pero justo cuando iba a salir, asustado por la lluvia y los relámpagos, vaciló un instante y al final retrocedió. Acto seguido la multitud estalló a su vez como una tormenta, en gritos, imprecaciones, alaridos, amenazando con derribar el Vaticano e ir a buscar al papa. Ante tanto ruido, el cardenal Sforza, más despavorido por la tormenta popular que por la celeste, salió al balcón y, entre dos truenos, en un momento de silencio incomprensible entre tanto

alboroto, proclamó lo siguiente:

—Vengo a anunciaros una gran alegría: el eminentísimo y reverendísimo señor Rodrigo Lenzuolo Borgia, arzobispo de Valencia, cardenal diácono de San Nicola in Carcere, vicescanciller de la Iglesia, acaba de ser nombrado papa y se ha impuesto el nombre de Alejandro VI.

La noticia de este nombramiento fue acogida con una extraña alegría. Rodrigo Borgia tenía la reputación de ser un hombre disoluto, es verdad, pero el libertinaje había subido al trono pontifical con Sixto IV e Inocencio VIII; nada nueva era para los romanos la singular posición de un papa que tuviera una amante y cinco hijos. Lo importante a esas alturas era que el poder recayera en manos firmes, y aún más importante era para la tranquilidad de Roma que el nuevo papa heredase tanto la espada de san Pablo como las llaves de san Pedro.

El carácter dominante en las fiestas que se celebraron entonces fue mucho más guerrero que religioso, y parecía corresponder más bien a la victoria de un joven conquistador que a la exaltación de un soberano pontífice. Todo eran juegos de palabras e inscripciones proféticas con el nombre de Alejandro, que por segunda vez simulaba prometer a los romanos el imperio del universo; y la misma noche, en medio de las iluminaciones y los fuegos artificiales, que convertían a la ciudad en un lago de llamas, se leyó, entre las aclamaciones del populacho, la siguiente inscripción:

*César llevó Roma a la victoria,  
Soberana fue en su Estado y en el mundo reinó:  
Sólo con Alejandro alcanzará mayor gloria;  
César fue un hombre, Alejandro es un Dios.*

No bien el nuevo pontífice hubo cumplido con las formalidades del ceremonial que su exaltación le imponía y pagado a cada uno el precio de su simonía, cuando desde lo alto del Vaticano, tendió su vista a Europa, el vasto tablero político que esperaba dirigir a su antojo.



El mundo estaba en una de esas épocas culminantes en las que todo se transforma, entre un periodo que se acaba y una era que comienza: al este Turquía, al sur España, al oeste Francia, al norte Alemania, iban a adquirir, con el título de grandes naciones, la influencia que en el futuro ejercerían sobre los Estados secundarios. Demos, pues, con Alejandro VI, una rápida ojeada sobre aquellas potencias y veamos cuál era su respectiva situación con respecto a Italia, cuyo dominio codiciaban todas cual si fuera

una presa.

Constantino Paleólogo Dragases, asediado por trescientos mil turcos, tras haber pedido ayuda en vano a toda la cristiandad y no habiendo querido sobrevivir a la pérdida de su imperio, fue hallado entre los muertos cerca de la puerta de Tofana. El 30 de mayo de 1453, Mahomet II había entrado en Constantinopla, donde, tras un reinado que le había valido el sobrenombre de *Fatile*, o el Vencedor, había muerto dejando dos hijos, de los cuales el mayor subió al trono con el nombre de Bajazet II.

No obstante, la elevación del nuevo sultán no se había producido con la tranquilidad que su primogenitura y la elección de su padre debían proporcionarle. Djem, su hermano menor —más conocido con el nombre de Zizimo— había argüido que él era porfirogénito, es decir, que había nacido durante el reinado de Mahomet, mientras que Bajazet, anterior a aquella época, no era más que el hijo de un simple particular. Un pobre recurso, pero donde domina la fuerza y se anula el derecho, aquella es suficiente para desencadenar una guerra.

Así que los dos hermanos, cada uno al frente de un ejército, se encontraron en Asia en 1482. Djem fue derrotado tras un combate de siete horas y, perseguido por su hermano, que no le dejó tiempo para concentrar sus tropas, se vio obligado a embarcarse hacia Cilicia, y se refugió en Rodas, donde imploró la protección a los caballeros de San Juan, quienes no osando darle asilo en su isla, tan cercana a Asia, lo enviaron a Francia, donde lo pusieron bajo estricta vigilancia en una de sus encomiendas, a pesar de las insistencias de Cait Bay, sultán de Egipto, quien sublevado contra Bajazet, y para dar a su rebelión una apariencia de guerra legítima, deseaba contar con el joven príncipe en su ejército. La misma petición había sido formulada sucesivamente, y con el mismo fin político, por Matías Corvino, rey de Hungría, por Fernando, rey de Aragón y Sicilia, y por Fernando, rey de Nápoles.

Bajazet, que conocía muy bien la importancia que podía adquirir semejante rival una vez aliado con uno u otro de los príncipes con quienes estaba en guerra, había enviado embajadores a Carlos VIII, ofreciéndole, si se comprometía a retener a Djem a su lado, una considerable pensión y la soberanía de la Tierra Santa para Francia, tan pronto como el sultán de Egipto conquistara Jerusalén. El rey de Francia había aceptado.

Pero entonces Inocencio VIII había intervenido reclamando a su vez a Djem, con el aparente pretexto de apoyar con los derechos del proscrito una cruzada que predicaba contra los turcos, pero en realidad para hacerse con la pensión de cuarenta mil ducados ofrecida por Bajazet a cualquiera de los príncipes cristianos que apresara a su hermano. Carlos VIII no había osado negarle al jefe espiritual de la cristiandad una petición basada en tan sagradas razones; de modo que Djem salió de Francia, acompañado por el maestrante de Aubusson, quien encargado de su vigilancia había aceptado ceder a su prisionero mediante un capelo de cardenal. El 13 de marzo de 1489, el infortunado joven, punto de mira de tan diversos intereses, hizo su solemne entrada en Roma montado en un soberbio caballo y vestido con un magnífico traje de



Oriente, entre el prior de Auvernia, sobrino del maestrante de Aubusson, y Francesco Cibo, hijo del papa.

Desde entonces permaneció en Roma, y Bajazet, fiel a las promesas que tanto le interesaba cumplir, le había pagado exactamente al soberano pontífice una pensión de cuarenta mil ducados.

Tal era el estado de Turquía.



Fernando e Isabel reinaban en España cimentando aquel vasto poder que permitiría, veinticinco años más tarde, a Carlos V jactarse de que el sol no se ocultaba jamás en sus Estados. De hecho, los dos soberanos, a quienes la historia ha dado el nombre de católicos, habían conquistado sucesivamente casi todas las Españas, y expulsado a los moros de Granada, su última trinchera; en tanto dos hombres de genio, Bartolomé Díaz y Cristóbal Colón, acababan de enriquecer la corona, uno con sus victorias en un mundo perdido y el otro con sus descubrimientos en un mundo ignorado. Así que, gracias a sus victorias en el antiguo mundo y a sus descubrimientos en el nuevo, habían conseguido en la corte de Roma una influencia de la que no habían gozado ninguno de sus antecesores.

Tal era la situación en España.



En Francia, Carlos VIII había sucedido, el 30 de agosto de 1483, a su padre Luis XI, quien, a fuerza de ejecuciones, le había legado un reino tranquilo y como convenía a un niño que subía al trono bajo la regencia de una mujer. Por lo demás, regencia gloriosa y que había contenido las pretensiones de los príncipes de sangre y terminado las guerras civiles, reuniendo en la corona todos los feudos independientes que aún quedaban. En aquella época, Carlos VIII, de unos veintidós años, era —según La Trémouille— un príncipe de menguada estatura y gran corazón; según Commines, un muchacho que acababa de salir del nido, desprovisto de razón y caudales, de personalidad débil y obstinado en su poder, rodeado más bien de necios que de sabios; por último, si creemos a Guicciardini —quien, como italiano, bien podría haber emitido un juicio un tanto parcial— un joven poco experto en las vicisitudes humanas y dominado por un ardiente deseo de reinar y adquirir gloria, deseo mucho más fundado en su ligereza e impetuosidad que en la conciencia de su talento; enemigo de todo trabajo y de cualquier esfuerzo. Cuando intentaba dedicarse a algo se mostraba casi siempre falto de prudencia y juicio. Si alguna cosa parecía en

él a primera vista digna de alabanza, mirada con atención se la veía menos distante del vicio que de la virtud. Era, es verdad, liberal; pero irracionalmente, sin medida y sin distinción. A veces era inflexible en su voluntad, pero más por obstinación que por constancia; y lo que sus aduladores consideraban en él bondad, merecía mejor ser llamada insensibilidad a las injurias o debilidad de espíritu.

En lo que respecta a su retrato físico, si nos basamos en el mismo autor, era todavía menos favorecedor, y respondía maravillosamente a esa debilidad de espíritu y de carácter. Era bajo, tenía la cabeza grande, el cuello ancho y corto, el pecho y los hombros amplios y elevados, las piernas y los muslos largos y delgaduchos; como su rostro era desagradable —exceptuando la mirada, que tenía dignidad y vigor— y todos sus miembros estaban desproporcionados, parecía más bien un monstruo que un hombre.

Así era el individuo de quien la fortuna haría un conquistador y a quien el cielo reservaba más gloria de la que merecía.

Tal era el estado de Francia.



El Imperio estaba ocupado por Federico III, llamado justamente el Pacífico, no por haber sostenido la paz sino porque habiendo sido constantemente atacado siempre se vio obligado a mantenerla. La primera prueba que dio de esa longanimidad tan filosófica había sido durante su viaje a Roma, donde se dirigía para consagrarse. Atravesando los Apeninos fue atacado por unos bandoleros que lo saquearon y contra los cuales no quiso tomar represalias. Este ejemplo de impunidad hacia los pequeños ladrones avivó pronto la codicia de bandidos más poderosos. Amurath se apoderó de una parte de Hungría, Matías Corvino de la Baja Austria, y Federico se resignó repitiendo esta máxima: *El olvido es el mejor consuelo de los bienes perdidos*. En aquel entonces, tras un reinado de cincuenta y tres años, acababa de comprometer a su hijo Maximiliano con María de Borgoña y de marginar del imperio a su yerno Alberto de Baviera, que pretendía apoderarse del Tirol. Estaba, pues, demasiado ocupado con sus asuntos familiares como para preocuparse por Italia. De hecho, buscaba una divisa para la casa de Austria, ocupación de suma importancia para un hombre del carácter de Federico III. Al final, esa divisa, que Carlos V casi llegó a cumplir, se encontró, para gran alegría del viejo emperador, quien, considerando que no tenía nada más que hacer en el mundo tras esta última prueba de sagacidad, murió el 19 de agosto de 1493, legando el imperio a su hijo Maximiliano.

La divisa consistía simple y llanamente en las cinco vocales *a e i o u*, iniciales de estas cinco palabras:

AUSTRIAE EST IMPERARE ORBI UNIVERSO

Lo cual significa: «Es destino de Austria gobernar el orbe entero».  
Tal era el estado de Alemania.



Ahora que hemos hecho un repaso a las cuatro naciones que iban por el camino, como hemos dicho, de convertirse en potencias europeas, examinemos los Estados secundarios que formaban un círculo más inmediato alrededor de Roma, y que debían, por así decirlo, ser la armadura de la reina espiritual del mundo, si a alguno de los gigantes políticos que hemos descrito se le antojaba, para venir a atacarla, atravesar los mares o las montañas, el golfo Adriático y los Alpes, el Mediterráneo o los Apeninos.

Estos eran el reino de Nápoles, el ducado de Milán, la magnífica República de Florencia o la serenísima República de Venecia.

El reino de Nápoles estaba en manos de Fernando, cuyo nacimiento era no sólo ilegítimo, sino con toda probabilidad incestuoso. Sucesor adoptivo, su padre, Alfonso de Aragón, había heredado la corona de Juana de Nápoles. Pero la reina, por miedo a quedarse sin heredero, había nombrado en su lecho de muerte a dos herederos. Alfonso tuvo que sostener sus derechos contra Renato. Los dos pretendientes se disputaron la corona durante algún tiempo. Finalmente, la casa de Aragón venció a la de Anjou y, durante el año 1442, Alfonso se afirmó definitivamente en el trono. Pero Carlos VIII no tardó en reclamar los derechos del pretendiente expulsado.

Fernando no tenía ni el valor ni el talento de su padre, no obstante triunfó sucesivamente sobre sus enemigos. Tuvo dos rivales, ambos superiores en méritos. Uno era el conde de Viana, su sobrino, quien, arguyendo el nacimiento deshonesto de su tío, disponía de todo el partido aragonés; y el duque Juan de Calabria, del angevino. Sin embargo, los apartó a ambos y se mantuvo en el trono, muy seguro de su prudencia, que a veces incluso rozaba la duplicidad. Era culto, había estudiado ciencias, pero sobre todo legislación. Su estatura era mediana, con la cabeza grande y bella y la frente amplia y admirablemente enmarcada por hermosos cabellos blancos que le caían hasta los hombros. Aunque rara vez ejerció su fuerza física con las armas, ésta era tan grande que un día estando en la plaza del Mercado Nuevo, en Nápoles, asió por el cuerno a un toro que se había escapado y, por mucho que el animal intentó zafarse de sus manos, lo paralizó. Aparte de eso, la elección de Alejandro lo había disgustado, y, a pesar de su prudencia, no pudo evitar decir ante quien le había traído la noticia que, no sólo no se alegraba de dicha elección, sino que pensaba que ningún cristiano podía alegrarse, porque habiendo sido Borgia siempre un hombre perverso, sería sin duda un mal pontífice. Por lo demás, añadió que aun cuando la elección fuese acertada y mereciese la aprobación de todos, no por ello

resultaría menos nefasta para la casa de Aragón, por mucho que él hubiese nacido súbdito y le debiese la fuente y los progresos de su fortuna; ya que donde entran las razones de Estado, los afectos de sangre y parentesco quedan rápidamente excluidos, con más razón aún, por consiguiente, las simples relaciones de súbdito y obligado.

Como se puede ver, Fernando juzgaba a Alejandro VI con su habitual perspicacia; lo cual no le impidió, como lo veremos pronto, ser el primero en contraer alianza con el pontífice.

El ducado de Milán pertenecía nominalmente a Gian Galeazzo, nieto de Francesco Sforza, que se había adueñado de él por la fuerza el 26 de febrero de 1450, y se lo había legado a Galeazzo Maria, su hijo, padre del joven príncipe reinante. Decimos nominalmente porque el verdadero dueño del Milanésado no era entonces el heredero legítimo reputado como poseedor, sino su tío Ludovico, apodado el Moro, por la morera que figuraba en sus armas. Exiliado con sus otros dos hermanos — Filippo, que murió envenenado en 1479, y Ascanio, que fue cardenal— entró en Milán unos días después del asesinato de Galeazzo Maria, cometido el 26 de diciembre de 1476 en la basílica de Santo Stefano, y se apoderó de la regencia del joven duque, que entonces sólo tenía ocho años. Desde aquel momento, y aunque su sobrino hubiese llegado a la edad de veintidós años, Ludovico había seguido en el trono, y, según toda probabilidad, debía aún gobernar largo tiempo; porque, pocos días después de haber manifestado su deseo de posesionarse del poder, el pobre muchacho había caído enfermo, y se decía públicamente que había ingerido uno de aquellos venenos lentos, pero mortales, que los príncipes de aquella época utilizaban con tanta frecuencia, que aun cuando la enfermedad fuese natural, se le buscaba siempre una causa que se pudiera relacionar con algún gran interés. Como quiera que fuese, Ludovico había destinado a su sobrino, que estaba muy débil como para ocuparse de los asuntos de su ducado, el castillo de Pavía, donde languidecía en compañía de su mujer Isabel, hija del rey Fernando de Nápoles.

Ludovico era ambicioso, lleno de coraje y astucia al mismo tiempo, acostumbrado a la espada y al veneno, que, según las ocasiones, sin predilección ni repugnancia por una u otro, empleaba alternativamente, y que, por lo demás, estaba muy decidido a heredar de su sobrino en vida o muerte.

Aunque conservaba el nombre de república, Florencia había perdido toda su libertad y pertenecía de hecho, aunque no de derecho, a Pedro de Médicis, a quien — según hemos visto— le había sido legada como bien paterno por Lorenzo, con grave riesgo de la salvación de su alma. Por desgracia, el hijo estaba muy lejos de tener el genio de su padre: era apuesto, es cierto, mientras que Lorenzo, al contrario, era de una fealdad asombrosa; tenía una voz agradable y armoniosa, no así Lorenzo, que en cambio siempre había gangueado; se había instruido en las lenguas griega y latina, su conversación era agradable y fácil e improvisaba versos casi tan bien como aquel a quien habían llamado el Magnífico. Pero ignorante en los asuntos políticos, insultaba orgulloso a los que hacían de ellos un estudio. Entregado a todos los deleites,

apasionado por las mujeres, se dedicaba sin tregua a los ejercicios del cuerpo que pudieran hacerlo destacar ante las féminas; y se prometió seriamente, tan pronto como acabara su duelo, llenar no sólo Florencia, sino Italia entera con la magnificencia de su corte y el esplendor de sus fiestas. Tal era al menos el designio de Pedro de Médicis, pero la providencia contrarió su voluntad.

La serenísima República de Venecia, cuyo dogo era Agustín Barbarigo, ya había alcanzado entonces su apogeo de poder y esplendor. Desde Cádiz hasta el Palus Meotides, no había un puerto que no estuviese abierto a sus mil buques. Poseía en Italia, aparte del litoral de las lagunas y el antiguo ducado de Venecia, las provincias de Bérgamo, Brescia, Cremona, Verona, Vicenza y Padua; así como la Marca Trevisana, que incluye el Feltrino, el Bellunés, el Cadorino, la Polesina de Rovigo y el principado de Ravena; disponía de Friuli, menos Aquilea; Istria, menos Trieste; tenía, en la costa oriental del golfo, Zara, Spalatro y el litoral de Albania; en el mar Jónico las islas de Zante y de Corfú; en Grecia, Lepanto y Patras; en la Morea, Morón, Coron, Nápoles de Romania y Argos; por último, en el archipiélago, además de varias poblaciones y asentamientos en las costas, Gandía y el reino de Chipre.

Desde la embocadura del Po hasta la extremidad oriental del Mediterráneo, la serenísima República era asimismo dueña de todo el litoral, e Italia y Grecia parecían un arrabal de Venecia.

En los intervalos que quedan libres entre Nápoles, Milán, Florencia y Venecia se habían establecido pequeños tiranos que ejercían una soberanía absoluta en su territorio; los Colonna en Ostia y en Nettuno, los Montefeltro en Urbino, los Manfredi en Faenza, los Bentivogli en Bolonia, los Malatesta en Rímmini, los Vitelli en Città di Castello, los Baglioni en Perugia, los Orsini en Vicovaro y los príncipes de Este en Ferrara.

En el centro de aquel inmenso círculo compuesto por grandes potencias de Estados secundarios y pequeños tiranos, se eleva Roma, situada en lo alto de la espiral; la más elevada, pero la más débil, sin influencia, sin territorio, inerme y pobre.

El nuevo pontífice debía encargarse de restituirle todo aquello; veamos, pues, quién era Alejandro VI para emprender y llevar a cabo semejante proyecto.



Rodrigo Lenzuolo había nacido en Játiva en España, en 1430 o 1431, y descendía por parte de madre de una familia que provenía —según varios autores— de regia alcurnia, y, antes de fijar su ambición en la tiara, había pretendido las coronas de Aragón y Valencia. Desde la infancia había mostrado signos de una maravillosa vivacidad de carácter y al crecer había desplegado un talento muy apto para las ciencias, sobre todo para el derecho y la jurisprudencia. Adquirió como abogado las

primeras distinciones, profesión en la que su habilidad por discutir los asuntos más espinosos le valió gran reputación. Sin embargo, no tardó mucho en cansarse de esa carrera y abandonarla por la de las armas, que había seguido su padre. Pero, tras varias acciones que demostraban su sangre fría y su valentía, también se aburrió de esa carrera, igual que de la otra; y como, justo en el momento en que empezaba a sentir esa repulsión, su padre murió dejándole una fortuna considerable, resolvió vivir en la ociosidad y abandonarse a su capricho y fantasía. Entabló entonces íntimas relaciones con una viuda que no tardó en morir, dejando dos hijas bajo su tutela. Encerró a una en un convento y como la otra era una de las mujeres más hermosas que existían se amancebó con ella. Era la conocida Rosa Vanozza, con quien tuvo cinco hijos: Francisco, César, Lucrecia y Jofré; se ignora el nombre del quinto.

Retirado de los asuntos públicos, se volcó por completo en sus amores y su paternidad, cuando supo que su tío, que lo quería como a un hijo, había sido nombrado papa con el nombre de Calixto III. Pero el joven estaba tan enamorado por aquel entonces, que el amor apaciguaba su ambición, y quedó sorprendido de la exaltación de su tío, que debía obligarlo sin duda a entrar en los asuntos públicos. Por consiguiente, en lugar de acudir presuroso a Roma, como hubiera hecho cualquiera en su lugar, se limitó a escribir una carta a su santidad en la que le pedía que continuara prodigando sus bondades y le deseaba un largo y dichoso pontificado.

Esa circunspección por parte de uno de sus parientes, entre tantas pruebas de ambición que el nuevo pontífice hallaba a cada paso en su camino, impresionó sobremanera a Calixto III: conocía todo el valor del joven Rodrigo y, justo cuando las mediocridades lo asediaban por todos lados, la capacidad de mantenerse modestamente al margen se tornó ante sus ojos aún más evidente; así que le respondió al momento que, al recibir su carta, debía dejar España por Italia y Valencia por Roma.

Aquella carta desplazaba a Rodrigo del seno de una felicidad que se había procurado y en la cual se hubiera sin duda acomodado, como un hombre ordinario, si la fortuna no hubiera venido a llevárselo de la mano. Rodrigo era dichoso, Rodrigo era rico; las malas pasiones que en él eran tan naturales quedaron, sino extinguidas, al menos aquietadas; a él mismo le arredró la idea de abandonar la vida sosegada que llevaba por la vida ambiciosa y agitada que le prometían; y, en lugar de obedecer a su tío, retrasó los preparativos de su partida, creyendo que éste lo olvidaría. Pero no fue así: dos meses después de la carta pontifical llegó a Valencia un prelado romano portador de la nominación de Rodrigo con unos emolumentos de veinte mil ducados por año, con orden positiva al titular de acudir cuanto antes a tomar posesión de su cargo.

Ya no podía echarse atrás, por lo que Rodrigo tuvo que obedecer: pero, como no quería apartarse de la fuente que le había dado la felicidad desde hacía ocho años, Rosa Vanozza se fue con él, y mientras él se dirigía a Roma, ella partió a Venecia, acompañada por dos criados de confianza y bajo la salvaguardia de un gentilhomme

español, llamado Manuel Melchiori.

La fortuna cumplió muy bien con lo que a Rodrigo le había prometido: el papa lo recibió como a un hijo y lo nombró arzobispo de Valencia, cardenal diácono y vicescanciller. Además de esos favores, Calixto añadió una renta de cuarenta mil ducados; de forma que, a la edad de apenas treinta y cinco años Rodrigo era rico y poderoso como un príncipe.

Pero le costó admitir el cardenalato, que lo encadenaba a Roma, y hubiera preferido ser general de la Iglesia, cargo que le hubiera concedido mayor libertad para ver a su amante y a su familia; pero su tío Calixto le insinuó la posibilidad de sucederle un día, y la idea de ser el jefe supremo de los reyes y pueblos se apoderó de tal modo de Rodrigo, que no pensó ya más que en lograr el objetivo que su tío había insinuado.

Desde entonces, nació en el joven cardenal aquel poder de hipocresía que hizo de él la más perfecta encarnación del demonio que haya existido jamás en la tierra; y Rodrigo no volvió a ser el mismo hombre: las palabras de humildad y arrepentimiento de su boca, la frente gacha como si cargara con el peso de sus errores pasados, desdeñoso de las riquezas que había adquirido, y que, decía él, siendo bienes de los pobres, debían restituírseles; pasaba su vida en las iglesias, monasterios y hospitales, ganándose, según su historiador, ante sus mismos enemigos, la reputación de un Salomón por su sabiduría, de un Job por su paciencia y de un Moisés por la divulgación de la palabra de Dios. La única en el mundo que podía valorar la conversión del piadoso cardenal era Rosa Vanozza.

Mucho le valió a Rodrigo haberse mostrado tan beato, porque su protector murió tras un pontificado de tres años, tres meses y diecinueve días, y su propio mérito fue la única defensa contra los numerosos enemigos que su rápida fortuna le había generado. Durante todo el reinado de Pío II, vivió constantemente separado de los asuntos papales y no reapareció hasta que Sixto IV, que le regaló la abadía de Subiaco, lo envió en calidad de legado ante los reyes de Aragón y Portugal. A su regreso, que se produjo bajo el pontificado de Inocencio VIII, decidió por fin llevar a su familia a Roma, donde llegó acompañada por Melchiori, que, en adelante, pasó por marido de Vanozza con el nombre de conde Fernando de Castilla. El cardenal Rodrigo recibió al noble español como un compatriota y amigo, y éste, que se había propuesto pasar una vida asaz retirada, alquiló una casa en la calle de la Lungara, cerca de la iglesia de Regina Cœli, en la orilla del Tíber. Allí iba cada noche el cardenal Rodrigo a deponer su máscara, tras haber pasado el día entre plegarias y obras piadosas. Según dicen, aunque nadie pudiera demostrarlo, ocurrían en aquella casa cosas infames: se hablaba de incesto entre el padre y la hija y entre los dos hermanos y la hermana; así que, para acallar esos rumores que empezaban a propagarse, Rodrigo mandó a César a estudiar a Pisa, y casó a Lucrecia con un joven gentilhomme aragonés; de modo que no quedaron en la casa más que Vanozza y sus dos hijos. Tal era el estado de las cosas cuando Inocencio VIII murió y Rodrigo

Borgia fue proclamado papa.

Hemos visto ya por qué medios se había procurado esta nominación; los cinco cardenales que no habían participado de la simonía, y que eran los cardenales de Nápoles, Siena, Portugal, Santa María in Portico y Saint-Pierre-aux-Liens, protestaron públicamente contra esta elección, que calificaron de maquinación. Pero esta protesta no tuvo ningún valor porque, de todos modos, Rodrigo había reunido mayoría, sin importar mucho por qué medios; y debía ser el CCXVI sucesor de san Pedro.

Sin embargo, conseguido ya su objetivo, no se atrevió Alejandro VI desde un principio a arrojar la máscara que tanto tiempo había llevado el cardenal Borgia, aunque al enterarse de su nominación no pudo disimular la alegría que le causó; así que, cuando le anunciaron que el escrutinio acababa de decidir la cuestión a su favor, alzó los brazos al cielo, y, con el tono de la ambición satisfecha, exclamó:

—¿Soy pues el papa? ¿Soy ya el vicario de Jesucristo? ¿Soy el baluarte del mundo cristiano?

—Sí, santo padre —le contestó el cardenal Ascanio Sforza, el mismo que le había vendido los nueve votos de que disponía en el cónclave a cambio de cuatro mulas cargadas de dinero—. Y esperamos dar por vuestra elección gloria a Dios, sosiego a la Iglesia y júbilo a la cristiandad, visto que habéis sido elegido por el mismo Todopoderoso como el más digno entre vuestros hermanos.

Después de tan lacónica respuesta, revestido ya el nuevo pontífice de toda su dignidad, dijo con voz humilde y con las manos cruzadas en el pecho:

—Nos esperamos —dijo— que Dios nos dispensará su poderoso auxilio, a pesar de nuestra debilidad, y que hará para nosotros lo que para el apóstol, cuando puso en sus manos las llaves del cielo, confiándole el mando de la Iglesia; mando que, sin la ayuda divina, sería una carga muy pesada para un mortal. Pero Dios le prometió dirigirle con su espíritu, nos confiamos en que hará lo propio por nosotros; y no dudamos que, por vuestra parte, tendréis toda la santa obediencia que se debe al jefe de la Iglesia, a imitación de la que el rebaño de Cristo debía prestar al príncipe de los apóstoles.

Tan pronto como hubo acabado el discurso, Alejandro vistió el hábito pontificio e hizo arrojar por las ventanas del Vaticano tiras de papel con su nombre escrito en latín, que, elevadas por el viento, parecían esparcir al mundo entero la noticia del gran acontecimiento que cambiaría la faz de Italia.

El mismo día se expidieron correos a todas las cortes de Europa.

César Borgia conoció la noticia de la elección de su padre en la universidad de Pisa, donde estudiaba; su ambición ya lo había hecho soñar con semejante fortuna, pero eso no impidió que su júbilo fuera casi desmesurado. Era entonces un joven de entre veintidós y veinticuatro años, diestro en todos los ejercicios corporales y sobre todo en el manejo de las armas; montaba sin silla los más fogosos caballos, decapitaba un toro con un sólo golpe de una espada. Era arrogante, celoso, simulador



y, a decir de Tommasi, grande entre los impíos, como su hermano Francisco era bueno entre los grandes. En cuanto a su rostro, los autores contemporáneos han dejado muy diversas descripciones, ya que unos lo han pintado con monstruosa fealdad, mientras otros han alabado su belleza: esta contradicción se debe a que, en determinados momentos del año y especialmente en primavera, su rostro se cubría de pústulas que lo convertían, mientras duraban, en objeto de horror y repugnancia; el resto del tiempo era el sombrío caballero de cabello negro, tez pálida y barba leonada que nos pintó Rafael en el hermoso retrato que hizo de él. Por lo demás, historiadores, cronistas y pintores coinciden en que tenía una mirada fija y poderosa, en la cual brillaba una incesante llama que le daba un no sé qué de infernal y sobrehumano. Tal era el hombre cuyas esperanzas acababa de colmar la suerte y que había tomado por divisa: *Aut Cæsar, aut nihil*, «O César o nada».

César salió en posta con algunos de sus familiares y, apenas lo reconocieron a las puertas de Roma, conoció los efectos del cambio de su fortuna por los respetos que se le tributaban: en el Vaticano los respetos se multiplicaron, los grandes se inclinaron ante él como ante un superior. Como estaba impaciente, no visitó a su madre ni a nadie de su familia, sino que subió directamente a ver al papa y besarle los pies; éste había sido prevenido de su llegada, y lo esperaba rodeado de una brillante y numerosa asamblea de cardenales, junto con sus otros tres hermanos que aguardaban de pie. Su santidad lo recibió con agrado, pero no queriendo dejarse llevar por las demostraciones de su amor paterno, se inclinó hacia él, le besó la frente y le preguntó cómo se encontraba y de qué modo había pasado su viaje. César contestó que no podía sentirse mejor y manifestó estar a la disposición de su santidad; que, en cuanto al viaje, sus pequeñas incomodidades y escasa fatiga quedaban harto compensadas por el júbilo que sentía al poder adorar en la Santa Sede al que tan digno era de ella. Tras estas palabras, dejando a César arrodillado como estaba, pero volviéndose a sentar —ya que, para besarle se había levantado de su asiento—, el papa adoptó un semblante grave y afectado, y habló como sigue, con alta voz para que todos pudieran oírle, pero despacio para que todos los asistentes pudieran sopesar y retener cada una de sus palabras:

—Nos estamos convencidos, César, de que os alegráis sobremanera de vernos en este pináculo, tan superior a nuestros méritos, y al que complace a la bondad divina elevarnos. Debéis regocijaros del amor que os hemos siempre profesado. Nos conservamos, pero también por vuestro propio interés, porque podéis prometeros recibir en adelante, de nuestra mano pontifical, los beneficios de que vuestras buenas acciones os harán digno; pero si vuestra alegría, y esto os lo decimos como lo hemos dicho a vuestro hermano, se fundamenta en otras bases, os habéis equivocado, César, y os sentiréis tristemente decepcionado. Nos hemos acaso aspirado, y osamos confesarlo humildemente ante todos, con desmesurada pasión, a la soberanía del pontificado, y hemos recorrido para lograrla todos los caminos que haya podido ofrecernos la industria humana; pero hemos obrado así jurándonos que, una vez

conseguido nuestro objetivo, no seguiríamos otro camino que el que conduce al mejor servicio de Dios y a la más grande exaltación de la Santa Sede, a fin de que la gloriosa memoria de los bienes que procuremos disipe el vergonzoso recuerdo de los males que hemos hecho. Esperamos abrir a nuestros sucesores una senda donde, si no descubren los vestigios de un santo, puedan al menos seguir los pasos de un pontífice. El Todopoderoso, que nos ha secundado en los medios, nos reclama los frutos, y estamos dispuestos a satisfacer plenamente esa gran deuda que hemos contraído con él; motivo por el cual no queremos despertar con nuestros fraudes los rigores de su justicia. Sólo existe un impedimento que pueda oponerse a nuestras buenas intenciones: interesarnos en demasía por vuestra fortuna. Así que nos hemos protegido de antemano contra nuestro amor, y hemos rezado a Dios para que nos auxilie y no nos deje caer en ese error con vos; ya que, en la senda del favoritismo, un pontífice no puede resbalar sin caer, ni puede caer sin menoscabar el honor de la Santa Sede. Lloraremos hasta el final de nuestra vida las faltas a las que debemos la experiencia de esta verdad; y quiera Dios que el feliz recuerdo de Calixto nuestro tío no lleve hoy al purgatorio el peso de nuestros pecados más aún que el de los suyos. Él era un hombre virtuoso, lleno de buenas intenciones, pero amaba demasiado a los suyos, y particularmente a nos; de forma que, dejándose llevar ciegamente por ese amor, y por él sentía hacia sus padres, acumuló en pocas personas, acaso las menos dignas, los beneficios con que debía recompensar los méritos de un gran número. En efecto, entregó a nuestra familia aquellos tesoros que nunca debiera haber amasado a expensas de los pobres, o que hubiera podido invertir mejor. Desmembró del Estado eclesiástico, ya débil y reducido, el ducado de Spoleto, y otras ricas posesiones, a fin de procurarnos feudos; confió a nuestra debilidad la vicecancillería, la viceprefectura de Roma, el generalato de la Iglesia y otros cargos muy considerables, que, en lugar de haberlos monopolizado nosotros, debían conferirse a aquellos cuyos méritos los hacían merecedores. Hubo algunos entonces que, bajo nuestra recomendación, fueron elevados a supremas dignidades, sin otro mérito que la protección demasiado parcial que nos les acordábamos; otros, en cambio, fueron excluidos sin más razón que la envidia que nos inspiraba su merecimiento. Para despojar a Fernando de Aragón del reino de Nápoles, provocó una terrible guerra, cuyo feliz objetivo no era sino aumentar nuestra fortuna, y cuyo funesto final no podía acarrear más que vergüenza y perjuicio a la Santa Sede. En fin, dejándose gobernar por aquellos que favorecían sus intereses personales en detrimento del bienestar público, perjudicó notablemente no sólo el trono pontificio y a su renombre, sino también, lo cual es mucho peor, su conciencia. Y, sin embargo, ¡oh sabiduría de los juicios divinos! por mucha fuerza y constancia que hubiera empleado para establecer nuestra fortuna, apenas hubo abandonado el supremo puesto que nos ocupamos hoy, nos vimos derribados de la cúspide a la que habíamos ascendido, y él fue expuesto a la furia popular y al odio vengativo de los barones romanos, que se creían ofendidos por nuestra magnánima parcialidad para con sus enemigos. De modo que, no sólo, como hemos dicho, César,

tuvimos que caer de la cima de nuestra grandeza, y de aquellos bienes y dignidades que nuestro tío nos había facilitado, sino aún, para conservar la vida, condenarnos — tanto nos como nuestros amigos— a un destierro voluntario, gracias al cual logramos zafarnos de la tempestad que nuestra excesiva fortuna había desencadenado. Esto fue para nos una prueba evidente de que, sabiendo Dios burlar los designios de los hombres cuando son injustos, es un enorme error de los pontífices consagrarse al bien de una familia que sólo puede durar unos años, antes que a la gloria de la Iglesia, que es eterna, y que cometen locura los políticos que, poseyendo el mando de un dominio no hereditario ni para ellos ni para sus sucesores, cimientan el edificio de su grandeza en unas bases que nada tienen que ver con las altas virtudes que benefician a la mayoría; y creen asegurar las duración de su fortuna por otros medios que los que contienen aquellos imprevistos torbellinos que, elevándose entre la calma, pueden provocar una tempestad, es decir, crearles un cúmulo de enemigos, de los cuales uno solo obrando con tenacidad, les causaría más percances que las ventajas que puedan aportarles las engañosas demostraciones de cien amigos.

Si vos y vuestros hermanos camináis por la loable senda que os indicamos, no concebiréis un deseo que no sea al instante satisfecho; pero si optáis por el camino contrario, si esperáis que nuestro afecto sea complaciente con vuestros desórdenes, pronto se os demostrará que somos pontífice para la Iglesia y no para la familia, y que, como vicario de Cristo, queremos hacer lo que sea mejor para el bien de la cristiandad, pero no lo que hayáis imaginado para vuestro exclusivo beneficio; y, bajo estas condiciones, recibid nuestra bendición pontifical.

Tras estas palabras, Alejandro VI se levantó, impuso las manos en su hijo, aún arrodillado, y se retiró a sus aposentos sin invitarlo a que lo siguiese.

El joven se quedó estupefacto con el discurso, que fue inesperado para él y destruyó de golpe sus más caras esperanzas. Así que se levantó con torpeza y, tambaleándose como un borracho, salió enseguida del Vaticano, y acudió a casa de su madre, en quien al principio no había pensado, y en la cual se refugiaba en su abandono. Vanozza poseía todos los vicios y virtudes de una cortesana española: devota de la virgen hasta la superstición, tierna con sus hijos hasta la debilidad, complaciente con Rodrigo hasta el exceso; pero confiada en su fuero interno en la fuerza de un poder que ejercía desde hacía casi treinta años, y convencida, igual que la serpiente, de conmover con sus ruegos cuando no podía fascinar con sus miradas. Conocía muy bien la profunda hipocresía de su anciano amante, así que no le resultó difícil tranquilizar a César.

Lucrecia estaba con ella cuando César llegó; ambos jóvenes intercambiaron un incestuoso beso ante los ojos de su madre; y, antes de retirarse, César se dio cita para esa misma noche con Lucrecia que, separada de su marido, a quien Rodrigo pagaba una pensión, vivía libre en su palacio de la Via del Pellegrino, situado frente al Campo dei Fiori.

Por la noche, César llegó a la hora convenida a casa de Lucrecia; pero allí

encontró a su hermano Francisco. Ambos nunca habían simpatizado. No obstante, siendo tan distintos en su interior, el odio en Francisco era como el instintivo temor que el gamo siente hacia el cazador; mientras que César lo manifestaba con la sed de venganza y el deseo de sangre que anida en el corazón del tigre. Aun así, los hermanos se abrazaron, uno por benevolencia y el otro por hipocresía; pero, al reconocerse, aquel sentimiento de su doble rivalidad en los favores de su padre y de su hermana, ruborizó a Francisco y empalideció a César. Ambos tomaron asiento con la firme decisión de no salir de allí uno sin otro, cuando llamaron a la puerta y anunciaron la llegada de un rival ante quien ambos debían retirarse: era su padre.

No sin razón Vanozza había tranquilizado a César. En efecto, aunque Alejandro VI se había encolerizado contra los abusos de la familia, ya había entendido el partido político que podía sacar de sus hijos e hija; sabía que para todo podía contar, sino con Francisco y Jofré, al menos con Lucrecia y César. Porque, en ese sentido, la hermana era la viva imagen del hermano. Libertina por imaginación, impía por temperamento, ambiciosa por cálculo, Lucrecia sentía una ávida necesidad de placeres, de lisonjas, de honores, de oro, de pedrería, telas sedosas y magníficos palacios. Española bajo su rubia cabellera, cortesana bajo su cándido aspecto, tenía la cabeza de una *madonna* de Rafael y el corazón de Mesalina; Rodrigo la amaba como hija y como amante, y veía que en ella se reflejaban, como si se tratara de un espejo mágico, todas sus pasiones y vicios. Lucrecia y César eran, pues, los preferidos de Rodrigo y formaban la diabólica trinidad que ocupó durante once años el trono pontifical, como una sacrílega parodia de la trinidad celeste.

En efecto, nada desmintió al inicio los principios emitidos por Alejandro en el discurso que le había hecho a César, y al primer año de su pontificado superó las expectativas que se habían formado los romanos cuando fue elegido. Abasteció los graneros públicos con tanta munificencia que, desde la creación del mundo, no se había gozado de tan maravillosa abundancia; y, a fin de que el bienestar llegase hasta la plebe, se repartieron numerosas limosnas, provenientes de su fortuna personal, que permitieron que hasta los pobres participaran de aquel banquete general, del cual durante tanto tiempo habían sido excluidos. En cuanto a la seguridad de la ciudad, se había restablecido desde los primeros días de su advenimiento a la tiara por medio de una policía firme y vigilante y un tribunal compuesto por cuatro doctores de irreprochable reputación, encargados de perseguir todos los crímenes nocturnos tan comunes en el pontificado anterior, que por su número se aseguraban la impunidad y, desde sus primeros juicios, dieron muestras de una severidad que ni el rango ni la fortuna de los culpables pudieron atenuar. Suponía esto un contraste tan grande con la corrupción del reinado precedente —durante el cual el vicecamarero contestaba públicamente a aquellos que le reprochaban la venalidad de la justicia: *Dios no quiere la muerte del pecador, sino que viva y pague*— que la capital del mundo cristiano creyó, por un momento, haber vuelto a un glorioso pontificado. Al cabo de un año de reinado, Alejandro VI ya había reconquistado el crédito espiritual perdido por sus

predecesores. Pero, para llevar a cabo la primera parte de su gigantesco plan, aún le faltaba restablecer su crédito político. Disponía, para conseguirlo, de dos vías: las alianzas o las conquistas. El gentilhomme aragonés desposado con Lucrecia cuando no era más que la hija del cardenal Rodrigo Borgia no era un hombre lo bastante poderoso ni por su nacimiento, ni por su fortuna, ni por su genio, como para entrar con cierta influencia en los planes del papa Alejandro VI: la separación pasó, pues, a divorcio, y Lucrecia Borgia fue de nuevo libre para contraer segundas nupcias.

Alejandro VI entabló dos negociaciones al mismo tiempo; necesitaba un aliado que pudiera velar en su lugar por la política de los Estados que lo rodeaban. Giovanni Sforza, nieto de Alessandro Sforza, hermano del gran Francesco I, duque de Milán, era dueño de Pesaro; le convenía, pues, maravillosamente el emplazamiento topográfico de este punto, situado a orillas del mar, entre Florencia y Venecia; como los intereses de ambas partes eran los mismos, Giovanni Sforza no tardó en convertirse en el segundo esposo de Lucrecia.

Al mismo tiempo, había propuesto a Alfonso de Aragón —presunto heredero de la corona de Nápoles— un enlace entre doña Sancha, su hija natural, y Jofré, tercer hijo del papa; pero, como el viejo Fernando quería extraer el mejor partido de dicho enlace, demoró las negociaciones objetando que los dos niños aún no eran núbiles, y que, por consiguiente, a pesar de lo mucho que debía honrarle semejante unión, nada le obligaba a acelerar los esponsales. Así quedaron las cosas, para gran descontento de Alejandro VI, que no se equivocó en considerar la postergación y se tomó la derrota como lo que realmente era: un rechazo. Jugadores políticos de igual poder, Alejandro y Fernando quedaron, pues, en la misma situación que antes; es decir, a la espera de que los acontecimientos decidieran en favor de uno u otro. La fortuna fue para Alejandro.



Italia, aunque tranquila, notaba instintivamente que aquella calma no era sino el letargo que precede a la tempestad. Era demasiado rica y dichosa como para no ser la envidia del resto de naciones. En efecto, la negligencia y envidia de la república florentina aún no habían convertido en un pantano las llanuras de Pisa; las guerras de los Colonna y los Orsini todavía no habían transformado las ricas campiñas de Roma en un inculto desierto, ni el marqués de Marignan había arrasado, en la sola república de Siena, ciento veinte pueblos; en fin, la *maremma* era ya insalubre pero no aún mortal. Flavio Blondo, haciendo en 1450 su descripción de Ostia, que no cuenta hoy día más que treinta habitantes, se contenta con decir que era menos floreciente que en el tiempo de los romanos, época en que contaba cincuenta mil.

Los campesinos italianos eran quizás los más felices del mundo: en lugar de vivir diseminados en los campos y aislados los unos de los otros, habitaban en aldeas

amuralladas que protegían sus cosechas, su ganado y sus herramientas; sus casas, al menos las que existen aún de aquella época, son la prueba de que vivían con más comodidades, arte y gusto de los que gozan hoy día los burgueses de nuestras ciudades. Esta reunión de intereses comunes, esta aglomeración de individuos en pueblos fortificados, les había procurado poco a poco una importancia que no tenían ni los patanes de Francia ni los siervos de Alemania; tenían armas, un tesoro común, magistrados elegidos, y si alguna vez combatían era para defender su patria.

De hecho, el comercio no era menos floreciente que la agricultura; en aquella época, Italia estaba plagada de fábricas en las que se trabajaba la seda, la lana, el cáñamo, la peletería, el alumbre, el azufre y el betún; los productos que no se producían llegaban a sus puertos desde el mar Negro, Egipto, España y Francia, y a menudo los remitían a los mismos lugares de donde habían venido, después de que el trabajo y la mano de obra doblaran su valor: los ricos aportaban su mercadería, los pobres su industria. Unos se aseguraban de encontrar siempre operarios y los otros de que no les faltara trabajo.

El arte tampoco se había quedado atrás: Dante, Giotto, Brunelleschi y Donatello habían muerto, pero Ariosto, Rafael, Bramante y Miguel Ángel acababan de nacer; Roma, Florencia y Nápoles habían heredado obras maestras de la antigüedad, y los manuscritos de Esquilo, Sófocles y Eurípides se habían unido —gracias a las conquistas de Mahomet II— a las estatuas de Xanthippa, Fidias y Praxíteles.

Así pues, los soberanos de Italia habían comprendido, contemplando las abundantes cosechas, los opulentos poblados, las florecientes fábricas y las magníficas iglesias, y comparándolos con los pueblos bárbaros, pobres y guerreros que los rodeaban, que un día u otro vendrían a ser para las demás naciones lo que América era a España, es decir, una vasta mina para explotar. Por consiguiente, a partir de 1480, Nápoles, Milán, Florencia y Ferrara firmaron una liga ofensiva y defensiva, dispuesta a hacer frente tanto a los enemigos interiores como exteriores, tanto peninsulares como ultramontanos. Ludovico Sforza, el más interesado en mantener esta liga, por ser el que más próximo estaba de Francia —que era de donde parecía amenazar la tempestad— descubrió en la elección del nuevo pontífice un medio no solamente de afianzar la alianza, sino de presentarla ante Europa con todo su poder y unidad.



Es costumbre que a cada nueva exaltación los Estados cristianos envíen a Roma una embajada solemne, para renovar en su nombre el voto de obediencia al Santo Padre. A Ludovico Sforza se le ocurrió la idea de reunir a los embajadores de las cuatro potencias a fin de que hiciesen su entrada en Roma el mismo día, encargando a uno solo de los enviados —el del rey de Nápoles, por ejemplo— tomar la palabra en

nombre de todos.

Pero, desgraciadamente, este plan no casaba con los magníficos proyectos de Pedro de Médicis. El orgulloso joven, que había sido nombrado embajador de la república florentina, había entrevistado en la misión que sus compatriotas le habían confiado un medio para hacer brillar su fausto y ostentar sus riquezas. Desde el día de su nominación, su palacio estaba constantemente repleto de sastres, joyeros y comerciantes de telas: había encargado que le hicieran espléndidos vestidos, recamados de piedras preciosas, que había conseguido del tesoro de su familia. Todas sus joyas, acaso las más ricas de Italia, estaban diseminadas en las vestiduras de sus pajes, y uno de ellos —su favorito— lucía un collar de perlas valorado en cien mil ducados, es decir, casi un millón de nuestra moneda actual. El obispo de Arezzo, Gentile que había sido profesor de Lorenzo de Médicis, era el segundo embajador nombrado y tenía que ser portavoz; ya tenía preparado su discurso, y confiaba tanto en su elocuencia para deleitar a los oyentes como Pedro de Médicis en su riqueza para encandilarlos. No obstante, la elocuencia de Gentile no produciría efecto si el enviado del rey de Nápoles ejercía de portavoz, y la magnificencia de Pedro de Médicis pasaría desapercibida si tenía que entrar en Roma junto con el resto de embajadores. Estos dos grandes intereses, comprometidos por la posición del duque de Milán, cambiaron toda la faz de Italia.

Fernando ya había mostrado su conformidad con el plan que Ludovico Sforza había trazado cuando, de repente, a instancias de Médicis, el anciano rey retiró su palabra. Sforza quiso averiguar el origen de semejante cambio y supo que la influencia que había vencido a la suya era la de Pedro. Como no podía darse cuenta de los motivos reales que habían dictado dicha oposición, sospechó que se trataba de una confabulación secreta en su contra, y atribuyó el cambio de política a la muerte de Lorenzo de Médicis. Comoquiera que fuese, esa causa le era muy perjudicial: Florencia, antigua aliada de Milán, lo abandonaba para unirse a Nápoles. Entonces decidió arrojar un contrapeso a la balanza y, revelándole a Alejandro la política de Pedro y Fernando, le propuso una liga ofensiva y defensiva que incluía la república de Venecia; al mismo tiempo, el duque Hércules III de Ferrara se vería obligado a pronunciarse por una u otra de las dos alianzas. Alejandro VI, ofendido por la conducta de Fernando, aceptó la propuesta de Ludovico Sforza y, el 22 de abril de 1493, se firmó el acta de confederación por la cual los nuevos aliados se comprometían, a fin de mantener la paz pública, a formar un ejército de veinte mil caballos y diez mil infantes.

No sin cierto temor vio Fernando formarse esta liga; pero creyó descubrir un medio para neutralizar sus efectos despojando a Ludovico Sforza de su poder que, sin ser aún usurpado, se prolongaba ya más allá del término que debiera haber tenido; puesto que, a pesar de que el joven Galeazzo, su yerno, ya había cumplido los veintidós años, Ludovico Sforza seguía en posesión de la regencia. Por consiguiente, invitó al duque de Milán a entregar el soberano poder a su sobrino, so pena de ser

declarado usurpador.

El golpe era terrible: pero el peligro era que Ludovicco Sforza acabara haciendo una de aquellas combinaciones políticas que le eran tan familiares y en que jamás retrocedía, por muy peligrosas que fueran, Y, efectivamente, eso fue lo que ocurrió. Como Sforza estaba preocupado por la posesión de su ducado, decidió amenazar a Fernando en la de su reino.

No le resultó nada difícil: conocía las belicosas disposiciones de Carlos VIII y sabía las pretensiones que la casa de Francia tenía con respecto al reino de Nápoles. Envió a dos embajadores para invitar al joven rey a que reclamase los derechos de la casa de Anjou usurpados por la de Aragón; y, para obligarlo mejor a tan azarosa y lejana empresa, le ofreció paso libre por sus propios Estados.

Con el conocido carácter de Carlos VIII, semejante propuesta no podía dejar de ser aceptada: en efecto, veía un maravilloso horizonte abrirse ante él como por encanto; lo que Ludovico Sforza le ofrecía era el dominio del Mediterráneo, era el protectorado de toda Italia; era un paso libre por Nápoles y Venecia, un camino abierto que podía conducirlo a la conquista de Turquía o de Tierra Santa, según quisiese vengar los desastres de Nicópolis o de Mansurah. La proposición fue muy bien acogida y, con el conde Carlo de Belgioioso y el conde de Cajazzo como intermediarios de Ludovico Sforza y el obispo de Saint-Malo y el senescal de Beaucaire de Carlos VIII, se firmó una alianza secreta en la cual se acordó:

Que el rey de Francia intentaría conquistar el reino de Nápoles;

Que el duque de Milán facilitaría al rey de Francia el paso franco por sus estados y lo acompañaría con quinientas lanzas;

Que el duque de Milán permitiría al rey de Francia armar en Génova tantos buques como le fueran necesarios;

Por último, que el duque de Milán le prestaría al rey de Francia doscientos mil ducados pagaderos al momento de su partida.

Por su parte, Carlos VIII se comprometió:

A defender la autoridad personal de Ludovico Sforza sobre el ducado de Milán contra quienquiera que intentara desposeerle;

A dejar en Asti, ciudad perteneciente al duque de Orleans por herencia de su abuela Valentina Visconti, doscientas lanzas francesas siempre dispuestas a auxiliar la casa Sforza;

Por último, a cederle a su aliado el principado de Tarento después de la conquista de Nápoles.

Apenas se cerró el trato, Carlos VIII, que ya se hacía ilusiones con los beneficios, intentó vencer todos los obstáculos que podían impedir o retrasar su expedición. Esta precaución era necesaria porque sus relaciones con las grandes potencias estaban muy lejos de ser tales como él hubiera deseado.



En efecto, Enrique VII había desembarcado en Calais con un formidable ejército y amenazaba Francia con una nueva invasión.

Fernando e Isabel, reyes de España, habían, sino contribuido a la caída de la casa de Anjou, al menos sostenido la de Aragón con su dinero y sus tropas.

Finalmente, la guerra con el rey de los romanos se había encarnizado desde que Carlos VIII había devuelto a Margarita de Borgoña a su padre Maximiliano y él había contraído matrimonio con Ana de Bretaña.

Por el tratado de Étapes, del 3 de noviembre de 1492, Enrique VII se separó de su alianza con el rey de los romanos y se comprometió a suspender sus conquistas.

A Carlos VIII le costó setecientos cuarenta y cinco mil escudos de oro y el reintegro de los gastos de la guerra de Bretaña.

Por el tratado de Barcelona, de fecha 19 de enero de 1493, Fernando el Católico e Isabel se comprometieron a negarle auxilio a su primo Fernando de Nápoles y a no oponerse a los proyectos de la corte de Francia en Italia.

Esto le costó a Carlos VIII Perpiñán, el condado del Rosellón y la Cerdaña, que Juan de Aragón le había dado como garantía a Luis XI por la suma de trescientos mil ducados y éste no había querido restituírsela en la época acordada contra la devolución de dicha suma, ya que el viejo y astuto rey conocía muy bien la importancia de aquel paso libre en los Pirineos, que en caso de guerra podría obstruir.

Finalmente, por el tratado de Senlis, con fecha de 23 de mayo de 1493, Maximiliano se dignó perdonar a Francia la afrenta que había recibido de su rey.

A Carlos VIII le costó los condados de Borgoña, Artois, Charolais y la señoría de Noyers, que había recibido en dote de Margarita, más las ciudades de Aire, Hesdin y Béthune, que prometió entregar a Felipe de Austria el día que fuera mayor de edad.

Estos fueron los sacrificios que tuvo que hacer el joven rey para comprar la paz con todos sus vecinos y poder emprender el proyecto que Sforza le había propuesto, sugerido —como hemos dicho— por la negativa de acceder a su plan de diputación, negativa inspirada por el deseo que tenía Pedro de Médicis de ostentar sus magníficas pedrerías, y Gentile de pronunciar su discurso.

Así pues, la vanidad de un profesor y el orgullo de un estudiante iban a sacudir el mundo desde el golfo de Tarento hasta los montes Pirineos.



Alejandro VI, situado en el centro de este vasto terremoto, cuyas primeras sacudidas todavía no se sentían en Italia, había aprovechado la instintiva preocupación de la gente para desmentir el famoso discurso que hemos reportado, y había hecho cardenal a Juan Borgia, su sobrino, que en el precedente pontificado había sido nombrado arzobispo de Montreal y gobernador de Roma. Esta promoción fue llevada a cabo sin protesta alguna, dados los antecedentes de aquél en quien

recaía, pero fue una especie de tanteo de Alejandro VI, que, como tuvo éxito se vio obligado a darle a César Borgia el arzobispado de Valencia, que él mismo había poseído antes de su elevación al pontificado. Pero en este caso la dificultad vino por parte de César. El ardiente joven, que poseía todos los instintos y vicios de un capitán de los condotieros, odiaba imponerse la sola apariencia de las virtudes de un hombre de la Iglesia; pero como sabía, por su mismo padre, que las altas dignidades seculares estaban reservadas a su hermano mayor, decidió aceptar lo que le daban, por miedo a no obtener otra cosa. Así que su odio hacia Francisco aumentó ya que, a partir de entonces, era su doble rival, en amor y en ambición.

Alejandro vio, de repente y cuando menos lo esperaba, llegar ante su presencia al viejo rey Fernando. El papa era un político muy hábil como para acoger su regreso sin conocer antes las causas: pronto supo lo que se tramaba en la corte de Francia contra el rey de Nápoles y lo entendió todo.

Entonces decidió imponer las siguientes condiciones.

Pidió que se llevara a efecto el matrimonio entre Jofré, su tercer hijo, y doña Sancha, la hija natural de Alfonso.

Pidió que entregase en dote a su esposo el principado de Esquilache y el condado de Cariati, con diez mil ducados de renta y el cargo de protonotario, que era uno de los siete grandes oficios de la corona, independientes de la autoridad real.

Pidió que se concediese a su primogénito, a quien Fernando el Católico acababa de nombrar duque de Gandía, el principado de Tricarico, los condados de Chiaramonte, Lauria y Carinola, con doce mil ducados de renta y el primero de los siete grandes oficios que quedara vacante.

Pidió que Virginio Orsini, su embajador ante la corte de Nápoles, obtuviese el tercero de los grandes oficios, que era el de condestable, es decir, el más eminente de todos.

Por último, pidió que Julián della Rovere, uno de los cinco cardenales que habían protestado contra su elección, y que ya se había fortificado en Ostia —donde la encina que le había dado su nombre y formaba su blasón todavía sigue esculpida en todos los muros— fuese expulsado de la ciudad y ésta le fuese entregada.

Todo lo que Alejandro VI pidió le fue acordado.

A cambio, únicamente se comprometió a no despojar a la casa de Aragón de la investidura del reino de Nápoles, que sus predecesores le habían legado. Era pagar muy cara una simple promesa; pero de aquella promesa, si se mantenía, dependía la legitimidad del poder de Fernando, puesto que el reinado de Nápoles era un feudo de la Santa Sede y sólo el papa tiene el derecho de decidir sobre la justicia de las pretensiones de cada competidor. Así pues, conservar esta investidura era lo más importante para la casa de Aragón, en el momento en que la de Anjou se levantaba a mano armada para desposeerla.

De modo que, apenas terminado el primer año de su pontificado, Alejandro VI había recorrido, como hemos visto, un largo camino para ampliar su poder temporal.

Aunque es cierto que, personalmente, poseía el menos vasto de los territorios italianos; por el enlace de su hija Lucrecia con el señor de Pesaro, tendía una mano hasta Venecia; mientras que por el casamiento del príncipe de Esquilache con doña Sancha y las concesiones territoriales hechas al duque de Gandía, tocaba con la otra la extremidad de Calabria.

Una vez firmado tan ventajoso tratado, como César se lamentaba de verse siempre olvidado en la distribución de los favores paternos, lo nombró cardenal de Santa Maria Novella.

Pero, dado que no existía hasta entonces ningún ejemplo en la Iglesia de que un bastardo hubiera vestido la púrpura, el papa buscó a cuatro falsos testigos, que declararon que César era el hijo del conde de Castilla: ese hombre tanpreciado era, como sabemos, Don Manuel Melchiori, quien desempeñó con tanta gravedad el papel de padre como había fingido el de esposo.

La boda de los dos bastardos se celebró con todo el esplendor y el fausto de la doble dignidad real y eclesiástica; como el papa había logrado que los dos nuevos esposos habitasen con él, el cardenal César Borgia se había encargado de arreglar la pompa de su entrada y recepción en Roma, a cuya celebración Lucrecia, que gozaba con su padre de una inaudita protección en la corte de los papas, quería dar todo el realce que fuese posible. Así que mientras uno fue a recibir a los jóvenes con una rica y magnífica comitiva de señores y cardenales, la otra los esperaba con las más bellas y nobles damas romanas en una sala del Vaticano. Había allí un trono preparado para el papa y a sus pies cojines para Lucrecia y doña Sancha; de modo que, según Tommaso Tommasi, a juzgar por el aspecto de dicha asamblea y por la conversación que hubo durante unas horas, se podría haber creído más bien asistir a la magnífica y voluptuosa audiencia de algún rey de la antigua Asiria que al severo consistorio de un pontífice romano, que debe infundir en todos sus actos el mayor respeto por la santidad que representa. Pero, según el mismo historiador, si la vigilia de Pentecostés transcurrió con tan dignas funciones, las ceremonias con que al día siguiente se celebró la llegada del Espíritu Santo no fueron menos decentes y menos contrarias al espíritu de la Iglesia; he aquí lo que relató al respecto el maestro de ceremonias en su diario:

«El papa llegó a la basílica de los Santos Apóstoles y junto a él se sentaron sobre el atril de mármol donde los canónigos de San Pedro suelen cantar la epístola y el Evangelio, Lucrecia, su hija, y Sancha, su nuera, y a su alrededor, con gran deshonra para la Iglesia y para mayor escándalo del pueblo, numerosas damas romanas mucho más dignas de habitar la corte de Mesalina que la ciudad de san Pedro.»

En Roma y Nápoles los habitantes dormitaban a la espera de una próxima ruina, mientras los soberanos perdían el tiempo y consumían el oro en aras de la vanidad; pero, entretanto, los franceses, bien despiertos, agitaban ya las antorchas con las que debían incendiar Italia.

En efecto, nadie dudaba de las conquistadoras intenciones de Carlos VIII. El

joven rey había enviado a los diferentes Estados de Italia una embajada compuesta por Perron de Baschi, Briçonnet, d'Aubigny y el presidente del parlamento de Provenza. Su misión era pedir a los príncipes italianos su cooperación para que la casa de Anjou recobrase sus derechos sobre la corona de Nápoles.

La embajada se dirigió primero a los venecianos, a quienes les pidió ayuda y consejo para su monarca. Pero, fieles a su sistema político que les había valido el sobrenombre de judíos de la cristiandad, los venecianos respondieron que no podían prometer su cooperación al joven rey, puesto que debían estar siempre en guardia contra los turcos, y que sería para ellos una presunción muy grande darle consejo a un príncipe rodeado de tan experimentados generales y tan sabios ministros.

No habiendo Perron de Baschi podido obtener otra respuesta, se dirigió a Florencia. Allí le esperaba Pedro de Médicis en pleno consejo; pues había reunido para esta solemnidad no solamente a los setenta sino también a todos los confalonieros que habían ocupado la señoría durante los treinta y cuatro últimos años. El embajador francés expuso su petición: que la república florentina le diera libre paso al ejército francés por sus Estados y se comprometiera, a cambio de dinero, a proporcionarle los víveres y el forraje necesarios. La magnífica república respondió que si Carlos VIII marchaba contra los turcos en lugar de hacerlo contra Fernando, le concedería gustosa todo lo que pidiese; pero que estando comprometida con la casa de Aragón por un tratado de alianza, no podía traicionarla acordando al rey de Francia semejante petición.

Entonces los embajadores se dirigieron a Siena. Asustada por el honor que se le hacía al pensar en ella, la pobre república respondió que su deseo era conservar una exacta neutralidad, y que era demasiado débil como para declararse en favor o contra semejantes rivales, por lo que, naturalmente, se vería obligada a inclinarse por el partido más poderoso. Con esta respuesta, que tenía al menos el mérito de la franqueza, los enviados franceses se encaminaron a Roma e introducidos ante el papa le pidieron para su rey la investidura del reino de Nápoles.

Alejandro VI respondió que, al habérsela concedido sus predecesores a los príncipes de la casa de Aragón, él no podía quitársela sin un juicio que demostrara que la casa de Anjou tenía mayor derecho que la que se pretendía desposeer. Luego le recordó a Perron de Baschi que, siendo Nápoles un feudo de la Santa Sede, únicamente el papa podía elegir a su soberano, y que, por consiguiente, atacar al que entonces gobernaba era atacar la misma Iglesia.

El resultado de la embajada no parecía, como hemos visto, serle de ayuda a Carlos VIII; entonces resolvió contar únicamente con su aliado Ludovico Sforza y dejar el resto de cuestiones a la fortuna de sus armas.

En esos días recibió una noticia que lo afirmó en su resolución: lo informaron de la muerte de Fernando. El viejo rey, volviendo de la caza, había sido atacado por una tos catarral que en dos días lo puso a las puertas de la muerte. Feneció en fin el 25 de enero de 1494, a la edad de setenta años, tras un reinado de treinta y seis años,

dejando el trono a Alfonso, su primogénito, que inmediatamente fue nombrado sucesor.

Fernando no había desmentido su título de dichoso. Acababa de abandonar el mundo justo cuando la fortuna iba a cambiar para su familia.

El nuevo rey, Alfonso, no era un principiante en asuntos de armas: ya había vencido a florentinos y venecianos y expulsado a los turcos de Otranto; pasaba por un hombre sutil como su padre en la tortuosa política tan en uso entonces en las cortes de Italia; de manera que no perdió la esperanza de unir a sus aliados el mismo enemigo con quien él estaba en guerra, desde el momento en que las primeras pretensiones de Carlos VIII lo amenazasen: hablamos de Bajazet II.

Así que envió a este príncipe a Camillo Pandone, uno de sus ministros de confianza, para mostrarle al emperador de los turcos que la expedición de Italia no era más que un pretexto del rey de Francia para aproximarse a las conquistas mahometanas, y que una vez llegado al Adriático, Carlos VIII sólo tardaría uno o dos días de travesía para alcanzar Macedonia, de donde podría por tierra marchar a Constantinopla. Así pues, para sostener sus intereses comunes, pidió a Bajazet seis mil caballos y otros tantos infantes, comprometiéndose a pagarles un sueldo mientras estuviesen en Italia. Pandone debía reunirse en Tarento con Giorgio Bucciarda, el enviado de Alejandro VI, que estaba encargado en su nombre de pedir auxilio a los turcos contra los cristianos. No obstante, mientras esperaba la respuesta de Bajazet, que podía tardar varios meses, Alfonso pidió reunirse con Pedro de Médicis y el papa para tratar los asuntos urgentes. La cita se fijó en Vicovaro, cerca de Tívoli, y las tres partes interesadas se reunieron el día convenido.

Al salir de Nápoles, Alfonso ya había establecido las funciones de sus tropas marítimas y le había asignado a su hermano Federico el mando de una flota de treinta y cinco galeras, dieciocho navíos y doce pequeñas naves con los que debía esperar y vigilar en Livorno la flota que Carlos VIII armaba en el puerto de Génova; el rey de Nápoles venía principalmente para acordar con sus aliados la marcha de las operaciones de las tropas de tierra. Tenía a su inmediata disposición, y sin contar el contingente que los aliados debían reportarle, cien batallones de caballería pesada, a veinte hombres por escuadrón, y tres mil ballesteros y caballos ligeros. Proponía, por consiguiente, avanzar inmediatamente a Lombardía, urdir una revolución en favor de su sobrino Galeazzo y echar a Ludovico Sforza de Milán, antes de que pudiese recibir auxilio de Francia; de modo que cuando Carlos VIII atravesase los Alpes, en vez de hallar un aliado que le había prometido facilitarle el paso, tropas y dinero, tendría que combatir a un enemigo.

Era a la vez una propuesta de gran político y de intrépido capitán; pero, como cada uno miraba por sus propios intereses y no por el bien común, Pedro de Médicis recibió este consejo con frialdad —porque ya se veía teniendo en la guerra la misma función que por poco se había visto obligado a desempeñar en la embajada—, y Alejandro VI lo rechazó porque se había propuesto emplear las tropas de Alfonso

para sí mismo. En efecto, le recordó al rey de Nápoles que una de las condiciones de la investidura que le había prometido era expulsar al cardenal Julián della Rovere de la ciudad de Ostia, y entregarle dicha ciudad, según estaba estipulado. Además, los favores que le habían valido a Virginio Orsini su embajada en Nápoles habían sublevado contra este favorito del papa a Próspero y Fabricio Colonna, que eran los dueños de casi todas las ciudades de los alrededores de Roma. El papa no podía vivir de este modo entre tan poderosos enemigos: lo más importante era librarse de unos y otros, teniendo en cuenta que lo primordial era tranquilizar al que era alma y cabeza de una liga en la que los demás eran sólo cuerpo y miembros.

Aunque Alfonso conocía a la perfección los motivos de indiferencia de Pedro de Médicis y Alejandro VI ni siquiera le dio la oportunidad de averiguar los suyos, tuvo que acceder a la voluntad de sus aliados, dejando al uno defender los Apeninos contra los franceses y ayudando al otro a deshacerse de sus vecinos romañeses. Así pues, aceleró el sitio de Ostia y dio a Virginio, que ya capitaneaba doscientos soldados del papa, una parte de su caballería ligera: este pequeño ejército debía estacionarse alrededor de Roma y mantener a los Colonna en la obediencia. Dividió al resto de sus tropas en dos partes: una la puso en manos de su hijo Fernando para que recorriera la Romaña e instigara a los pequeños príncipes a que formaran y cumplieran con el contingente que habían prometido, mientras que con el resto él iba a defender los desfiladeros de los Abruzos.

A las tres de la madrugada del 23 de abril, Alejandro VI se vio libre del primero y más implacable de sus enemigos: Julián della Rovere, viendo la imposibilidad de aguantar por más tiempo contra las tropas de Alfonso, subió a bordo de un bergantín que debía conducirlo a Savona.

Virginio Orsini dio comienzo desde este día a aquella famosa guerrilla que hizo de la campaña romana el más poético desierto que existió en el mundo entero.

Carlos VIII estaba en aquel entonces en Lyon, no sólo dudando del camino que debía emprender para penetrar en Italia, sino empezando a reflexionar sobre lo azaroso de semejante expedición. No había hallado simpatía alguna, salvo en Ludovico Sforza; de modo que le parecía muy probable que tendría que combatir no sólo por el reino de Nápoles, sino por toda Italia. Había gastado en los preparativos de guerra casi todo el dinero de que podía disponer; la dama de Beaujeu y el duque de Borbón condenaban su empresa; Briçonnet, que se la había aconsejado, ya no osaba apoyarla; al final, más irresoluto que nunca, Carlos VIII ya había dado contraorden a varios cuerpos de tropas que se habían puesto en marcha, cuando el cardenal Julián della Rovere, expulsado de Italia por el papa, llegó a Lyon y acudió ante el rey.

Se presentó el cardenal lleno de odio y esperanza y encontró a Carlos VIII a punto de abandonar el proyecto en el cual el enemigo de Alejandro VI basaba todas sus ansias de venganza. Le contó a Carlos VIII las divisiones de sus enemigos y se las mostró; cada uno había seguido sus intereses particulares: Pedro de Médicis entregado a su orgullo y el papa a la expansión de su familia. Le dijo que tenía flotas

armadas en los puertos de Villefranche, Marsella y Génova, cuyo armamento se perdería. Le recordó que había enviado de antemano a su gran escudero, Pedro de Urfé, para preparar espléndidos alojamientos en los palacios de los Spinola y los Doria. Por último, le comentó el ridículo que haría y lo vergonzoso que resultaría para él renunciar a tan blasonada empresa, para cuya ejecución se había visto obligado a hacer las paces de forma tan onerosa con Enrique VII, Maximiliano y Fernando el Católico. Julián della Rovere dio en el clavo apelando al orgullo del joven rey y Carlos VIII no vaciló ni un solo instante más. Mandó a su primo, el duque de Orleans, a hacerse con el mando de la flota francesa y dirigirse a Génova; envió un correo a Antonio de Bessay, barón de Tricastel, para que condujese a Asti a los dos mil hombres de infantería suiza que había levado en los cantones. Por último, partió él de Viena hacia el Delfinado el 23 de agosto de 1494, atravesó los Alpes por el monte Ginebra sin que un solo cuerpo de tropas se atreviese a disputarle el paso, y bajó al Piamonte y Monferrato, que en aquel entonces estaban gobernados por dos regentes, pues los príncipes Carlos Juan Aimé y Guillermo Juan, soberanos de esos dos principados, tenían seis años y ocho años respectivamente.

Los dos regentes se presentaron ante Carlos VIII, uno en Turín y otro en Casal, ambos a la cabeza de una brillante y numerosa corte, adornados de joyas y pedrerías. Aún sabiendo que ambos habían firmado un tratado con su enemigo Alfonso de Nápoles y, a pesar de sus amistosas demostraciones, Carlos VIII los trató con la mayor cortesía; y como ambos le pretextaban su amistad, les exigió como prueba que le prestasen los diamantes que los ornaban. Los regentes no pudieron dejar de obedecer a esta invitación que equivalía a una orden, así que se despojaron de sus collares, sortijas y pendientes. Carlos VIII les dio un recibo detallado y empeñó las joyas por veinticuatro mil ducados: luego, con este dinero, se puso en camino y se dirigió hacia Asti, cuya soberanía, como hemos dicho, había conservado el duque de Orleans, y donde se le juntaron Ludovico Sforza y su suegro el príncipe Hércules de Este, duque de Ferrara. Estos no sólo llevaban las tropas y el dinero prometidos, sino también una corte formada por las mujeres más bellas de Italia.

Los bailes, las fiestas y los torneos empezaron con una magnificencia que superaba todo lo que se había visto hasta el momento en Italia. Pero de repente fueron interrumpidos por una enfermedad del rey. Era la primera manifestación en Italia del contagio que Cristóbal Colón había traído del Nuevo Mundo, llamado por los italianos *mal francés* y por los franceses *mal italiano*. Lo más probable es que una parte de la tripulación de Cristóbal Colón, que era de Génova o sus alrededores, hubiese ya traído de América aquella cruel y extraña compensación de sus minas de oro.

No obstante, la indisposición del rey no llegó al grado de gravedad que se temió al principio. Curado al cabo de pocas semanas, se dirigió hacia Pavía, donde se estaba muriendo el joven duque Gian Galeazzo. El rey de Francia y él eran primos hermanos, hijos de dos hermanas de la casa de Saboya, así que Carlos VIII no podía

dejar de visitarlo. Se dirigió, pues, al castillo donde habitaba, más bien como prisionero que como señor. Lo encontró reclinado en una camilla, pálido y extenuado por el abuso de los deleites, decían unos, o por un veneno lento y mortal, según otros. Pero por muchas ganas que tuviera el joven de quejarse ante el rey, no osó pronunciarse ya que su tío Ludovico Sforza no se separó un instante del monarca. Sin embargo, justo cuando Carlos VIII se levantaba para irse, se abrió una puerta y apareció una joven que fue a prosternarse a los pies del rey: era la mujer del moribundo Gian Galeazzo, que acudía a suplicarle a su primo que no hiciera nada en contra de su padre Alfonso, ni de su hermano Fernando. Al verla, Sforza frunció el ceño, preocupado y amenazante, ya que ignoraba la impresión que produciría esta escena en su aliado; pero pronto se serenó. Carlos respondió que estaba ya muy adelantado para retroceder, y que estaban en juego la gloria de su nombre y el interés de su reino, motivos ambos demasiado importantes como para ser sacrificados al sentimiento de piedad que experimentaba, por muy profundo y real que fuera. La pobre mujer, habiendo empleado su último recurso y agotado su esperanza, se levantó y se arrojó sollozante a los brazos de su marido; Carlos VIII y Ludovico Sforza salieron: Gian Galeazzo estaba ya condenado.

Dos días después, Carlos VIII partió hacia Florencia acompañado de su aliado; pero apenas llegados a Parma, un mensajero acudió a anunciarle a Sforza la noticia de la muerte de su sobrino. Ludovico se excusó ante Carlos VIII y le manifestó su deseo de dejarle continuar su camino solo; pero los intereses que lo reclamaban en Milán eran tan importantes, decía, que no le era posible, en semejantes circunstancias, mantenerse alejado ni un solo día más. Efectivamente, debía recoger la sucesión de su víctima.

Carlos VIII siguió su camino no sin cierta inquietud. Ver al joven príncipe moribundo lo había conmovido profundamente ya que, en su fuero interno, tenía la firme convicción de que Ludovico Sforza era su asesino; y un asesino podía ser un traidor. Avanzaba por un país desconocido, teniendo enfrente a un enemigo declarado y detrás a un amigo dudoso; penetraban ya en las montañas y, como el ejército no estaba aprovisionado y vivía al día, cualquier parada forzosa acarrearía la hambruna. Divisaban Fivizzano, que no era, es verdad, más que una aldea amurallada; pero después de Fivizzano seguían Sarzane y Pietra Santa, que eran fortalezas consideradas inexpugnables. Además, entraban en un país malsano, sobre todo en octubre, que sólo produce aceite y consigue el trigo de las provincias vecinas; un lugar donde todo un ejército podía quedar en pocos días destruido más por la carestía y el mal aire que por los medios de resistencia que ofrece a cada paso el terreno. La situación era grave, pero el orgullo de Pedro de Médicis ayudó a la fortuna de Carlos VIII.





Como hemos dicho, Pedro de Médicis se había comprometido a obstruir a los franceses la entrada en Toscana; no obstante, cuando vio a su enemigo bajar de los Alpes, receloso de sus propias fuerzas, pidió auxilio al papa. Pero apenas se supo de la invasión ultramontana en la Romaña, los Colonna se declararon defensores del rey de Francia, y, reuniendo todas sus fuerzas, se apoderaron de Ostia, donde esperaban la flota francesa para facilitarle el paso a Roma. Entonces, en lugar de enviar el papa tropas a Florencia, se vio obligado a reunir las alrededor de su capital; así que le dijo a Pedro de Médicis que si Bajazet le enviaba las tropas que le había pedido, pondría ese ejército a su disposición. Pedro de Médicis todavía no había trazado ningún plan ni tomado ninguna decisión cuando se enteró al mismo tiempo de dos terribles acontecimientos. Un vecino celoso, el marqués de Tordinovo había indicado a los franceses el punto débil de Fivizzano, de suerte que estos la tomaron por asalto y pasaron a cuchillo a soldados y moradores. Por otro lado, Gilbert de Montpensier, que ocupaba la orilla del mar para que el ejército francés conservara las comunicaciones con su flota, había sorprendido un destacamento que Paolo Orsini enviaba a Sarzana para reforzar la guarnición, y después de una hora de combate lo había aniquilado. Ningún prisionero se había salvado, habían masacrado todo lo que habían encontrado.

Era la primera vez que los italianos, avezados a los combates caballerescos del siglo xv, se topaban con los terribles ultramontanos, quienes, menos civilizados, todavía no consideraban la guerra como un juego hábil, sino como una lucha mortal. La noticia de estas dos matanzas produjo mucho impacto en Florencia, la ciudad más rica, más comerciante y artística de Italia. Se imaginaron a los franceses como a un ejército de aquellos antiguos bárbaros que apagaban el fuego con la sangre, y todos recordaban los vaticinios de Savonarola, que había predicho la invasión ultramontana y la destrucción que debía seguirla; de modo que se produjo tal agitación que Pedro de Médicis decidió procurar la paz a toda costa, obligó a la república a enviar una embajada al vencedor y, resuelto a entregarse a sí mismo en manos del rey de los franceses, consiguió formar parte de dicha embajada. Así que salió de Florencia acompañado de cuatro mensajeros y, llegado a Pietra Santa, pidió un salvoconducto para sí solo. Al día siguiente, Briçonnet y de Piennes fueron a buscarlo y lo llevaron ante Carlos VIII.

A pesar de su fama e influencia, Pedro de Médicis no era para los franceses, que consideraban una deshonra ocuparse del arte o la industria, más que un rico mercader con quien era inútil mantener el decoro. Carlos VIII lo recibió a caballo y le preguntó con altivez, como haría un jefe con su súbdito, de dónde había sacado tanto orgullo para disputarle el paso a la Toscana. Pedro de Médicis le respondió que, con la venia del mismo Luis XI, su padre Lorenzo había firmado un tratado de alianza con Fernando de Nápoles y que por causa de esos compromisos se había visto obligado a obedecer; pero que, como no quería llevar más allá su abnegación por la casa de Aragón y su oposición a la de Francia, estaba dispuesto a hacer todo lo que Carlos VIII le exigiese. El rey, que no esperaba tanta humanidad por parte de su enemigo, le

pidió que le entregase Sarzana, a lo que Pedro de Médicis accedió al momento. Entonces, queriendo ver el vencedor hasta qué punto el embajador de la magnífica república induciría la deferencia, dijo que aquella concesión no le bastaba en modo alguno y que le faltaban todavía las llaves de Pietra Santa, Pisa, Librafatta y Livorno. Pedro de Médicis no halló más dificultad en esta condición que en la de Sarzana y acordó su consentimiento mediante la sola palabra que le dio Carlos VIII de restituírselas cuando hubiera concluido la conquista de Nápoles. Al comprobar el rey que el negociador enviado accedía con tanta facilidad, exigió como última condición, pero *sine qua non* de su real protección, que la magnífica república le prestara la suma de doscientos mil florines. Como Pedro disponía con la misma facilidad del tesoro que de las fortalezas, respondió que sus conciudadanos accederían gustosos a ayudar a su nuevo aliado. Entonces Carlos VIII le hizo montar un caballo y le ordenó marchar ante él a fin de dar comienzo a la ejecución de aquellas promesas con la entrega de las cuatro plazas fuertes que le había exigido. Pedro de Médicis obedeció y el ejército francés, conducido por el nieto de Cosme el Grande y el hijo de Lorenzo el Magnífico, siguió su marcha triunfal atravesando la Toscana.

Al llegar a Lucca, Pedro de Médicis supo que las concesiones que le había hecho al rey de Francia habían ocasionado en Florencia una conmoción terrible. La magnífica república había creído que Carlos VIII sólo exigiría el paso por su territorio; el descontento era, pues, general y aumentó al regreso de los demás embajadores, a quienes Pedro de Médicis ni siquiera había consultado para obrar de tal modo. Al considerar necesario regresar a Florencia, Pedro le pidió autorización a Carlos VIII de precederle hasta la capital. Como había cumplido sus acuerdos, menos el préstamo, y éste sólo podía negociarse en Florencia, el rey no le opuso inconveniente, y, la misma noche que dejó a las tropas, Pedro entró de incógnito en su palacio de la Via Larga.

Al día siguiente quiso presentarse a la Señoría, pero al llegar a la plaza del Palacio Viejo vio cómo se le acercaba el confaloniero Jacopo de Nerli, que le manifestó que era inútil que avanzara y le señaló a Luca Corsini, de pie ante la puerta, espada en mano y con dos guardias a sus espaldas con orden de disputarle el paso si insistía. Asombrado ante semejante oposición, que era la primera vez que se producía, Pedro de Médicis ni siquiera intentó combatirla. Se retiró a su casa y escribió a Paolo Orsini, su yerno, par que saliese a su encuentro con su guardia. Pero, para su desgracia, la carta fue interceptada; la Señoría vio en ella un intento de rebelión y solicitó la ayuda de los ciudadanos; estos se armaron a toda prisa, salieron en masa y se amontonaron en la plaza del Palacio. Al mismo tiempo, el cardenal Juan de Médicis, confiando en la protección de Orsini, recorría a caballo las calles de Florencia, seguido de sus servidores y lanzando su grito de guerra: «¡Palle, Palle!» Pero los tiempos habían cambiado, el grito ya no encontraba eco y, cuando el cardenal llegó a la calle de los Calzaioli, le respondieron tales murmullos que comprendió que en lugar de intentar sublevar Florencia, lo mejor que podía hacer era

salir antes de que la agitación llegara más lejos. Se retiró entonces a su palacio creyendo encontrar allí a Pedro y Julián, sus hermanos; pero estos acababan de huir por la puerta de San Gallo, protegidos por Orsini y sus guardias.

El peligro era inminente, así que Juan de Médicis quiso seguir su ejemplo; pero lo recibían con clamores cada vez más amenazadores por donde pasaba. Al final, viendo que el peligro aumentaba, bajó del caballo y entró en una casa que encontró abierta. Por suerte, la casa comunicaba con un convento de franciscanos; uno de los religiosos le prestó su hábito al fugitivo, y el cardenal, protegido por aquel humilde anonimato, logró por fin salir de Florencia y se reunió con sus dos hermanos en los Apeninos.

El mismo día los Médicis fueron declarados rebeldes y traidores y se enviaron embajadores al rey de Francia. Lo encontraron en Pisa restituyendo la libertad a aquella población que llevaba ochenta y siete años bajo el dominio de los florentinos. Carlos VIII no respondió a los mensajeros, únicamente les anunció que iba ponerse en camino hacia Florencia.

Semejante respuesta amedrentó, como se comprenderá, a la magnífica república. Florencia no tenía ni tiempo para preparar su defensa, ni fuerza para defenderse tal y como estaba. Aún así, cada casa con poder reunió a su alrededor a criados y vasallos, y, habiéndolos armado, esperó si no con la intención de empezar las hostilidades, al menos con la determinación de defenderse si los franceses atacaban. Se convino que, en caso de alarma general, las campanas de las diferentes iglesias de la ciudad tocarían a rebato y esa sería la señal para todos. Esta resolución era más terrible en Florencia que en cualquier otra ciudad. Los palacios que todavía quedan de aquella época son auténticas fortalezas, y los eternos combates de los güelfos y los gibelinos habían familiarizado a los toscanos con la guerra en las calles.

El 17 de noviembre por la noche, el rey se presentó en la puerta de San Friano; allí encontró a la nobleza florentina ataviada con majestuosas vestiduras, acompañada del clero que entonaba himnos y del pueblo, que, feliz ante cualquier vicisitud, esperaba recobrar la libertad por la caída de los Médicis. Carlos VIII se detuvo un instante ante una especie de baldaquino dorado que se le había preparado y respondió con evasivas a las palabras de bienvenida que le dirigía la Señoría; luego pidió su lanza, se la apoyó en el muslo y dio la orden de entrar en la ciudad. La atravesó con todo su ejército, que lo seguía con las armas en alto, y se dirigió al palacio de los Médicis que había sido preparado para él.

Al día siguiente, empezaron las negociaciones; pero estaban todos muy alejados de la realidad. Los florentinos habían recibido a Carlos VIII como un huésped y éste había entrado como un vencedor. Así que cuando los diputados de la Señoría hablaron de ratificar el tratado de Pedro de Médicis, el rey les contestó que dicho tratado ya no existía puesto que habían expulsado a su creador; que Florencia era su conquista, como lo había demostrado entrando en la ciudad la víspera con la lanza en mano, y se reservaba la soberanía para decidir de ella a su antojo; que les haría saber si restituiría a los Médicis o si delegaría la autoridad a la Señoría; por lo demás, iban

a tener que volver al día siguiente para que les entregara por escrito su ultimátum.

Esta respuesta sumió Florencia en la consternación, pero los florentinos se afirmaron aún más en su resolución de defensa. Por otra parte, la asombrosa población de la ciudad había sorprendido a Carlos VIII, ya que no sólo todas las calles por donde pasaba estaban abigarradas por la multitud sino también las casas, desde las azoteas hasta los respiraderos de los sótanos, parecían rebosar de gente. De hecho, merced a su aumento de población, Florencia podía contar con unos ciento cincuenta mil habitantes.

Al día siguiente a la hora convenida los diputados se presentaron ante el rey y, llegados frente a él, empezaron las discusiones. Como no podían entenderse, el secretario real, que estaba al pie del trono que ocupaba Carlos VIII, desplegó un papel y empezó a leer, artículo por artículo, las condiciones del rey de Francia. Pero, apenas a mitad de su lectura, retomaron las discusiones aún más acaloradas que antes, y Carlos VIII dijo que si no las respetaban haría sonar sus trompetas. Pietro Capponi, secretario de la República, llamado el Escipión de Florencia, le arrancó de las manos al secretario real la vergonzosa capitulación que proponía y la hizo pedazos:

—¡Muy bien, señor! —le dijo—. Mandad sonar vuestras trompetas; ¡nosotros haremos sonar nuestras campanas!

Arrojó los pedazos a la cara del estupefacto lector y salió precipitadamente de la estancia para dar la terrible orden que iba a hacer de Florencia un campo de batalla.

Sin embargo, contra todas las apariencias, aquella osada respuesta salvó la ciudad. Los franceses creyeron que para hablarles con semejante altanería, sobre todo a ellos que hasta entonces no habían encontrado ni un solo obstáculo, los florentinos debían de tener algún recurso, ignorado pero cierto; de modo que los pocos hombres prudentes que aún conservaban su influencia sobre el rey, le aconsejaron que rebajara sus pretensiones; en efecto, Carlos VIII presentó nuevas condiciones un tanto más razonables, que fueron aceptadas, firmadas por ambas partes y publicadas el 26 de noviembre durante la misa en la catedral de Santa Maria dei Fiori.

He aquí las condiciones del rey:

Que la Señoría pagase a Carlos VIII, en calidad de subsidio, la suma de ciento veinte mil florines en tres plazos.

Que la Señoría levantara el embargo sobre los bienes de los Médicis y abrogara el decreto que ponía precio a sus cabezas.

La Señoría se comprometería a perdonar a los pisanos sus ofensas y estos se someterían a la obediencia de los florentinos.

Por último, que la Señoría reconociese los derechos del duque de Milán en Sarzana y Pietra Santa y que, una vez reconocidos, fueran valorados y juzgados por árbitros.

A cambio, el rey de Francia se comprometía a restituir las fortalezas que le habían consignado cuando se hubiera apoderado de la ciudad de Nápoles y estuviese terminada aquella guerra, por una paz o por una tregua de dos años, o cuando por

alguna razón cualquiera hubiera abandonado Italia.

Dos días después de la proclamación, y para gran dicha de la Señoría, Carlos VIII salió de Florencia y se dirigió a Roma por el camino de Poggibonsi y Siena.

El pontífice participaba ya del terror general: le habían informado de las masacres de Fivizzano e Imola, sabía que Pedro de Médicis le había entregado a Carlos VIII las fortalezas de la Toscana, que Florencia se había rendido, y que Catalina Sforza había tratado con el vencedor; veía los restos de las tropas napolitanas atravesar Roma para reunirse en los Abruzos, de suerte que se hallaba descubierto frente a un enemigo que lo acometía, teniendo toda la Romaña de uno a otro mar y marchando en línea recta desde Piombino hasta Ancona.

Fue en aquel momento que Alejandro VI recibió la respuesta de Bajazet: había tardado tanto porque el enviado pontificio y el embajador napolitano habían sido detenidos por Juan della Rovere, hermano del cardenal Julián, justo cuando llegaban a Sinigaglia. Llevaban consigo una respuesta verbal: el sultán estaba en aquellos tiempos preocupado por una triple guerra, con el Soldán de Egipto, con el rey de Hungría y con los griegos de Macedonia y el Epiro, y no podía —a pesar de su voluntad— ayudar al pontífice con sus armas. Pero iban acompañados de un favorito del sultán, que era portador de un pliego particular para Alejandro VI, en el cual Bajazet le ofrecía, bajo ciertas condiciones, prestarle ayuda económica. Si bien, como hemos dicho, los mensajeros fueron detenidos, el enviado turco encontró un medio para hacerle llegar el comunicado al papa; lo reproducimos aquí en toda su ingenuidad:

«El sultán Bajazet, hijo del soldán Mahomet II, por la gracia de Dios emperador de Asia y Europa, al padre y señor de todos los cristianos, Alejandro VI, pontífice de Roma y papa por la divina providencia: después del respeto que le debemos y le tributamos de voluntad, decimos a vuestra grandeza que, por medio del legado Giorgio Bucciarda, hemos sabido de su restablecimiento, lo cual nos provoca gran alegría y consuelo. Entre otras cosas, el susodicho Bucciarda nos informó de que el rey de Francia, que marchaba en contra de vuestra grandeza, deseaba tener en su poder a nuestro hermano Djem, que está bajo vuestra protección, lo cual iría no sólo en contra de nuestra voluntad, sino que resultaría además un gran perjuicio para vuestra grandeza y para toda la cristiandad; reflexionando con vuestro enviado Giorgio, hemos concebido una idea excelente para el sosiego, el beneficio y el honor de vuestro poder, y al mismo tiempo para nuestra satisfacción personal. Sería conveniente que nuestro hermano Djem, que en calidad de hombre es mortal y está en vuestro poder, falleciera lo antes posible, puesto que dicho óbito, que en su situación sería una suerte, resultaría muy útil para vuestro poder, muy cómodo para vuestro sosiego, y al mismo tiempo muy agradable para mí, que soy vuestro amigo. Si vuestra grandeza, como lo espero, adopta

esta propuesta en su deseo de complacernos, sería oportuno, tanto para el bien de vuestra grandeza como para nuestra propia satisfacción, que se produjera lo antes posible, y por el medio más seguro que quisierais emplear, que el susodicho Djem pasara de las angustias de este mundo a otro mejor y más tranquilo, en el que por fin hallará el reposo. Si vuestra grandeza adopta este proyecto y nos envía el cuerpo de nuestro hermano, nos comprometemos, nosotros el susodicho sultán Bajazet, a entregar, en manos de quien os plazca y en el lugar de vuestra elección, la suma de trescientos mil ducados, con la cual podrá adquirir algún dominio para sus hijos; y para facilitar dicha compra, consentiríamos, a la espera del acontecimiento, entregar aquella suma a una tercera mano, a fin de que vuestra grandeza se asegure recibirla el mismo día de enviarnos el cuerpo de nuestro hermano. Asimismo, prometo a vuestro poder, para su mayor satisfacción, que, mientras esté en el trono pontifical, los cristianos no recibirán ofensa alguna de mis súbditos ni de mis compatriotas, de cualquier condición que sea, por mar ni por tierra, y para mayor satisfacción y seguridad de vuestra grandeza, sin dejar duda del cumplimiento de nuestras promesas, he jurado y declarado, en presencia de vuestro enviado Bucciarda, por el verdadero Dios a quien adoramos y sobre nuestros Evangelios, que serán puntualmente observadas de principio a fin. Y ahora, para mayor y más completa seguridad de vuestra grandeza, y a fin de que no alberguéis ni una sombra de duda y quedéis íntima y profundamente convencido, yo, susodicho sultán de Bajazet, juro por el verdadero Dios que creó el cielo y la tierra, así como todas las cosas, juro, por el único Dios en quien creemos y a quien adoramos, cumplir religiosamente todo lo dicho y no emprender ni obrar en adelante contra vuestra grandeza.

Escrito en Constantinopla, en nuestro palacio, el 12 de septiembre de 1494 del nacimiento de Cristo.»

Esta carta causó gran alegría al Santo Padre; una ayuda de cuatro o cinco mil turcos no era suficiente en las circunstancias en que se hallaba y no podía dejar de comprometer al jefe de la cristiandad, pero una suma de trescientos mil ducados, es decir, casi un millón, era admisible en cualquier circunstancia. Si bien era cierto que, mientras Djem viviera, Alejandro recibiría ingresos de ciento ochenta mil libras, lo cual representaba una renta vitalicia de casi dos millones; pero cuando se necesita dinero hay que saber conformarse. Al final, decidido como estaba a obrar según las circunstancias, Alejandro no tomó ninguna determinación.

Había una cuestión más urgente que considerar relacionada con su conducta para con el rey de Francia: nunca había creído en la victoria de los franceses en Italia, y, como hemos visto, había cimentado las bases de la grandeza futura de su familia en su alianza con la casa de Aragón. Pero ésta se tambaleaba y un volcán, más terrible

que su Vesubio, amenazaba con devorar a Nápoles. Así que había que cambiar de política y unirse al vencedor, lo cual no era empresa fácil puesto que Carlos VIII le profesaba al papa un profundo rencor por haberle negado la investidura que les había acordado a los aragoneses.

Por consiguiente, envió al cardenal Francesco Piccolomini a ver al rey de Francia. Al principio esta elección no fue muy adecuada, dado que este embajador era el sobrino del papa Pío II, que había combatido con saña la casa de Anjou; pero obrando de tal modo, Alejandro VI cumplía con una intención secreta que los que lo rodeaban no podían descifrar. En efecto, había previsto que Carlos VIII no recibiría de buen grado a su enviado, y que, durante las conversaciones derivadas de aquella aversión, Piccolomini entablaría forzosamente relación con los hombres que dirigían las acciones del joven rey. Ahora bien, además de su ostensible misión para Carlos VIII, Piccolomini tenía instrucciones secretas para los consejeros más influyentes del monarca, que eran Briçonnet y Felipe de Luxemburgo, y estaba autorizado a prometerles el capelo de cardenal. Resultó que, como Alejandro VI había previsto, su enviado no fue admitido ante el monarca y se vio obligado a entrevistarse con los de su entorno. Era justo lo que el papa quería. Piccolomini volvió a Roma con el rechazo del rey, pero con la palabra de Briçonnet y de Felipe de Luxemburgo de emplear toda su influencia sobre Carlos VIII en favor del Santo Padre, y de prepararlo para recibir una nueva embajada.

Los franceses, por su parte, seguían avanzando y no se detenían más de cuarenta y ocho horas en ninguna población; de suerte que cada vez era más urgente resolver algo con Carlos VIII. El rey había entrado sin resistencia en Siena y Viterbo; Yves d'Alegre y Louis de Ligny habían recibido Ostia de manos de los Colonna; Civitavecchia y Corneto habían abierto sus puertas; los Orsini se habían sometido; y al fin Giovanni Sforza, yerno del papa, se había separado de la alianza aragonesa. Alejandro creyó, pues, que había llegado el momento de abandonar a su aliado, y envió a Carlos a los obispos de Concordia, Terni y a monseñor Gracián, su confesor. Encargados de reiterar a Briçonnet y a Luis de Luxemburgo la promesa del cardenalato, acudían con plenos poderes a negociar en nombre de su señor, tanto si Carlos VIII quería incluir a Alfonso II en el tratado como si prefería tratar únicamente con el pontífice. Hallaron al monarca vacilante entre las insinuaciones de Julián della Rovere, quien, testigo de la simonía del papa, insistía en aconsejar al rey que destituyese al jefe de la Iglesia, y la oculta protección que le acordaban los obispos del Mans y de Saint-Malo; de suerte que Carlos VIII, decidido a juzgar por sí mismo las circunstancias, y sin resolver nada, siguió su camino tras haberle devuelto al papa a sus embajadores junto con el mariscal de Gié, el senescal de Beaucaire y Jean de Gannay, primer presidente del parlamento de París, encargados de comunicarle al pontífice:

1.º Que el rey quería ante todo ser admitido sin resistencia en Roma; y

mediante esta admisión voluntaria, franca y leal, respetaría la autoridad del Santo Padre y los privilegios de la Iglesia;

2.º Que el rey quería que se le entregase a Djem a fin de utilizarlo como un arma contra el sultán cuando trasladara la guerra a Macedonia, Turquía o Tierra Santa;

3.º Que las demás condiciones, por ser menos importantes, podían establecerse en su primera conferencia.

Los embajadores añadieron que las tropas francesas estaban a tan sólo dos días de Roma y que entonces vendría probablemente Carlos VIII por la noche a pedir la respuesta de su santidad.

Poco se podía negociar con un príncipe que obraba de modo tan expeditivo. Alejandro VI hizo prevenir a Fernando de que saliese cuanto antes de Roma, por su propia seguridad. Pero Fernando, no queriendo atender el consejo, declaró que saldría por una puerta cuando Carlos VIII entrara por la otra. Pero su estancia no duró mucho. Dos días más tarde, hacia las once de la mañana, un Centinela que habían situado en lo alto del castillo de Sant'Angelo, donde se había retirado el papa, gritó que veía aparecer en el horizonte a la vanguardia enemiga. Enseguida Alejandro y el duque de Calabria subieron a la azotea que dominaba la fortaleza y comprobaron con sus propios ojos que el soldado había dicho la verdad. Entonces el duque de Calabria montó a un caballo, y, tal y como había dicho, salió por la puerta de San Sebastián justo en el momento en que la vanguardia francesa se detenía a quinientos pasos de la puerta del Popolo. Era el 31 de diciembre de 1494.

A las tres de la tarde, cuando todo el ejército ya había llegado, la vanguardia se puso en marcha al son de los tambores y con las insignias desplegadas. Paul Jove, un testigo ocular, afirma en su libro *Historia*, página 41, libro II, que estaba compuesta por suizos y alemanes con vestiduras cortas, ceñidas y de colores variados; estaban armados con espadas cortas y aceradas como las de los antiguos romanos, y llevaban lanzas de madera de fresno de diez pies de largo, con la empuñadura estrecha y punzante; sólo unos pocos llevaban alabardas de hierro tallado en forma de hacha coronadas con una punta de cuatro picos, y las usaban golpeando tanto con el filo como con la punta. La primera hilera de cada batallón llevaba cascos y corazas que protegían la cabeza y cubrían el pecho, de suerte que, en el momento de la batalla, los soldados presentaban ante sus enemigos una triple fila de puntas de hierro que se encogían o se elevaban como las púas de un puercoespín. Cada millar de soldados iba acompañado de cien fusileros; para diferenciarse de los soldados, los jefes llevaban un plumero en lo alto del casco.

Después de la infantería suiza venían los ballesteros gascones: eran cinco mil y vestían atuendos muy sencillos, que contrastaban con las ricas vestimentas de los suizos, de los cuales el más bajito les sacaba una cabeza. Por lo demás, eran excelentes soldados, ágiles y valientes, que tenían fama por la celeridad con que



tensaban y disparaban sus ballestas de hierro.

A continuación venía la caballería, es decir, lo mejor de la nobleza francesa; llevaban cascos y collares dorados, gabanes de terciopelo y seda, espadas con un nombre cada una, escudos con la representación de una región y sus colores, simbolizando cada uno una pasión. Aparte de aquellas armas defensivas, cada caballero llevaba en la mano, como la guardia italiana, una lanza con punta estriada y dura, y en el arzón de la silla armas talladas o decoradas con puntas. Sus caballos eran altos y vigorosos, pero se les había cortado la cola y las orejas a la usanza francesa y, a diferencia de los de la guardia italiana, no llevaban caparazón de cuero hervido, así que estaban más expuestos a los golpes. Cada caballero iba seguido por tres caballos, el primero montado por un paje armado como él y los otros dos por escuderos, denominados auxiliares laterales, que en el combate peleaban a derecha e izquierda de su jefe. Esta tropa era no sólo la más magnífica, sino también la más considerable del ejército, puesto que los dos mil quinientos caballeros y los tres servidores que iban con cada uno sumaban un total de diez mil hombres.

Los seguían cinco mil caballos ligeros con grandes arcos de madera que, igual que los arqueros ingleses, lanzaban a lo lejos largas flechas. Eran de gran ayuda en las batallas, ya que podían dirigirse velozmente donde los necesitaban y volar en un instante de un ala a la otra, de la retaguardia a la vanguardia y marcharse al galope, con sus estuches ya vacíos, sin que la infantería ni la caballería pesada pudieran seguirlos. Sus armas defensivas eran el casco y una media coraza, algunos también llevaban una lanza corta para clavar contra el suelo a los enemigos derribados. Todos usaban abrigos largos adornados con agujetas y placas de plata en las que brillaban los escudos de armas de sus jefes.

Por último estaba la escolta del joven rey: cuatrocientos arqueros, de los cuales cien escoceses formaban la barrera, doscientos caballeros elegidos entre los más ilustres caminaban al lado del príncipe cargando a sus espaldas pesadas armas. En medio de esta magnífica escolta avanzaba Carlos VIII, cubierto, como su caballo, de una espléndida armadura: a su derecha y a su izquierda marchaban el cardenal Ascanio Sforza, hermano del duque de Milán, y el cardenal Julián della Rovere —de quien hemos hablado ya repetidas veces— que luego fue Julio II. Los cardenales Colonna y Savelli los seguían inmediatamente, y, detrás de ellos, Próspero y Fabricio Colonna, con todos los príncipes y generales italianos que se habían entregado a la fortuna del vencedor y marchaban entre los grandes señores de Francia.

La muchedumbre, que llevaba largo tiempo amontonada para ver pasar a todos aquellos soldados ultramontanos, tan desconocidos y extraños para ella, oía con inquietud un ruido sordo que iba acercándose y parecía el estruendo de un trueno: era como si la tierra temblara, los vidrios de los amazones vibraron y, detrás de la escolta del rey, avanzaron resonando sobre las cureñas treinta y seis cañones de bronce arrastrados por seis caballos fuertes. La longitud de aquellos cañones era de ocho pies y, como su abertura era lo suficientemente grande como para que cupiera la

cabeza de un hombre, calcularon que cada una de aquellas terribles máquinas, que los italianos aún no conocían bien, debía pesar unas seis mil libras. Después de los cañones venían las culebrinas de dieciséis pies de largo y los falconetes: los más pequeños lanzaban balas del tamaño de una granada. Esta formidable artillería terminaba la marcha y formaba la retaguardia del ejército francés. Ya hacía seis horas que los primeros habían penetrado en la ciudad cuando la retaguardia entró; y, como era de noche y sólo uno de cada seis artilleros llevaba antorcha, la iluminación les confería a los objetos un aspecto aún más sombrío que si los hubiera alumbrado la luz solar. El joven rey fue a alojarse al palacio de Venecia y toda esta artillería quedó arraigada en la plaza y las calles colindantes. El resto del ejército se dispersó por la ciudad.

Aquella misma noche le fueron entregadas al rey de Francia las llaves de Roma y las de la puerta del jardín de Belvedere, no tanto para tranquilizarlo en su seguridad como para honrarlo.

El papa se había retirado, como hemos dicho, al castillo de Sant'Angelo con sólo seis cardenales; de suerte que, al día siguiente de su llegada, el joven rey se halló entre una corte mucho más brillante que la del jefe de la Iglesia. Entonces se volvió a hablar de convocar un concilio que, acusando a Alejandro de simonía, procediese a su destitución. Pero los principales consejeros del rey, que habían sido comprados — como hemos visto — por el papa, dijeron que no era buen momento para provocar un cisma en la Iglesia, cuando se preparaba para combatir a los infieles. Como ésa era también la opinión del rey, les costó muy poco convencerlo y se decidió tratar con su santidad.

Sin embargo, apenas entabladas las negociaciones, debieron suspenderse porque lo primero que pidió Carlos VIII fue la entrega del castillo de Sant'Angelo, y como el papa lo consideraba su única protección, era lo último que estaba dispuesto a acordarle. Carlos VIII, con su impaciencia juvenil, quiso dos veces tomar por la fuerza lo que se le negaba y mandó apuntar sus cañones frente a la morada del Santo Padre, pero éste se mantuvo indiferente y, al final, el rey de Francia tuvo que ceder a pesar de su obstinación.

Así que dejaron de lado este tema y convinieron en las siguientes condiciones.

Debía reinar, desde aquel día, entre su majestad el rey de Francia y el Santo Padre sincera amistad y establecerse una firme alianza.

Mientras esperaba la conquista definitiva del reino de Nápoles, el rey de Francia ocuparía, para ventaja y comodidad de sus armas, las fortalezas de Civitavecchia, Terracino y Spoleto.

Por último, el cardenal Valentino (así llamaban a César Borgia por su arzobispado de Valencia) debía seguir al rey Carlos VIII en calidad de legado apostólico, o mejor, de rehén.

Una vez fijadas estas condiciones, se estableció el ceremonial de la entrevista. El rey Carlos VIII salió del palacio de Venecia para instalarse en el Vaticano. Allí se

dirigió a la hora convenida, entrando por una puerta del jardín, mientras el papa — que todavía no había salido del castillo de Sant'Angelo— salió por otra puerta del mismo jardín a través de un corredor que comunicaba un palacio con otro. Lo que sucedió fue que, al cabo de un instante, el rey alcanzó a ver al papa y se arrodilló una primera vez; su santidad, empero, fingió no verle, de suerte que el rey dio algunos pasos más y volvió a arrodillarse; como en ese momento el pontífice estaba tapado por un macizo, tuvo de nuevo una excusa: así que el rey, cumpliendo con todo el ceremonial, se puso de pie, y, tras dar unos pasos, se volvió a arrodillar por tercera vez frente al Santo Padre, que por fin lo vio, y, andando hacia él como para impedir que se agachara, se quitó el birrete y sosteniendo al monarca por los brazos lo hizo levantarse, lo besó tiernamente en la frente y no quiso volver a ponerse el birrete hasta que el rey no se hubiera colocado el suyo, a lo que el papa ayudó con sus propias manos. Permanecieron un momento de pie e intercambiaron amistosas palabras de cortesía, entonces el rey rogó encarecidamente a su santidad que admitiera en el Sacro Colegio a Guillermo Briçonnet, obispo de Saint-Malo. Como el rey ignoraba que estuviesen de antemano convenidos el prelado y su santidad, Alejandro quiso tener el mérito de concederle en el acto lo que pedía y ordenó enseguida a uno de sus servidores que acudiera a casa del cardenal Valentino a buscar una capa y un capelo. Asíó entonces el papa la mano del rey de Francia y lo condujo a la sala del Papagayo, donde debía celebrarse el ceremonial de la investidura del nuevo cardenal. El acto solemne del juramento de obediencia que debía prestar Carlos VIII a su santidad como jefe supremo de la Iglesia cristiana fue aplazado a dos días más tarde.

En aquel solemne día, lo más distinguido que albergaba Roma en la nobleza, el clero y las armas, se reunió con su santidad. Carlos VIII acudió con un espléndido séquito de príncipes, prelados y capitanes. En la entrada del palacio se unió con cuatro cardenales que habían llegado antes: dos de ellos se situaron a su vera y los otros dos detrás; así que, con todo el cortejo siguiéndole, atravesó una larga hilera de estancias llenas de guardias y servidores y llegó a la sala de recepción donde le esperaba el papa sentado en su trono con César Borgia a sus espaldas. Una vez llegado al umbral de la puerta, el rey de Francia empezó a cumplir el ceremonial de rigor, y, después de haberse humillado ante el pontífice y haberle besado pies, manos y frente, se mantuvo en pie y el primer presidente del Parlamento de París dijo en alta voz:

—Muy Santo Padre,

»He aquí a mi rey dispuesto a prestar a vuestra santidad el juramento de obediencia que le debe; pero es costumbre en Francia que el que ofrece a su señor un vasallaje reciba a cambio los beneficios que le pide. Por consiguiente, comprometiéndose por su parte a manifestar a vuestra grandeza una munificencia mucho mayor aún que la que él ha recibido, viene a suplicarle encarecidamente que se digne acordarle tres favores: ante todo, la aprobación de los privilegios ya

concedidos al mismo rey, a su esposa la reina y a su hijo el delfín; luego, la investidura del reino de Nápoles para él y sus sucesores; y, por último, la entrega personal del sultán Djem, hermano del emperador de los turcos.

El papa se quedó un instante atónito por el discurso porque no esperaba estas tres peticiones, que Carlos VIII había formulado con tanta publicidad para evitar que pudiera rechazarlas. Pero, recobrando luego su serenidad, le respondió al rey que aprobaría de buen grado los privilegios acordados a la casa de Francia por sus predecesores y que, por consiguiente, podía considerar concedida la primera petición; que la investidura del reino era un asunto que debía deliberarse en el consejo de los cardenales, pero que emplearía toda su influencia a fin de que accediesen; por último, en cuanto al hermano del sultán, que esperaba una ocasión más oportuna para discutir el asunto con el Sacro Colegio y que como esta dilación sólo podía ser de utilidad para el bien de la cristiandad, puesto que era requerida con el fin de garantizar una cruzada más segura, no sería su culpa si el rey no estaba de acuerdo en este aspecto.

Tras esta respuesta, Carlos VIII se inclinó en señal de satisfacción y el primer presidente, que se había quedado de pie y al descubierto frente al papa, retomó la palabra en estos términos:

—Muy Santo Padre,

»Es antigua costumbre de los reyes cristianos de Francia significar, por medio de sus embajadores, el respeto que profesan a la Santa Sede y a los soberanos pontífices que a ella la Providencia divina eleva; pero nuestro cristianísimo rey, inspirado por el deseo de visitar la tumba de los santos apóstoles, ha querido, no por embajador ni delegado, sino por sí mismo, pagar este tributo religioso que considera sagrado: así que, desde ahora, muy Santo Padre, su majestad el rey de Francia os reconoce como el verdadero vicario de Cristo, el legítimo sucesor de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y os jura aquella fe filial y respetuosa que los reyes sus predecesores os han prestado, ofreciéndose con todas sus fuerzas al servicio de vuestra santidad y a los intereses de la Santa Sede.

El papa se puso en pie muy contento porque este juramento, hecho con tanta publicidad, alejaba cualquier temor de un concilio; así que, dispuesto a concederle al rey de Francia todo lo que pidiese, lo asió por la mano izquierda dándole una breve pero amistosa respuesta y llamándole primogénito de la Iglesia. Terminada la ceremonia, salieron de la sala asiendo el papa la mano del rey, y caminaron hasta la cámara donde se depositan las vestiduras sagradas; una vez allí, el papa fingió querer acompañarlo a sus aposentos, pero el rey no quiso; se saludaron de nuevo y se separaron para retirarse cada uno a su estancia.

El rey permaneció ocho días más en el Vaticano y luego volvió al palacio de San Marco. Durante esos ocho días se debatieron y se llevaron a efecto todas sus peticiones. El obispo del Mans fue nombrado cardenal y se le prometió al vencedor la investidura del reino de Nápoles; por último, convinieron en que, cuando el papa se marchara, entregaría el hermano del emperador de Constantinopla al rey de Francia, a

cambio de una suma de ciento veinte mil libras. Pero como el papa quería prodigarle su hospitalidad mientras permaneciera en Roma, invitó a Djem a cenar el mismo día en que debía abandonar Roma con su nuevo protector.

Llegado el día de la partida, Carlos VIII montó su caballo armado y se dirigió con un brillante y numeroso séquito al palacio del Vaticano. Cuando llegó frente a la puerta, se apeó del caballo y, dejando a su escolta en la plaza de San Pedro, subió solamente con unos pocos señores. Encontró a su santidad en la sala pontifical teniendo a su derecha al cardenal Valentino, a su izquierda a Djem, que acababa — como hemos dicho— de cenar en su mesa, rodeados de trece cardenales. El rey de Francia se arrodilló, pidió al Santo Padre su bendición y se inclinó para besarle los pies; pero, no queriendo Alejandro VI recibir tanto sometimiento, lo acogió en sus brazos y le besó la frente, con la ternura de un padre y el corazón de un enemigo. Entonces el papa presentó al monarca al hijo de Mahomet II, que era un hermoso joven, de regio y noble ademán, cuyo magnífico traje oriental contrastaba por su anchura y su forma con el severo y ajustado hábito de los cristianos. Djem se avanzó hacia Carlos VIII falto de humildad, pero sin orgullo, y, como el hijo de un emperador que trata con un rey, le besó la mano y el hombro; luego se volvió hacia el Santo Padre y, hablándole en lengua italiana —que dominaba muy bien— le rogó que lo recomendase al gran rey que accedía a acogerlo bajo su protección, asegurándole que nunca se arrepentiría de haberle devuelto su libertad, y diciéndole a Carlos VIII que esperaba que pudiera sentirse orgulloso de él, si, después de haber tomado Nápoles, se dirigía a Grecia como tenía previsto. Estas palabras fueron dichas con tal dignidad y dulzura al mismo tiempo que el rey de Francia le tendió la mano leal y francamente al joven sultán como si se tratara de un compañero de armas. Terminada la entrega, Carlos VIII se despidió una vez más del papa y bajó a la plaza, donde esperó al cardenal Valentino que —como hemos dicho— debía acompañarlo en calidad de rehén, y que se había quedado atrás para intercambiar unas palabras con su padre. Al cabo de un momento, apareció César Borgia montado sobre una mula espléndidamente enjaezada y llevando consigo seis magníficos caballos que el Santo Padre le regalaba al rey de Francia. Éste montó enseguida uno de ellos para agradecerle al papa el regalo que acababa de hacerle, y, abandonando Roma con el resto de sus tropas, se encaminó hacia Marino, donde llegó esa misma noche.

Allí se enteró de que Alfonso, desmintiendo su reputación de hábil político y buen general, acababa de embarcarse con todos sus tesoros en una flotilla de cuatro galeras, dejando la gestión de la guerra y el gobierno en manos de su hijo Fernando. Así pues, todo secundaba la marcha triunfante de Carlos VIII; las puertas de las ciudades se abrían solas cuando se aproximaba; sus enemigos huían sin esperarlo y, antes de haber librado ni un solo combate, ya había adquirido el nombre de conquistador.

Al amanecer de la jornada siguiente, el ejército volvió a ponerse en marcha y, tras andar todo el día, se detuvo de noche en Velletri. Después de haber cabalgado desde

temprano acompañado por el cardenal Valentino y por Djem, el rey dejó al primero en su hospedaje y se fue al suyo llevando a Djem. Entonces, César Borgia, que llevaba en su bagaje veinte alacenas bien cargadas, mandó abrir una de ellas y extrajo un magnífico bufé, con la vajilla de plata para su mesa, y, del mismo modo que había hecho la noche anterior, mandó preparar la cena. Caída ya la noche, se encerró en una estancia apartada, se despojó de su traje de cardenal y se puso un vestido de palafrenero. Gracias a este disfraz, salió de la casa que le habían asignado como alojamiento sin ser reconocido, atravesó calles, cruzó puertas y llegó al campo. Un criado lo esperaba con dos caballos de carrera a media legua de la ciudad. César, que era un excelente jinete, saltó sobre la montura y ambos partieron al galope hacia Roma, donde llegaron al amanecer. El cardenal se apeó en casa del señor Flores, auditor de la Rota, donde le trajeron otro caballo y vestidos adecuados; inmediatamente después fue a ver a su madre, que lanzó un grito de alegría al verle; ya que, reservado y misterioso para todo el mundo y también para ella, nada había dicho el cardenal de su pronto regreso a Roma.

Pero aquel grito que había proferido Vanozza expresaba más bien venganza que amor. Una noche en que todo era fiesta en el Vaticano, mientras Carlos VIII y Alejandro VI se juraban una amistad que ni uno ni otro sentían e intercambiaban promesas traicionadas de antemano, un mensajero llegó de parte de Vanozza a llevarle a César una carta en que le pedía que acudiese sin demora a su casa, calle de la Longara. César interrogó al mensajero pero éste le contestó que no tenía nada que decirle y que su madre lo informaría de todo lo que debía saber. Así pues, en cuanto pudo, salió César vestido con su hábito seglar y, envuelto en un abrigo largo, partió del Vaticano y se encaminó hacia la iglesia de Regina Coeli, donde, cabe recordar, dijimos que habitaba la amante del papa.

Al acercarse a casa de su madre, César empezó a ver extraños signos de devastación. La calle estaba cubierta de restos de muebles y harapos de telas preciosas. Al llegar al pie de la escalinata que conducía a la puerta de entrada, vio que las ventanas estaban rotas y había restos de cortinas desgarradas flotando en ellas; así que, como no entendía semejante desorden, penetró en el interior y recorrió varios aposentos desiertos y destartalados. Al final, vio luz en una habitación, entró y encontró a su madre sentada sobre los destrozos de un cofre de ébano incrustado de marfil y plata. Al ver a César, se levantó pálida y despeinada; y mostrándole al hijo la devastación que la rodeaba:

—Mira César —le dijo—; mira lo que han hecho tus nuevos amigos.

—¿Qué ocurre, madre? —preguntó el cardenal— ¿A qué se debe tanto desorden?

—Lo que ocurre —contestó Vanozza rechinando de cólera— es que una serpiente avivada por vosotros me ha mordido, seguro que por miedo a romperse los dientes con vosotros.

—¿Quién ha hecho esto? —gritó César—. Decídmelo, madre, y por el cielo, os lo juro, se lo devolveré con creces.

—¿Qué quién lo ha hecho? —retomó Vanozza—: el rey Carlos VIII por la mano de sus fieles aliados los suizos. Supieron que Melchiori estaba de viaje y que me había quedado aquí sola con algunos criados; entonces vinieron, rompiendo las puertas como si hubiesen tomado Roma por asalto, y, mientras el cardenal Valentino agasajaba al rey, sus súbditos saqueaban la casa de su madre, con toda la insolencia y el ultraje de los que no hubieran sido capaces los turcos ni los sarracenos.

—Está bien, tranquilizaos, madre —dijo César—; la sangre lavará vuestra afrenta. Lo que hemos perdido, pensadlo, no es nada comparado con lo que podíamos perder. No os preocupéis, mi padre y yo os devolveremos mucho más de lo que os han quitado.

—No son promesas lo que pido —exclamó la Vanozza— exijo una venganza.

—Madre —dijo el cardenal— seréis vengada, o perderé el nombre de hijo vuestro.

Habiendo tranquilizado a su madre con estas palabras, la condujo al palacio de Lucrecia, que estaba desocupado por su matrimonio con el señor de Pesaro, regresó al Vaticano y dio orden de que se reamueblara la casa de su madre con mayor magnificencia que antes del desastre.

Sus órdenes fueron exactamente cumplidas y César encontró a su madre rodeada de todo el nuevo lujo, pero ella conservaba el mismo odio en su interior. De ahí venía el grito de alegría que profirió al volver a verlo.

Madre e hijo intercambiaron pocas palabras; luego César subió de nuevo a su caballo y regresó al Vaticano, de donde había salido dos días antes en calidad de rehén. Prevenido Alejandro de su fuga, que no solamente había aprobado, sino que como soberano pontífice había absuelto de antemano a su hijo del perjurio que iba a cometer, lo recibió con alegría, sin dejar por ello de aconsejarle que se escondiera, ya que, con toda probabilidad, Carlos VIII no tardaría en reclamar a su rehén.

En efecto, al día siguiente, cuando el rey se levantó, ya se habían percatado de la ausencia del cardenal Valentino; y, como Carlos VIII estaba preocupado porque no aparecía, envió a indagar el motivo que le impedía presentarse ante él. Cuando el enviado llegó al alojamiento que César abandonó el día anterior, supo que había salido hacia las nueve de la noche y que desde entonces no había regresado. Fue a llevarle la noticia al rey, que enseguida sospechó que había huido y, en el primer acceso de cólera, dio a conocer el perjurio a todo el ejército. Entonces los soldados se acordaron de los veinte convoyes cargados y de que el cardenal había extraído frente a ellos una magnífica vajilla de oro y plata, así que pensaron que los demás podían contener objetos igual de preciosos, se abalanzaron sobre ellos y los hicieron pedazos; pero no hallaron más que ladrillos y arena, lo cual demostró al rey que la huida estaba preparada de antemano y multiplicó su rabia hacia el papa. Sin perder ni un minuto, envió a Roma a monseñor Felipe de Bresse, que luego fue duque de Saboya, con orden de expresar al santo padre todo su descontento por semejante comportamiento. Pero el papa respondió que ignoraba por completo la fuga de su hijo

y, expresando sus más sincero pesar a su majestad, afirmó que ni siquiera sabía dónde se encontraba pero que, en cualquier caso, no estaba en Roma. De hecho, esta vez el papa no mentía. César se había retirado a una de las tierras del cardenal Orsini, donde permanecía momentáneamente oculto. Los obispos de Nepi y Sutri fueron los portadores que le llevaron al rey la respuesta del papa. El pueblo, por su parte, envió a un embajador al rey. Dicho embajador era monseñor Porcari, decano de la Rota, que estaba encargado de atestiguarle todo el disgusto que los romanos habían sentido al conocer la falta de palabra del cardenal. Como estas demostraciones no eran para Carlos VIII más que palabras vacías y debía ocuparse de asuntos más importantes, siguió su camino a Nápoles, donde llegó el domingo 22 de febrero de 1495.

Cuatro días más tarde, el infeliz Djem —que había enfermado en Capua— murió en el Castel Nuovo. Alejandro VI, al separarse de él en el banquete de despedida, había ensayado en el hermano del sultán aquel veneno del cual, en lo sucesivo, confiaba hacer frecuente uso con los cardenales, y cuyos terribles efectos debía al fin sufrir él mismo, como justo castigo. De este modo el papa se las había arreglado para cobrar por partida doble la especulación con el pobre joven; había vendido a un tiempo su vida a Carlos VIII por ciento veinte mil libras, y por trescientos mil ducados su muerte a Bajazet.

Pero el segundo pago se retrasó porque el emperador de los turcos, como ya hemos dicho, debía entregar el oro fraticida a cambio del cadáver, y el cuerpo de Djem había sido sepultado en Gaeta por orden de Carlos VIII.

Cuando César Borgia supo estas noticias creyó con razón que, estando el rey de Francia ocupado en instalarse en su nueva capital, tendría muchas cosas en qué pensar antes de preocuparse por él. Por consiguiente, volvió a Roma y, obligado a cumplir la palabra que le había dado a su madre, señaló su regreso con su venganza.

El cardenal Valentino tenía a sus órdenes a una pandilla de valientes, cuyo jefe era un español; era un hombre de entre treinta y cinco y cuarenta años cuya vida entera había sido una continua rebelión contra todas las leyes de la sociedad; no retrocedía ante ningún encargo, siempre y cuando le pagaran el precio que valía. Don Miguel Corella —que se ganó la reputación de sangriento bajo el nombre de Michelotto— era el hombre que más convenía a César y en quien confiaba ciegamente, de la misma forma que Michelotto estaba a su entera disposición. El cardenal le encargó una parte de su venganza y la otra se la reservó para sí mismo.

Don Miguel recibió la orden de recorrer la campiña de Roma y degollar a todos los franceses que encontrara. Se puso manos a la obra y, pasados unos días, ya había conseguido resultados de lo más satisfactorios: más de cien personas habían sido saqueadas y asesinadas, y entre ellas estaba el hijo del cardenal de Saint-Malo, que volvía a Francia, y en cuyos bolsillos Michelotto encontró una suma de tres mil escudos.

César se había reservado a los suizos, ya que fueron ellos quienes devastaron la casa de su madre. El papa tenía a su servicio unos ciento cincuenta soldados de



aquella nación, cuyas familias se habían instalado en Roma y se habían enriquecido tanto con el salario como con algún otro negocio. El cardenal los despidió a todos, les dio orden de abandonar Roma en veinticuatro horas y los Estados romanos en tres días. Para obedecer la orden recibida, los pobres diablos se habían reunido con sus familias, hijos y equipajes, en la plaza de San Pedro cuando, de repente, el cardenal Valentino lo hizo rodear por dos mil españoles, que empezaron a dispararles con arcabuces y a cargar contra ellos a golpes de sable, mientras César y su madre observaban la masacre desde una ventana. Mataron a cincuenta o sesenta más o menos pero los demás hicieron frente a los asesinos, y, sin intimidarse, se batieron en retirada hasta una casa donde se fortificaron y se defendieron con tanto valor que le dieron tiempo al papa —que ignoraba quién era el autor de semejante carnicería— de enviar a un capitán de su guardia, quien, con la ayuda de un fuerte destacamento consiguió que unos cuarenta salieran de la ciudad: el resto había sido aniquilado en la plaza o asesinado en la casa.

Pero aquélla no era una auténtica venganza, puesto que no afectaba a Carlos VIII, el verdadero autor de todas las tribulaciones que sufrían desde hacía un año el papa y su familia. Así que César abandonó pronto sus vulgares maquinaciones para ocuparse de más altos intereses y empleó toda la fuerza de su genio para renovar la liga de los príncipes italianos, destruida por la deserción de Sforza, el destierro de Pedro y la derrota de Alfonso.

Esta empresa se llevó a cabo con mayor facilidad de lo que el papa podía esperar.

No sin inquietud habían visto los venecianos el paso de Carlos VIII por sus fronteras y temían que, cuando ya fuera dueño de Nápoles, concibiera la idea de conquistar el resto de Italia. Ludovico Sforza empezó por su parte a inquietarse al ver la rapidez con que el rey de Francia había destronado a la casa de Aragón; que ninguna diferencia haría entre sus aliados y sus enemigos. En cuanto a Maximiliano, no veía la hora de anular la paz momentánea que había acordado a precio de concesiones. Fernando e Isabel seguían aliados con la casa destronada, de forma que todos estaban dominados, aunque con intereses diferentes, por un temor común; así que se pusieron de acuerdo sobre la necesidad de echar a Carlos VIII, no sólo de Nápoles, sino también de Italia. Se obligaron, pues, por todos los medios que estuvieran en su poder, ya por negociación o por sorpresa, ya por la fuerza, a contribuir a esta expulsión. Los únicos que rehusaron tomar parte de aquel ataque a mano armada fueron los florentinos y mantuvieron su palabra.

Según las condiciones estipuladas por los confederados, la alianza debía durar veinticinco años, y su objetivo ostensible era defender la majestad del pontífice romano y los intereses de la cristiandad; hubieran podido tomarse sus preparativos por los de una cruzada contra los turcos, si el embajador de Bajazet no hubiese asistido constantemente a todas las deliberaciones, aunque por pudor los príncipes cristianos no osaran admitir, con su nombre, en la liga al emperador de Constantinopla. Comprometido cada uno a un contingente, los confederados debían

organizar un ejército de treinta y cuatro mil caballos y veinte mil infantes; el papa tenía que suministrar cuatro mil caballos, Maximiliano seis mil, el rey de España, el duque de Milán y la república de Venecia, ocho mil cada uno. Además, cada confederado debía llevar, alistar y equipar, a las seis semanas de la firma del tratado, a cuatro mil infantes. Los Estados marítimos proporcionaban las flotas, pero los gastos que generarán se distribuirían entre todos.

Esta liga se publicó el 12 de abril de 1495, domingo de Ramos, en todos los Estados de Italia, y particularmente en Roma, en un ambiente festivo de interminables celebraciones. Poco después de la publicación de estas ostensibles condiciones, los confederados empezaron a ejecutar las estipulaciones secretas. Con ellas obligaban a Fernando e Isabel a enviar a Ischia, donde el hijo de Alfonso se había retirado, una flota de sesenta galeras con seiscientos jinetes y cinco mil infantes para ayudarle a reconquistar el trono.

Estas tropas iban a estar bajo el mando de Gonzalo de Córdoba, a quien la toma de Granada había dado la reputación de primer general de Europa. Los venecianos, por su parte, debían atacar con una flota de cuarenta galeras, a las órdenes de Antonio Grimani, todos los asentamientos que los franceses tuviesen en las costas de Calabria y Nápoles. El duque de Milán se comprometía a interceptar los auxilios que vinieran de Francia y a expulsar de Asti al duque de Orleans.

Faltaba Maximiliano, que se encargaba de invadir las fronteras de Francia; y Bajazet debía ayudar con dinero, flota y ejército tanto a los venecianos como a los españoles, según fuese requerido por Barbarigo o por Fernando el Católico.

Esta liga era tanto más inquietante para Carlos VIII cuanto que el entusiasmo con que había sido recibido se había calmado súbitamente. Le había pasado lo que les suele suceder a los conquistadores que tienen más fortuna que genio: en vez de procurarse entre los vasallos napolitanos y calabreses un partido cuyas raíces arraigaran en el mismo suelo, mediante la confirmación de sus privilegios y el aumento de su poder, los había ofendido al conceder todos los títulos, empleos y feudos a los que lo habían seguido desde Francia; de suerte que todos los cargos del reino estaban ocupados por extranjeros. Esto contribuyó a que, una vez proclamada la liga, Tropea y Amantea, que Carlos VIII había dado al señor de Précý, se rebelasen enarbolando la enseña de Aragón. Cuando la flota española se presentó ante Reggio en Calabria, más descontenta esta ciudad de la nueva dominación que de la antigua, le abrió las puertas; y don Federico, hermano de Alfonso y tío de Fernando, que jamás había salido de Brindisi, fue recibido en Tarento como un libertador.



Carlos VIII se enteró de todas estas noticias en Nápoles, cuando, aburrido ya de su nueva conquista, que requería un trabajo de organización de que era incapaz,

volvía su vista a Francia, donde le esperaban las fiestas de la victoria y el triunfo del retorno. Pocas recomendaciones bastaron, pues, para convencerlo de emprender el camino de su reino, amenazado, como hemos dicho, al norte por los alemanes y al sur por los españoles. Así que nombró virrey a Gilbert de Montpensier, de la casa de Borbón; lugarteniente a d'Aubigny, de la casa Estuardo de Escocia; comandante de Gaeta a Étienne de Vèse, y a don Julián, Gabriel de Montfaucon, Guillaume de Villeneuve, Georges de Silly, Bailly de Vitry y Graciano Guerra, gobernadores de Sant'Angelo, Manfredonia, Trani, Catanzaro, l'Aquila y Sulmona. Luego, tras dejarle al representante de sus derechos la mitad de los suizos, una parte de los gascones, ochocientas lanzas francesas y unos quinientos soldados italianos —que estaban bajo el mando del prefecto de Roma, de Próspero y Fabricio Colonna y de Antonio Savelli—, salió de Nápoles el 20 de mayo a las dos de la tarde para atravesar toda la península italiana con el resto de su ejército, que estaba compuesto, por ochocientas lanzas francesas, doscientos gentilhombres de su guardia, cien soldados italianos, tres mil infantes suizos, mil franceses y mil gascones. Tenía previsto que se reunieran con él en Toscana Camillo Vitelli y sus hermanos, que debían llevarle doscientos cincuenta soldados.

Ocho días antes de abandonar Nápoles, Carlos VIII había enviado a Roma a monseñor de Saint-Paul, hermano del cardenal de Luxemburgo, y el mismo día de su partida despachó al arzobispo de Lyon: ambos tenían la misión de garantizar a Alejandro VI que el rey de Francia tenía el más sincero deseo y la más firme voluntad de conservar su amistad. En efecto, no había nada que Carlos VIII deseara más que separar al papa de la liga a fin de procurarse un apoyo espiritual y temporal: pero un rey joven, impetuoso, ambicioso y bravo no era el aliado que convenía a Alejandro. Así pues, desoyó el pontífice a los embajadores y, no siendo suficientes las tropas que había pedido al dogo y a Ludovico Sforza para defender Roma, se limitó a aprovisionar el castillo de Sant'Angelo, donde mandó llevar una formidable guarnición, dejó al cardenal de San Anastasio para recibir a Carlos VIII y se retiró con César a Orvieto.

Carlos VIII sólo permaneció tres días en Roma, desesperado porque, a pesar de sus ruegos, Alejandro VI no había querido esperarlo. Durante su estancia, en vez de escuchar los consejos de Julián della Rovere, quien lo instaba de nuevo a convocar un concilio y destituir al papa, mandó entregar a los oficiales romañeses —creyendo que por este medio captaría la benevolencia del papa— las ciudadelas de Terracino y Civitavecchia, reservándose la de Ostia que había prometido devolverle a Julián. A los tres días salió de Roma y se dirigió hacia la Toscana; atravesó los Estados de la Iglesia, y, el 13, llegó a Siena, donde se reunió con Felipe de Commines, a quien había enviado en calidad de embajador extraordinario ante la república de Venecia, que le anunció que sus enemigos tenían cuarenta mil soldados y se disponían a combatirlo. Esta noticia excitó sobremanera el orgullo del rey y sus gentilhombres; porque, desdeñosos con sus enemigos por tan fácil conquista, no creían que un

ejército, por numeroso que fuera, se atreviera a disputarles el paso.

No obstante, Carlos VIII tuvo que rendirse ante la evidencia cuando supo en San Teranzo que la vanguardia, dirigida por el mariscal de Gié y compuesta de seiscientas lanzas y quinientos suizos, había tropezado en Fornovo con los confederados, que habían asentado su campamento en Guiarole. El mariscal había mandado hacer alto de inmediato y había posicionado sus campamentos aprovechando la altura en que se hallaba para procurarse una protección natural del terreno. Tomadas estas disposiciones, había enviado, por una parte, a un trompeta al campo enemigo para pedirle a Francisco de Gonzaga —marqués de Mantua, generalísimo de las tropas confederadas— libre paso para el ejército de su rey, y víveres a un precio razonable; por otra parte, mandó un correo a Carlos VIII invitándole a apresurar su marcha y también la de la artillería y la retaguardia.

Los confederados habían dado una respuesta evasiva: dudaban entre comprometer en un solo combate todas las fuerzas de Italia, o bien, arriesgando el todo por el todo, intentar destruir al rey de Francia y su ejército, arrollando así al conquistador en su propia conquista. Carlos VIII, por su parte, estaba ocupado en inspeccionar el paso de los últimos cañones por la montaña de Pontremoli, operación bastante difícil puesto que no había sendero trazado en ella y había que subirlos y bajarlos a fuerza de brazos, lo cual llegaba a ocupar hasta doscientos hombres para una sola pieza. Al fin, cuando toda la artillería había alcanzado sin incidentes el otro lado de los Apeninos, Carlos VIII se apresuró a partir para Fornovo, donde llegó con todo su séquito el día siguiente por la mañana.

Desde la cima de la montaña donde acampaba el mariscal Gié, el rey de Francia veía a la vez su campo y el del enemigo. Ambos se habían posicionado en la orilla derecha del Taro, a cada extremo circular de una cordillera en forma de anfiteatro; de forma que el intervalo situado entre los dos campos, vasta llanura donde se extendía el torrente en las crecidas invernales y lo limitaba, era una planicie cubierta de grava donde la infantería y la caballería difícilmente podían maniobrar. Había un pequeño bosque que, siguiendo la vertiente occidental de las colinas, se extendía desde el ejército enemigo hasta el ejército francés, y lo ocupaban los estradiotes, quienes, gracias al bosque, ya habían tenido algunas escaramuzas con nuestras tropas durante los dos días en que se habían detenido para esperar al rey.

La situación no era esperanzadora. Desde lo alto de la montaña que dominaba Fornovo, la vista abrazaba, como hemos dicho, los dos campos, y se podía calcular fácilmente la diferencia numérica de cada uno de ellos. En efecto, el ejército francés, debilitado por las diversas guarniciones que había dejado en las ciudades y fortalezas que aún dominaba en Italia, contaba apenas con ocho mil hombres, mientras que las huestes milano-venecianas sobrepasaban los treinta y cinco mil hombres. Carlos VIII decidió intentar de nuevo la vía de conciliación y envió a Commines —quien, como hemos dicho, se había reunido con él en Toscana— a los proveedores venecianos que había conocido en su embajada y en quienes, gracias al respeto que por lo general se

tenía hacia su mérito, ejercía una gran influencia. Su misión era transmitirles, en nombre del rey de Francia, a los jefes del ejército enemigo, que su monarca sólo deseaba seguir su ruta sin causar ni padecer perjuicio alguno; que, por consiguiente, solicitaba paso libre por las hermosas llanuras de la Lombardía, que, desde las alturas donde se había situado, se desplegaban allá a lo lejos hasta los pies de los Alpes.

Commines halló al ejército confederado en disensión: los milaneses y los venecianos opinaban que debían dejar pasar al rey sin atacarlo, y se mostraban contentos de que abandonara el país sin causar perjuicios; pero los embajadores españoles y alemanes tenían un parecer distinto al de sus aliados. Como sus soberanos no tenían tropas en el ejército y los gastos que tenían que hacer ya estaban hechos, sólo podían sacar provecho de la batalla; puesto que, si ganaban, recogerían los frutos de la victoria, y, si perdían, no participarían de los perjuicios de la derrota. Esta divergencia de opiniones difirió al día siguiente la respuesta a Commines, y se estableció que se llevaría a cabo una conferencia con un plenipotenciario que sería nombrado por la noche: la conferencia debía verificarse entre los dos ejércitos.

El rey pasó la noche con gran inquietud. Durante todo el día el tiempo había amenazado tormenta y ya hemos mencionado la rápida crecida del Taro; el río, aún vadeable en aquel momento, podía suponer un obstáculo insuperable a partir del día siguiente; y aquella dilación podía ser un pretexto para empeorar la posición del ejército francés. En efecto, apenas llegada la noche, se desató una terrible tormenta y, mientras duró la oscuridad, los Apeninos se llenaron de estruendos y el cielo quedó surcado por los rayos. Al amanecer se calmó un poco, pero el Taro, que el día anterior era un simple arroyo, era ahora un torrente que subía rápidamente a lo largo de sus riberas. Así que, armado y a caballo ya desde las seis de la mañana, el rey llamó a Commines y le dio orden de ir a la cita que habían fijado los proveedores venecianos, cuando de pronto se oyeron gritos en el ala derecha del ejército francés. Los estradiotes, resguardados por el bosque que se extendía entre los dos campos, habían sorprendido un puesto; y, después de haberlos degollado, llevaban —como era costumbre— las cabezas de los muertos en el arzón de sus sillas. Un destacamento de caballería había corrido a perseguirlos, pero, cual fieras salvajes, ellos habían vuelto al bosque que los guarecía y en él habían desaparecido.

Esta inesperada trifulca, orquestada sin duda por los embajadores españoles y alemanes, produjo en toda la línea el efecto de una chispa en un reguero de pólvora. Tanto Commines como los proveedores venecianos intentaron en vano detener el combate por una y otra parte: tropas ligeras ansiosas de pelea y, como era habitual en aquella época, entregadas al peligroso impulso del coraje personal, habían venido a las manos y bajado hacia la llanura como en un circo para disputarse mejor la victoria. El joven rey, arrastrado por el ejemplo, estuvo a punto de olvidar su responsabilidad de general para batirse como un soldado; pero el mariscal de Gié y los señores Claude de La Châtre, Guisa y de la Trimouille lograron calmar aquel primer impulso y convencieron a Carlos VIII de tomar el partido más prudente, que

consistía en atravesar el Taro sin provocar el combate, pero sin evitarlo tampoco cuando los enemigos, al pasar de una a otra ribera, intentaran cerrarle el paso. Por consiguiente, el rey, basándose en los consejos de sus más valerosos y expertos capitanes, dispuso a sus batallones de la siguiente forma:

El primero comprendía la vanguardia extrema y un cuerpo destinado a darle apoyo; contaba con trescientos cincuenta soldados, los mejores y más bravos del ejército, a las órdenes del mariscal Gié y de Jacques Trivulce, y, en el cuerpo que los seguía, tres mil suizos, bajo el mando de Engelbert de Clèves y de Lornay, gran escudero de la reina. Luego venían trescientos arqueros de la guardia, que el rey había colocado para que apoyaran a la caballería combatiendo en los intervalos.

El segundo batallón, dirigido por el mismo rey y que formaba el cuerpo de ejército, se componía de la artillería, bajo el mando de Jean de Lagrange, los cien gentilhombres de la guardia, con Gilles Carronel llevando el estandarte, los pensionarios de la casa real, a las órdenes de Aymar de Prie, los escoceses, doscientos ballesteros a caballo y el resto de arqueros franceses dirigidos por el señor de Crussol.

Por último, el tercer batallón, o retaguardia, precedido por los equipajes transportados por seis mil animales de carga, estaba formado sólo por trescientos soldados, a las órdenes de los señores de Guisa y de la Trimouille: era la parte más débil del ejército.

Carlos VIII ordenó a la vanguardia que atravesara el río, a lo que obedecieron en el acto, frente a la pequeña ciudad de Fornovo, los caballeros con el agua hasta las rodillas y los infantes asiéndose a la cola de los caballos; luego, cuando vio a los últimos soldados de esta primera parte del ejército en la otra ribera, se puso en marcha para hacer el mismo camino y vadear el río, dando orden a de Guisa y de La Trimouille de graduar la marcha de la retaguardia con la del cuerpo del ejército, como él había graduado la del cuerpo del ejército con la de la vanguardia.

Sus órdenes fueron exactamente acatadas, y, hacia las diez de la mañana, todo el ejército francés había alcanzado la ribera izquierda del Taro. Como las disposiciones del enemigo hacían inminente el combate, los equipajes, guiados por Odet de Riberac, se separaron de la retaguardia y se pasaron al flanco izquierdo.

En efecto, Francisco de Gonzaga, general en jefe de las tropas confederadas, había tomado sus disposiciones a tenor de las del rey de Francia: siguiendo sus órdenes, el conde de Cajazzo, con cuatrocientos soldados y dos mil infantes, había pasado el Taro a la altura del campo veneciano y debía hacer frente a la vanguardia francesa; mientras él, siguiendo la ribera derecha hasta Fornovo, vadearía el río por el mismo camino que había seguido Carlos VIII y así podría atacar su retaguardia. Había situado a los estradiotes entre los dos pasos a fin de que, en cuanto vieran el ejército francés atacado por los extremos, atravesaran el río y se arrojaran sobre sus flancos. Aparte de estas medidas de ataque, Francisco de Gonzaga había tomado sus precauciones de retirada dejando tres cuerpos de reserva en la otra ribera; uno custodiaba el campo bajo las órdenes de los proveedores venecianos, y los dos

restantes —dirigido el primero por Antonio de Montefeltro y el segundo por Annibale de Bentivoglio— estaban escalonados para sostenerse.

Al observar semejantes disposiciones, Carlos VIII había reconocido todo el mérito de la sabia estrategia italiana que hacía de los generales de aquella nación los primeros tácticos del mundo; pero, como no había forma de evitar el peligro, había decidido pasar a través de los confederados y dado orden de continuar la ruta; pero pronto el ejército francés se vio encerrado entre el conde de Cajazzo, que obstruía el paso con sus cuatrocientos soldados y sus dos mil infantes, y Francisco de Gonzaga, que, como hemos dicho, se había puesto a perseguir la retaguardia con sus seiscientos soldados —lo mejor de su ejército— un escuadrón de estradiotes, y más de cinco mil infantes. Este batallón por sí solo era más fuerte que todo el ejército francés.

No obstante, cuando los señores de Guisa y de La Trimouille vieron que estaban acosados, ordenaron a sus doscientos soldados dar media vuelta, mientras que en el extremo opuesto, es decir, a la cabeza del ejército, el mariscal de Gié y Trivulce daban orden de parar y bajar las lanzas. Durante este tiempo, situado el rey, como hemos dicho, según la costumbre, en el centro, armaba caballeros a los gentilhombres, quienes, por su mérito personal o por la amistad que les tenía, gozaban de derechos para semejantes favores.

De pronto un terrible choque resonó a sus espaldas: era la retaguardia francesa que llegaba a las manos con el marqués de Mantua. En este encuentro, donde cada cual había elegido a su hombre como en un torneo, numerosas lanzas se quebraron, especialmente entre las manos de los caballeros italianos, ya que las suyas eran huecas para pesar menos, y, por consiguiente, eran menos sólidas. Enseguida los que estaban desarmados cogieron sus espadas y, como eran mucho más numerosos que los nuestros, el rey vio como el ala derecha se desbordaba, de suerte que parecía como si fueran a rodearnos. Al mismo tiempo se oyeron unos gritos frente al centro; eran los estradiotes que atravesaban el río para ejecutar su ataque.

El rey divisó enseguida a su cuerpo de ejército en dos destacamentos, y, dándole uno al bastardo de Borbón para que hiciera frente a los estradiotes, se lanzó con el otro al auxilio de la vanguardia, arrojándose en medio de la pelea, golpeando como un rey, pero combatiendo como cualquiera de sus capitanes. Secundada por este refuerzo, la retaguardia aguantó, aunque los enemigos eran cinco contra uno, y el combate, en este punto, prosiguió con un ensañamiento terrible.

Siguiendo las órdenes que le habían dado, el bastardo de Borbón se había lanzado frente a los estradiotes; pero su caballo lo había adentrado tanto en sus filas que en ellas desapareció: la pérdida de su jefe, sumada al extraño traje de aquellos nuevos antagonistas y a la insólita forma de combatir que tenían, produjo cierta impresión en aquellos que debían hacerles frente; de suerte que el desorden reinó en el centro y los caballeros se dispersaron en lugar de mantenerse unidos y combatir en masa. Esta falsa maniobra podría haberles resultado desventajosa si la mayoría de los estradiotes, al ver los equipajes descuidados, no hubieran corrido hacia ellos con la esperanza de

hacerse con el botín, en lugar de aprovechar su ventaja. No obstante, el grueso de la tropa siguió la pelea, hostigando con presteza a los caballeros franceses y quebrando sus lanzas con sus temibles cimitarras.

Afortunadamente, el rey, que acababa de esquivar el ataque del marqués de Mantua, vio lo que ocurría a sus espaldas, y, cuando acudía al galope a auxiliar al centro, tropezó con los estradiotes y los gentilhombres, no ya armado con su lanza que acababa de quebrarse, sino con una larga espada, que se veía resplandecer a su alrededor como un rayo; aunque, tanto si se dejaba llevar por su caballo, igual que el bastardo de Borbón, como si se dejaba llevar por su valentía, se halló de pronto entre los estradiotes, acompañado únicamente por ocho de los gentilhombres que acababa de nombrar, uno de sus escuderos —llamado Antoine des Ambus— y su abanderado, gritando: «¡Francia, Francia!» para reunir a todos los gentilhombres dispersados, quienes, viendo que el peligro era menor de lo que habían pensado, empezaron a tomarse la revancha y a devolver con creces a los estradiotes los golpes que de ellos habían recibido.

Las cosas iban todavía mejor en la vanguardia que el marqués de Cajazzo debía atacar, ya que, aunque a la cabeza de un batallón asaz superior en número al de los franceses, y aunque al principio pareciese guiado por las mejores intenciones, se detuvo en seco en el momento de cargar, a unos diez o doce pasos de nuestro frente de batalla, y dio media vuelta sin partir ni una sola lanza.

Los franceses quisieron seguirles, pero el mariscal de Gié, temiendo que dicha fuga fuera una trampa para alejar a la vanguardia del centro, ordenó que se mantuvieran en sus puestos; como los suizos y los alemanes no entendían la orden, o bien no se sintieron aludidos, se lanzaron a por ellos y, aunque iban a pie, alcanzaron y mataron a un centenar de hombres. Eso bastó para crear en ellos un gran desorden: unos se dispersaron por la llanura mientras otros se tiraban al agua para atravesar el río y volver a su campo. Viendo esto, el mariscal de Gié mandó a un centenar de hombres a socorrer al rey, quien, aunque seguía luchando con un coraje inaudito, corría gran peligro por estar separado de sus gentilhombres, que no podían seguirle puesto que allí donde hubiera peligro el monarca se precipitaba gritando «¡Francia!» y no se preocupaba de si lo seguían. Ya no luchaba con su espada, que también se había quebrado como su lanza, sino con una pesada hacha cuyos golpes eran todos mortales, tanto si atizaba con la punta como con el filo. Los estradiotes, por su parte, presionados ya fuertemente por los pensionarios como por la casa del rey, pasaron pronto del ataque a la defensa y de la defensa a la huida. Ese fue el momento en que el rey corrió más peligro ya que, al disponerse a perseguir a los fugitivos, pronto se vio rodeado por aquellos hombres que, si no hubiesen sido presa de semejante terror, les hubiera bastado con reunirse para estrangularlo a él y a su caballo; pero, como dice Commines, «El que Dios proteja estará bien protegido», y Dios protegía al rey de Francia.

La retaguardia estaba acorralada y aunque de Guisa y de La Trimouille



aguantaron tanto como pudieron, es harto probable que hubiesen tenido que ceder si no les hubiese llegado un doble auxilio: uno era el infatigable Carlos VIII, quien, no teniendo ya nada que hacer con los fugitivos, acudía de nuevo a arrojarse en medio de los combatientes; el otro eran los sirvientes del ejército, quienes, liberados del ataque de los estradiotes y viendo huir a sus enemigos, acudían armados con las hachas con que talaban los bosques para construir sus viviendas. Se lanzaron entre los combatientes, cortaron los jarretes de los caballos y rompieron a golpes las viseras de los caballeros desmontados.

Los italianos no aguantaron el doble golpe: la *furia francesa* desmontaba todos sus posibles cálculos estratégicos, y hacía casi un siglo que habían olvidado esas peleas sangrientas y encarnizadas por las especies de torneos que ellos llamaban guerras; de suerte que, a pesar de los esfuerzos de Francisco de Gonzaga, en la retaguardia también dieron media vuelta y huyeron, atravesando a toda prisa, y sobre todo con dificultad, el torrente hinchado por la lluvia que había caído durante toda la batalla.

Algunos opinaban que había que perseguir a los vencidos ya que era tal el desorden en su ejército que, desde el campo de batalla donde los franceses se habían erigido en dueños con tanta gloria, se les veía huir en todas las direcciones, abigarrando las carreteras de Parma y de Berceto; pero el mariscal de Gié y los señores de Guisa y de La Trimouille, que ya habían hecho bastante como para que no se sospechara que habían retrocedido ante un peligro imaginario, detuvieron el impulso propugnando que tanto los hombres como los caballos estaban cansados y que intentar ir más allá era exponerse a perder la ventaja lograda. Se optó, pues, por adoptar esta última opinión, a pesar de que Trivulce, Camillo Vitelli y Francesco Secco querían continuar.

El rey se retiró a un pequeño poblado sobre la ribera izquierda del Taro y se resguardó en una humilde casa donde se desarmó: era quizá el que mejor había combatido de todos los capitanes y soldados.

Durante la noche, el torrente creció de tal forma que, aunque se hubiesen repuesto del espanto, las huestes italianas no hubieran podido perseguir el ejército francés. Como el rey no quería, tras la victoria, dar la imagen de estar huyendo, permaneció todo el día en el campo de batalla y por la noche fue a pernoctar a Medesena, pequeña localidad situada apenas a una milla de la aldea donde había reposado tras el combate. Pero, durante la noche, estuvo pensando que ya había hecho suficiente por el honor de sus armas al derrotar a un ejército cuatro veces más fuerte que el suyo, matar a tres mil de sus hombres y esperarlo un día y medio para darle tiempo de tomarse su revancha, así que, dos horas antes del amanecer, mandó encender los fuegos a fin de que los enemigos creyeran que seguía en el campo; y, ya casi fuera de peligro, el ejército francés montó en silencio sobre sus caballos y siguió su camino hacia Borgo San Donnino.

Durante este tiempo el papa había vuelto a Roma, donde recibió noticias muy en

armonía con su política. En efecto, supo que Fernando había pasado de Sicilia a Calabria con seis mil voluntarios y un considerable número de caballería e infantería españolas que, de parte de Fernando e Isabel había traído el famoso Gonzalo de Córdoba, quien llegaba a Italia con una reputación de gran capitán un tanto menoscabada por la derrota de Seminara. Casi al mismo tiempo, la flota aragonesa había batido a la francesa; y la misma batalla del Taro, perdida por los confederados, era aún una victoria para el papa, pues su resultado era franquear el regreso a Francia a su mayor enemigo. Creyendo, pues, que nada tenía que temer de él, envió a Carlos VIII —que se había detenido en Turín para socorrer Novara— un breve en el cual, valiéndose de su autoridad pontifical, le ordenaba que saliese de Italia junto con su ejército y retirase las tropas que todavía tenía en el reino de Nápoles en el plazo de diez días, so pena de arrostrar los efectos de la excomunión y someterse a comparecer ante él en persona.

Carlos VIII respondió:

1.º Que no comprendía cómo el papa, jefe de la liga, le ordenaba que saliese de Italia, cuando los confederados no sólo le habían rehusado el paso, sino que habían intentado, aunque en vano, como ya debía saber su santidad, obstruirle todo regreso a Francia;

2.º Que en cuanto a lo de retirar sus tropas de Nápoles, no era bastante irreligioso como para no hacerlo, teniendo en cuenta que habían entrado en aquel reino por el consentimiento y la bendición de su santidad;

3.º Que le extrañaba mucho que el papa exigiese su comparecencia en la capital del mundo cristiano cuando, seis semanas antes, él había intentado visitar a su santidad, a su regreso de Nápoles, para mostrarle su respeto y obediencia; en vez de acordarle ese favor, su santidad abandonó Roma con tanta premura que, a pesar de las instancias que hizo, no consiguió verle. Sin embargo, en este último artículo prometía a su santidad, si se obligaba a esperarlo, concederle la satisfacción que deseaba, al volver a Roma tan pronto como los asuntos que lo reclamaban en su reino se resolviesen a su satisfacción.

A pesar de la irónica arrogancia que contenía su respuesta, Carlos VIII se vio pronto obligado por las circunstancias a obedecer en parte al extraño breve que había recibido. Efectivamente, era tan urgente su presencia en Francia que, a pesar de la llegada de un refuerzo de suizos que venían en su auxilio, se vio obligado a firmar la paz con Ludovico Sforza y cederle Novara, mientras Gilbert de Montpensier y d'Aubigny, tras haber defendido por su parte Calabria, Basilicata y Nápoles, se vieron obligados, después de un sitio de treinta y dos días, a firmar —el 20 de Julio de 1496— la capitulación de Atella, que estipulaba la entrega a Fernando II, rey de Nápoles, de todas las plazas y fortalezas de su reino, posesiones de las cuales gozó sólo tres

meses, puesto que murió el 7 de septiembre del mismo año, en el castillo de la Somma, al pie del Vesubio, sin que los cuidados que le prodigó su joven esposa pudieran reparar el mal que su hermosura había ocasionado.

Su tío Federico lo sucedió; y de este modo, a los tres años de pontificado, a medida que Alejandro se cimentaba en la sede pontifical, había visto sucederse cinco reyes en el trono de Nápoles: eran Fernando I, Alfonso II, Carlos VIII, Fernando II y Federico.

Todas estas convulsiones en el trono y la rápida sucesión de soberanos eran lo más ventajoso que podía ocurrirle a la fortuna de Alejandro VI, puesto que cada nuevo monarca lo era con la condición de reconocerlo y conservarle la investidura pontifical. Por lo tanto, Alejandro era el único que en poder y crédito había obtenido beneficios de todos estos cambios, habiendo sido no solamente reconocido, a pesar de sus simonías, como jefe supremo de la Iglesia, por el duque de Milán, las repúblicas de Florencia y Venecia, que habían tratado con él, sino también adorado por los cinco reyes que se habían sucedido en el trono de Nápoles. Creyó entonces que había llegado el momento de cimentar el poder de su familia apoyándose por una parte en el duque de Gandía, que debía desempeñar todas las altas dignidades temporales, y destinando, por otra, a César Borgia a todas las grandes funciones eclesiásticas. El papa aseguró estos nuevos proyectos nombrando a cuatro cardenales españoles y llevando a veintidós el número de sus compatriotas en el Sacro Colegio, quienes le garantizarían una constante y segura mayoría.

El primer objetivo de la política pontificia era despejar los alrededores de Roma de los pequeños señores conocidos como vicarios de la Iglesia y a quienes llamaba Alejandro las *manillas del papado*. Como hemos visto, ya había empezado este proyecto alzando a los Orsini contra los Colonna, cuando la empresa de Carlos VIII lo obligó a reunir todos los recursos de su ingenio y todas las fuerzas de sus Estados para formarse una protección en pos de su propia seguridad.

Pero, en su imprudencia, los Orsini —antiguos aliados del papa— se habían pasado a las banderas francesas y habían entrado con ellas en el reino de Nápoles; de modo que Virgino, uno de los principales jefes de esta poderosa familia, había sido capturado durante la guerra y era prisionero de Fernando II. Alejandro no podía dejar escapar semejante ocasión, así que después de conminar al rey de Nápoles a no soltar a aquel que desde el 1º de junio de 1496 había él mismo declarado rebelde, el 26 de octubre siguiente, es decir, durante los primeros días del reinado de Federico —de quien podía asegurarse el consentimiento de sus disposiciones por la necesidad que tenía de recibir la investidura— pronunció en secreto consistorio una sentencia de confiscación contra Virgino Orsini y toda su familia; pero, como declarar confiscados todos sus bienes no era suficiente, sino que debía desposeer a los propietarios, ofreció a los Colonna, como prueba de su nueva amistad para con ellos, poner en ejecución —bajo las órdenes de su hijo Francisco, duque de Gandía— la sentencia contra sus antiguos enemigos, debilitando a sus vecinos el uno por el otro

hasta poder él sin peligro atacar y exterminar a vencedores y vencidos.

Los Colonna aceptaron la propuesta y el duque de Gandía fue nombrado general de la Iglesia, de cuyo cargo el papa, revestido de sus hábitos pontificales, le remitió las insignias en la iglesia de San Pedro de Roma.



Al principio las cosas funcionaron como Alejandro VI había esperado y, antes de final de año, el ejército pontifical era dueño de un gran número de castillos y fortalezas pertenecientes a los Orsini; de modo que estos se consideraban ya perdidos cuando Carlos VIII, a quien habían apelado sin mucha esperanza de que, ocupado en sus propios asuntos, pudiese acudir a su auxilio, a falta de armas y tropas, les envió a Carlos Orsini —hijo de Virginio, que había sido hecho prisionero— y a Vitellozzo Vitelli, hermano de Camillo Vitelli, uno de los tres bravos condotieros italianos que habían combatido junto a él en el Taro. Estos dos capitanes, cuyo valor y habilidad eran conocidos, llevaban consigo una considerable suma de dinero que habían recibido por generosidad de Carlos VIII; de modo que, apenas llegados a Città di Castello, centro de su reducida soberanía, habiendo manifestado su intención de formar un cuerpo de gendarmería, se presentaron hombres de todos puntos para alistarse a sus banderas: pronto hubieron reunido un pequeño ejército y, como durante su estancia con los franceses habían podido estudiar la organización militar que los hacía superiores a los italianos, aplicaron esas mejoras en sus tropas; éstas consistían sobre todo en ciertos cambios en los trenes de artillería, que los hacían más maniobrables, y en la sustitución de las armas ordinarias por lanzas parecidas a las de los suizos en la forma, pero dos pies más largas. Hechos estos cambios, Vitellozzo Vitelli adiestró durante tres o cuatro meses a sus hombres en el manejo de las nuevas armas; luego, cuando los consideró listos para usarlas con ventaja y habiendo obtenido algunos auxilios de las ciudades de Perugia, Todi y Narni, temerosos de que su turno siguiese al de los Orsini, como el de los Orsini había seguido al de los Colonna, marchó a Bracciano, donde el duque de Urbino, que en virtud del tratado de alianza que hemos citado había sido prestado al papa por los venecianos, estaba poniendo sitio.

Al enterarse de la proximidad de Vitellozzo Vitelli, el general veneciano quiso evitarle la mitad del recorrido y marchó a su encuentro; los dos ejércitos se encontraron en el camino de Soriano y el combate empezó al instante. El ejército pontifical tenía un cuerpo de ochocientos alemanes, con el cual contaban, por encima de todo, los duques de Urbino y de Gandía, y con razón, pues eran las mejores tropas del mundo; pero Vitellozzo Vitelli hizo que los soldados de élite fueran atacados por su infantería, que, armada con aquellas formidables lanzas, los atravesaron sin que pudieran devolverles los golpes recibidos, ya que sus armas eran cuatro pies más

cortas. Al mismo tiempo, su artillería ligera revoloteaba en los flancos del ejército siguiendo movimientos muy rápidos y silenciando la artillería enemiga con su precisión y su velocidad; de modo que, tras una resistencia aún más larga de lo que cabía esperar de un ejército atacado por medios tan superiores, las tropas pontificales se dieron a la fuga llevándose consigo hacia Ronciglione al duque de Gandía, herido de un golpe de lanza en el rostro, a Fabricio Colonna y al legado. En cuanto al duque de Urbino, que combatía en la retaguardia para apoyar la retirada, fue capturado con toda la artillería y los equipajes del ejército vencido.

Pero esta victoria, por muy grande que fuera, no alimentó el orgullo de Vitellozzo Vitelli hasta el punto de cegarlos sobre su posición: entendió que los Orsini y él eran demasiado débiles como para mantener semejante guerra, que el pequeño tesoro al que debía su ejército se agotaría rápidamente y que éste desaparecería con aquél. Así que no tardó en intentar que se le perdonara su victoria mediante propuestas que no le hubiese gustado tener que aceptar en caso de ser derrotado.

Estas condiciones fueron recibidas de inmediato por el papa, que en ese tiempo había sabido que Trivulce acababa de cruzar los Alpes y de entrar en Italia con tres mil suizos, y temía que el general italiano condujera la vanguardia del rey de Francia. Por consiguiente, se decidió que los Orsini pagarían setenta mil florines por los gastos de guerra y que todos los prisioneros se intercambiarían de un bando al otro sin rescate, exceptuando al duque de Urbino. Para garantizar el pago, los Orsini entregaron, como garantía, en manos de los cardenales Sforza y San Severino, las fortalezas de la Anguillara y de Cervetti; pero como el día prefijado para entregar el pago no disponían del dinero necesario, cifraron al duque de Orsini, su prisionero, en cuarenta mil ducados, cantidad que se acercaba a la suma, y lo entregaron a Alejandro VI, quien entonces, severo observador de lo pactado, exigió de su propio general el rescate que éste debía a sus enemigos.

Por su parte, el papa mandó entregar a Carlo Orsini y a Vitellozzo Vitelli el cadáver de Virginio, a falta de su persona. Por una extraña fatalidad, el prisionero había fallecido ocho días antes de firmarse el contrato, de la misma enfermedad, si podía juzgarse por analogía, que había muerto el hermano de Bajazet.

Una vez firmada la paz, Próspero Colonna y Gonzalo de Córdoba, reclamados por el papa a Federico, llegaron a Roma con un cuerpo de tropas napolitanas y españolas. Pero Alejandro, que no podía utilizarlas contra los Orsini y no quería que se le acusase de haberlas llamado inútilmente, las ocupó en tomar Ostia. Gonzalo fue recompensado por esta proeza al recibir de manos del papa la Rosa de Oro, es decir, la distinción más eminente que puede acordar su santidad. Participaron de este honor el emperador Maximiliano, el rey de Francia, el dux de Venecia y el marqués de Mantua.

Llegó en aquel entonces la fiesta de la Asunción, y Gonzalo de Córdoba fue invitado a tomar parte en su solemnidad. Salió al efecto de su palacio, dirigiéndose con majestuosa pompa ante la caballería pontifical, y se colocó a la izquierda del

duque de Gandía, que atraía todas las miradas por su belleza personal, realzada por todo el lujo que había considerado oportuno ostentar en aquella fiesta. Llevaba un séquito de pajes y sirvientes vestidos con tan magníficas libreas que nada de lo que se había visto hasta entonces en Roma, la ciudad de las pompas religiosas, era comparable a sus riquezas.

Todos aquellos pajes y sirvientes iban montados en magníficos caballos, cubiertos de caparzones de terciopelo con franjas de plata de entre las cuales colgaban, cada tanto, campanillas del mismo metal. El duque vestía un traje de brocado de oro y, en el cuello, llevaba un collar con las perlas de Oriente más bellas y enormes que jamás hubiera lucido un príncipe cristiano; alrededor del birrete llevaba una cadena de oro guarnecida con diamantes, de los cuales el más pequeño valía más de veinte mil ducados. Esta vistosidad contrastaba muy bien con el sencillo hábito purpúreo de César Borgia, cuya simplicidad no admitía ornamentos. Doblemente celoso de su hermano, César sintió aún más odio hacia él a raíz de los elogios que escuchaba por el camino sobre su buen aspecto y su magnificencia. Desde ese momento, el cardenal Valentino decidió la suerte de este hombre, con quien tropezaba continuamente en el camino de su orgullo, de su amor y de su ambición. En cuanto al duque de Gandía, según el historiador Tommaso Tommasi, era muy justo que el infeliz dejara en aquella fiesta el recuerdo público de su gentileza y su esplendor, ya que aquella pompa fue la última que precedió sus funerales.

Lucrecia había llegado a Roma con el pretexto de tomar parte en aquella solemnidad, pero realmente, su objetivo era —como veremos luego— ser un nuevo instrumento de ambición para su padre.

Como el papa no se conformaba para su hijo con aquel vano triunfo de ostentación y orgullo, y su guerra con los Orsini no había producido los resultados esperados, decidió, para aumentar la fortuna de su primogénito, lo que tanto había reprobado al papa Calixto haber hecho para sí mismo, es decir, desmembrar del Estado eclesiástico las ciudades de Benevento, Terracino y Pontecorvo, a fin de crearle un ducado que le sería entregado en exclusividad. Así que esta proposición se hizo en pleno consistorio y, como todo el colegio de cardenales, como hemos dicho, estaba de parte de Alejandro, no hubo oposición alguna. Esta nueva gracia acordada a su hermano mayor exasperó sobremanera a César, quien, no obstante, acababa asimismo de ser nombrado legado *a latere* de Federico, y debía, en nombre del papa, colocarle con sus propias manos la corona.

Lucrecia, después de haber pasado algunos días de fiesta con su padre y hermanos, se había recluso en el convento de San Sixto, sin que nadie supiera la verdadera causa del retiro y sin que las instancias de César, que le profesaba un amor tan extraño como degenerado, pudiesen obtener de ella que difiriese su reclusión del mundo al menos hasta el día siguiente de su partida a Nápoles. Tanta obstinación por parte de su hermana hirió profundamente a César, ya que el día en que el duque de Gandía se había exhibido en la procesión con su magnífico traje, le había parecido

ver que su incestuosa amante le profesaba cierta indiferencia, con lo que el odio hacia su rival aumentó tanto que resolvió deshacerse de él a toda costa. A tal efecto dio orden al jefe de sus esbirros de presentarse ante él la misma noche.

Michelotto estaba acostumbrado a aquellos mensajes misteriosos, que casi siempre tenían como objeto un amor que secundar o una venganza que satisfacer; y como en uno y otro caso solía quedar muy bien recompensado, procuró no faltar a la cita y a la hora señalada se presentó ante su jefe.

César Borgia lo esperaba arrimado a una chimenea, ya no iba vestido con el hábito y el birrete de cardenal, sino que llevaba un jubón de terciopelo negro cuyas mangas se abrían sobre una chaqueta de raso del mismo color. Una de sus manos jugaba mecánicamente con los guantes y la otra empuñaba el mango de un puñal emponzoñado que jamás abandonaba. Llevaba las ropas que usaba para sus expediciones nocturnas, así que Michelotto no se sorprendió al verlo con ellas; pero sus ojos arrojaban una llama aún más sombría que de costumbre y sus mejillas, que ya de por sí eran pálidas, estaban lívidas. Michelotto lanzó una mirada al cardenal y entrevió que iba a producirse entre ambos algo terrible.

César le hizo señal de que cerrara la puerta y, tras un instante de silencio en que los ojos de Borgia parecían leer en el alma del bravo, que estaba en pie y descubierto ante él:

—Michelotto —le dijo con una voz que expresaba por toda emoción un acento de ironía— ¿Cómo me sientan estas vestiduras?

Por más habituado que estaba el esbirro a los circunloquios que empleaba comúnmente su señor para conducirlo a su verdadero propósito, estaba tan lejos de esperarse aquella pregunta que estuvo algunos instantes sin responderle, y después pudo decir:

—Admirablemente bien, monseñor; y con ella vuestra excelencia presenta la guisa de un capitán, que es de lo que tiene el corazón.

—Mucho me satisface tu parecer —dijo César—. ¿Sabes quién es la causa de que en vez de esta vestimenta, que sólo puedo usar de noche, me vea obligado a disfrazarme de día con el hábito y el birrete de cardenal, y a consumir el tiempo de iglesia en iglesia y de consistorio en consistorio, cuando pudiera conducir en un campo de batalla, un magnífico ejército en el cual tu tendrías rango de capitán, en lugar de ser como eres el jefe de unos miserables esbirros?

—Sí, monseñor —respondió Michelotto, habiendo ya adivinado a César desde el principio—; la causa de todo esto es monseñor Francisco, duque de Gandía y de Benevento, vuestro hermano mayor.

—¿Sabes —retomó César sin dar a la respuesta más señal de aprobación que un movimiento de cabeza y una amarga sonrisa—, sabes quién posee las riquezas y no tiene el genio, quién lleva el casco y no tiene cabeza, quién empuña la espada y no tiene el valor?

—El mismo duque de Gandía —dijo Michelotto.

—¿Sabes —prosiguió César— con quién tropiezo continuamente en el camino de mi ambición, de mi fortuna y de mi amor?

—Con el mismo duque de Gandía —dijo Michelotto.

—¿Y qué piensas tú de ese hombre? —interrogó César.

—Pienso que debe morir —respondió fríamente el esbirro.

—Es también mi opinión, Michelotto —dijo César dando algunos pasos hacia él para asirlo de la mano—, y lo único que lamento es no haberlo pensado antes; porque si el año pasado, cuando el rey de Francia pasó por Italia, hubiese tenido la espada en mi costado en lugar del báculo en la mano, quizás me viera a estas alturas soberano de algún dominio. El papa pretende enriquecer a su familia, no cabe duda, pero se equivoca en los medios: tendría que haberme hecho duque y haber nombrado cardenal a mi hermano. Si él me hubiese hecho duque, sin lugar a dudas yo hubiera realzado la autoridad de su poder con la intrepidez de mi espíritu. El que quiere trazarse una senda para alcanzar propiedades y trono, debe hollar los obstáculos que se encuentren en su camino, marchando con libertad, sin afectarse por las heridas de su carne ni las espinas más punzantes; debe golpear a ojos cerrados, con la espada o el puño, para abrir una senda a su fortuna; no debe temer ver bañadas sus manos con su propia sangre; ha de imitar los ejemplos que le han legado los fundadores de imperios desde Rómulo hasta Bajazet, que subieron al trono gracias al fratricidio. Lo has acertado, Michelotto, ésta es mi resolución y estoy decidido a no cejar ante los obstáculos. Ahora sabes por qué te he llamado; ¿hice mal en contar contigo?

Como cabía esperar, Michelotto, que veía en aquel crimen su fortuna, respondió a César que estaba a sus órdenes y que sólo esperaba que le designase el tiempo, lugar y modo de ejecución. César dijo que el momento estaba muy cercano, puesto que pronto partiría a Nápoles, pero que el lugar y modo de la ejecución dependerían de la ocasión, y que cada uno de ellos debería vigilar para escoger la más favorable.

Al día siguiente de tomar esta resolución, el cardenal Valentino supo que el día señalado para su partida era el 15 de junio; al mismo tiempo recibió una invitación de su madre para cenar con ella el 14.

Era una cena que se daba en su honor como despedida. Michelotto recibió la orden de estar preparada a las once de aquella noche.

La mesa estaba puesta al aire libre en una magnífica viña que poseía Vanozza cerca de Saint Pierre aux Liens: los convidados eran César Borgia, el héroe de la fiesta; el duque de Gandía; el príncipe de Esquilache; doña Sancha, su mujer; el cardenal de Montreal, Francisco Borgia, hijo de Calixto III; don Rodrigo Borgia, capitán del Palacio Apostólico; don Godofredo, hermano del cardenal Juan Borgia, entonces legado de Perugia, y, por último, don Alfonso Borgia, sobrino del papa: estaba toda la familia, excepto Lucrecia, que, como seguía en reclusión, no había querido asistir.

La comida fue espléndida, César estuvo alegre como de costumbre y el duque de Gandía parecía gozoso como nunca.



En medio de la cena, un hombre enmascarado le trajo una carta; el duque la abrió sonrojándose de alegría, y, tras haberla leído contestó una sola palabra: «Iré»; luego la escondió en el bolsillo de su jubón; pero, a pesar del cuidado con que procuró ocultar la carta a la vista de todos, César había conseguido verla y había creído reconocer en ella la escritura de su hermana Lucrecia. El mensajero se había retirado con la respuesta, sin que nadie excepto César reparara en él; porque en aquella época era costumbre enviar mensajes de amor por hombres enmascarados o mujeres cubiertas de un velo.

A las diez se levantaron de la mesa y, como el aire era dulce y puro, pasearon un rato bajo los magníficos pinos que sombreaban la casa de Vanozza, sin que por esto César perdiera un momento de vista a su hermano. A las once el duque de Gandía se despidió de su madre. César hizo lo mismo, pretextando el deseo que tenía de ir aquella misma noche al Vaticano para despedirse de su padre, ya que no podría hacerlo al día siguiente, pues debía partir al alba. El pretexto era tanto más plausible cuanto que el papa velaba cada noche hasta las dos o las tres de la madrugada.

Salieron los dos hermanos, montaron sobre los caballos, que los esperaban en la puerta y cabalgaron juntos hasta el palacio Borgia, habitado entonces por el cardenal Ascanio Sforza, quien lo había recibido del papa Alejandro en la vigilia de su elección. Allá, el duque de Gandía se separó de su hermano diciéndole, con una sonrisa, que no pensaba volver a su casa, pues debía pasar unas horas con una hermosa dama que lo aguardaba.

César respondió al duque de Gandía que podía hacer lo que mejor le conviniese y le deseó buenas noches. El duque de Gandía se fue por la derecha y César por la izquierda; pero César se percató de que el camino que había tomado el duque conducía al monasterio de San Sixto, donde, como dijimos, estaba recluida Lucrecia; y con esta observación que confirmaba sus sospechas se dirigió al Vaticano, donde se despidió del papa y recibió su bendición.

Desde ese momento, todo es misterioso como la sombra bajo la cual se ejecutó el terrible suceso que vamos a referir.

No obstante, he aquí lo que se cree que ocurrió:

Al separarse de César, el duque de Gandía despidió a su escolta y se quedó a solas con su criado de confianza, con quien se dirigió a la plaza de la Giudecca. Una vez allí, encontró al hombre enmascarado que había ido a hablarle durante la cena, y, no queriendo que su criado lo siguiese más lejos, le ordenó que aguardase en aquella plaza diciéndole que en dos horas como muy tarde regresaría y se reuniría con él. En efecto, a la hora señalada, volvió el duque de Gandía, despidió al hombre enmascarado y se encaminó hacia su palacio; pero apenas había pasado la esquina del gueto de los judíos cuando cuatro hombres que iban a pie, guiados por otro que iba a caballo, lo acometieron. Creyendo ser víctima de un robo o un malentendido, el duque de Gandía se dio a conocer; pero, en lugar de detener su nombre los puñales asesinos, doblaron estos sus esfuerzos y el duque cayó muerto junto a su criado

moribundo.

Entonces el hombre a caballo, que había presenciado inmóvil e impasible la ejecución del asesinato, forzó su montura para llegar de espaldas hasta el cadáver; los cuatro agresores cargaron el cuerpo en la grupa, y, marchando junto al caballo para sostenerlo, se adentraron en el callejón que conduce a la iglesia de Santa Maria in Monticelli dejando sobre el empedrado al infeliz criado, a quien habían creído muerto. Sin embargo, al cabo de un momento, habiendo recuperado un poco de fuerza, no tardaron los habitantes de una casa cercana en oír sus gemidos, y se acercaron a recogerlo para llevarlo a una cama donde no tardó en morir, sin haber podido dar siquiera un dato sobre el asesinato y sus ejecutores.

Se esperó al duque toda la noche y toda la mañana siguiente; luego la espera se tornó miedo, y el miedo pasó a ser alarma. Entonces fueron a anunciarle al papa que, desde que había salido de la casa de su madre, el duque de Gandía no había vuelto a su palacio. Alejandro intentó abrigar la ilusión de que su hijo, a quien creía entretenido en alguna aventura amorosa, esperaba que volviera la oscuridad para regresar. Pero pasó la noche como el día, sin noticia alguna; de modo que al día siguiente, afligido por los más tristes presentimientos y por el fatal clamor del pueblo que anuncia siempre las desgracias, el papa se entregó a la más profunda desesperación no pudiendo, entre sollozos y suspiros, decir más a los que se le presentaban que estas palabras mil veces repetidas: «Buscadle, buscadle y averigüad cómo ha muerto el infeliz».

Todos fueron entonces en su busca porque, como hemos dicho, el duque de Gandía era querido por todos; pero, a pesar de las requisas que se hicieron por la ciudad, no se supo nada. Sólo hallaron el cadáver del hombre asesinado, a quien reconocieron como el criado del duque; del amo no había ni rastro. Creyendo entonces con razón que había sido arrojado al Tíber, empezaron a seguir sus orillas comenzando por la calle de la Ripetta, preguntando a los bateleros y pescadores que hubieran podido ver, desde sus casas o sus barcos, lo que había sucedido en aquellas riberas en las dos noches precedentes. Al principio, todas las preguntas fueron inútiles, pero, al llegar a la altura de la calle del Fontanone, hallaron al fin a un hombre eslavo llamado Jorge, que conducía un cargamento de madera a Ripetta, quien dijo haber presenciado en la noche del 14 al 15 algo que podía tener relación con lo que les inquietaba.

He aquí sus propias palabras:

—Señores —dijo— tras depositar el miércoles por la noche mi carga en la ribera, me quedé en la barca descansando y vigilando que nadie cargara lo que yo acababa de descargar, cuando, hacia las dos de la madrugada, vi aparecer por el callejón situado a la izquierda de iglesia de San Jerónimo a dos hombres a pie que avanzaban hasta mitad de la calle, y que, por las precauciones que tomaron en no ser vistos, supe que habían llegado hasta allí para comprobar que nadie pasaba por aquella calle. En efecto, cuando se aseguraron de que no había un alma volvieron por el mismo

callejón, de donde pronto salieron otros dos hombres, quienes, asegurándose a su vez de que no había nadie, hicieron señas a sus compañeros para que se acercasen: entonces avanzó un hombre montado en un caballo gris tordo, que llevaba en la grupa el cuerpo de un hombre muerto con la cabeza y los brazos colgando de un costado y los pies del otro, sostenido por manos y piernas por los dos hombres que habían llegado a inspeccionar. Los tres se acercaron al río mientras los otros vigilaban la calle, y, avanzando hacia esta parte de la orilla donde la cloaca de la ciudad desemboca en el Tíber, el caballero orientó la grupa del caballo hacia el río; entonces los dos hombres que estaban a su lado cogieron el cadáver, uno por los pies y el otro por las manos, lo balancearon tres veces y, a la tercera, lo arrojaron con todas sus fuerzas al río. Cuando se oyó el ruido que hizo el cuerpo al caer en el agua, el caballero preguntó: «¿Listo?», y los demás le respondieron: «Sí, señor». Enseguida dio media vuelta y al ver el abrigo del muerto flotando en el agua preguntó qué era aquello negro que se veía. «Señor, es su abrigo», dijo uno de los hombres; entonces otro recogió unas piedras y fue corriendo a tirárselas encima para hundirlo. En cuanto hubo desaparecido se retiraron y caminaron un momento por la calle principal para meterse luego por el callejón que conduce a San Giacomo.

»Eso fue todo lo que vi, señores, así que es lo único que puedo responderos a las preguntas que me habéis hecho.

Tras estas palabras, que desvanecían toda esperanza en aquellos que no la habían perdido aún, uno de los criados del papa le preguntó al eslavo cómo, habiendo sido testigo de semejante escena, no la había denunciado al gobernador. Pero éste respondió que desde que ejercía su profesión en el río había visto cientos de veces arrojar de aquel modo cadáveres al Tíber sin que nadie pareciera preocuparse; y estaba convencido de que ocurriría lo mismo con aquel cuerpo, motivo por el cual había decidido no hablar de ello, pensando que nadie le daría importancia.

Guiados por estas indagaciones, los criados de su santidad convocaron enseguida a los bateleros y pescadores que solían navegar en el río; y como prometieron una buena recompensa al que encontrara el cadáver del duque, pronto hubo cien hombres ocupados en buscarlo; de modo que la noche de ese mismo día, que era viernes, sacaron del río a dos hombres, uno de los cuales fue enseguida reconocido como el infeliz duque.

A la primera inspección del cadáver no hubo dudas sobre la causa de su muerte. Tenía en el cuerpo nueve heridas, la principal era en la garganta y le atravesaba la arteria; pero sus vestiduras estaban intactas. Llevaba el jubón, el abrigo, los guantes, el cinturón y su oro estaba en el monedero; por consiguiente, el duque había sido asesinado por venganza y no por codicia.

La barca donde estaba el cadáver remontó el Tíber hasta el castillo Sant'Angelo, donde fue depositado. Enseguida fueron a buscar al palacio del duque las magníficas vestiduras que había llevado el día de la procesión para ponérselas; luego colocaron a su lado las insignias del generalato de la Iglesia. De este modo quedó todo el día

expuesto sin que su padre, entregado a la desesperación, tuviese el valor para ir a verlo. Llegada la noche, sus más fieles y dignos servidores lo transportaron a la iglesia de la Madonna del Popolo, con toda la pompa que la corte y la iglesia podían exponer en los funerales de un hijo del papa.

Mientras tanto César Borgia colocaba con sus ensangrentadas manos la corona real en las sienes de Federico de Aragón.

Aquella desgracia había penetrado en lo más profundo del corazón de Alejandro VI.

Como al principio no sabía sobre quién hacer recaer sus sospechas, dio las más severas disposiciones para que se rastreara a los asesinos; pero no tardó en descubrir la cruenta realidad. Se dio cuenta de que la tragedia que los afectaba salía de su misma familia, y su desesperación llegó hasta el frenesí; corrió como un loco por las dependencias del Vaticano, entró en pleno consistorio con los hábitos desgarrados y el cabello cubierto de ceniza y confesó todos los desórdenes de su vida pasada reconociendo que la desgracia que lo afligía era un justo castigo del cielo; luego se retiró a uno de los aposentos más secretos y oscuros de su palacio y se encerró con la idea de dejarse morir de hambre. Efectivamente, pasó más de sesenta horas sin tomar alimento alguno ni reposar durante la noche respondiendo a los que llamaban a su puerta con gemidos femeninos o rugidos de león. Como ni siquiera Julia Farnesio — su nueva amante, a quien llamaban la *Julia Bella*— pudo calmar su desesperación, se vio obligada a ir a buscar a Lucrecia, doble objeto del amor de Alejandro, para disuadirle de su mortal obstinación. Lucrecia salió de su reclusión, donde se plañía de la pérdida del duque de Gandía, para ir a consolar a su padre.

Efectivamente, al oír su voz, la puerta se abrió y sólo entonces el cardenal de Segovia —que llevaba casi un día arrodillado ante la puerta suplicando a su santidad que se repusiera— pudo entrar con unos sirvientes que le llevaban vino y algo de comer.

El papa estuvo tres días y tres noches a solas con Lucrecia, luego apareció en público, calmoso, si no consolado; porque Guicciardini asegura que su hija lo había convencido de lo peligroso que sería manifestar ante el asesino, que regresaría, su desmesurado amor hacia la víctima.



Mientras tanto, César Borgia seguía en Nápoles tanto para dejar que el tiempo calmase el dolor paterno como para llevar a cabo una nueva negociación: entablar proposiciones de matrimonio entre Lucrecia y Alfonso de Aragón, duque de Biselli y príncipe de Salerno, hijo natural de Alfonso II y hermano de doña Sancha. En aquel entonces Lucrecia era esposa del señor de Pesaro, pero era hija de un padre que había recibido del cielo el poder de hacer y deshacer. Por lo tanto, no había de qué

preocuparse; cuando los prometidos estuvieran listos llegaría el divorcio. Alejandro era demasiado buen político para dejar a Lucrecia casada con un yerno que ya no le era útil.

A finales del mes de agosto se supo que el legado había terminado según lo previsto su embajada ante el nuevo rey y pensaba volver a Roma. En efecto, regresó el 5 de septiembre, es decir, apenas tres meses después de la muerte del duque de Gandía; al día siguiente, fue desde la iglesia de Santa Maria Novella —ante cuyas puertas lo esperaban, como es costumbre, los cardenales y embajadores de España y Venecia— hasta el Vaticano, donde residía su santidad: entró en el consistorio, fue recibido por el papa, quien, siguiendo el ceremonial, le dio su bendición y lo besó. Luego lo acompañaron de nuevo los cardenales y embajadores a sus aposentos y, desde allí, ya estando solo, pasó a los del papa; porque en el consistorio no se habían dirigido la palabra y padre e hijo tenían mucho de que hablar, aunque no —como podría pensarse— del duque de Gandía; ni uno ni otro hicieron mención del infeliz joven, como si no hubiera existido.

Cierto es que César llevaba buenas noticias. El rey Federico consentía al enlace propuesto; por consiguiente, el matrimonio de Sforza y Lucrecia fue anulado por causa de impotencia. Había autorizado también la exhumación del cadáver de Djem que, como sabemos, valía trescientos mil ducados.

Desde entonces, el cardenal Valentino, como había deseado, representaba en lugar del duque de Gandía un poderoso rango después del papa; y no tardaron los romanos en percatarse de este poder por el inmenso paso que dio Roma hacia la disolución. Todo eran fiestas, bailes y mascaradas; partidas de caza, a las que César, que empezaba a desprenderse de sus vestiduras de cardenal cuyo color sin duda lo fatigaba, asistía vestido a la francesa, seguido como un rey de cardenales, embajadores y escoltas. De modo que la ciudad pontificia, abandonada como una cortesana a sus orgías y desórdenes, no se había visto —como dice el cardenal de Viterbo— ni aun en los tiempos de Nerón y Heliogábalo, tan ardiente de sedición, tan ferviente de lujuria y tan manchada de sangre. Jamás tantos males habían recaído sobre ella; jamás tantos delatores la habían deshonrado ni tantos esbirros la habían envilecido. Era tan cuantioso el número de ladrones y su audacia era tal que no se podían franquear las puertas de la ciudad; ya ni siquiera había seguridad en su interior. No había casa ni torre que pudieran proteger a nadie, no había derecho ni justicia. Reinaban el dinero, la fuerza y el placer.

El oro se derrochaba en abundancia y, por un justo castigo del cielo, Alejandro y César empezaron a codiciar la fortuna de aquellos mismos que, por su simonía, los habían elevado al rango que ocupaban. El primero que sufrió los efectos de aquella nueva vía de enriquecimiento fue el cardenal de Cosenza.

Hacía cierto tiempo que se había acordado una dispensa a una religiosa profesa, última heredera de la corona de Portugal, en virtud de la cual ésta había desposado a un hijo natural del último rey. Como el enlace era totalmente perjudicial para los

intereses de Fernando e Isabel de España, enviaron embajadores a Alejandro VI manifestándole la injusticia de su proceder justo cuando se procuraba una alianza entre la casa de Aragón y la Santa Sede. El pontífice comprendió la queja y resolvió evitar el perjuicio que podía reportarle. Negó por consiguiente haber tenido conocimiento de este privilegio, cuya concesión le había reportado sesenta mil ducados, y acusó al arzobispo de Cosenza, secretario de los breves apostólicos, de haber acordado un falso privilegio. Por esta acusación el arzobispo fue conducido al castillo de Sant'Angelo y se dio comienzo a su proceso.

Pero como no era cosa fácil probar tal acusación, sobre todo porque el arzobispo se obstinaba en sostener que el privilegio era en efecto obra del papa, decidieron poner en marcha un ardid contra él que no podía fallar. Una noche el arzobispo vio entrar en su prisión al cardenal Valentino; llegaba, con aquel franco y afable ademán que tanto sabía remedar cuando podía serle útil, a exponerle al prisionero el aprieto en que se hallaba el papa, del cual sólo el arzobispo, a quien el pontífice consideraba su mejor amigo, podía sacarlo.

El arzobispo respondió que estaba a las órdenes de su santidad.

Entonces César se sentó en el extremo opuesto de la mesa en la que estaba acodado el cautivo cuando el cardenal entró y le manifestó la posición de la Santa Sede: estaba en un apuro. Cuando iba a contraer una alianza tan importante con la casa de Aragón, como era el enlace de Lucrecia con Alfonso, no podía reconocer a Fernando e Isabel que su santidad hubiera acordado, por unos míseros ducados, aquel privilegio que reunía, entre los dos esposos, todos los derechos legítimos en una corona en la que Fernando e Isabel sólo tenían derechos de conquista. Esta confesión supondría el rompimiento de todas las negociaciones y la familia pontificia encontraría su ruina al tropezar con el mismo pedestal que debía servirle para aumentar su grandeza.

El arzobispo de Cosenza debía, pues, comprender lo que el papa esperaba de su devoción y amistad: que confesara simple y llanamente haberse creído facultado para conceder el privilegio. Y, como el que debía juzgar y fallar su causa era Alejandro VI, el acusado podía deducir que el juicio sería enteramente paternal. De hecho, la recompensa estaba en manos del mismo juez, y si el juicio era el de un padre, la recompensa podía ser de un rey. Dicha gratificación no sería nada menos que asistir como legado, y con el rango de cardenal, al desposorio de Lucrecia y Alfonso; el favor le sería devuelto con creces ya que, gracias a su devoción, el matrimonio podría celebrarse.

El arzobispo de Cosenza conocía muy bien a los hombres con quienes trataba: sabía que no cejaban ante ningún obstáculo para conseguir su objetivo. Sabía que poseían un polvo que tenía el sabor y el olor del azúcar, cuya mixtura con los alimentos era imposible de distinguir, y que producía, según la intención, una muerte lenta o súbita y sin dejar rastro. Sabía el secreto de una llave emponzoñada que estaba siempre sobre la chimenea del papa, y cuando su santidad quería deshacerse de

alguno de sus familiares, le mandaba abrir un armario cuya cerradura no ajustaba bien. Entonces, como la llave estaba emponzoñada y terminaba en punta producía en la mano una ligera raspadura que resultaba ser mortal. También sabía que César llevaba una sortija con dos cabezas de león, cuyo engaste giraba hacia adentro cuando estrechaba la mano de algún amigo. Los dientes de león se convertían en dientes de víbora y el amigo moría maldiciendo a Borgia. Pero el arzobispo cedió, en parte llevado por el terror, en parte deslumbrado por la recompensa; y César regresó al Vaticano con el preciado papel en el cual el arzobispo de Cosenza reconocía ser el único culpable de la dispensa acordada a la religiosa real.

Dos días después, merced a las pruebas que el arzobispo le había proporcionado, el papa —en presencia del gobernador de Roma, del auditor de la cámara apostólica, del abogado y el procurador fiscal— pronunció la sentencia que condenaba al arzobispo de Cosenza a la pérdida de todos sus beneficios y cargos eclesiásticos, a la degradación de sus órdenes y a la confiscación de sus bienes: su persona debía ser entregada al magistrado civil.

Al cabo de dos días, el magistrado se presentó en la cárcel para desempeñar la misión que había recibido del papa, y entró en la celda del arzobispo seguido de un escribano, dos criados y cuatro guardas. Entonces el escribano desenrolló el papel que llevaba y leyó la sentencia. Los criados abrieron un paquete y, despojándolo de sus hábitos episcopales, lo vistieron con una gruesa tela blanca que sólo le llegaba hasta las rodillas, unos calzoncillos del mismo tipo y un par de toscos zapatos. Los guardas se apoderaron de él para conducirlo a uno de los más profundos calabozos del castillo de Sant'Angelo, donde sólo había un crucifijo de madera, una mesa, una silla y una cama; la única distracción que tenía era una Biblia, un breviario y un frasco de aceite para la lámpara; el único alimento consistía en dos libras de pan y un barril de agua, que debía ser rellenado cada tres días.

Al cabo de un año el pobre arzobispo murió de desesperación; en la agonía se había roído los brazos.

El mismo día que había sido encerrado en el calabozo, César Borgia, que había llevado este asunto con tanta maestría, se había posesionado por disposición del papa de todos los bienes del condenado.

Las cacerías, los bailes y las mascaradas no eran los únicos placeres del papa y su familia. De vez en cuando se entregaban a extraños espectáculos, de los cuales citaremos sólo dos, uno es un suplicio y el otro es simplemente una escena de cópula equina. Pero, puesto que tanto el uno como el otro ofrecen detalles que no queremos que nuestros lectores atribuyan a nuestra imaginación, les advertimos que han sido traducidos textualmente del diario latín de Burchard<sup>[1]</sup>.

«Durante aquella misma época (es decir, a principios del año 1499), fue encarcelada una cortesana llamada la Corsetta, cuyo amante era cierto musulmán español que iba a visitarla vestido de mujer y que, por su

travestismo, era conocido como la *Berberisca española*. Para expiar el escándalo, ambos fueron paseados por la ciudad, ella sin camisa ni enagua, pero con el vestido del musulmán sin abotonar, abierto por delante; él con sus ropas de mujer, los brazos amarrados al dorso y la enagua levantada hasta el estómago, de forma que la parte pecadora quedara expuesta a la vista de todos. Una vez terminada la vuelta por la ciudad, volvieron a encarcelar a la Corsetta con su amante. Pero, el 7 de abril siguiente, lo sacaron y lo llevaron con dos ladrones al Campo dei Fiori.

Los tres condenados iban precedidos de un esbirro, montado a contrapelo sobre un asno, que sostenía una pértiga de donde colgaban los ensangrentados genitales que le acababan de cortar a un judío como castigo por haber tenido relaciones con una cristiana. Llegados al lugar de la ejecución, los dos ladrones fueron ahorcados y el desdichado moro fue atado a un poste rodeado de madera donde iba a ser quemado; pero, como estalló una fuerte lluvia, el fuego no prendió a pesar de los esfuerzos del verdugo.»

Este incidente imprevisto, que el pueblo interpretó como un milagro, privó a Lucrecia de la parte más curiosa de la ejecución; pero su padre tenía previsto recompensarla más adelante con otro tipo de espectáculo. Avisamos de nuevo al lector: el fragmento que leerá a continuación es una traducción del diario del buen alemán Burchard, que consideraba los acontecimientos más sangrientos o lúbricos como meros hechos periodísticos que registraba con la impasibilidad de un escriba, sin acompañarlos de ningún comentario ni hacer reflexión alguna.

«El 11 de noviembre, un campesino había entrado en Roma con dos yeguas cargadas de madera y, cuando pasó con ellas por la plaza de San Pedro, los criados de su santidad cortaron las dos cinchas, de modo que los cargamentos de madera cayeron al suelo junto con las albardas, y llevaron a las yeguas a un patio situado entre el palacio y las puertas. Entonces abrieron las cuadras y cuatro sementales libres y desenfrenados se lanzaron a perseguir las yeguas; con grandes relinchos, coces y mordeduras las montaron tras haberlas herido gravemente durante la lucha. El papa y doña Lucrecia, que estaban en una ventana situada sobre las puertas del palacio, disfrutaron mucho con la lucha y con lo que siguió.»

Haremos como Burchard, nos abstendremos de hacer cualquier reflexión.

De todos modos, la traición que César Borgia le hizo al arzobispo de Cosenza tuvo los efectos esperados. Fernando e Isabel ya no podían atribuir a Alejandro VI la firma del breve por el que protestaron; así pues, nada se oponía al desposorio de Lucrecia y Alfonso; certeza que alegró sobremanera al papa, quien daba tanta



importancia al primer matrimonio que ya soñaba con un segundo, entre César y doña Carlota de Aragón, hija de Federico.

En efecto, desde la muerte de su hermano, César había manifestado en todos sus actos su poca vocación para la vida eclesiástica; de modo que a nadie le sorprendió que, habiendo Alejandro VI convocado el consistorio, entrara César, y, dirigiéndose al papa, empezara a decir que desde sus primeros años había sido, por sus inclinaciones y su talento, llevado a las profesiones seculares, y sólo por obedecer las absolutas disposiciones de su santidad, se había entregado a la iglesia, había aceptado la púrpura, las demás dignidades y el orden sacro del diaconado; que, viendo que, a su edad y en su situación, era igual de inconveniente abandonarse a sus deseos como imposible resistirse a ellos, le suplicaba humildemente a su santidad que condescendiese a sus irresistibles inclinaciones y le permitiera deponer el hábito y las dignidades eclesiásticas para poder entrar en la vida secular y contraer un legítimo matrimonio; al mismo tiempo, rogaba a los cardenales que intercedieran con su santidad, ante quien renunciaba por su propia voluntad a las iglesias, abadías y favores eclesiásticos que de su mano había recibido. A fin de satisfacer la petición de César, los cardenales le dejaron por unanimidad la decisión del asunto al pontífice, y, como era de suponer, el papa, como buen padre, no queriendo contrariar la inclinación de su hijo, aceptó la renuncia y le concedió su ruego.

Enseguida César depuso el hábito de púrpura, que no tenía relación con él, según el historiador Tommaso Tommasi, más que por ser del color de la sangre.



Esta renuncia era urgente y no había tiempo que perder. Carlos VIII, un día que había ido a cazar y había vuelto tarde y cansado, se había lavado la cabeza con agua fría, y, habiéndose luego sentado a la mesa, había tenido un ataque de apoplejía después de cenar y había muerto dejando el trono al buen Luis XII, su sucesor, que tenía dos grandes debilidades: la primera, el afán de conquistar; y la segunda, el deseo de tener descendencia. Alejandro, que estaba al acecho de cualquier cambio político, había ya previsto todo el partido que podía sacar del advenimiento de Luis XII al trono, y quería aprovecharse de la necesidad que el nuevo rey tenía de él para el cumplimiento de su doble deseo. Efectivamente, Luis XII necesitaba, por un lado, su ayuda temporal para llevar a efecto su expedición contra el ducado de Milán — sobre el cual, como dijimos, tenía los derechos Valentina Visconti, su abuela— y, por el otro, su ayuda espiritual para consumir su divorcio de Juana —hija de Luis XI, estéril y monstruosamente deforme— con quien se había casado sólo por el temor que le inspiraba su padre.

Alejandro estaba dispuesto a acordar a Luis XII todas sus pretensiones e incluso a conceder un capelo cardenalicio a Georges d'Amboise, su amigo, si el rey de Francia

quería emplear su influencia en convencer a la joven Carlota, que estaba en su corte, de que se casara con su hijo.

Como esta negociación estaba ya muy adelantada el mismo día en que César había depuesto la púrpura y vestido el hábito secular, antiguo y constante objeto de su ambición, el señor de Villeneuve —enviado del rey Luis XII— que debía acompañar a César a Francia, llegó a Roma y se presentó ante el antiguo cardenal, quien, por espacio de un mes, le hizo todos los honores de Roma con su habitual lujo y con todos los agasajos que tan bien sabía prodigar a aquellos que necesitaba. Luego partieron, precedidos de un enviado del papa que ordenaba que en las poblaciones de su tránsito los recibiesen con las mayores pruebas de honor y respeto. Se había dado la misma orden en toda Francia, donde los ilustres viajeros llevaron una guardia tan numerosa y acudió a verles una multitud tan afanosa que, después de pasar por París, la gente de la escolta de César escribió a Roma diciendo que en Francia no había visto árboles, casas ni murallas, sino sólo hombres, mujeres y rayos de sol.

Con el pretexto de ir a la caza, el rey salió a recibir a su huésped a dos leguas de la ciudad; allá, como sabía que César quería mucho el nombre de Valentino, que tenía siendo cardenal y llevaba aún con el título de conde, aunque hubiese renunciado al arzobispado que le había dado este nombre, le concedió la investidura de Valencia del Delfinado, junto con el título de duque y una pensión de veinte mil francos; después de hacerle tan magnífica donación y charlar con él durante casi dos horas, se despidió para dejarlo disfrutar de la espléndida entrada que le había preparado.

El miércoles, decimotercero día de diciembre del año 1498, César Borgia hizo su entrada en la ciudad de Chinon, con todo el aparejo digno del hijo de un papa que llega para desposar a la hija de un rey.

El cortejo estaba formado por veinticuatro mulos cubiertos de caparazones rojos, decorados con escudos que llevaban las armas del duque y cargados de baúles esculpidos y cofres incrustados con marfil y plata; luego venían otros veinticuatro mulos también cubiertos de caparazones, pero estos con los colores del rey de Francia, que eran el amarillo y el rojo; tras ellos marchaban otros diez mulos cubiertos de raso amarillo con barras rojas atravesadas, y, por último, otros diez cubiertos con paño de oro a bandas, unas de oro frisado y otras de oro raso.

Detrás de los setenta mulos que abrían la marcha, pifaban dieciséis hermosos caballos de batalla sostenidos por las bridas por otros tantos escuderos marchando a pie a su costado; los seguían dieciocho corceles de caza, montados por dieciocho pajes de entre catorce y quince años, de lo cuales dieciséis iban vestidos de terciopelo carmesí y dos de paño de oro frisado; según Brantôme, eran tan elegantes que la riqueza de las vestiduras de aquellos dos niños, que por lo demás eran los más hermosos de todos, despertó en la gente ciertas sospechas sobre las causas de aquella preferencia. Por último, detrás de estos dieciocho caballos, marchaban seis hermosas mulas, enjaezadas de terciopelo rojo y llevadas por seis sirvientes vestidos con el mismo terciopelo que el de los arneses.

El tercer grupo estaba formado por dos mulas enteramente cubiertas de paño de oro cargando cada una dos baúles que contenían, según decían, el tesoro del duque, las pedrerías que le traía a su prometida y las reliquias y bulas que su padre le había encargado entregarle de su parte al buen rey Luis XII. Los seguían veinte gentilhombres engalanados con paño de oro y plata, entre los cuales estaban Paolo Giordano Orsini y varios barones y caballeros importantes del Estado eclesiástico.

A continuación venían dos tamboriles, un rabel y cuatro soldados tocando trompetas y cornetas de plata; luego, en medio de veinticuatro lacayos vestidos la mitad de terciopelo carmesí y la otra mitad de seda amarilla, estaban monseñor Georges d'Amboise y monseñor el duque de Valentinois, montado sobre un gran y hermoso corcel, vestido ricamente, con un traje de raso rojo y paño de oro enteramente bordado de perlas y piedras preciosas; su bonete tenía una doble hilera de rubíes grandes como habas emanando un fulgor tan intenso que hubieran podido confundirse con los carbúnculos que sólo se ven en *Las mil y una noches*. Llevaba también un collar en el cuello que debía valer doscientas mil libras y todo, hasta sus botas, eran abrochaduras de cordón de oro y bordados de perlas. Su caballo estaba cubierto con una coraza de hojas doradas de admirable orfebrería de la cual salían, cual flores, ramilletes de perlas y racimos de rubíes.

A la cola de todo este magnífico cortejo que precedía al duque venían veinticuatro mulos cubiertos de caparzones rojos con su escudo de armas, que cargaban la vajilla de plata, las tiendas y el equipaje.

Pero lo que aportaba a toda esta cabalgata ese aire de increíble lujo era que todos aquellos mulos, muleros y caballos llevaban herrajes de oro tan mal colocados que más de la mitad se quedó por el camino; un lujo por el cual César fue, de hecho, muy criticado por haber tenido la osadía de colocar en las patas de sus caballos un metal con el que se fabrica la corona de los reyes.

Sin embargo, toda esta pompa no produjo su efecto en aquella para quien se había desplegado; ya que, cuando le anunciaron a Carlota que César había llegado a Francia con la esperanza de convertirse en su esposo, lo único que respondió fue que jamás daría su mano no solamente a un clérigo, sino al hijo de un sacerdote; no solamente a un asesino, sino a un fratricida, no solamente a un hombre infame por su nacimiento, sino más infame aún por sus costumbres y acciones.

Pero, a falta de la envanecida aragonesa, César Borgia halló bien pronto a otra princesa de noble rango que consintió en ser su esposa: era Carolina de Albret, hija del rey de Navarra. El desposorio, que fue convenido con la condición de que el papa dotara con doscientos mil ducados de renta vidual a la futura esposa e hiciera cardenal a su hermano, se celebró el 10 de mayo.

El día siguiente de Pentecostés, el duque de Valentinois recibió la orden de San Miguel, orden fundada por Luis XI, que en aquel entonces era la más valorada por los reyes de Francia. La noticia de este enlace, que aseguraba en Roma la alianza con Luis XII, fue recibida por el papa con gran satisfacción; así que ordenó celebrarlo con

iluminaciones y fuegos artificiales por toda la ciudad.

El rey de Francia, por su parte, además del agradecimiento que tenía hacia el papa por haber roto su unión con Juana de Francia y haber autorizado su matrimonio con Ana de Bretaña, consideraba indispensable para sus proyectos sobre Italia tener al pontífice como aliado; de modo que le prometió al duque de Valentinois, tan pronto como entrara en Milán, poner a su disposición trescientas lanzas para emplearlas en sus intereses particulares y contra cualquier enemigo, exceptuando los aliados de Francia. La conquista de Milán debía emprenderse tan pronto como Luis XII se asegurara el apoyo o neutralidad de los venecianos, a quienes había enviado embajadores autorizados para prometerle en su nombre la entrega de Cremona y de Ghiera d'Adda cuando hubiera conquistado Lombardía.



Todo secundaba en el exterior la política invasora de Alejandro VI, cuando se vio obligado a desviar su vista de Francia para conducirla al centro de Italia: veía en medio de Florencia a un hombre sin ducado, corona ni espada, sin otro poder que el de su genio, sin más armadura que su pureza y sin otra arma ofensiva que su elocuencia, que empezaba a resultar más peligroso para él que los reyes, duques y príncipes de la tierra; este hombre era el pobre monje dominico Girolamo Savonarola, el mismo que había rehusado la absolución a Lorenzo de Médicis por haberse negado a devolver la libertad a su patria.

Girolamo Savonarola había vaticinado la entrada de los ultramontanos en Italia, y Carlos VIII había conquistado Nápoles; había predicho a Carlos VIII que, como castigo por haber dejado sin cumplimiento la libertadora misión que había recibido de Dios, se vería amenazado por una terrible catástrofe, y el monarca había muerto. En fin, como aquel hombre que, dando vueltas alrededor de la ciudad santa había gritado durante ocho días: «¡Maldita Jerusalén!» y al noveno día gritó: «¡Maldito sea yo!», Savonarola había predicho su propia caída, pero incapaz de cejar ante el peligro, el reformador florentino había insistido en su resolución de atacar al coloso de abominación sentado en el trono de San Pedro, de suerte que, cada nueva orgía, cada nuevo crimen que se había hecho descaradamente público o se había intentado ocultar de manera vergonzosa en la noche, el dominico lo había señalado con el dedo ante el pueblo, persiguiendo con su anatema a aquel hijo de la lujuria o de la ambición pontifical. Había censurado los amores de Alejandro VI con la bella Julia Farnesio, que en el mes de abril había dado un nuevo hijo a la familia del papa; había perseguido con su anatema el asesinato del duque de Gandía, fratricidio causado por los celos de un incestuoso, y advertía a sus compatriotas, excluidos de la liga que en aquel entonces se gestaba, de la suerte que les esperaba cuando los Borgia, dueños de los principados menores, se dispusieran a atacar los ducados o repúblicas. Era, pues,

un enemigo a la vez espiritual y temporal, cuya importuna y amenazadora voz era preciso acallar a toda costa.

Sin embargo, a pesar del inmenso poder que tenía el papa, semejante designio no era tarea fácil. Savonarola, que predicaba los austeros principios de la libertad, había creado en el centro mismo de la rica y voluptuosa Florencia, un considerable partido, conocido con el nombre de los *Piangioni* o *Penitentes*: estaba compuesto de aquellos ciudadanos que deseaban a la vez una reforma en el Estado y en la Iglesia, acusando a un tiempo a los Médicis de haber avasallado la patria y a los Borgia de haber profanado la fe, y clamaban que la república fuese restituida a su principio popular y la religión a su simplicidad primitiva. Sobre el primero de estos principios ya habían hecho grandes progresos, puesto que, a despecho de otras dos facciones —la de los *Arrabbiati*, o *Rabiosos*, que, compuesta de los jóvenes patricios más ricos y nobles de Florencia, querían un gobierno oligárquico, y la de los *Bigi*, o *Grisés*, llamados así porque conspiraban en la sombra, que deseaban el retorno de los Médicis—, habían obtenido sucesivamente la amnistía de todos los crímenes y delitos cometidos bajo los otros gobiernos, la abolición de la balía, que era un poder aristocrático, la institución de un consejo soberano, compuesto de mil ochocientos ciudadanos, y la sustitución del sorteo o las elecciones oligárquicas por las elecciones populares.

La primera medida que empleó Alejandro VI contra el creciente poder de Savonarola fue declararlo hereje, y, como tal, prohibirle la prédica; pero el monje había eludido esta prohibición haciendo que su discípulo y amigo Domenico Bonvicini de Pescia predicara en su lugar.

De ello resultó que los preceptos del maestro no hicieron más que cambiar de boca, eso es todo, sin que por ello la simiente cayera en tierra menos fértil o pronta para hacerla eclosionar. De hecho, poniendo para el porvenir el ejemplo que Lutero siguió con tan feliz éxito, cuando veintidós años después mandó quemar en Wittenberg la bula de excomunión de León X, Savonarola, cansado de callar, había manifestado, con la autoridad del papa Pelayo, que una excomunión injusta era ineficaz y eximía al excomulgado de la necesidad de absolución. En consecuencia, había declarado, el día de Navidad del año 1597, que por una inspiración del Señor se veía obligado a faltar a la obediencia a causa de la corrupción del maestro, y había empezado de nuevo a predicar en la iglesia catedral con un éxito tanto mayor cuanto que sus sermones habían sido interrumpidos, y con una influencia mucho más formidable, ya que se basaba en las simpatías que inspira siempre a las masas una injusta persecución.

Para obtener justicia del rebelde, Alejandro VI recurrió a Leonardo de Médicis, vicario del arzobispado de Florencia, quien, obedeciendo las órdenes recibidas de Roma, impidió a los fieles por mandato seguir las predicaciones de Savonarola. Según el mandato, los que oyesen la palabra del excomulgado no serían recibidos a confesión ni a comunión; y como, si morían, estarían manchados de herejía, dado su comercio espiritual con un hereje, sus cuerpos se verían privados de sepultura y

serían ultrajados. Contra aquel mandato de su superior apeló Savonarola a la vez al pueblo y a la Señoría, y, a principios del año 1498, ambos poderes reunidos dieron orden al vicario episcopal de salir de Florencia en el plazo de dos horas.

Esta expulsión de Leonardo de Médicis fue un triunfo para Savonarola, quien, procurando invertir su creciente influencia en una reforma de las costumbres, decidió convertir el último día de carnaval, hasta entonces consagrado a los mundanos placeres, en una jornada de contrición religiosa. En efecto, en aquel mismo día, un número considerable de niños reunidos ante la iglesia catedral se dividió en grupos y, recorriendo la ciudad, entraban de casa en casa reclamando los libros profanos, las pinturas voluptuosas, los laúdes y las arpas, las barajas y los dados, los cosméticos y los perfumes, en fin todos aquellos mil productos de una civilización y una sociedad corrompidas, bajo cuya sombra combate tan victoriosamente Satanás las leyes del Señor. Obedeciendo a esta conminación, los habitantes de Florencia llevaron a la plaza del Duomo todas aquellas obras de perdición que pronto formaron una inmensa pira que los jóvenes reformadores entregaron a las llamas cantando himnos y salmos religiosos. Allí fueron quemados un sinnúmero de ejemplares de Boccaccio, del *Morgante maggiore* y los cuadros de Fra Bartolomeo, quien desde entonces renunció a la pintura mundana para consagrar su pincel a la reproducción de las escenas religiosas.

Como semejante reforma era muy temible para Alejandro, resolvió combatir a Savonarola con las mismas armas con que lo atacaba, es decir, con la elocuencia. Eligió al efecto para hacerle frente a un predicador de conocido talento, llamado Francesco di Puglia, y lo envió a Florencia, donde empezó a predicar en la iglesia de la Santa Croce, acusando a Savonarola de herético e impío. Al mismo tiempo declaró, mediante un nuevo breve, a la Señoría que si no prohibía la palabra del heresiarca todos los bienes de los mercaderes florentinos sitos en el territorio pontifical serían confiscados, y la república sería declarada en interdicto y enemiga espiritual y temporal de la iglesia. Abandonada la Señoría por Francia y viendo crecer de manera asombrosa la potestad material de Roma, se vio esta vez obligada a ceder y notificó a Savonarola la orden de dejar de predicar. Éste obedeció y se despidió de su auditorio con un discurso lleno de elocuencia y firmeza.

Sin embargo, en vez de calmar la agitación, la retirada de Savonarola la había aumentado: se hablaba de sus profecías realizadas; y muchos sectarios más ardientes que el maestro, pasando de la inspiración al milagro, decían que Savonarola se había ofrecido a descender con su antagonista a las tumbas de la iglesia catedral, donde, para demostrar la verdad de su doctrina, resucitaría a un muerto, prometiendo confesarse vencido si su adversario obraba aquel milagro. Esos rumores llegaron a oídos del padre Francesco di Puglia, y, como era uno de esos hombres de ardientes pasiones para los que la vida no cuenta cuando el sacrificio de la suya propia puede ser útil a su causa, declaró con humildad que se consideraba muy gran pecador para que Dios le acordase la gracia de obrar un milagro; pero propuso otro desafío: entrar

con Savonarola en una hoguera ardiente. Él decía que sabía que perecería, pero al menos moriría vengando la causa de la religión, porque estaba seguro de arrastrar consigo al tentador que tantas almas precipitaba con la suya a la condenación eterna.

La propuesta del hermano Francesco llegó a Savonarola, pero como éste no había propuesto formalmente el primer desafío, vacilaba en aceptar el segundo, cuando su discípulo, el hermano Domenico Bonvicini, más confiado que él en su propio poder, declaró que estaba dispuesto a aceptar la prueba del fuego en lugar de su maestro, seguro de que Dios obraría un milagro intercediendo por su profeta. Inmediatamente se difundió en Florencia la noticia de que el desafío mortal había sido aceptado: los partidarios de Savonarola, hombres todos de convicción, no dudaban ya del triunfo de su causa. Sus enemigos estaban encantados de ver a un herético entregarse por sí mismo a las llamas; y los indiferentes consideraban aquella prueba como un espectáculo lleno de interés.

Pero la abnegación del hermano Bonvicini de Pescia no satisfacía a Francesco di Puglia: estaba dispuesto a morir de una muerte terrible, pero con la condición de que Savonarola expirase con él. En efecto, ¿a quién le importaba la muerte de un oscuro discípulo como el hermano Bonvicini? Tenía que derribar al maestro, tenía que arrastrar en su caída al jefe de la doctrina. Entonces declaró que no entraría en la hoguera sin el mismo Savonarola, diciendo que no permitiría jamás que entrando él en el terrible juego en persona, su adversario jugara por procuración.

Entonces sucedió algo que, cierto es, nadie esperaba: en lugar del hermano Francesco di Puglia, que sólo quería enfrentarse al maestro, se presentaron dos monjes franciscanos para desafiar al discípulo: eran el hermano Nicolás de Pilly y el hermano Andrés Rondinelli. Viéndolos partidarios de Savonarola el refuerzo que recibían sus antagonistas, se presentaron en masa para superar la prueba. Los franciscanos, por su parte, no quisieron quedarse atrás y cada cual con igual ardor tomó partido por uno o por otro. Toda Florencia parecía una morada de insensatos: todos querían la hoguera, todos pedían entregarse a las llamas; ya no eran sólo los hombres que se retaban entre sí, las mujeres y los niños también querían hacer la prueba. Empero la Señoría, reservando los derechos a los primeros voluntarios, ordenó que el duelo debía producirse entre el hermano Domenico Bonvicini y el hermano Andrés Rondinelli. Diez ciudadanos debían ultimar los detalles. El día señalado era el 7 de abril de 1498 y el lugar la plaza del Palacio.

Los jueces de campo arreglaron sus disposiciones como hombres concienzudos; se erigió, en el lugar indicado, un cadalso de cinco pies de alto, diez de ancho y ochenta de largo. Sobre este cadalso, cubierto de gavillas y brezos, sostenido por maderos del leño más seco que había podido encontrarse, habían trazado dos estrechos senderos de dos pies de ancho, como mucho, y setenta pies de largo, cuya entrada daba sobre la Loggia dei Lanzi y la salida al extremo opuesto. La misma Loggia estaba dividida por un tabique a fin de que cada héroe tuviese un punto donde hacer sus preparativos como en un teatro tiene cada actor un cuarto para vestirse;

salvo que la tragedia que allí se representaba no era una ficción.

Los franciscanos llegaron a la plaza y entraron en la parte que les estaba destinada sin ninguna demostración religiosa, mientras que Savonarola se encaminaba procesionalmente a su lugar, ataviado con los hábitos sacerdotales con que acababa de celebrar el oficio divino y teniendo en la mano la hostia sagrada, que todo el mundo podía distinguir por ser de cristal el tabernáculo que la contenía. Luego venía el hermano Domenico Bonvicini de Pescia, el héroe de la fiesta, con un crucifijo, y tras él marchaban salmodiando todos los monjes dominicos con una cruz roja en la mano; luego venían los ciudadanos más importantes de su partido con antorchas, porque, como estaban convencidos del triunfo de su causa, querían prender ellos mismos el fuego de la hoguera.

La multitud que inundaba la plaza era tan inmensa que incluso abarrotaba las calles. En las puertas y ventanas sólo se veían cabezas superpuestas, las azoteas estaban llenas de gente y había curiosos hasta en el techo de la cúpula y la plataforma del campanario.

Sin embargo, los franciscanos pusieron tantas dificultades que era evidente que su héroe empezaba a flaquear. El primer temor que expresaron era que el hermano Bonvicini podía ser un encantador, y como tal, llevar consigo algún talismán que lo protegiese del fuego; exigieron, pues, que fuese despojado de todos sus hábitos y revestido de otros, examinados de antemano por testigos. El hermano Bonvicini no se opuso, por muy humillante que fuese semejante sospecha, y se cambió la camisa, la toga y el pantalón. Pero al ver los franciscanos que Savonarola le entregaba el tabernáculo, exclamaron que era una profanación exponer a las llamas la hostia sagrada; que aquello no estaba en las convenciones, y que si Bonvicini no renunciaba a aquella ayuda sobrenatural, ellos renunciarían a la prueba. Savonarola respondió que habiendo el campeón de la fe puesto su confianza en Dios, no era nada extraño que llevase entre sus manos la imagen del mismo Dios, de quien esperaba su salvación.

Pero esta respuesta no satisfizo a los franciscanos, que no quisieron desistir de su pretensión. Savonarola, por su parte, insistió en su derecho; de suerte que, pasadas cuatro o cinco horas en discusiones, las cosas quedaron en el mismo estado. Durante este tiempo, el pueblo, que estaba amontonado desde el amanecer en las calles, terrazas y azoteas, pasando hambre y sed, empezaba a impacientarse y su impaciencia se traducía en murmullos que llegaban a oídos de los héroes; de modo que los partidarios de Savonarola, convencidos de que se produciría un milagro de tanta fe que le tenían, le suplicaron que cediese a todas las condiciones. Savonarola respondió que sería mucho más condescendiente si él mismo debiese ejecutar la prueba, pero que siendo otro el que corría el peligro, toda precaución era poca. Pasaron dos horas más en las que sus partidarios intentaron en vano combatir sus negativas. Como la noche avanzaba y el pueblo se impacientaba cada vez más, sus murmullos empezaron a ser amenazadores, así que Bonvicini declaró que estaba listo para atravesar la



hoguera sin más que un crucifijo en la mano. Como era una petición que no se le podía rehusar, el hermano Rondinelli se vio obligado a aceptar la propuesta.

Se anunció entonces al pueblo que los campeones se habían puesto de acuerdo y que la prueba iba a tener lugar. Esta noticia calmó a la multitud, que abrazaba la esperanza de ver al fin recompensada su espera; pero, justo en ese momento, una tempestad que desde hacía tiempo amenazaba a Florencia se descargó con una fuerza tal que la hoguera, a la que acababan de poner fuego, se apagó con la lluvia sin que fuese posible volver a encenderla. Desde entonces, creyéndose burlada la multitud, su entusiasmo pasó a indignación e ignorando de dónde procedían las dificultades que habían retrasado la prueba, hizo recaer indistintamente la responsabilidad sobre los dos campeones. La Señoría, que preveía los desórdenes que podían tener lugar, dio orden a los asistentes de retirarse; pero estos se negaron a obedecer y, a pesar de la horrible lluvia torrencial, se quedaron en la plaza aguardando la salida de los dos campeones. Rondinelli fue acompañado entre abucheos y perseguido a pedradas. En cuanto a Savonarola, merced a sus hábitos sacerdotales y al santo sacramento que llevaba en la mano, pasó bastante tranquilo entre el populacho; milagro más considerable que si hubiese atravesado la hoguera.

Pero la sola majestad de la hostia santa había protegido al que desde entonces consideraron como un falso profeta; con gran resentimiento, la multitud, excitada por el partido de los *Arrabbiati*, que desde mucho tiempo había proclamado a Savonarola profano e hipócrita, lo había dejado llegar tranquilo a su convento. Cuando al día siguiente, Domingo de Ramos, subió al púlpito para justificar su conducta, no le fue posible obtener ni un solo instante de silencio, entre los abucheos, las injurias y las risas. Aquellos gritos, que al principio eran expresión de mofa, se tomaron amenazadores. Savonarola, cuya voz era demasiado débil, no pudo dominar el tumulto, bajó del púlpito, se retiró a la sacristía y, pasando de la sacristía a su convento, se encerró en su celda. Al instante se oyó, repetido por todos los concurrentes, el grito de «¡a San Marco, a San Marco!». Este núcleo de insurrección se robusteció atravesando las calles de Florencia con todo el populacho y fue a derribar los muros del convento como un mar embravecido. Las puertas cayeron rotas por el poderoso esfuerzo de la multitud, que destruye al instante todo lo que toca; el tumulto popular se propagó por todo el convento y Savonarola y sus dos adeptos, Domenico Bonvicini y Silvestro Maruffi, detenidos en sus celdas, fueron conducidos a la cárcel entre los insultos del populacho, que, siempre tan extremo en su entusiasmo como en su odio, quería hacerlos pedazos, y que sólo se calmó cuando le prometieron obligar a los prisioneros a hacer por la fuerza la prueba a que se habían negado de buena voluntad.

Alejandro VI, quien, como es de suponer, no era ajeno, ya no personalmente pero al menos por su influencia, a ese rápido y extraño cambio, apenas supo de la caída de Savonarola lo reclamó como sujeto del tribunal eclesiástico. Pero, a pesar de las indulgencias con que el papa acompañaba esta petición, la Señoría exigió que el

proceso de Savonarola se instruyese en Florencia; y para que su voluntad no pareciese sustraer al culpable de la jurisdicción pontifical, pidió al papa que diputase al tribunal florentino dos jueces eclesiásticos. Viendo Alejandro VI que no podía conseguir nada más de la magnífica república, diputó a Gioacchino Turriano de Venecia, general de los dominicos, y a Francesco Ramolini, doctor en derecho. Los diputados llevaban ya consigo formulado el juicio que declaraba a Savonarola y a sus cómplices herejes, cismáticos, persecutores de la santa Iglesia y seductores de los pueblos.

La obstinación de los florentinos en reclamar sus derechos como jueces era sólo una vana demostración para salvar las apariencias: el tribunal estaba formado por ocho miembros, conocidos todos por acérrimos enemigos de Savonarola, cuyo proceso había comenzado ya con la tortura. De ello resultó que Savonarola, débil de cuerpo y de una constitución irritable y nerviosa, no había podido soportar la tortura de la cuerda, y, vencido por el dolor, en el momento en que, alzado del suelo por las muñecas, el verdugo lo había dejado caer a dos pies del suelo, había confesado, para obtener algún descanso, que sus profecías eran meras conjeturas. Aunque es cierto que, de vuelta a la prisión, había protestado contra su confesión, alegando que la debilidad de su organismo y su poca voluntad para soportar los tormentos le había arrancado esa mentira; pero que la verdad era que el Señor se le había aparecido muchas veces en sus éxtasis y le había revelado sus profecías. Esta protesta había motivado una nueva aplicación de la tortura; aplicación durante la cual Savonarola había sucumbido de nuevo a la fuerza del dolor y se había retractado. Pero apenas lo desataron, estando aún acostado en el colchón de la tortura, declaró que sus confesiones eran obra de sus verdugos y que debían recaer sobre sus cabezas; y que protestaba por segunda vez contra todo lo que había podido y podría en adelante decir. En efecto, por tercera vez la tortura había arrancado la misma confesión y el reposo la misma retractación; de modo que los jueces, después de haber condenado a él y a sus discípulos al fuego, decidieron no leer públicamente la confesión, como era costumbre, temerosos de que fuese desmentida públicamente, ya que podría producir, dado el espíritu versátil de la multitud, un efecto de lo más desagradable.

El 23 de mayo la hoguera que se había prometido al pueblo fue de nuevo erigida en la plaza del palacio, donde esta vez la multitud acudió con la certeza de no verse privada de tan esperado espectáculo. En efecto, hacia las 11 de la mañana, Girolamo Savonarola, Domenico Bonvicini y Silvestro Maruffi fueron conducidos al lugar de la ejecución, y, después de haber sido degradados de sus órdenes por los jefes eclesiásticos, fueron atados juntos a la misma estaca, en el centro de una inmensa pila de leños. Entonces el obispo Pagnanoli declaró a los condenados que los separaba de la Iglesia. «¿De la militante?», respondió Savonarola, quien, desde aquel momento entraba, merced a su martirio, en la Iglesia triunfante.

Eso fue todo lo que dijeron los condenados ya que, justo en aquel momento, un *Arrabbiato* enemigo personal de Savonarola, habiendo roto el cerco que formaban los

guardias en torno al cadalso, arrancó la antorcha de las manos del verdugo y puso por sí mismo fuego a los cuatro ángulos de la hoguera. Desde que vieron elevarse la humareda, Savonarola y sus discípulos empezaron a cantar un salmo; la llama los envolvía ya con su velo ardiente y aún se oía el canto religioso que iba a llamar por ellos a las puertas del cielo.

De este modo se vio el papa Alejandro VI libre del mayor enemigo que se había declarado contra él; pero la venganza pontifical persiguió aún a los condenados después de su muerte; la Señoría, cediendo a sus instancias, había dado orden de que las cenizas del profeta y de sus discípulos fueran arrojadas al Arno. Los mismos soldados que debían impedir al pueblo acercarse a la hoguera recogieron algunos huesos medio consumidos, y esas santas reliquias ennegrecidas ya por las llamas se ven aún hoy en día expuestas a la adoración de los fieles, quienes si no consideran a Savonarola como a un profeta, lo compadecen al menos como un mártir.



El ejército francés se preparaba por segunda vez para atravesar los Alpes bajo el mando de Jacques Trivulce. El rey Luis XII había acompañado hasta Lyon a César Borgia y Julián della Rovere, a quienes había obligado a la reconciliación, y a principios del mes de mayo había adelantado su vanguardia, seguida por el cuerpo de ejército. Las fuerzas del rey de Francia para esta segunda conquista ascendían a dieciséis mil lanzas, cinco mil suizos, cuatro mil gascones y tres mil quinientos soldados de a pie reclutados de todas partes de Francia. El 13 de agosto, toda esta agrupación, que ascendía a unos quince mil hombres y debía coordinar sus movimientos con los de los venecianos, llegó a los muros de Arezzo y asedió la ciudad.

La posición de Ludovico Sforza era terrible, y a esas alturas lamentaba la imprudencia que había cometido al llamar a los franceses a Italia: le faltaban todos los aliados con quienes había creído poder contar, ya porque se hallasen ocupados en sus propios intereses, ya porque estuvieran intimidados por el poderoso enemigo que se había creado el duque de Milán. En efecto, Maximiliano, que le había prometido cuatrocientas lanzas, en vez de retomar las hostilidades interrumpidas con Luis XII, acababa de unirse a la Liga Suaba para hacer la guerra a los suizos, a quienes había declarado rebeldes al imperio. Los florentinos, que se habían comprometido a proporcionarle trescientos soldados y dos mil infantes si quería ayudarlos a tomar Pisa, acababan de retractarse por las amenazas que les había hecho Luis XII, a quien habían prometido permanecer neutros. Por último, Federico, que guardaba sus tropas para sus propios Estados, se figuraba con razón que, una vez conquistada Milán, se vería obligado de nuevo a defender Nápoles, y no le enviaba, faltando a sus promesas, auxilio, hombres ni dinero. Ludovico Sforza se veía, pues, reducido a sus propias fuerzas.

Sin embargo, como era un hombre valiente en las armas y hábil en el engaño, no se dejó derribar al primer golpe e hizo fortificar con celeridad Annona, Novara y Alessandria; envió a Cajazzo con algunas tropas a la parte del Milanésado que confina con los Estados de Venecia, y concentró en el Po el resto de sus fuerzas. Pero estas precauciones fueron inútiles contra la impetuosidad francesa: en pocos días, Arezzo, Annona, Novara, Voghera, Castelnuovo, Ponte Corona, Tortona y Alessandria fueron tomadas y Trivulce marchó sobre Milán.

Al ver Ludovico Sforza esta rápida conquista y estas victorias multiplicadas, sin esperanza de poder defender su capital, resolvió retirarse a Alemania con sus hijos, su hermano el cardenal Ascanio, y su tesoro, que en ocho años había disminuido de un millón quinientos mil ducados a doscientos mil. Pero antes de partir encargó la vigilancia del castillo de Milán a Bernardino da Corte. En vano sus amigos lo previnieron de recelar de aquel hombre, en vano su hermano Ascanio se ofreció a encerrarse en aquella fortaleza, comprometiéndose a defenderla hasta el último extremo. Ludovico no quiso revocar su disposición, y partió el 2 de septiembre dejando en la ciudadela a tres mil hombres y suficientes víveres, municiones y dinero

para resistir un sitio de varios meses.

A los dos días de su partida los franceses entraron en Milán y, diez días después, Bernardino da Corte entregó el castillo sin haberse disparado contra él ni un solo cañonazo. Veintiún días habían bastado a los franceses para apoderarse de la capital y de todos los Estados de su enemigo.

Luis XII recibió en Lyon la noticia de la victoria de sus armas y partió enseguida para Milán, donde fue recibido con las demostraciones de una sincera alegría. Todas las clases de ciudadanos se habían adelantado hasta tres millas de las puertas para recibirlo, y cuarenta niños vestidos de oro y seda lo precedieron entonando himnos de los poetas de la época que lo proclamaban rey libertador y legado de la libertad. Esta gran alegría de los milaneses se debía a que los partidarios de Luis XII habían hecho correr de antemano el rumor de que el rey de Francia era bastante rico como para abolir todos los impuestos. Efectivamente, desde el día siguiente de su entrada en la ciudad, el vencedor les hizo una ligera reducción, acordó inmensos favores a muchos gentilhombres milaneses, y recompensó a Trivulce por su rápida y gloriosa campaña dándole la ciudad de Vigevano.

No obstante, César Borgia, que había seguido a Luis XII para obtener su parte del gran botín italiano, apenas lo vio conseguir el objetivo que se había propuesto, le reclamó la promesa que le había hecho, promesa que el rey de Francia, con su proverbial lealtad, se apresuró a cumplir. Puso a disposición de César Borgia trescientas lanzas, al mando de Yves d'Alègre, y cuatro mil suizos, a las órdenes del baile de Dijon, para ayudarlo a reducir a los *vicarios de la Iglesia*.

Explicuemos a nuestros lectores quiénes eran los nuevos personajes que introducimos en la escena y a quienes designamos con este nombre.



Durante los eternos enfrentamientos de los güelfos y los gibelinos, y durante el largo exilio de los papas en Aviñón, la mayor parte de ciudades o fortalezas de la Romaña habían sido conquistadas o usurpadas por pequeños tiranos que, en su mayoría, habían recibido del imperio la investidura de sus nuevas posesiones; pero, desde que la influencia alemana había vuelto a cruzar los montes y los papas habían restablecido en Roma el centro del mundo cristiano, todos estos príncipes, privados de su primitivo apoyo, habían recibido una nueva investidura de las manos pontificales, y pagaban un tributo anual por el que recibían el título particular de duques, condes o señores y la denominación general de *vicarios de la Iglesia*.

Para Alejandro VI había resultado tarea fácil, examinando escrupulosamente los actos y los gestos de cada uno de esos señores desde hacía siete años, es decir, desde su exaltación al trono de San Pedro, hallar en su conducta alguna infracción en cuanto al tratado pasado entre los vasallos y el soberano; había, pues, presentado sus quejas

ante un tribunal establecido al efecto y obtenido de los jueces una sentencia que declaraba que los vicarios de la Iglesia, por haber faltado a las condiciones de su investidura, quedaban despojados de sus dominios, que entraban en posesión de la Santa Sede; pero como el papa trataba con hombres contra quienes era más fácil dictar una sentencia como ésta que ejecutarla, nombró al nuevo duque de Valentinois capitán general y le encargó que los recuperase.

Estos señores eran los Malatesta de Rímini, los Sforza de Pesaro, los Manfredi de Facuza, los Riarii de Imola y de Forlì, los Varani de Camerino, los Montefeltro de Urbino y los Caetani de Sermoneta.

Sin embargo, el duque de Valentinois, para alimentar la amistad que le profesaba su pariente y aliado Luis XII, se había —como hemos dicho— quedado con él en Milán durante su permanencia en esta ciudad; pero, después de un mes de ocupación en persona, habiendo el rey de Francia marchado a su capital, el duque dio orden a sus hombres y sus suizos de ir a esperarlo entre Parma y Módena, y partió en posta para Roma a fin de exponer su proyecto a su padre y recibir sus últimas instrucciones.

A su llegada vio que la fortuna de su hermana Lucrecia había aumentado durante su ausencia, no por parte de su marido Alfonso, cuyo porvenir —merced a las victorias del rey Luis XII— era, al contrario, asaz incierto, y esto había producido cierto enfriamiento entre él y Alejandro, sino por parte de su padre, en quien ella ejercía en aquel entonces mayor influencia que nunca.

En efecto, el papa había designado a Lucrecia Borgia de Aragón gobernadora de por vida de Spoleto y su ducado, con todos las retribuciones, derechos y rentas que de ello se desprendían; este cargo había acrecentado tanto su poder y mejorado tanto su posición, que ya no aparecía en público si no era con un séquito de doscientos caballos, montados por las más ilustres damas y los más nobles caballeros de Roma. Además, como el doble amor que le tenía su padre ya no era un secreto para nadie, los primeros prelados de la Iglesia, los habituales del Vaticano y los íntimos de su santidad se habían convertido en sus humildes servidores; los cardenales le daban la mano cuando descendía del caballo y los arzobispos se disputaban el honor de decir misa en sus aposentos.

Lucrecia tuvo que abandonar Roma para tomar posesión de sus nuevos Estados; pero, como su padre no podía pasar demasiado tiempo sin la presencia de su querida hija, resolvió posesionarse de la ciudad de Nepi, que le había sido acordada antaño —como recordaremos— a Ascanio Sforza para comprar su voto.

Naturalmente, Ascanio había perdido esta ciudad al unirse al destino de su hermano, el duque de Milán. Como el papa iba a posesionarse de ella, invitó a su hija Lucrecia a acompañarlo y a asistir a las fiestas de su toma de posesión.

La complacencia con que Lucrecia se rindió a los deseos de su padre le valió otra donación de su parte: la ciudad y el territorio de Sermoneta, que pertenecían a los Caetani. Aunque esta donación se mantuvo en secreto, puesto que primero era preciso deshacerse de los dos poseedores de esta señoría, monseñor Giacomo Caetano,

protonotario apostólico, y un joven caballero con grandes esperanzas llamado Próspero Caetano; pero como ambos vivían en Roma y no desconfiaban, considerándose el uno por su posición y el otro por su valentía, amigos de su santidad, se estimó que la cuestión no presentaba grandes dificultades. Efectivamente, tan pronto como Alejandro hubo regresado a Roma, so pretexto de no se sabe qué delito, Giacomo Caetano fue detenido y conducido al castillo de Sant'Angelo, donde pronto murió envenenado, y Próspero Caetano fue estrangulado en su casa. Como consecuencia de estas dos muertes, tan precipitadas que no les dio tiempo a hacer testamento, el papa declaró que Sermoneta y el resto de bienes de los Caetani correspondían por derecho a la cámara apostólica; el pontífice vendió dicha cámara a Lucrecia por la suma de ochenta mil escudos, cantidad que su padre le devolvió al día siguiente de haberla abonado. Así pues, por mucho que se apresuró, César Borgia vio al llegar a Roma que su padre lo aventajaba en el comienzo de sus conquistas.

Otra fortuna había aumentado prodigiosamente durante su estancia en Francia; era la de Juan Borgia, sobrino del papa, quien había sido hasta su muerte uno de los más fieles amigos del duque de Gandía. En Roma se decía públicamente que el joven cardenal debía los favores que le prodigaba su santidad mucho menos a la memoria del hermano que a la protección de la hermana. Poderoso motivo para que Juan Borgia resultara sospechoso para César; éste se juró interiormente no dejarle gozar por mucho tiempo de tanta dignidad tras enterarse de que había sido nombrado cardenal *a latere* de todo el mundo cristiano y había salido de Roma para recorrer todos los Estados pontificios con un cortejo de arzobispos, obispos, preladados y caballeros tan inmenso que hubiera hecho honor al mismo papa.

Como César sólo había ido a Roma para recibir instrucciones, no se quedó más de tres días, y, llevando consigo todas las fuerzas de que su santidad podía disponer, reunió a su ejército en las orillas del Enza y marchó enseguida sobre Imola, que abandonada por sus dueños, retirados a Forlì, debió capitular. Tomada Imola, César marchó raudo sobre Forlì.

Allí lo detuvo una fuerte resistencia que, sin embargo, venía de la parte de una mujer: Catalina Sforza. Viuda de Girolamo y madre de Ottaviano Riario, se había retirado en aquella ciudad y había excitado el entusiasmo de la guarnición poniéndose enteramente bajo su protección. César vio que ya no se trataba de un ataque sino de un sitio en toda regla; así que tomó enseguida las disposiciones convenientes y, situando una batería de cañón en el punto donde las murallas le parecían ofrecer menos resistencia, ordenó un fuego ininterrumpido hasta que la brecha fuese practicable.

Al volver de dar esta orden se encontró en el campo con Juan Borgia, que iba de Ferrara a Roma y no había querido pasar tan cerca de él sin visitarlo. César lo recibió con toda la efusión de una alegría aparente y lo tuvo tres días en su compañía; al cuarto día reunió a todos sus oficiales y cortesanas en un gran banquete de despedida, y habiendo encargado a su primo varios comunicados para el papa, se despidió de él

con todas las muestras de afecto que le había dado a su llegada.

El cardenal Juan Borgia partió con la posta al levantarse de la mesa y, al llegar a Urbino, sintió una indisposición tan súbita como extraña y se vio obligado a detenerse; sin embargo, al cabo de unos instantes, se sintió mejor y retomó su camino. Pero al entrar en Rocca Contrada volvió a sentirse tan mal que resolvió no ir más lejos y permaneció dos días en la ciudad. Finalmente, sintiéndose algo mejor y tras enterarse de que Forlì había sido tomada y que Catalina Sforza, queriendo retirarse al castillo, había sido hecha prisionera, decidió regresar para felicitar a César por su victoria; pero en Fossombrone, y aún habiendo sustituido su vehículo por un lecho, tuvo que detenerse por tercera vez, y aquella fue su última parada; el mismo día se acostó para no volver a levantarse. Tres días después había muerto.

Su cuerpo fue llevado a Roma y sepultado sin pompa alguna en la iglesia de Santa Maria del Popolo, donde le esperaba el cadáver de su amigo, el duque de Gandía, sin que, a pesar de la elevada fortuna del joven cardenal se hablase más de él como si nunca hubiese existido; ya que de esta forma desaparecía, de un modo sombrío y sin eco, todo lo que arrastraba el torrente de ambiciones de esa terrible trinidad representada por Alejandro, César y Lucrecia.

Casi al mismo tiempo otro asesinato consternó Roma. Don Giovanni Cerviglione, caballero de alcurnia y valiente soldado, capitán de la guardia de su santidad, de vuelta de su cena con don Eliseo Pignatelli, caballero de San Juan, fue atacado por unos esbirros. Uno de ellos le preguntó su nombre y cuando don Giovanni le contestó, al ver que no se equivocaba, le clavó el puñal en el pecho mientras el otro, con el dorso de la espada, le cortaba la cabeza, que cayó a los pies del cuerpo antes de que éste se desplomara.

El gobernador de Roma denunció el asesinato ante su santidad, pero viendo por el modo con que el pontífice había recibido la noticia que hubiera sido mejor no hablarle del asunto, suspendió las pesquisas que había comenzado; de forma que ninguno de los asesinos fue detenido. Empezó entonces a correr el rumor de que, durante su breve estancia en Roma, César había conseguido una cita con la mujer de Cerviglione, que era una Borgia, y que su marido, al enterarse de esta infracción a sus deberes, había llegado a amenazar a ella y a su amante. Esta amenaza llegó a oídos de César, quien, desde Forlì y usando el brazo de Michelotto en lugar del suyo propio, había acabado con «Cerviglione en medio de Roma».

Otra muerte inesperada siguió muy de cerca a la de don Giovanni Cerviglione y fue atribuida sino a la misma causa, al menos al mismo origen. Monseñor Agnelli de Mantua —arzobispo de Cosenza, clérigo de la cámara y vicelegado de Viterbo— había caído en desgracia ante su santidad no se sabe por qué motivo y había sido envenenado en su propia mesa, donde había pasado una parte de la velada conversando alegremente con tres o cuatro invitados mientras la muerte circulaba silenciosa por sus venas; y aunque se acostó con aparente salud, al día siguiente lo encontraron cadáver en su cama. Pronto sus bienes fueron repartidos en tres partes:



las tierras y las casas se dieron al duque de Valentinois; Francisco Borgia, hijo del papa Calixto III, se posesionó del obispado, y el cargo de clérigo de la cámara se vendió por cinco mil ducados a Ventura Bannassai, un mercader sienés que, tras poner la suma en manos de Alejandro, pasó el mismo día a habitar en el Vaticano.

Esta última muerte fijó una nueva cuestión de derecho hasta entonces pendiente: como los herederos de monseñor Agnelli oponían ciertas dificultades a dejarse expropiar, Alejandro privó por mandato a todo cardenal y clérigo de la facultad de testar y declaró que todos los bienes vacantes le fuesen entregados.

César Borgia tuvo que detenerse en medio de sus victorias. Con los doscientos mil ducados que le habían quedado de tesoro, Ludovico Sforza había formado un cuerpo de ejército de quinientos soldados borgoñones y ocho mil infantes suizos con los cuales había entrado en Lombardía. Para hacer frente al enemigo, Trivulce se había visto obligado a llamar a Yves d'Alègre y a las tropas que Luis XII le había prestado a César; así que éste dejó una parte de los soldados pontificios que había llevado consigo para guarnecer Imola y Forlì, y marchó con el resto camino de Roma.

Alejandro quiso que su entrada fuese triunfal. Habiendo sabido que los furrieles estaban a pocas leguas de la ciudad, mandó a unos corredores para que invitaran a los embajadores de los principados, los cardenales, los prelados, los barones romanos y los cleros de la ciudad a preceder con todo su séquito la entrada del duque de Valentinois, a fin de solemnizar el retorno del vencedor; pero como la bajeza de los que obedecen es siempre mayor que el orgullo de los que mandan, estas órdenes no sólo fueron ejecutadas sino sobrepasadas.

La entrada de César tuvo lugar el 26 de febrero del año 1500 y, aunque era plena época de jubileo, no por ello dejaron de dar comienzo las fiestas del carnaval, más bulliciosas y licenciosas que de costumbre. Al día siguiente, con el pretexto de una mascarada, el vencedor preparó otra fiesta en su honor; y, como si quisiera apropiarse de la gloria, el genio y la fortuna del gran hombre cuyo nombre llevaba, decidió representar el triunfo de César en la plaza Navona, lugar habitual de las fiestas del carnaval. Partió de la plaza para recorrer todas las calles de Roma con trajes y carrozas antiguos, de pie en la última carroza, vestido con la ropa de los antiguos emperadores y la frente coronada con el laurel de oro, rodeado de lictores, soldados y banderas que ostentaban por divisa: *Aut Cæsar, aut nihil*.

El cuarto domingo de Cuaresma recibió César de su santidad la dignidad de general y confaloniero de la santa Iglesia.

Durante este tiempo Sforza había atravesado los Alpes y pasado el lago de Como entre las aclamaciones de alegría de sus antiguos súbditos, quienes ya habían perdido todo el entusiasmo que les habían inspirado al principio el ejército francés y las promesas de Luis XII. Estas demostraciones de alegría estallaron con tanta fuerza en Milán que Trivulce, considerando que no había seguridad para la guarnición francesa en la ciudad, se retiró a Novara. La experiencia le demostró que no se había equivocado, ya que, apenas los milaneses vieron a las tropas francesas disponerse a

partir, corrió por toda la ciudad una sorda agitación y las calles se llenaron de hombres armados. La guarnición francesa tuvo que atravesar la vocinglera multitud espada en mano y lanza en ristre; y, apenas hubo pasado las puertas, el pueblo salió a la campiña a perseguir el ejército con sus gritos y abucheos hasta las riberas del Tesino. Trivulce dejó en Novara cuatrocientas lanzas, más los tres mil suizos que Yves d'Alègre le traía de la Romaña, y se dirigió con el resto de su ejército a Mortara, donde al fin se detuvo a esperar el auxilio que había pedido al rey de Francia. Tras él, el cardenal Ascanio y el duque Ludovico entraron en Milán entre las aclamaciones de toda la ciudad.

Sin perder tiempo uno ni otro y queriendo aprovechar el entusiasmo, Ascanio se encargó de sitiar el castillo de Milán y Ludovico cruzó el Tesino para atacar Novara.

Sitiados y sitiadores se hallaron entonces hijos de la misma nación; porque Yves d'Alègre tenía apenas consigo trescientos franceses y Ludovico quinientos italianos. Y es que, efectivamente, en el espacio de seis años, los suizos habían llegado a formar solos la infantería de Europa, y todas las potencias indistintamente se nutrían, oro en mano, de la vasta reserva de sus montañas. Aquellos rudos hijos de Guillermo Tell, subastados por las naciones y llevados por sus diversos compromisos desde sus pobres y ásperas montañas a países más ricos y voluptuosos, aunque sin faltarles la valentía, habían perdido, por el roce con pueblos extranjeros, aquella antigua solidez de principios que durante mucho tiempo les valió ser mentados como modelos de honor y buena fe, y se habían convertido en una especie de mercancía siempre pronta a venderse al mejor postor. Los franceses fueron los primeros en probar esta venalidad que debía serle más adelante tan fatal a Ludovico Sforza.

Los suizos de la guarnición de Novara se habían comunicado con sus compatriotas que formaban las avanzadas del ejército del duque y, sabiendo que estos aún desconocían la venidera disminución del tesoro de Ludovico y estaban mejor alimentados y pagados que ellos, se comprometieron a entregar la ciudad y pasarse a las banderas milanesas si se les aseguraba el mismo sueldo.

Como era de suponer, Ludovico aceptó el trato. Novara le fue entregada, menos la ciudadela guardada por los franceses, y el ejército enemigo se vio reforzado con tres mil hombres. Entonces Ludovico cometió un error: en lugar de marchar hacia Mortara con su nuevo refuerzo, se detuvo para sitiar el castillo. Este retraso dio lugar a que Luis XII —que había recibido correos de Trivulce y conocía el peligro de su posición— apresurara la partida de las tropas francesas, que ya estaban reunidas para pasar a Italia, enviara al baile de Dijon a reclutar a más suizos y diera orden al cardenal de Amboise, su primer ministro, de pasar los Alpes y establecerse en Asti para acelerar la concentración del ejército. El cardenal encontró allí a un núcleo de tres mil hombres, la Trimouille le llevó mil quinientas lanzas y seis mil infantes franceses; luego llegó el baile de Dijon con diez mil suizos; de suerte que, incluidas las tropas que Trivulce tenía consigo en Mortara, Luis XII se halló más allá de los montes al frente del mayor ejército que un rey de Francia haya hecho batallar jamás.

Inmediatamente después, mediante una hábil maniobra e incluso antes de que Ludovico se enterara de su concentración y su supremacía, dicho ejército se situó entre Novara y Milán, interceptando al duque toda comunicación con su capital. Entonces el duque se vio obligado, a pesar de la inferioridad numérica de sus tropas, a prepararse para librar una batalla.

Pero como unos y otros habían hecho sus preparativos para una acción decisiva, la dieta, que había sido informada de que aquellos hijos de una misma nación iban a destruirse, dio orden a los suizos que servían en ambos ejércitos de romper su compromiso y volver a su patria. Pero durante los dos meses de intervalo entre la rendición de Novara y la llegada del ejército francés ante esta ciudad, las cosas habían cambiado mucho por la disminución del tesoro de Ludovico Sforza. Nuevas negociaciones se habían producido en las avanzadas y esta vez, merced al dinero enviado por Luis XII, los suizos del ejército francés estaban mejor pagados y equipados que sus compatriotas. Además, desde que los dignos helvecios ya no se batían por la libertad, conocían muy bien el precio de la sangre como para derramar una sola gota que no les fuese pagada a precio de oro; de aquí resultó que, después de haber traicionado a Yves d'Alègre, resolvieron traicionar a Ludovico y, mientras los reclutas del baile de Dijon quedaban firmes bajo las banderas francesas, a pesar de la orden de la dieta, los auxiliares de Ludovico declararon que combatiendo contra sus hermanos se hacían culpables de rebelión contra las órdenes de la dieta, y, además, se exponían a una pena capital en que sólo consentirían incurrir cuando se les pagase el sueldo atrasado. El duque, que había agotado hasta el último ducado y se hallaba separado de su capital, cuyas puertas sólo podían abrirse con una victoria, prometió a los suizos el doble del sueldo atrasado si querían hacer con él un último esfuerzo. Por desgracia esta promesa estaba sujeta al dudoso éxito de una batalla, y los suizos declararon que decididamente respetaban demasiado su patria como para desobedecer sus órdenes y que amaban demasiado a sus hermanos como para derramar su sangre gratuitamente; que, por consiguiente, no contase con ellos puesto que habían decidido marchar hacia sus cantones al día siguiente. Al ver el duque toda esperanza perdida y apelando por última vez a su honor, les suplicó que al menos contribuyesen a su seguridad incluyéndole en su capitulación. Pero ellos respondieron que esta cláusula, si no imposibilitaba la capitulación, al menos los privaría de las ventajas que tenían derecho a esperar, con las que contaban como indemnización por los atrasos de su sueldo.

Sin embargo, simulando dejarse conmover por los ruegos de aquel cuyas órdenes habían seguido durante tanto tiempo, le ofrecieron esconderlo bajo sus uniformes y entre sus filas. Esta propuesta era ilusoria: Sforza, anciano ya y de muy baja estatura, no podía dejar de ser reconocido entre aquellos hombres de los cuales el mayor no llegaba a los treinta años y el de menor estatura medía cinco pies, seis pulgadas. Pero, aun así, era su último recurso, así que, sin rechazarla del todo, buscó un modo de sacarle provecho modificándola un poco. Tenía que disfrazarse de franciscano y,

montado en un mal caballo, hacerse pasar por su capellán; en cuanto a Galeazzo de San Severino, que era su subalterno, y a sus dos hermanos, como los tres eran de estatura alta, se vistieron de soldados con la esperanza de pasar desapercibidos entre las filas suizas.

Apenas decididas estas disposiciones, el duque recibió la noticia de que la capitulación había sido firmada entre Trivulce y los suizos. Estos, que no habían estipulado nada en favor del duque y sus generales, debían atravesar al día siguiente el ejército francés con armas y equipajes. El último recurso del desvalido Ludovico era confiar en sus disfraces.

Y, efectivamente, eso fue lo que hicieron. San Severino y sus hermanos se unieron a las filas de los infantes y Sforza, envuelto en sus ropas de monje con el capuchón cubriéndole los ojos, se escondió entre los equipajes.

El ejército empezó a desfilar; pero los suizos, después de haber vendido su sangre, habían querido vender su honor. Los franceses habían sido avisados del disfraz de Sforza y de sus generales, así que los cuatro fueron reconocidos y Sforza fue detenido por el mismo Trimouille.

Se dice que el precio de esta traición fue la ciudad de Bellinzona, que pertenecía a los franceses, y de la que se apoderaron los suizos al retirarse a sus montañas, sin que Luis XII hiciera en lo sucesivo intento alguno por recuperarla.

Cuando Ascanio Sforza, que, según dijimos, se había quedado en Milán, supo la noticia de esta vil deserción, consideró que ya no había nada que hacer y lo mejor era huir antes de que, por uno de esos cambios tan comunes entre el populacho, se hallase tal vez prisionero de los antiguos súbditos de su hermano, que bien podría haber tenido la idea de comprar su perdón al precio de su libertad. Por consiguiente, se fugó de noche con los principales jefes de la nobleza gibelina y tomó el camino de Piacenza para dirigirse al reino de Nápoles. Pero al llegar a Rivolta se acordó de que tenía en la ciudad a un viejo amigo de la infancia, llamado Conrado Lando, a quien durante su poder había colmado de bienes; como él y sus compañeros estaban sumamente fatigados, le pidió hospitalidad por una noche. Conrado los recibió con todas las muestras de la más sincera alegría y puso todos sus criados a disposición de los huéspedes. Pero, en cuanto se acostaron, envió un correo a Piacenza para prevenir a Carlo Orsini, jefe de la guarnición veneciana, de que estaba dispuesto a entregarle al cardenal Ascanio y a los principales jefes del ejército milanés. Carlo Orsini no quiso encargar a nadie una expedición tan importante y salió con veinticinco hombres a caballo. Rodearon la casa de Conrado y entró espada en mano en el aposento donde estaban Ascanio y sus compañeros, quienes, sorprendidos en medio del sueño, se rindieron sin oponer resistencia. Los prisioneros fueron conducidos a Venecia, pero Luis XII los reclamó y se los entregaron.

De este modo el rey de Francia se vio dueño de Ludovico Sforza y de Ascanio, de un sobrino legítimo del gran Francesco Sforza, llamado Hermes, de dos bastardos llamados Alejandro y Contino, y, finalmente, de Francesco, hijo del desafortunado

Gian Galeazzo, que había sido envenenado por su tío.

Para acabar de una vez con toda la familia, Luis XII obligó a Francesco a enclaustrarse, encarceló a Alejandro, Contino y Hermes y encerró al cardenal Ascanio en la torre de Bourges; luego, después de transferir al pobre Ludovico de la fortaleza de Pierre Encise al Lys Saint-Georges, lo relegó definitivamente al castillo de Loches, donde, tras un cautiverio de diez años en la más profunda soledad y las más absoluta miseria, murió maldiciendo el día en que había tenido la idea de llamar a los franceses a Italia.

La noticia de la caída de Ludovico y de su familia produjo en Roma un extremo regocijo porque, cimentando el poder de los ultramontanos en el Milanésado, establecía el de la Santa Sede en la Romaña, ya que ningún obstáculo se oponía a las conquistas de César. Se hicieron considerables regalos a los portadores de la noticia, que se hizo pública en toda la ciudad de Roma al son de trompetas y tambores. Los gritos de «¡Francia, Francia!» que eran los de Luis XII, y los de «¡Orso, Orso!», que eran los de los Orsini, resonaron en todas las calles, que fueron iluminadas de noche como si Constantinopla o Jerusalén hubieran sido tomadas.

El papa brindó al pueblo fiestas y fuegos artificiales sin preocuparse en lo más mínimo de que fuera la Semana Santa y de que el jubileo hubiera atraído a Roma a más de doscientas mil personas, ya que le parecían más importantes los intereses temporales de su familia que los espirituales de sus súbditos.



Una sola cosa faltaba para asegurar el éxito de los amplios proyectos que el papa y su hijo cifraban en la amistad y alianza de Luis XII: el dinero. Pero Alejandro no era un hombre que se inquietara por semejante pequeñez. Es verdad que la venta de los favores se había agotado, que los impuestos ordinarios y extraordinarios habían sido recibidos para todo el ejército, que la herencia de los cardenales y prelados ya no era de gran ayuda, y los más ricos habían sido envenenados. Pero el papa conocía otros medios, que no por ser más inusitados eran menos eficaces.

El primero que empleó fue difundir la voz de que los turcos amenazaban con invadir la cristiandad, y de que sabía a ciencia cierta que antes del fin del verano Bajazet habría desembarcado dos ejércitos considerables, uno en Romaña y el otro en Calabria. En consecuencia publicó dos bulas, una para recaudar en toda Europa la décima parte de los tributos eclesiásticos, cualesquiera que fueran, y la otra para obligar a los judíos a pagar la misma cantidad. Ambas bulas contenían las más severas excomuniones contra los que se negasen a la sumisión o se opusieran a ella.

El segundo fue vender las indulgencias, algo que todavía no se había hecho. Estas indulgencias se concedían a los que por salud o por negocios no podían acudir a Roma durante el jubileo. Gracias a estos expedientes era inútil el viaje, y, con un

tercio del importe, se les perdonaba a los fieles todos sus pecados como si hubiesen cumplido las condiciones de su peregrinación. Para recaudar dicho impuesto se creó un auténtico ejército de colectores, cuyo jefe era un tal Ludovico de la Torre. Las cantidades que Alejandro ingresó en el tesoro pontificio por este medio son incalculables, pero, para hacernos una idea, basta con saber que el territorio de Venecia pagó por sí solo setecientos noventa y nueve mil libras en oro.

Como, efectivamente, los turcos hicieron algunos movimientos en la parte de Hungría y los venecianos temían que llegasen hasta ellos, pidieron auxilio al papa: entonces el pontífice ordenó que en todos los Estados se rezara, a mediodía, un *Ave Maria*, para pedir a Dios que alejara el peligro que amenazaba a la serenísima república. Ese fue el único auxilio que los venecianos obtuvieron de su santidad, a cambio de las setecientos noventa y nueve mil libras en oro que de ellos había recibido.

Sin embargo, como si Dios hubiese querido demostrar su enojo contra su extraño representante por burlarse de las cosas santas, la víspera de San Pedro, en el momento en que Alejandro pasaba cerca del campanario para ir a la tribuna de las bendiciones, una enorme pieza de hierro se desprendió y cayó a sus pies; y, como si una sola advertencia no hubiese sido amonestación suficiente, al día siguiente, mientras el papa estaba en uno de sus habituales aposentos con el cardenal Capuano y monseñor Poto, su camarero secreto, vio desde su ventana asomar una nube tan negra que, previendo la tempestad, ordenó al cardenal y al camarero que cerrasen las ventanas. El pontífice no se equivocaba ya que, apenas obedecida su orden, un furioso huracán derribó, cual si fuese un árbol desraizado, la chimenea más elevada del Vaticano, que se desplomó sobre el techo y, destrozando el entablado superior, vino a caer en el aposento donde estaban.

Tras esta caída, que hizo temblar todo el palacio, y por el ruido que oyeron a sus espaldas, el cardenal Capuano y monseñor Poto se volvieron, y, viendo el aposento lleno de escombros y polvareda, salieron al instante a la ventana y gritaron a los guardias de la puerta: «¡El papa ha muerto, el papa ha muerto!» Acudieron enseguida y encontraron a tres personas tendidas entre los escombros, una muerta y las otras dos moribundas: el muerto era un gentilhomme sienés, llamado Lorenzo Chigi, y los moribundos dos huéspedes del Vaticano que pasaban por el nivel superior y habían sido arrastrados con los escombros. Pero no encontraron a Alejandro; y, como no contestaba aunque lo llamaban sin cesar, se confirmó la creencia de que había perecido y pronto se difundió por toda la ciudad. Pero, al cabo de algún tiempo, como sólo estaba desmayado y empezaba a volver en sí, se oyeron sus lamentos y lo encontraron desorientado por el golpe y con heridas, aunque no graves, en varias partes el cuerpo. Una especie de milagro lo había salvado: la viga que se había quebrado por la mitad había conservado los bordes en los muros laterales, y uno de esos bordes había formado un techo sobre el trono pontificio; de modo que el papa, que estaba allí sentado en aquel momento, había quedado protegido por esa bóveda y

sólo había sufrido algunas contusiones.

Las dos noticias contradictorias de la súbita muerte y la milagrosa salvación del papa se difundieron con gran rapidez en Roma, y el duque de Valentinois, aterrado por el cambio que podría producir en su fortuna el menor accidente sufrido por el santo padre, corrió al Vaticano para asegurarse por sí mismo de lo ocurrido. Alejandro quiso dar públicamente gracias al cielo por la protección que le había concedido. Seguido de un numeroso cortejo de prelados y caballeros, y llevado en su trono pontificio por dos ayudantes de cámara, dos escuderos y dos palafreneros, fue conducido el mismo día a la iglesia de Santa Maria del Popolo, donde estaban enterrados el duque de Gandía y Juan Borgia; tal vez albergaba en su corazón algún resto de devoción o le movía el recuerdo del amor profano que le profesaba a su antigua amante, Vanozza, quien, bajo la efigie de la Virgen, estaba expuesta a la veneración de los fieles en una capilla a la izquierda del gran altar. Llegado al altar, el papa hizo donación a la iglesia de un magnífico cáliz que contenía trescientos escudos de oro, que el cardenal de Siena vació ante todos en una patena de plata, para gran satisfacción de la vanidad pontifical.



Antes de dejar Roma para llevar a cabo la conquista de Romaña, el duque de Valentinois había reflexionado sobre cuán inútil había resultado para él y para su padre el matrimonio, en otro tiempo tan deseado, de Lucrecia con Alfonso. Pero eso no era todo: el descanso que Luis XII se tomaba en Lombardía era sólo un alto, y Milán era visiblemente el relevo de Nápoles. Era muy posible que el rey de Francia se preocupara de aquel matrimonio, que hacía del sobrino de su enemigo el yerno de su aliado. Por otra parte, muerto Alfonso, Lucrecia podía casarse con algún rico señor de las Marcas, el Ferrarés o la Bresse, que podía secundar a su cuñado en la conquista de Romaña. Alfonso era, pues, no sólo peligroso, sino inútil; cosa que, dado el carácter de los Borgia, era todavía peor. Así que su muerte fue concertada.

Sin embargo, sabiendo el marido de Lucrecia el peligro que corría estando tan cerca de su temible suegro, se había retirado a Nápoles. Pero, como en su constante disimulo ni Alejandro ni César habían alterado en nada sus relaciones con él, empezaba a perder sus temores cuando recibió una invitación del papa y de su hijo para asistir a tomar parte en la corrida de toros a la manera española con la que se celebraba la partida del duque. En la posición precaria en que se encontraba la casa de Nápoles, la política de Alfonso era evitar a Alejandro cualquier pretexto de ruptura; así que no quiso rechazar la invitación sin motivo y acudió a Roma. Pero, creyendo inútil consultar a Lucrecia sobre este asunto, dado que en dos o tres ocasiones había manifestado por su esposo un ridículo apego, la dejaron tranquila en su gobierno de Spoleto.

Alfonso fue recibido por el papa y el duque de Valentinois con todas las demostraciones de una sincera amistad, y le dieron en el mismo Vaticano, en la parte del edificio llamada Torre Nuova, el aposento que ya había habitado con Lucrecia.

Una enorme liza había sido preparada en la plaza de San Pedro, cuyas bocacalles estaban bloqueadas por barricadas y las casas tenían palcos contruidos en las ventanas. El papa y su séquito estaban en los balcones del Vaticano.

La corrida empezó con toreros pagados; luego, cuando ya hubieron exhibido su fuerza y su destreza, Alfonso de Aragón y César Borgia bajaron a la arena, y, para demostrar la armonía que reinaba entre ellos, decidieron matar cada uno el toro que persiguiese al otro.

César se quedó a solas y a caballo en la liza y Alfonso salió por una puerta que había sido practicada y que quedó entreabierta a fin de que pudiera entrar sin demora en el momento en que César considerara necesaria su presencia. Al mismo tiempo, del lado opuesto, introdujeron el toro, que fue de inmediato cubierto por dardos y flechas, de las cuales algunas contenían pólvora y, al prender fuego, irritaron al animal, que tras revolcarse de dolor se levantó furioso y, viendo aparecer a un hombre a caballo, se precipitó enseguida contra él. Entonces fue cuando, en aquella estrecha arena y perseguido por tan veloz enemigo, César exhibió toda aquella destreza que hacía de él uno de los primeros caballeros de la época. No obstante, por muy hábil que fuese, no hubiera podido rehuir durante mucho más tiempo, en el reducido espacio donde maniobraba, a aquel adversario contra el cual no tenía más recurso que la huida, si, justo en el momento en que el toro empezaba a sacarle ventaja, Alfonso no hubiera salido de repente agitando con la mano izquierda un manto rojo y sosteniendo en la derecha una fina espada aragonesa. Le vino muy bien: el toro estaba tan sólo a unos pasos de César y el peligro que corría parecía tan inminente que una mujer lanzó un grito desde una de las ventanas; pero cuando el animal vio a un hombre a pie se detuvo en seco, y, considerando más provechoso el nuevo enemigo que el antiguo, se volvió hacia él. Se quedó un instante inmóvil mugiendo, haciendo saltar el polvo con las patas traseras y golpeándose los flancos con la cola, y luego se lanzó sobre Alfonso con los ojos ensangrentados y haciendo surcos con los cuernos en la arena. Alfonso lo esperó con tranquilidad y cuando estuvo a tres pasos de él, dio un salto lateral presentándole la espada en lugar del hombro, la cual se hundió hasta la empuñadura; en el mismo momento, el toro, que se había detenido a media carrera, permaneció un instante inmóvil y trémulo sobre las cuatro patas. Luego cayó sobre las patas emitiendo un sordo bramido, y, recostándose sobre el mismo lugar donde había sido inmovilizado, expiró sin dar ni un solo paso más.

Los aplausos resonaron por todas partes, por lo limpio y rápido que había sido el golpe. En cuanto a César, había permanecido a caballo buscando con la mirada, en lugar de fijarse en lo que sucedía a su alrededor, a la bella espectadora que le había manifestado evidentes signos de interés; su búsqueda no había sido en vano, ya que



reconoció a una de las damas de honor de Elisabetta, duquesa de Urbino, que estaba prometida a Giovanni Battista Carracciolo, capitán general de la República de Venecia.

Ahora le tocaba a Alfonso correr y a César combatir: los dos jóvenes se intercambiaron los papeles, y, después de que cuatro mulas encabritadas retiraran de la arena al cadáver del toro y los criados y sirvientes de su santidad cubrieran la mancha de sangre, Alfonso montó un magnífico caballo andaluz, de origen árabe, ligero como el viento, fecundado en el desierto del Sáhara, mientras que César, se bajó del caballo, y se retiró para reaparecer en el momento en que Alfonso corría el mismo peligro del que acababa de salvarlo a él.

Entonces metieron a otro toro y lo excitaron del mismo modo con dardos acerados y flechas flamígeras. Igual que el primero, cuando vio a un hombre a caballo, se lanzó contra él y empezó una maravillosa carrera en la cual era imposible saber, de lo rápido que pasaban, si era el caballo el que perseguía al toro o el toro el que perseguía al caballo. Sin embargo, al cabo de cinco o seis vueltas, y, por muy rápido que fuera el hijo de Arabia, el toro empezó a aventajarlo y pudo verse claro quién perseguía y quién huía; así que, al cabo de un momento, ya no había entre ellos más distancia que la longitud de dos lanzas cuando, de repente, apareció César Borgia, armado con una de aquellas largas espadas que solían usar los franceses. justo cuando el toro, que estaba a punto de alcanzar a Alfonso, pasó ante él, César hizo resplandecer su espada como un rayo y le cortó la cabeza mientras que el cuerpo, impulsado por la carrera, fue a caer diez pasos más lejos. Este golpe había sido tan inesperado y ejecutado con tanta destreza que fue acogido, no ya con aplausos, sino con aclamaciones de entusiasmo y gritos de delirio. Como si sólo conservara en su triunfo el recuerdo del grito provocado por el primer peligro que había corrido, César recogió la cabeza del toro, y, entregándosela a uno de sus escuderos, le ordenó que fuera a depositarla, a modo de homenaje, a los pies de la hermosa veneciana que le había demostrado tan evidentes signos de interés.

Aquella fiesta, aparte del triunfo que le había reportado a cada uno de los dos jóvenes, tenía otro objetivo: demostrar al público la armonía que reinaba entre ellos, puesto que acababan de salvarse la vida mutuamente. Resultaba de aquí que, si alguno de los dos sufría un accidente, nadie pensaría en acusar al otro.

Aquella misma noche había cena en el Vaticano. Alfonso se vistió elegantemente y, hacia las diez de la noche, se dirigió de su aposento al de su santidad; pero la puerta que separaba los dos patios estaba cerrada y, por mucho que llamara, nadie le abría. Así que pensó que lo más sencillo era dar la vuelta por la plaza de San Pedro; salió entonces sin séquito por una puerta del jardín del Vaticano y se encaminó a través de las oscuras calles que conducen a la escalera por la que se asciende a la plaza; pero apenas puso el pie en el primer escalón fue acometido por un grupo de hombres armados. Intentó sacar su espada, pero antes de que pudiera desenvainarla recibió dos golpes de alabarda, uno en la cabeza y otro en el hombro; luego le

asestaron una estocada en el costado y dos golpes con la punta, uno en la sien y el otro en la pierna. Abatido por las cinco heridas, perdió el conocimiento y cayó al suelo; sus asesinos, creyéndolo muerto, subieron rápidamente la escalera y, tras reunirse en la plaza con cuarenta caballeros que los esperaban, salieron por la puerta Portese con toda tranquilidad.

Los transeúntes encontraron a Alfonso moribundo pero no aún muerto; algunos de ellos lo reconocieron y llevaron de inmediato la noticia al Vaticano, mientras otros, tomando al herido en brazos, lo condujeron a su aposento de Torre Nuova. El papa y César, que se habían enterado de la noticia estando ya en la mesa, parecieron tan afligidos que abandonaron a sus comensales y se dirigieron inmediatamente a ver a don Alfonso para comprobar si las heridas eran mortales o no; y, desde la mañana siguiente, para desvanecer las sospechas que hubiesen podido recaer sobre ellos, arrestaron a Francesco Gazella, tío materno de Alfonso, quien había acompañado a su sobrino a Roma. Con el convencimiento, por falsos testimonios aportados, de que era el autor del asesinato, Gazella fue decapitado.

Pero hasta aquí sólo se había cumplido la mitad del trabajo: bien o mal desvanecidas, las sospechas lo eran lo suficiente como para que nadie acusase del crimen a los verdaderos criminales; pero Alfonso no había muerto y, merced al vigor de su temperamento y a la ciencia de los médicos, que se habían tomado en serio los lamentos del papa y de su hijo, y habían creído complacerlos curando a su yerno y cuñado, el herido se encaminaba hacia la convalecencia.

Lucrecia se enteró del accidente de su marido y se disponía a ponerse en camino para ir a verlo y cuidarlo ella misma. Así que no había tiempo que perder: César hizo llamar a Michelotto.

La misma noche, dice Burchard, don Alfonso, que no quería morir de sus heridas, fue estrangulado en su lecho.

Al día siguiente se hicieron sus funerales, sino tales como exigía su rango, al menos bastante decentes. Don Francisco Borgia, arzobispo de Cosenza, condujo el entierro a la iglesia de San Pedro, donde el cadáver fue sepultado en la capilla de Santa María de las Fiebres.

La misma noche llegó Lucrecia, que conocía tan bien a su padre y a su hermano que no podían engañarla; y aunque el duque de Valentinois, justo después de la muerte de don Alfonso, había detenido no sólo a sus médicos sino también a un pobre diablo jorobado, que era su criado, a Lucrecia no le pasó por alto de dónde venía el golpe. Pero como temía que el dolor que esta vez sentía realmente le desmereciese la confianza de su padre y hermano, se retiró a Nepi con toda su familia, su corte y más de seiscientos caballeros para pasar en aquella ciudad el tiempo de duelo.

Arreglado este gran asunto de familia y estando Lucrecia viuda una vez más, y, por consiguiente, dispuesta a servir a las maquinaciones políticas del papa, César Borgia no permaneció en Roma más que el tiempo necesario para recibir a los embajadores de Francia y Venecia; pero, como tardaban un poco en llegar, y las

últimas fiestas habían abierto una brecha en el tesoro del papa, hizo una nueva promoción de doce cardenales. Esta promoción tenía un doble resultado: primero, ingresar en el erario pontifical seiscientos mil ducados, ya que cada capelo estaba tasado en cincuenta mil ducados, y, segundo, garantizarle al papa una mayoría segura en el sacro consejo.

Al fin llegaron los embajadores; el primero, que era Villeneuve, el mismo que había acudido ya en nombre de Francia a buscar al duque de Valentinois, encontró en la entrada de Roma a un hombre enmascarado, quien, sin quitarse la máscara, le expresó lo contento que estaba por su llegada. Aquel hombre era el mismo César, quien, no queriendo ser reconocido, se marchó tras una breve conversación y sin haberse descubierto el rostro. Villeneuve entró después de él y encontró en la puerta del Popolo a los embajadores de las distintas potencias, incluidos los de España y Nápoles, cuyos soberanos —cierto es— todavía no estaban abiertamente enemistados con Francia pero empezaba a haber cierta frialdad.

Entonces, como estos últimos, por miedo a comprometerse, se contentaban como único comentario agradable con decirle a su colega francés: *Bienvenido sea, señor*, el maestro de ceremonias, sorprendido por tan breve comentario, les preguntó si no tenían nada más que añadir; y, como contestaron que no, Villeneuve les dio la espalda replicando que «los que no tenían nada que decir, no necesitaban respuesta alguna»; luego, situándose entre el arzobispo de Reggio, gobernador de Roma, y el arzobispo de Ragusa, se dirigió al palacio de los Santos Apóstoles, que había sido preparado para su recepción.

Unos días más tarde, llegó Maria Georgi, embajador extraordinario de Venecia. Su misión consistía no sólo en solucionar con el papa los asuntos comunes sino, además, entregar a Alejandro y a César el título de nobles venecianos y la inscripción de sus nombres en el Libro de Oro, favor que ambos codiciaban desde hacía tiempo, aunque no tanto por la vana gloria que les reportaba como por la nueva influencia que dicho título podía darles.

El papa procedió luego a entregar los capelos vendidos a los doce cardenales. Los nuevos príncipes de la Iglesia eran, pues, don Diego de Mendoza, arzobispo de Sevilla; Jacques, arzobispo de Oristagni, vicario general del papa; Tomás, arzobispo de Strigonia; Pedro, arzobispo de Reggio, gobernador de Roma; Francisco Borgia, arzobispo de Cosenza, tesorero general; Juan, arzobispo de Salerno, vicecamarlengo; Luis Borgia, arzobispo de Valencia, secretario de su santidad y hermano de Juan Borgia, envenenado por César; Antonio, obispo de Como; Giovanni Battista Ferraro, obispo de Módena; Amadeo de Albret, hijo del rey de Navarra, cuñado del duque de Valentinois; por último, Marco Cornaro, noble veneciano, en cuya persona su santidad le devolvía a la serenísima república el favor que de ella acababa de recibir.

Luego, como nada le quedaba al duque de Valentinois por hacer en Roma, pidió un préstamo a un rico banquero llamado Agostino Chigi, hermano de aquel Lorenzo Chigi que había muerto cuando el papa estuvo a punto de perecer tras el derribo de la

chimenea, y partió hacia Romaña acompañado de Vitellozzo Vitelli, Giovanni Paolo Baglioni y Giacomo de Santa Croce, que entonces eran sus amigos y más tarde fueron sus víctimas.



La primera empresa del duque de Valentinois fue contra Pesaro; era una atención de cuñado cuyas consecuencias entendió muy bien Juan Sforza; ya que, en lugar de esforzarse en defender sus Estados con las armas o disputarlos mediante negociaciones, como ya no quería exponer al hermoso país que había dominado durante tantos años a la venganza de un enemigo irritado, recomendó a sus súbditos que le conservasen el mismo afecto con la esperanza de mejor fortuna, y huyó a Dalmacia. Malatesta, señor de Rímìni, siguió su ejemplo y el duque de Valentinois entró sin resistencia en ambas ciudades, donde dejó guarnición suficiente y marchó para Faenza.

Pero las cosas cambiaron: Faenza estaba entonces bajo el dominio de Astor Manfredi, un valiente y hermoso joven de dieciocho años, quien, aunque abandonado por los Bentivogli, sus parientes, y por los venecianos y los florentinos, sus aliados —que por la amistad que el rey de Francia tenía con César no se atrevieron a auxiliarlo— resolvió, conociendo muy bien el amor que sus súbditos profesaban a su familia, defenderse hasta el último extremo. Al enterarse de que César marchaba contra él, se apresuró a reunir de entre sus vasallos a los que se encontraban en condiciones de llevar armas y a algunos soldados extranjeros que accedieron a acogerse a sus banderas, y, provisto de víveres y municiones, se encerró con ellos en la ciudad.

A César no le preocupaban aquellos preparativos de defensa: tenía un magnífico ejército compuesto por las mejores tropas de Francia e Italia, cuyos jefes —aparte de él mismo— eran Paolo y Giulio Orsini, Vitellozzo Vitelli y Paolo Baglione, es decir, los primeros capitanes de la época. Así que, después de haber reconocido el lugar, dio comienzo al asedio situando su campo entre los ríos del Amona y de Marziano, y colocó a su artillería en la parte que miraba a Forlì, punto donde los sitiados habían plantado un enorme bastión.

Al cabo de algunos días de trinchera abierta, cuando la brecha ya era practicable, el duque de Valentinois ordenó el asalto y, para dar ejemplo a sus soldados, marchó primero hacia el enemigo. Pero, a pesar de su valor y el de los capitanes que lo acompañaban, Astor Manfredi hizo una defensa tal que ahuyentó a los sitiadores con pérdidas considerables de soldados, dejando en los fosos de la ciudad a Honorio Savello, uno de sus jefes más bravos.

No obstante, a pesar del coraje y la abnegación de sus defensores, Faenza no hubiera podido resistir por mucho tiempo si el invierno no hubiese venido en su

ayuda. Sorprendido por el rigor de la estación, sin casas donde guarecerse ni árboles para hacer fuego, porque los campesinos habían derribado aquellas y talado estos, el duque de Valentinois se vio obligado a levantar el sitio y fijar sus cuarteles de invierno en las ciudades vecinas para estar preparado con el regreso de la primavera; porque César no podía perdonarle a una ciudad tan pequeña, acostumbrada a la paz, gobernada por un niño y privada de todo auxilio extranjero, que le hubiera creado tantos problemas y había jurado vengarse. Así que dividió su ejército en tres partes, envió al primer tercio a Imola, al segundo a Forlì y con el tercero se fue a Cesena, que, de un pueblo de tercer orden se vio transformado en ciudad de lujo y placer.

En efecto, el espíritu activo de César requería guerras o fiestas sin interrupción; por consiguiente, frenada la guerra, dieron comienzo las fiestas, suntuosas y ardientes como él sabía hacerlas. Los días pasaban entre juegos y cabalgatas y las noches en bailes y amores, ya que las más bellas damas de la Romaña, es decir, del mundo, habían acudido a formar un harén para el vencedor, que sin duda le hubiesen envidiado el soldán de Egipto y el emperador de Constantinopla.

En uno de los paseos que el duque de Valentinois daba por los alrededores de la ciudad con aquella corte de nobles aduladores y cortesanas de título, que jamás lo abandonaban, vio venir por el camino de Rímini un cortejo tan numeroso que sólo podía acompañar a alguien importante. Al ver que el personaje principal de este cortejo era una mujer, César se acercó y reconoció a la dama de honor de la duquesa de Urbino quien el día de la corrida de toros había proferido un grito cuando él estuvo a punto de ser embestido por el furioso animal. En aquella época, como dijimos, estaba prometida a Giovanni Carracciolo, general de los venecianos. Así que Elisabetta Gonzaga —su protectora y madrina— la enviaba, con un cortejo como ella merecía, a Venecia, donde debía celebrarse el desposorio.

La hermosura de aquella joven ya había sorprendido a César en Roma, pero al verla por segunda vez le pareció aún más bella que la primera. A partir de aquel momento, resolvió apoderarse de aquella preciosa flor de amor, junto a la cual se reprochaba haberse mostrado más de una vez tan indiferente. Así que la saludó con la familiaridad de una antigua amistad, se informó de si no pensaba detenerse por un tiempo en Cesena y se enteró de que sólo estaba de paso porque la esperaban con impaciencia, y que pernoctaría en Forlì. Eso era todo lo que César quería saber; llamó a Michelotto y le dijo en voz muy baja unas palabras que nadie oyó.

En efecto, como había dicho la hermosa novia, el cortejo hizo una parada en la ciudad vecina y, a pesar de que había transcurrido gran parte del día, partió enseguida para Forlì; pero no bien había avanzado una legua, cuando el cortejo fue alcanzado y se vio rodeado por una cuadrilla de caballeros que había salido de Cesena. Aunque estaban lejos de tener la fuerza suficiente, los soldados de la escolta quisieron defender a la mujer de su general; pero muertos algunos y despavoridos los demás, se dieron a la fuga; y como la mujer se había apeado para intentar huir, el jefe la tomó en sus brazos, la subió a su caballo y, dando orden a sus soldados de volver sin él a

Cesena, salió al galope a través de las tierras, y pronto desapareció en la oscuridad del crepúsculo.

Carracciolo se enteró de lo sucedido por uno de los fugitivos, quien le dijo haber reconocido en los raptos a los soldados del duque Valentinois. Al principio creyó no haber oído bien, de lo sorprendido que estaba por la terrible noticia; pero, cuando se la repitieron, permaneció un instante inmóvil y como fulminado por un rayo. Pero saliendo luego de aquel estupor con un grito de venganza, corrió al palacio ducal, donde estaban reunidos el dux Barbarigo y el consejo de los Diez, y, situándose en medio sin previo anuncio, justo cuando estos se acababan de enterar del atentado del duque de Valentinois, dijo:

—Serenísimos señores, vengo a despedirme de vosotros con la resolución de consumir una venganza privada y perder en ella una vida que había creído poder consagrar al servicio de la república. He sido ofendido en la parte más noble de mi ser: mi honor. Me han arrebatado el bien más preciado que podía poseer: mi mujer; y el que lo ha hecho es el más pérfido, el más sacrílego, el más infame de los hombres: ¡Valentinois! No os ofendáis, señores, si hablo de este modo de un hombre que se jacta de pertenecer a vuestra nobleza y de estar bajo vuestra protección: no es así, miente; y sus bajezas y crímenes lo han hecho indigno tanto de una como de la otra, como indigno es de la vida que le arrancaré con esta espada. Es verdad que un sacrílego de nacimiento, un fratricida, un usurpador de los bienes ajenos, un opresor de los inocentes, un asesino de profesión, un hombre que viola todas las leyes —incluida la hospitalidad, que hasta los pueblos más bárbaros respetan—, un hombre que violenta, en sus propios Estados, a una virgen que lo único que tenía derecho a esperar de él era no sólo los respetos debidos a su sexo y condición, sino a la serenísima república, de quien soy el condotiero, y que insulta a mi persona deshonorando a mi esposa; es verdad, digo, que ese hombre merece morir de otras manos que no sean las mías. Pero, como el que debería juzgarlo, en lugar de ser juez y señor, es un padre tan criminal como su hijo, iré en persona a encontrarlo, y sacrificaré mi vida, no sólo a la venganza de mi propia injuria y de la sangre de tantos inocentes, sino también a la salvación de la serenísima república, a cuya opresión aspira, después de haber tiranizado a los demás señores de Italia.

El dux y los senadores, que, como hemos dicho, ya habían sido prevenidos del asunto que había llevado a Carracciolo a acudir ante ellos, lo escucharon con gran interés y profunda indignación; porque, como había dicho, debían ellos mismos sentirse ofendidos en la persona de su general; así que todos le juraron por su honor que si confiaba en ellos en lugar de abandonarse a un exceso de cólera que sólo podía perderlo, o su esposa le sería devuelta sin que una sola mancha hubiese empañado su velo nupcial, o se llevaría a cabo una venganza proporcional a la afrenta.

Inmediatamente, y como prueba del empeño que ponía en este asunto el noble tribunal, Luigi Manenti, secretario de los Diez, fue enviado a Imola, donde decían que estaba el duque, a fin de expresarle todo el disgusto que la serenísima república

había recibido del ultraje hecho a su condotiero. Al mismo tiempo, el consejo de los Diez y el dux fueron a buscar al embajador de Francia para rogarle que se uniera a ellos y se presentase con Manenti ante el duque de Valentinois a fin de conminarle, en nombre del rey de Francia, a devolver de inmediato a Venecia a la mujer que había raptado.

Los dos mensajeros se presentaron en Imola, donde encontraron a César, que escuchó su reclamación con signos de la mayor sorpresa, y, negando haber intervenido en el crimen, autorizó a Manenti y al embajador de Francia a perseguir a los autores, prometiendo por su parte hacer las más profundas pesquisas. El duque aparentaba tener tan buena fe que los enviados de la serenísima república quedaron por un momento engañados y decidieron emprender las investigaciones más minuciosas. Se dirigieron al lugar de los hechos y empezaron a recabar información. En la ruta alguien encontró a los muertos y heridos. Habían visto pasar a un hombre que llevaba galopando en su caballo a una mujer desconsolada.

Luego se apartó del camino trazado y se precipitó a través de los campos. Un campesino que volvía de labrar la tierra lo había visto aparecer y desaparecer como una sombra y dirigirse hacia una casa aislada. Una anciana decía haberlo visto entrar en aquella casa. Pero durante la noche del día siguiente la casa había desaparecido como por encanto y en su lugar había un arado; así que nadie podía decir nada sobre la que buscaban puesto que los habitantes de la casa, e incluso la casa misma, ya no estaban.

Manenti y el embajador de Francia volvieron a Venecia contando lo que les había dicho el duque de Valentinois, lo que habían hecho y cómo sus pesquisas no habían dado frutos. Nadie dudaba de que César fuese el culpable; pero nadie podía demostrar que lo era. Por consiguiente, la serenísima república, que, a causa de la guerra contra los turcos, no podía enemistarse con el papa, prohibió a Carracciolo toda tentativa de venganza personal y el asunto fue poco a poco relegado al olvido, hasta que ya no se habló más de la cuestión.

No obstante, los placeres del invierno no habían apartado a César de sus proyectos sobre Faenza. Al poco de llegar la primavera pudo volver a ponerse en campaña y marchó de nuevo hacia la ciudad, acampó al lado del castillo, y, tras practicar una segunda brecha, ordenó un asalto general y se adelantó el primero; pero, a despecho de su valor y aunque sus soldados lo secundaron, fueron todos rechazados por Astor, que cubría la brecha a la cabeza de las tropas, mientras las mujeres, desde lo alto de las murallas, arrojaban piedras y troncos de árboles a los sitiadores. Después de una hora de lucha cuerpo a cuerpo, César se vio obligado a retirarse, dejando a dos mil hombres en los fosos de la ciudad, y entre ellos a Valentino Farnesio, uno de sus más bravos condotieros.

Entonces, viendo César que ni excomuniones ni asaltos daban resultados, convirtió el sitio en bloqueo: todos los caminos que conducían a Faenza fueron cortados, todas las comunicaciones fueron interrumpidas, y, como se habían

manifestado varios signos de revuelta en Cesena, dejó allí en calidad de gobernador a un hombre de cuya poderosa voluntad estaba muy seguro, llamado Ramiro d'Orco, con poder de vida y muerte sobre los habitantes. Luego esperó tranquilo ante Faenza a que el hambre obligase a los habitantes a salir de aquellas murallas que con tanto empecinamiento se habían obstinado en defender. En efecto, al cabo de un mes, durante el cual los faentinos habían sufrido todos los horrores de la hambruna, enviaron parlamentarios al campo de César para proponer una capitulación. César, a quien le quedaba mucho que hacer en Romaña, se mostró más asequible de lo que se podía esperar, y la ciudad se rindió con la condición de que serían respetados bienes y personas, y que Astor Manfredi tendría derecho a retirarse donde quisiese, gozando dondequiera que fuese de todo su patrimonio.

Las condiciones fueron fielmente respetadas en lo que a los habitantes se refiere, pero cuando César vio a Astor, a quien no conocía, sintió hacia el hermoso joven — que parecía una mujer— una extraña pasión; así que decidió quedárselo para su ejército, honrándolo como a un joven príncipe y mostrando ante todos tener con él la más sincera amistad. Pero un día Astor desapareció como la prometida de Carracciolo sin que nadie supiese qué le había ocurrido. César parecía estar muy preocupado y dijo que seguramente habría huido; así que, para dar credibilidad a la huida, envió en todas direcciones mensajeros en su búsqueda.

Un año después de esta doble desaparición aparecieron en el Tíber, un poco más abajo del castillo de Sant'Angelo, el cuerpo de una bella joven con las manos amarradas en el dorso, y el cadáver de un hermoso joven, de cuyo cuello colgaba aún la cuerda del arco con la que había sido estrangulado.

La joven era la prometida de Carracciolo y el joven era Astor.

Ambos habían satisfecho durante un año los placeres de César, quien, cansado al fin de ellos, los había hecho arrojar al Tíber.

Por lo demás, la toma de Faenza le valió a César el título de duque de Romaña, que le dio primero el papa en pleno consistorio y fue después ratificado por el rey de Hungría, la República de Venecia y los reyes de Castilla y Portugal. La nueva de esta ratificación llegó a Roma la víspera del día en que el pueblo tenía por costumbre celebrar el aniversario de la fundación de la ciudad eterna; esta fiesta, que databa de Pomponius Laetus adquirió un nuevo esplendor por los felices acontecimientos que acababan de ocurrirle a su soberano. El cañón disparó todo el día en señal de júbilo; al anochecer hubo iluminaciones y fuegos artificiales, y, en un momento de la noche, el príncipe de Esquilache, acompañado de los principales señores de la nobleza romana, recorrió las calles de la ciudad con antorchas en la mano y gritando: «¡Viva Alejandro! ¡Viva César! ¡Vivan los Borgia! ¡Vivan los Orsini! ¡Viva el duque de Romaña!»





La ambición de César crecía con sus victorias; apenas se hubo apoderado de Faenza cuando, incitado por los Mariscotti —antiguos enemigos de los Bentivoglio— puso la mira en Boloña; pero Giovanni Bentivoglio, cuyos antepasados estaban en posesión de esta ciudad desde tiempo inmemorial, no sólo había hecho todos los preparativos necesarios para oponer una larga resistencia, sino que se había puesto bajo la protección de Francia; de suerte que en cuanto supo que César se dirigía con su ejército hacia la frontera del boloñés, envió un mensajero a Luis XII para reclamar que cumpliera con su palabra. El rey la mantuvo con su habitual fidelidad y cuando César llegó a las puertas de Boloña recibió una invitación del monarca para que no tomara medidas contra su aliado Bentivoglio; pero como a César nada lo arredraba puso sus condiciones de retirada, las cuales Bentivoglio aceptó, bien dichoso de librarse de él a ese precio. Las condiciones eran la cesión de Castel Bolonese, fortaleza situada ente Imola y Faenza, la promesa de un tributo de nueve mil ducados, y la manutención de un cuerpo de cien soldados y dos mil infantes que debían estar a su servicio. A cambio de estos favores, César Borgia confió a Bentivoglio que debía su visita a los consejos de los Mariscotti; luego, con el refuerzo del contingente de su nuevo aliado, partió hacia la Toscana. Pero apenas se hubo perdido de vista, Bentivoglio hizo cerrar las puertas de Bolonia y encargó a su hijo Hermes que asesinase a Agamenón Mariscotti, el cabeza de familia, mientras él hacía matar por su lado a treinta y cuatro hermanos, hijos, hijas y sobrinos suyos, y doscientos de sus parientes y amigos. Esta masacre fue perpetrada por los más nobles jóvenes de Boloña, a quienes Bentivoglio obligó a implicarse en el asesinato para vincularlos a él por miedo a las represalias.



Los proyectos de César sobre Florencia empezaban a dejar de ser un misterio; desde el mes de enero había enviado a Pisa a Raniero de la Sassetta y a Pietro de Gamba Corti, junto con mil doscientos hombres, y, así que hubo concluido la conquista de la Romaña, había enviado a aquella ciudad a Oliverotto da Fermo con nuevos destacamentos. Él, por su parte, como ya hemos visto, había reforzado su ejército con cien soldados y dos mil infantes; acababan de unirse Vitellozzo Vitelli — señor de Città di Castello—, y los Orsini, que le habían aportado dos mil o tres mil hombres; de modo que tenía a sus órdenes, sin contar las tropas enviadas a Pisa, a setecientos soldados y cinco mil infantes.

Sin embargo, a pesar de esta formidable agrupación, entró en la Toscana manifestando sus pacíficas intenciones y declaró que sólo pretendía atravesar los Estados de la república para dirigirse a Roma, prometiendo que pagaría al contado todos los víveres que su ejército necesitara. Pero cuando, después de atravesar los

desfiladeros de las montañas llegó a Barberino, viendo que la ciudad era vulnerable a su poder y nada se oponía a su entrada, empezó a poner precio a la amistad que había ofrecido y a imponer condiciones en lugar de recibirlas. Estas condiciones eran que Pedro de Médicis —pariente y aliado de los Orsini— fuese restablecido en su antigua autoridad; que seis burgueses de la ciudad, designados por Vitellozzo, le fuesen entregados para que expiasen con su muerte la de Paolo Vitelli, que había sido ejecutado injustamente por los florentinos; que la señoría se comprometiera a no prestar ayuda alguna al señor de Piombino, a quien contaba desposeer sin demora de sus estados; por último, que la república lo pusiese a él, César, a su servicio con un sueldo proporcionado a su mérito. Hasta aquí habían llegado las negociaciones con Florencia cuando César recibió de Luis XII la orden de prepararse, como habían convenido, para seguirle con su ejército en la conquista de Nápoles que por fin había decidido emprender. César no osó faltar a la palabra que le había dado a tan poderoso aliado; así que le hizo responder que estaba a sus órdenes, y como los florentinos ignoraban que se veía obligado a abandonar la Toscana, les hizo comprar su retirada por una suma de treinta y seis mil ducados al año, a cambio de la cual tendría él trescientos soldados siempre prontos a socorrer a la república a su primer llamamiento y siempre que lo necesitase.

No obstante, a pesar de la premura que tenía, César creyó que todavía tendría tiempo de conquistar a su paso el territorio de Piombino y apoderarse de la capital con una vigorosa ayuda; por consiguiente, entró en las tierras de Giacomo IV d'Appiano, pero se percató de que éste había devastado de antemano, a fin de quitarle cualquier recurso, su propio país: había quemado los forrajes, cortado los árboles, arrancado las viñas y destruido las pocas fuentes que daban aguas salubres. Pero eso no le impidió apoderarse en pocos días de Severeto, Scarlino, isla de Elba y la Pianosa; aunque se vio obligado a detenerse ante el castillo, que oponía una tenaz resistencia. Como el ejército del rey Luis XII continuaba su camino hacia Roma y César había recibido el 27 de Julio una nueva orden para juntarse con él, partió al día siguiente dejando a Vitellozzo y a Giovanni Paolo Baglione para que mantuviesen el sitio en su ausencia.

Luis XII avanzaba esta vez hacia Nápoles, no ya con la férvida imprevisión de Carlos VIII sino, al contrario, con la prudente circunspección que le era habitual.

Además de su alianza con Florencia y Roma, había firmado un acuerdo secreto con Fernando el Católico que pretendía tener, por la casa de Duras, los mismos derechos sobre el reino de Nápoles que Luis XII tenía sobre la casa de Anjou. Por este tratado, los dos reyes se repartieron de antemano su conquista: Luis XII sería dueño de Nápoles, de la tierra de Labour y de los Abruzzos, con el título de rey de Nápoles y de Jerusalén; Fernando se reservaba Pulla y Calabria, con el título de duque de ambas provincias. Los dos debían recibir la investidura del papa y depender de él. Esta repartición tenía tanta más probabilidad de ser ejecutada cuanto que Federico, creyendo siempre que Fernando era su buen y fiel amigo, debía abrirle las

puertas de sus ciudades y recibir en sus fortalezas a vencedores y dueños, en lugar de aliados. Todo esto era tal vez muy poco leal de la parte de un rey que había tenido ambiciones durante tanto tiempo y acababa de recibir el sobrenombre de Católico; pero poco le importaba a Luis XII, que aprovechaba la traición sin compartirla.

El ejército francés, al que acababa de unirse el duque de Valentinois, se componía de mil lanzas, cuatro mil suizos y seis mil gascones y aventureros; por otra parte, Philippe de Rabenstein conducía por mar dieciséis bajeles bretones y provenzales y tres carracas genovesas, que llevaban a seis mil quinientos hombres de desembarco.

El rey de Nápoles sólo podía oponer a este numeroso ejército setecientos soldados, seiscientos caballos ligeros y seis mil infantes que había puesto a las órdenes de los Colonna, a quienes había acogido a sus banderas desde que el papa los había expulsado de los Estados de la Iglesia; pero confiaba mucho en Gonzalo de Córdoba, que debía reunirse con él en Gaeta, y a quien, en su confianza, hacía abrir todas las fortalezas de Calabria.

Pero la seguridad que inspiraba a Federico su infiel aliado no tardó en desvanecerse: al llegar a Roma, los embajadores franceses y españoles le presentaron al papa el acuerdo firmado en Granada, el 11 de noviembre del año 1500, entre Luis XII y Fernando el Católico, acuerdo que hasta entonces había permanecido en secreto. Previendo lo que podía ocurrir en el futuro, Alejandro había roto —por la muerte de Alfonso— todos los vínculos que le unían a la casa de Aragón y empezó a tener ciertas dificultades; pero entonces le demostraron que se había llegado a aquel acuerdo a fin de dar a los príncipes cristianos nuevos medios para atacar el imperio otomano, y semejante consideración, como se comprenderá, no podía sino desvanecer los escrúpulos del papa. Así que, el 25 de junio, decidió reunir un consistorio que derribó a Federico del trono de Nápoles.

Cuando Federico se enteró de la llegada a Roma del ejército francés, de la traición de su aliado Fernando y de la destitución pronunciada por Alejandro, supo que todo estaba perdido; no obstante, no quiso que se dijese que había abandonado su reino sin haber intentado siquiera defenderlo. Por consiguiente, encargó a sus dos nuevos condotieros, Fabricio Colonna y Ranucio de Marciano, que con trescientos soldados, algunos caballos ligeros y tres mil infantes detuvieran a los franceses delante de Capua; él ocupó en persona Aversa con otra parte de su ejército, mientras que Próspero Colonna debía, con el resto de las tropas, defender Nápoles y hacer frente a los españoles por el lado de Calabria.

Apenas se habían tomado estas disposiciones cuando d'Aubigny, habiendo pasado el Vulturno, fue a sitiar Capua y la rodeó por ambos lados del río. En cuanto hubieron acampado delante de las murallas, los franceses empezaron a asentar las baterías, que no tardaron en ponerse en funcionamiento, para gran terror de los pobres sitiados, casi todos foráneos en la ciudad, que habían llegado de todas partes creyendo encontrar cobijo tras sus murallas.

Desde el primer asalto que dieron los franceses, por mucho que Fabricio Colonna

lo rechazara con bravura, se difundió por toda la ciudad un terror tan grande y tan ciego que pronto se habló de abrir las puertas, y a Colonna le costó convencer a aquella multitud de que había que aprovechar el fracaso de los sitiadores para obtener de ellos una ventajosa capitulación. Una vez convencido el pueblo, envió parlamentarios a d'Aubigny y se convino que al día siguiente habría una conferencia en la cual se trataría de la rendición de la ciudad.

Pero aquello no era asunto de César Borgia, que se había quedado atrás para conferenciar con el papa y luego se había reunido al ejército francés con una parte de sus tropas, el mismo día en que se había convenido la conferencia. Como quiera que se hiciese, una capitulación le privaría de su parte del botín y del placer que le prometía la toma al asalto de una ciudad tan rica y populosa como Capua.

Entabló por consiguiente negociaciones con uno de los jefes de la defensa de una puerta, negociaciones secretas y prometedoras, siempre más prontas y eficaces que las demás; de modo que cuando Fabricio Colonna discutía en un baluarte avanzado las condiciones de la capitulación con los capitanes franceses, se oyeron de repente grandes gritos de angustia: era César Borgia que, sin avisar a nadie, y acompañado de su fiel ejército de la Romaña, acababa de entrar en la ciudad y empezaba a degollar la guarnición, que, confiada en la capitulación que estaba a punto de firmarse, había bajado la guardia. Los franceses por su parte, viendo que la ciudad estaba medio rendida, se abalanzaron a las puertas con tal impetuosidad que los sitiados ni siquiera intentaron defenderlas, y penetraron en Capua por tres puntos diferentes; entonces cesó toda resistencia. La matanza y el pillaje habían empezado y era preciso que se llevase a cabo toda la obra de destrucción. En vano Fabricio Colonna, Ranucio de Marciano y Hugo de Cardona trataron de enfrentarse al mismo tiempo, con los pocos hombres que habían reunido, a los franceses y a los españoles. Colonna y Hugo fueron apresados; Ranucio, herido por un tiro de ballesta, cayó en manos del duque de Valentinois; siete mil habitantes, entre los cuales estaba el traidor que había entregado la puerta, fueron masacrados en las calles; las iglesias fueron pilladas, los conventos de religiosas forzados y una parte de esas santas doncellas se tiraron a los pozos o se arrojaron al río para escapar de los soldados.

Trescientas de las más nobles damas de la ciudad se habían refugiado en una torre, el duque de Valentinois derribó las puertas, eligió para sí a las cuarenta más hermosas y entregó a las demás a su ejército.

El pillaje duró tres días.

Perdida Capua, Federico vio que era inútil intentar defenderla por más tiempo; así que se encerró en el Castel Nuovo y permitió que Gaeta y Nápoles trataran con el vencedor. Gaeta se redimió mediante la suma de sesenta mil ducados y Nápoles con la rendición del castillo, que el mismo Federico le entregó a d'Aubigny con la condición de que le dejasen llevar a la isla de Ischia su dinero, joyas y muebles y permanecer allí con su familia durante seis meses al abrigo de toda hostilidad. Esta capitulación fue fielmente observada por ambas partes; d'Aubigny entró en Nápoles y

Federico se retiró a Ischia.

De este modo se vio derribada, con una última y terrible caída que nunca más volvió a superarse, esta rama de la casa de Aragón que había reinado sesenta y cinco años. Federico, que era su jefe, pidió y obtuvo un salvoconducto para pasar a Francia, donde Luis XII le concedió el ducado de Anjou y treinta mil ducados de renta, pero con la condición de que no saliese nunca más del reino, donde, efectivamente, murió el 9 de septiembre de 1504.

Su primogénito, don Fernando, duque de Calabria, se retiró a España; allí lo dejaron casarse dos veces, pero con mujeres de conocida esterilidad y allí murió en 1550. Alfonso, el segundo hijo que había seguido a su padre a Francia, murió envenenado, según dicen, en Grenoble, a la edad de veintidós años. César, el tercer hijo, murió en Ferrara antes de haber cumplido los dieciocho años.

En cuanto a Carlota, su hija, se casó en Francia con Nicolás, conde de Laval, gobernador y almirante de Bretaña; de este matrimonio nació Ana de Laval, que se casó con Francisco de la Trimouille, y por ella fueron transmitidos a esta casa los derechos que más tarde reclamó del reino de las Dos Sicilias.

La toma de Nápoles le devolvió al duque de Valentinois su libertad. Dejó el ejército francés después de haber recibido de su jefe nuevas seguridades de la amistad del rey Luis XII, y volvió a emprender el sitio de Piombino que se había visto obligado a interrumpir. En tanto, el papa Alejandro visitaba las conquistas de su hijo y recorría toda la Romaña acompañado de Lucrecia, que ya se había consolado de la muerte de su marido y nunca antes había tenido tanta influencia en su santidad.

Cuando regresaron a Roma, ella se hospedó en los aposentos de su padre. Lo que resultó del recrudescimiento de la amistad pontificia fueron dos bulas que erigían en ducados las ciudades de Nepi y Sermoneta: una fue entregada a Juan Borgia, uno de los bastardos que el papa había tenido fuera de sus relaciones con Vanozza y Julia Farnesio, y la otra a don Rodrigo de Aragón, hijo de Lucrecia y Alfonso. Las tierras de los Colonna eran la compensación de aquellos dos ducados.

Pero, aparte de eso, Alejandro aún soñaba con un nuevo incremento de su fortuna: el matrimonio entre Lucrecia y don Alfonso de Este, hijo del duque Hércules de Ferrara, enlace a favor del cual Luis XII había intervenido.

Su santidad tenía una racha de suerte y supo el mismo día que Piombino se había rendido ante el duque de Valentinois y que el duque Hércules había dado su palabra al rey de Francia.

Eran éstas buenas noticias para Alejandro VI, aunque no podían compararse en importancia; la del enlace de Lucrecia con el presunto heredero del ducado de Ferrara fue recibida con una alegría que olía un poco a su condición de nuevo rico. El duque de Valentinois fue invitado a volver a Roma y a tomar parte de la felicidad de la familia, y, el día en que se publicó la noticia, el gobernador del castillo de Sant'Angelo recibió la orden de disparar el cañón cada cuarto de hora, desde mediodía hasta medianoche. A las dos, Lucrecia salió del Vaticano acompañada de

sus dos hermanos —el duque de Valentinois y el duque de Esquilache—, seguida de toda la nobleza de Roma, y se dirigió a la iglesia de Santa María del Popolo —donde estaban enterrados el duque de Gandía y el cardenal Juan Borgia— para dar gracias al cielo por los nuevos privilegios que concedía a su familia; a la noche, acompañada por aquella cabalgata, que parecía aún más brillante a la luz de las antorchas y las iluminaciones, recorrió toda la ciudad entre las aclamaciones de: «¡Viva el papa Alejandro VI! ¡Viva la duquesa de Ferrara!» que lanzaban los heraldos vestidos con paños de oro.

Al día siguiente, se publicó en toda la ciudad que habría carreras de mujeres en el castillo de Sant'Angelo; que uno de cada tres días habría una corrida de toros a la manera española; y que a partir del mes de octubre, que era el mes en curso, hasta el primer día de Cuaresma, las mascaradas estarían permitidas en las calles de Roma.

Ésas eran las fiestas exteriores; en cuanto a las que tenían lugar en el interior del Vaticano, el pueblo no tenía derecho a ver el programa; pero, a juzgar por lo que decía Burchard, testigo ocular, he aquí en qué consistían:

«El último domingo del mes de octubre, cincuenta cortesanas cenaron en el palacio apostólico en los aposentos del duque de Valentinois, y, después de la cena, bailaron con los escuderos y sirvientes, primero vestidas con sus ropas, y luego desnudas; tras retirar la mesa, colocaron simétricamente unos candelabros en el suelo y esparcieron castañas por el suelo, que las cincuenta mujeres, todavía desnudas, recogieron andando a cuatro patas entre las antorchas ardientes; el papa Alejandro, el duque de Valentinois y su hermana Lucrecia, que observaban este espectáculo desde una tribuna, animaban con sus aplausos a las más hábiles y diligentes, que recibieron como premio ligeros bordados, borceguíes de terciopelo y sombreros de paño de oro y encaje; luego pasaron a otros placeres, y...»

Pedimos humildemente disculpas a nuestros lectores, y sobre todo a nuestras lectoras; pero después de haber encontrado descripciones para la primera parte del espectáculo, las buscamos en vano para la segunda.

Nos contentaremos con decir que, del mismo modo que hubo premios para la destreza, los hubo para la lujuria y la bestialidad.

Unos días después de esta extraña fiesta —que recordaba las veladas romanas de Tiberio, Nerón y Heliogábalo—, Lucrecia, vestida con un traje de brocado de oro cuya cola sostenían unas jóvenes vestidas de blanco y coronadas con rosas, salió de su palacio caminando al son de las trompetas y los clarines sobre las alfombras con las que habían tapizado las calles por donde debía pasar; y acompañada de los más nobles caballeros y las damas más hermosas de Roma, se dirigió al Vaticano, donde la esperaban en la sala Paulina, el papa, el duque de Valentinois, don Fernando, procurador del duque Alfonso y el cardenal de Este, su primo. El pontífice se sentó a

un lado de la mesa mientras que los enviados ferrareses estaban de pie al otro lado; entonces doña Lucrecia avanzó hacia el centro y don Fernando le colocó en el dedo el anillo nupcial. Terminada esta ceremonia, el cardenal de Este se acercó a su vez y le presentó a la novia cuatro magníficos anillos engarzados con piedras preciosas; luego trajeron a la mesa un cofrecillo con ricas incrustaciones de marfil de donde el cardenal extrajo una cantidad de joyas, cadenas y collares, perlas y diamantes, cuya laboriosidad no era menos preciosa que la materia, y que el cardenal volvió a rogar a Lucrecia que aceptara, a la espera de los que su prometido le regalaría a su vez, que sin duda serían más dignos de ella. Lucrecia recibió estos presentes con las demostraciones de la mayor alegría; luego se retiró a una sala cercana, apoyada en el brazo del papa y seguida por las damas que la habían acompañado, dejando al duque de Valentinois encargado de hacer a los hombres los honores del Vaticano. Por la noche, los invitados volvieron a reunirse, y, mientras unos magníficos fuegos artificiales resplandecían en la plaza de San Pedro, bailaron hasta la mitad de la noche.

Concluida la ceremonia de los esponsales, su santidad y el duque de Valentinois se ocuparon de los preparativos para la partida. El papa, que deseaba que el viaje se hiciese con gran aparato, hizo ir en séquito de su hija, además de a sus dos hermanos y a los gentilhombres que habían ido con ellos, al senado de Roma y a todos los señores que, por su fortuna, podían ostentar el máximo de magnificencia por sus ropajes y libreas. Entre este magnífico cortejo se distinguían Oliviero y Rainiro Mattei, hijos de Pietro Mattei, canciller de la ciudad, y de una hija que el papa había tenido de otra mujer que no era Vanozza. Su santidad nombró en pleno consistorio a Francisco Borgia, cardenal de Cosenza, legado *a latere*, para acompañar a su hija hasta las fronteras de los Estados eclesiásticos.

El duque de Valentinois, por su parte, envió mensajeros a todas las ciudades de la Romaña para que Lucrecia fuese recibida en ellas como si fuera dueña y soberana; enseguida se pusieron en marcha grandes preparativos para cumplir las órdenes del duque. No obstante, los mensajeros manifestaron a César sus temores de que corrieran rumores en Cesena, donde, como cabe recordar, César había dejado al gobernador Ramiro d'Orco con plenos poderes para calmar la agitación en la ciudad. Y éste había desempeñado tan bien su misión que ya no había rebelión que temer, puesto que una sexta parte de sus habitantes había perecido en el cadalso. Sin embargo, esta misma situación los inducía a no esperar de esta ciudad en duelo las mismas demostraciones de alegría que podían ofrecerles Imola, Faenza y Pesaro; pero el duque de Valentinois obvió este inconveniente con la prontitud y eficacia que le eran privativas. Una mañana, los habitantes de Cesena vieron al levantarse un cadalso erigido en el centro de la plaza sobre el cual había un hombre descuartizado y, al extremo de una estaca, una cabeza separada del tronco.

Aquel hombre era Ramiro d'Orco.

Nadie pudo saber por qué había sido erigido el cadalso nocturno, ni qué verdugos

habían consumado la terrible ejecución; pero cuando la República de Florencia le preguntó a Maquiavelo, su legado en Cesena, lo que opinaba de aquella muerte, éste respondió:

«Ilustres señores:

Nada puedo decir acerca de la ejecución de Ramiro d’Orco, sino que César Borgia es el príncipe que mejor sabe elevar y derribar a los hombres según sus méritos.

NICOLÁS MAQUIAVELO.»

El duque de Valentinois no erró en su previsión, ya que la futura duquesa de Ferrara fue admirablemente recibida en todas las ciudades por donde pasó y sobre todo en Cesena.

Mientras Lucrecia iba a reunirse en Ferrara con su cuarto marido, Alejandro y el duque de Valentinois decidieron hacer una visita a su última conquista, que era el ducado de Piombino. El objetivo aparente de aquel viaje era exigir a los nuevos súbditos que prestaran juramento de fidelidad a César, pero el verdadero objetivo era formar en la capital de Jacopo d’Appiano un arsenal para la Toscana, a la cual ni el papa ni su hijo habían renunciado nunca.

Por consiguiente, ambos partieron del pueblo de Corneto en seis galeras, acompañados por un gran número de cardenales y preladados, y aquella misma noche llegaron a Piombino. La corte pontificia permaneció allí durante algunos días, tanto para dar a conocer a los habitantes al duque de Valentinois como para asistir a algunas funciones eclesiásticas: la principal fue un oficio solemne al que asistieron el tercer domingo de Cuaresma y en el que el cardenal de Cosenza cantó una misa a la que el papa asistió pontificalmente con el duque y los cardenales.

Luego, a fin de que sucedieran sus habituales placeres a tan serias funciones, el papa mandó llamar a las mujeres más hermosas del país y les pidió que bailaran para él sus danzas nacionales.

Las danzas terminaron en festines de inusitada suntuosidad, en los cuales el papa no dudó, a pesar de que era Cuaresma, en saltarse el ayuno a la vista de todos. Por lo demás, el objetivo de estas fiestas era dejar en el país grandes cantidades de dinero y popularizar al duque de Valentinois a fin de que Jacopo d’Appiano fuese olvidado.

Después de Piombino, el papa y su hijo visitaron la isla de Elba, donde sólo se detuvieron el tiempo necesario para visitar las antiguas fortificaciones y ordenar la construcción de otras.

Finalmente, los ilustres viajeros se embarcaron para volver a Roma; pero un tiempo adverso los detuvo algunos días en el mar, y como el papa no quiso volver a Porto Ferraio, se quedaron cinco días en las galeras, que sólo tenían provisiones para dos días. Durante los tres últimos días el papa se alimentó de pescados fritos



capturados con gran dificultad a causa del mal tiempo. Cuando por fin avistaron Corneto, el duque de Valentinois —que estaba en otra galera— al ver que su navío no podía tomar tierra, se embarcó en otro barco e hizo que lo llevaran al puerto. El pontífice se vio obligado a seguir su ruta hacia Pontercole, donde por fin desembarcó tras haber sido sacudido por una tempestad tan violenta que todos los que le acompañaban estaban abatidos, tanto por el mareo como por el miedo a la muerte. Él no manifestó en ningún momento ni un atisbo de temor, se quedó durante todo el tiempo que duró la tempestad sentado en una butaca sobre el puente, invocando el nombre de Jesús y persignándose. Finalmente, la galera que lo llevaba entró en la rada de Pontercole, donde el pontífice desembarcó y, tras dar la orden de ir a buscar caballos a Corneto, se reunió con el duque, que lo esperaba en aquella ciudad. Ambos marcharon, haciendo trayectos cortos, por Civitavecchia y Palo, y regresaron a Roma después de un mes de ausencia.

Casi al mismo tiempo llegó también el cardenal de Albret, que iba a buscar su capelo. Iba acompañado de dos infantes de Navarra que fueron recibidos no sólo con los honores debidos a su rango sino como cuñados a quienes el duque de Valentinois estaba deseoso de mostrar lo mucho que le importaba su alianza.



Sin embargo, había llegado el momento en que el duque de Valentinois debía retomar el curso de sus conquistas. Y como, desde el primero de mayo del año anterior, el papa había pronunciado en pleno consistorio una sentencia de destitución contra Giulio Cesare de Varano, por la cual, a modo de castigo por el asesinato de su hermano Rodolfo y por el asilo que había concedido a los enemigos del papa, se le expropiaba su feudo de Camerino uniéndolo a la cámara apostólica, César salió de Roma para ejecutarla. Por consiguiente, cuando llegó a la frontera de Perugia, que pertenecía a su lugarteniente Giovanni Paolo Baglione, envió a Oliverotto da Fermo, a Gravina y a Orsini a asolar la Marca de Camerino, mientras él instaba a Guy de Ubaldo de Montefeltro, duque de Urbino, a que lo ayudase con sus tropas y su artillería a consumir aquella empresa; auxilio que el desdichado duque de Urbino, que mantenía las mejores relaciones con el papa y no tenía ningún motivo para desconfiar de César, no osó negarle.

Pero el mismo día en que las tropas del duque de Urbino se disponían a encaminarse hacia Camerino, las del duque de Valentinois entraban en el ducado de Urbino y se apoderaban de Cagli, una de las cuatro ciudades de aquel pequeño estado. El duque comprendió lo que le esperaba si intentaba oponer resistencia y huyó vestido de campesino; de modo que, en menos de ocho días, César se apoderó de su ducado, menos las fortalezas de Maiolo y de San Leo.

El duque de Valentinois se volvió entonces hacia Camerino, que todavía estaba en

posesión de su señor y sus dos hijos, Venanzio y Annibale; el primogénito, que se llamaba Giovanni Maria había sido enviado por su padre a Venecia.

La presencia de César motivó negociaciones entre sitiadores y sitiados. Se redactó una capitulación por la que Varano se comprometía a entregar la ciudad, con la condición de que él y sus hijos salieran sanos y salvos y pudieran llevarse consigo sus muebles, tesoros y equipajes. Pero como las intenciones de César eran muy distintas, aprovechó el descuido que la noticia de la capitulación había inducido en la vigilancia de la guarnición y sorprendió a la ciudad durante la noche anterior a la rendición; se apoderó de Varano y de sus dos hijos, que poco después fueron estrangulados, el padre en la Pergola y los dos hijos en Pesaro, por don Miguel Corella, quien, aunque elevado del rango de esbirro al de capitán, volvía de vez en cuando a ejercer su antigua profesión.

Entre tanto, Vitellozzo Vitelli, que tomaba el título de general de la Iglesia y tenía bajo sus órdenes a ochocientos soldados y tres mil infantes, siguiendo las instrucciones secretas y verbales que había recibido de César, pretendía seguir aquel sistema de invasión que debía envolver a Florencia en un cerco de hierro y sumirla algún día en la imposibilidad de defenderse. Digno discípulo de su maestro, en cuya escuela había aprendido a usar alternativamente la astucia del zorro y la fuerza del león, había fraguado relaciones secretas con algunos jóvenes de Arezzo para que le entregaran la ciudad. No obstante, esta conjura había sido descubierta por Guillermo de los Pazzi, comisario para la república florentina, que detuvo a dos de los conjurados; pero como los demás, que eran mucho más numerosos de lo que se creía, se habían desperdigado por la ciudad llamando a las armas, el partido republicano — que veía en una revolución cualquiera un medio para sacudir el yugo de Florencia— se unió a ellos, liberó a los presos, se apoderó de Guillermo, y, tras proclamar el restablecimiento de la constitución antigua, asedió la ciudadela, donde se había refugiado Cosme de los Pazzi, obispo de Arezzo e hijo de Guillermo, quien, al verse invadido por todos lados, envió sin demora un mensajero a Florencia para pedir auxilio.

Para desgracia del cardenal, las tropas de Vitellozzo Vitelli estaban más próximas de los sitiadores que los soldados de la serenísima república lo estaban de los sitiados, de modo que en lugar del auxilio vio llegar a todo el ejército enemigo. Las tropas estaban a las órdenes de Vitellozzo, de Giovanni Paolo Baglione y de Fabio Orsini, que llevaban consigo a los dos Médicis, quienes acudían presurosos dondequiera que hubiese liga contra Florencia, y estaban a disposición de los Borgia para volver, al precio que fuera, a la ciudad que los había expulsado. Al día siguiente llegó un nuevo refuerzo de dinero y artillería enviado por Pandolfo Petrucci; de modo que, el 18 de junio, la ciudadela de Arezzo, que no había recibido noticia alguna de Florencia, se vio obligada a rendirse.

Vitellozzo confió a los aretinos la vigilancia de su ciudad, encerró a Fabio Orsini en la ciudadela con mil hombres, y, aprovechando el terror que habían sembrado en

toda esta parte de Italia las tomas sucesivas del ducado de Urbino, de Camerino y de Arezzo, marchó hacia Monte San Severino, Castiglione-Aretino, Cortone y las demás ciudades del valle de Chiana, que se entregaron sucesivamente y casi sin defenderse. Llegado a sólo diez o doce leguas de Florencia y no osando por sí solo emprender ninguna acción contra ella, comunicó al duque de Valentino su posición. César creyó entonces que había llegado el momento de dar el golpe que llevaba tanto tiempo retrasando y se puso enseguida en camino para responder en persona a sus fieles lugartenientes.

Pero si bien los florentinos no habían enviado auxilio a Guillermo de los Pazzi, se lo habían pedido a Chaumont d'Amboise, gobernador del Milanésado para Luis XII, exponiéndole no sólo el peligro que corrían sino los ambiciosos planes de César, quien, después de haber invadido los pequeños principados y los Estados de segunda orden, incurriría quizá en el exceso de orgullo de atacar al mismo rey de Francia. Las noticias de Nápoles eran inquietantes: se habían producido fuertes altercados entre el conde de Armagnac y Gonzalo de Córdoba; y como Luis XII podía el día menos pensado tener necesidad de Florencia, que siempre le había sido fiel y leal, decidió detener los avances de César y no sólo le envió una orden para que no diera un paso más, sino que puso en marcha al capitán Imbaut con cuatrocientas lanzas a fin de dar un apoyo eficaz a su conminación.

Al llegar a la frontera de la Toscana, el duque de Valentinois recibió una copia del tratado firmado por la República y el rey de Francia, tratado en el que éste último se comprometía a auxiliar a su aliada contra cualquier ataque, y, junto a dicha copia, la orden formal que le hacía Luis XII de suspender su marcha. Al mismo tiempo César supo que, además de las cuatrocientas lanzas del capitán Imbaut, que iban de camino a Florencia, al llegar a Asti Luis XII había enviado inmediatamente a Parma a Louis de la Trimouille con doscientos soldados, tres mil suizos y un considerable tren de artillería. El duque vio en estos dos movimientos combinados disposiciones hostiles contra él, y, haciendo contramarcha con su habitual habilidad, aprovechó que no había dado a ninguno de sus lugartenientes más órdenes que instrucciones verbales y le escribió a Vitellozzo una carta fulminante en la que le reprochaba haberle comprometido por su interés personal, y le ordenaba que restituyese a los florentinos las ciudades y fortalezas que les había quitado, amenazándolo, si dudaba un instante, con marchar él mismo con sus tropas para sustraérselas.

Escrita esta carta, César Borgia partió enseguida hacia Milán, donde acababa de llegar Luis XII, y como prueba de la calumnia que contra él se había lanzado, le presentaba la evacuación de las ciudades conquistadas. Al mismo tiempo tenía una misión del papa para renovar dieciocho meses más al cardenal de Amboise, amigo antes que ministro de Luis XII, su título de legado *a latere* en Francia. Merced a esta pública prueba de su inocencia y a su influencia oculta, César hizo pronto las paces con el rey de Francia.

Pero aquello no fue todo. Como era privativo del genio de César salir siempre

airoso por alguna de sus nuevas maquinaciones ante una catástrofe que hubiera podido derribarlo, al punto calculó el partido que podía sacar de la supuesta desobediencia de sus lugartenientes; y como ya más de una vez se había inquietado por el poder que tenían y había codiciado sus ciudades, pensó que tal vez había llegado la hora de hacerlos desaparecer y buscar en la invasión de sus propios dominios una indemnización por aquella Florencia que siempre se le escapaba cuando más creía poseerla.

Y, en efecto, era fastidioso ver aquellas fortalezas y ciudades que se alzaban enarbolando una bandera que no era la suya, entre aquella hermosa Romaña que él pretendía convertir en su reino. Vitellozzo poseía Città di Castello, Bentivoglio, Bolonia, Giovanni Paolo Baglione gobernaba Perugia, Oliverotto acababa de apoderarse de Fermo y Pandolfo Petrucci era dueño de Siena: ya era hora de que todos aquellos dominios fueran sólo suyos. Los lugartenientes del duque de Valentinois empezaban, como los de Alejandro, a ser demasiado poderosos, y era preciso que Borgia heredase de ellos si no quería que ellos heredasen de él.

El duque de Valentinois obtuvo de Luis XII trescientas lanzas para marchar contra ellos.

Al recibir la carta de César, Vitellozzo Vitelli había comprendido que su posición estaba sometida al temor que le inspiraba al duque el rey de Francia; pero Vitellozzo no era una de aquellas víctimas que se sacrifican en expiación de una falta: era un búfalo de la Romaña que hace frente con sus cuernos al cuchillo del sacrificador; de hecho, tenía en mente el ejemplo de los Varani y los Manfredi, y, morir por morir, era mejor hacerlo luchando.

Así pues, Vitellozzo Vitelli convocó en Maggione a aquellos cuyas existencias y dominios se veían amenazados por este nuevo giro de la política de César: estos eran Paolo Orsini, Giovanni Paolo Baglione, Hermes Bentivoglio —que representaba a su padre Giovanni—, Antonio de Venafro, enviado de Pandolfo Petrucci, Oliverotto da Fermo y el duque de Urbino; los seis primeros tenían mucho que perder, y el último ya lo había perdido todo.

Se firmó una liga entre los confederados: se comprometían a resistir a César, tanto si éste intentaba combatirlos por separado como si lo hacía en conjunto.

César se enteró de esta liga por el primer resultado que produjo: el duque de Urbino, adorado por sus súbditos, se había presentado con algunos soldados ante el fuerte de San Leo, éste se había entregado y, en menos de ocho días, las demás ciudades y fortalezas siguieron su ejemplo y todo el ducado estuvo en poder del duque de Urbino.

Al mismo tiempo, cada uno de los confederados proclamó abiertamente su rebelión contra el enemigo común y adoptó una actitud hostil.

El duque, casi sin soldados, estaba en Imola esperando las tropas francesas; de modo que si Bentivoglio, que disponía de una parte del país, y el duque de Urbino, que acababa de reconquistar la otra, hubiesen marchado contra él, era muy probable

ya sea que lo apresaran, o que lo obligasen a salir de la Romaña; además, los dos hombres en quienes más confiaba, es decir, Hugo de Cardona, que desde la toma de Capua había entrado a su servicio, y Michelotto, que había interpretado mal sus intenciones, estaban de repente separados de él. En efecto, les había ordenado que se retirasen a Rímini y le envasen doscientos caballos ligeros y quinientos infantes; pero como desconocían lo urgente de la situación, cuando se dispusieron a apoderarse por sorpresa de la Pergola y de Fossombrone, se vieron rodeados por Gravina, Orsini y Vitellozzo. Hugo de Cardona y Michelotto se defendieron como leones pero, a pesar de sus esfuerzos, sus escasas tropas fueron derrotadas; el primero fue capturado y Michelotto, que pudo escapar escondiéndose entre los cadáveres, huyó a Fano cuando llegó la noche.

No obstante la situación en la que estaba y su reducido ejército, los confederados no se atrevieron a atacar al César, ya fuera por el temor que les inspiraba, ya por que respetasen en él al amigo del rey de Francia; así que se contentaron con apoderarse de las ciudades y fortalezas circundantes. Vitellozzo había recuperado las fortalezas de Fossombrone, Urbino, Cagli y Aggobbio; Orsini y Gravina habían reconquistado Fano y toda la provincia; y Giovanni Maria de Varano, el mismo que por su ausencia se había salvado de la masacre de toda su familia, había vuelto a Camerino con todos los honores de un vencedor.

Pero nada de esto desvaneció la confianza que César tenía en su fortuna, y mientras por una parte requería la llegada de las tropas francesas y llamaba a sus banderas a todos aquellos gentilhombres —conocidos como *lanzas rotas* porque corrían por el país con sólo cinco o seis caballeros y se ponían en defensa de quien los llamase— había, por otra parte, entablado negociaciones con sus enemigos, con la certeza de que cuando pudiera llevarlos a una conferencia estarían perdidos. César había recibido del cielo el don fatal de la persuasión, de modo que, por muy prevenido que uno estuviera de su duplicidad, era imposible resistirse, no sólo a su elocuencia sino a aquella apariencia de franca ingenuidad que sabía adoptar tan bien y tanto admiraba Maquiavelo, quien, por muy buen político que fuera, se dejó engañar por ella más de una vez. Para convencer a Paolo Orsini a que fuera a tratar con él a Imola envió a los confederados al cardenal Borgia como rehén; así que Orsini no lo dudó y se presentó en Imola el 25 de octubre de 1502.

El duque de Valentinois lo recibió como a un viejo amigo del cual hubiese estado separado algunos días a causa de ligeras y momentáneas discusiones; reconoció con franqueza que sin duda el error era suyo por haberse separado de unos hombres que eran al mismo tiempo tan leales caballeros y tan bravos capitanes; pero entre caballeros como ellos, dijo, una explicación franca y leal como la que le estaba dando debía devolver las cosas a su estado primitivo. Y como prueba de que no era el temor sino su buena fe lo que lo inducía a volver con ellos, le mostró a Orsini las cartas del cardenal de Amboise en las que le anunciaba la próxima llegada de las tropas francesas; le hizo ver las que tenía reunidas a su alrededor con el firme deseo de

convencerlo de que lo que más lamentaba no era tanto la pérdida que había sufrido de tan distinguidos capitanes —que eran el alma de tan vasta empresa— como el haber dejado creer al mundo, de una forma tan fatal para él, que podía por un solo instante haber desdeñado su mérito. Le dijo que confiaba en que él, Paolo Orsini, a quien siempre había tenido en alta estima por encima de los demás, convenciera a los confederados de que la paz sería tanto más provechosa para todos cuanto que la guerra perjudicaba a cada uno, y le manifestó que estaba dispuesto a firmar con ellos cualquier tratado que no perjudicase su honor.

Orsini era el hombre que César necesitaba; orgulloso y confiado en sí mismo, estaba convencido de aquel antiguo proverbio que dice: «Un papa no puede reinar ocho días si tiene en su contra al mismo tiempo a los Colonna y a los Orsini». Creyendo, pues, sino en la buena fe de César, al menos en la necesidad que tenía de reconciliarse con ellos, firmó con él —el 18 de octubre de 1502— el siguiente acuerdo que reproducimos exactamente como Maquiavelo lo envió a la magnífica República de Florencia.

#### ACUERDO ENTRE EL DUQUE DE VALENTINOIS Y LOS CONFEDERADOS

«Que sea notorio, tanto para las partes mencionadas a continuación como para todos aquellos que lean las presentes, que su excelencia el duque de Romaña, por una parte, y los Orsini por la otra, así como sus confederados, desean poner fin a las discrepancias, enemistades, disentimientos y sospechas que se han alzado en su contra, y han decidido lo siguiente:

Reinará la paz entre ellos y habrá una alianza verdadera y perpetua, con el absoluto olvido de los errores y afrentas que hayan podido producirse hasta ahora y la recíproca promesa por ambas partes de no guardar resentimiento alguno; y, de conformidad con la paz y la unión antedichas, su excelencia el duque de Romaña recibe en sus confederaciones, liga y alianza perpetuas, a todos los señores citados anteriormente; y cada uno de ellos promete defender los Estados de todos en general y de cada cual en particular contra cualquier fuerza que pretenda inquietarlos o atacarlos por el motivo que sea, exceptuando siempre al papa Alejandro VI y a su muy cristiana majestad Luis XII, rey de Francia. Los susodichos señores prometen, en los mismos términos, defender a la persona y a los Estados de su excelencia, así como a los ilustrísimos señores don Jofré Borgia, príncipe de Esquilache, don Rodrigo Borgia, duque de Sermoneta y de Biselli, y don Juan Borgia, duque de Camerino y de Nepi, todos ellos hermanos o sobrinos de su excelencia el duque de Romaña.

Por otro lado, como la rebelión y la invasión del ducado de Urbino y de Camerino se han producido durante los mencionados disentimientos, todos y

cada uno de los confederados precitados se comprometen a emplear todas sus fuerzas para recuperar dichos Estados y otras localidades y emplazamientos sublevados e invadidos.

Su excelencia el duque de Romaña se obliga a reanudar con los Orsini y los Vitelli sus antiguos compromisos de servicio militar en las mismas condiciones.

Además, promete obligar sólo a uno de ellos, el que elija, a servir en persona; el servicio que puedan hacer los demás será voluntario.

Se compromete también a hacer ratificar el segundo tratado por el soberano pontífice, que no podrá obligar al cardenal Orsini a permanecer en Roma si no es por conveniencia de dicho prelado.

Además, como existen algunas diferencias entre el papa y el señor Giovanni Bentivoglio, los confederados precitados convienen que se someterán al arbitraje sin recurso del cardenal Orsini, de su excelencia el duque de Romaña y del señor Pandolfo Petrucci.

Todos y cada uno de los confederados precitados se comprometen también a entregar en manos del duque de Romaña, en cuanto éste lo requiera, a uno de sus hijos legítimos en calidad de rehén, en el lugar y el momento que le convenga indicar. Todos los confederados mencionados prometen asimismo que si advierten algún proyecto tramado en contra de alguno de ellos se avisarán y alertarán recíprocamente.

Queda pactado entre el duque de Romaña y los referidos confederados que cualquiera que incumpla las presentes estipulaciones será considerado enemigo común, y todos contribuirán a la ruina de los Estados que no se ajusten a las mismas.

*Firmado, César, Paolo Orsini, Agapito, secretario»*

Al mismo tiempo que Orsini llevaba a los confederados el tratado redactado entre él y el duque de Valentinois, Bentivoglio, no queriendo someterse al arbitraje indicado, ofrecía a César terminar sus enemistades por un tratado particular y le enviaba a su hijo para negociar y redactar las condiciones. Convinieron en que:

Bentivoglio desvincularía su fortuna de la de los Vitelli y los Orsini;

Le proporcionaría al duque de Valentinois durante ocho años cien soldados y cien ballesteros a caballo;

Pagaría a César doce mil ducados por año para el mantenimiento de las cien lanzas.

Su hijo Annibale se casaría con la hermana del obispo de Enna, que era sobrina del duque de Valentinois, y el papa reconocería su soberanía sobre Bolonia.

El rey de Francia, el duque de Ferrara y la República de Florencia debían avalar el tratado.

Los confederados vieron muchas dificultades en el convenio que Orsini les presentaba; especialmente Vitellozzo Vitelli, que era el que mejor conocía a César. No cesaba de repetir a los demás condotieros que aquella paz había sido demasiado pronta y fácil como para no ocultar alguna trampa; pero como en aquel entonces el duque de Valentinois había reunido un considerable ejército en Imola y recibido las cuatrocientas lanzas que le prestaba Luis XII, Vitellozzo y Oliverotto se decidieron a firmar el tratado que les presentaba Orsini y obligaron a lo mismo al duque de Urbino y al señor de Camerino, quienes, sabiendo que les era imposible defenderse por sí solos, se retiraron el uno a Città di Castello y el otro al reino de Nápoles.

Sin comunicar a nadie los proyectos que tenía, el 10 de diciembre el duque de Valentinois se encaminó hacia Cesena con el poderoso ejército que había reunido a sus órdenes. Como resultado, todos los centros, no sólo de la Romaña sino de toda Italia septentrional, empezaron a aterrorizarse. Florencia, que lo veía alejarse de su territorio, temía que su marcha no tuviese otro objeto más que encubrir sus intenciones; y Venecia, que lo veía acercarse a sus fronteras, había mandado a todas sus tropas a las riberas del Po.

Como César se percató de este temor e inspirar desconfianza podía perjudicar sus proyectos, al llegar a Cesena despidió a todos los franceses que estaban a su servicio, exceptuando a cien soldados que servían al señor de Candale, su cuñado; de suerte que se quedó sólo con dos mil hombres de caballería y diez mil infantes.

Transcurrieron algunos días en negociaciones porque el duque de Valentinois se había topado en esta ciudad con los enviados de los Vitelli y los Orsini, que estaban a la cabeza de su ejército en el ducado de Urbino; pero desde las primeras discusiones sobre la marcha que debían seguir en la continuación de la conquista, surgieron tales dificultades entre el general en jefe y estos agentes, que ellos mismos reconocieron que no podían resolver nada mediante intermediarios y que urgía una entrevista entre César y uno de los jefes. Por consiguiente, Oliverotto da Fermo se arriesgó y acudió ante el duque de Valentinois para proponerle marchar sobre la Toscana o apoderarse de Sinigaglia, última plaza del ducado de Urbino que no había caído en manos de César. Éste respondió que no quería hacer la guerra a la Toscana porque los toscanos eran sus amigos, pero que aprobaba el proyecto de sus lugartenientes en Sinigaglia, para lo cual se encaminó hacia Fano.

Entre tanto, la hija de Federico, precedente duque de Urbino, que tenía la ciudad de Sinigaglia y a la que llamaban prefectora por haber desposado a Juan della Rovere, que había sido nombrado prefecto de Roma por su tío Sixto IV, creyendo imposible defenderse contra las fuerzas que llevaba consigo el duque de Valentinois, dejó la ciudadela en manos de un capitán a quien encargó que obtuviese para la ciudad las mejores condiciones posibles y se embarcó para Venecia.



Estando en Rímini el duque de Valentinois se enteró de esta noticia por un mensajero de Vitellozzo y de los Orsini, quien le anunció que el gobernador de la ciudadela, que había rehusado entregársela, estaba dispuesto a tratar con él y que ellos lo invitaban a acudir a la ciudad para terminar el asunto. César les contestó que en vista del aviso que ellos le daban devolvía a Cesena e Imola una parte de las tropas, puesto que le eran inútiles porque él ya tenía las suyas, que, unidas a la escolta que conservaba, le bastarían, ya que no tenía más intención que la pacificación completa del ducado de Urbino; pero que esta pacificación era imposible si sus antiguos amigos seguían desconfiando de él hasta el punto de no debatir más que por agentes intermediarios los planes en que la fortuna de unos y otros estaba en juego.

El mensajero volvió con la respuesta para los confederados, quienes, reconociendo lo acertado de la observación de César, no dudaron en acceder a su demanda; aunque Vitellozzo Vitelli manifestaba una irremediable desconfianza contra el duque. Pero instado por Oliverotto, Gravina y Orsini, consintió en esperarlo, más bien para no parecer ante sus compañeros más indeciso que ellos mismos que por efecto de la confianza que pudiera inspirarle la nueva amistad que manifestaba Borgia.

El duque se enteró de esta decisión, tan ansiada por él, a su llegada a Fano, el 20 de diciembre de 1502. Enseguida llamó a ocho de sus fieles, entre los cuales estaban los señores de Enna, su sobrino, Michelotto y Hugo de Cardona, y les ordenó que cuando llegaran a Sinigaglia y vieran a Oliverotto, Gravina, Vitellozzo y Orsini llegar ante él, se colocasen a derecha e izquierda, dos para cada uno, de modo que pudiesen, a una señal convenida, apresarlos o apuñalarlos; luego indicó a cada uno aquel a quien debían perseguir, recomendándoles no abandonarlo hasta que no entrara en Sinigaglia y hubiese llegado al alojamiento preparado para él. A continuación, dio disposiciones para que ocho mil de sus soldados, que estaban acantonados en los alrededores, se reuniesen en las riberas del Metauro, pequeño río de Umbria que desemboca en el mar Adriático, y que dio fama a la derrota de Asdrúbal.

El 31 de diciembre el duque llegó al punto que había señalado a su ejército y dio orden a cien hombres de caballería de antecederlo, precedidos inmediatamente por la infantería; luego él se puso en camino flanqueado por su ejército, siguiendo el borde del Adriático, con el mar a su izquierda y las montañas a su derecha, que a veces estaban tan juntas que sólo permitían el paso de diez hombres de frente.

Al cabo de cuatro horas de marcha, en una curva del camino, el duque avistó Sinigaglia, que estaba situada aproximadamente a una milla del mar y a tiro de ballesta de las montañas; entre el ejército y la ciudad corría un riachuelo cuya orilla les fue preciso costear para llegar a un puente situado frente a un arrabal de la ciudad; una vez allí, el duque de Valentinois dio orden a la caballería de hacer alto. La caballería formó dos filas, una entre el sendero y el río, y la otra del lado de la campiña, dejando vía libre a la infantería, que desfiló, cruzó el puente, y, acercándose a la ciudad, se dispuso a entrar en batalla en la plaza mayor.

Vitellozzo, Gravina, Orsini y Oliverotto, para dejar espacio al ejército del duque, habían acantonado sus tropas en las pequeñas ciudades o aldeas de los alrededores de Sinigaglia; sólo Oliverotto había conservado consigo a unos mil infantes y a ciento cuarenta caballeros acuartelados en el arrabal por donde entraba el duque.

César había avanzado pocos pasos dentro de la ciudad cuando vio venir hacia él a Vitellozzo, al duque de Gravina y a Orsini, los dos últimos bastante alegres y confiados, pero el primero tan triste y abatido que hubiera podido decirse que preveía el destino que le esperaba; de hecho, ya había tenido algunos presentimientos porque en el momento de abandonar su ejército para dirigirse a Sinigaglia, se había despedido de él como para no volver a verlo y había encomendado a su familia a sus capitanes, abrazando a sus hijos con los ojos bañados en lágrimas; debilidad que, viniendo de tan bravo condotiero, había sorprendido a todos.

El duque se dirigió a ellos y les tendió la mano en señal de olvido con un ademán tan leal y risueño que Gravina y Orsini ya no se atrevieron a dudar de su renovada amistad, y sólo Vitellozzo Vitelli conservó la misma tristeza. En el mismo momento y siguiendo la orden recibida, los fieles del duque se colocaron a derecha e izquierda de aquellos a quienes debían vigilar. Estaban todos allí menos Oliverotto, a quien el duque no lograba localizar y empezaba a preocuparse por no verlo; pero, al atravesar el arrabal, lo vio formando a sus tropas en la plaza. Enseguida le envió a don Miguel y a de Enna, que estaban encargados de decirle que era imprudente hacer salir sus tropas, ya que podían pelearse con las del duque y provocar una reyerta; y que era preferible que las dejara acuarteladas y fuera a reunirse con sus compañeros que estaban con César. Oliverotto, cuyo destino seguía al de los demás, no opuso ninguna objeción y montó en su caballo, escoltado de cada lado por de Enna y Michelotto, para dirigirse hacia donde estaba César. Al verlo, César lo llamó, le tendió la mano y siguió su marcha hacia el palacio que le estaba destinado seguido de sus cuatro víctimas.

Al llegar a las puertas del palacio, César se apeó el primero, y, habiendo hecho señal al jefe de sus soldados de esperar sus órdenes, entró primero seguido de Oliverotto, Gravina, Vitellozzo Vitelli y Orsini, acompañados cada uno de sus dos acólitos. Pero no bien habían subido la escalera y entrado en el primer aposento, la puerta se cerró tras ellos y César se volvió diciendo: «¡Ya es la hora!» Era la señal convenida. Entonces los antiguos confederados fueron prendidos, derribados, y, con el puñal en la garganta, obligados a entregar sus armas.

Al mismo tiempo y mientras los conducían a un calabozo, César abrió una ventana, y, avanzándose sobre el balcón, gritó al jefe de sus soldados: «¡Vamos!» Prevenido el jefe de antemano, corrió con su tropa a los cuarteles donde estaban los soldados de Oliverotto, quienes, sorprendidos de improviso, rápidamente fueron hechos prisioneros. La tropa del duque empezó entonces a saquear la ciudad y él llamó a Maquiavelo.

El duque de Valentinois y el enviado de Florencia permanecieron unas dos horas

reunidos, y como el mismo Maquiavelo contó lo ocurrido durante aquella entrevista, citaremos sus propias palabras:

«Me mandó a llamar, dice el legado florentino, y me transmitió con la mayor serenidad, la alegría que le causaba el éxito de aquella empresa, de la que aseguró haberme hablado la noche anterior, lo cual tenía yo muy presente, aunque en aquel momento no entendiese lo que pretendía decirme; luego explicó en los más afectuosos y sensatos términos para nuestra ciudad los diferentes motivos que le hacían desear nuestra alianza, deseo al que confiaba corresponderíais. Ha terminado por inducirme a que hiciera tres peticiones a vuestras señorías: la primera, que os regocijaseis con él por un acontecimiento que hacía desaparecer de una sola vez a los mortales enemigos del rey, los suyos y los vuestros, destruyendo todos los gérmenes de convulsión y disensión capaces de devastar Italia; favor que, con la negativa que había hecho a los prisioneros de marchar contra vosotros, debía impulsar vuestro reconocimiento hacia él; la segunda, induciros a darle una irrefutable prueba de amistad, en este caso dirigiendo vuestra caballería hacia Borgo y reuniendo allí las tropas de a pie a fin de que puedan, según sea necesario, marchar con él hacia Città di Castello o Perugia. Desea por último, y es la tercera cosa que de vosotros reclama, que detengáis al duque de Urbino en caso de que se refugie en vuestras tierras al enterarse de la detención de Vitellozzo. Como yo repliqué que la República no tenía intención alguna de entregárselo, y que jamás consentiríais a ello, aprobó mi observación y me dijo que bastaba con que lo retuvierais y no le devolvierais la libertad sin su intervención. He prometido a su excelencia comunicaros todo esto, cuyo resultado espera.»

Aquella misma noche, ocho hombres enmascarados descendieron al calabozo de los prisioneros, que creyeron que había llegado para ellos la hora fatal. Pero los verdugos solamente iban en busca de Vitellozzo Vitelli y de Oliverotto. Cuando se les comunicó su condena, Oliverotto se enfrascó en reproches hacia Vitelli, acusándolo de haber tomado las armas contra el duque, a lo que éste lo único que respondió fue que rogaba al papa que le acordara la indulgencia plenaria de todos sus pecados. Entonces los hombres enmascarados les hicieron salir a ambos, dejando a Orsini y Gravina esperando igual suerte, y los condujeron al lugar de ejecución, fuera de las murallas de la ciudad, donde fueron estrangulados y enterrados en dos fosas que habían cavado previamente al efecto.

Los otros dos habían sido mantenidos vivos hasta que se supiera si el papa había hecho detener al cardenal Orsini, al arzobispo de Florencia y al señor de Santa Croce; cuando recibieron la respuesta afirmativa de su santidad, Gravina y Orsini, que habían sido trasladados al castillo de la Pievre, fueron a su vez estrangulados.

Después de haber dado sus instrucciones a Michelotto, el duque partió de

Sinigaglia justo después de la primera ejecución, asegurando a Maquiavelo que jamás había tenido otra intención más que devolverle la tranquilidad a la Romaña y a la Toscana, y que creía haberlo conseguido mediante la captura y la muerte de aquellos que les causaban todos los problemas, y que las demás revueltas que pudieran tener lugar en adelante no serían más que chispas que una gota de agua podría extinguir.

En cuanto el pontífice supo que sus enemigos estaban en poder de César, ansioso de ganar el mismo partido, mandó notificar al cardenal Orsini que su hijo se había apoderado de Sinigaglia y que lo invitaba a acudir a charlar con él sobre esta buena noticia a la mañana siguiente. Encantado de recibir tanto favor por parte del pontífice, el cardenal no dejó de acudir a la cita fijada. Salió al efecto, muy temprano, montado en su caballo en dirección al Vaticano; pero en el camino se encontró con el gobernador de Roma acompañado de un destacamento de caballería, quien se alegró de que hubiesen coincidido y lo acompañó hasta las puertas del Vaticano; pero no bien el cardenal se hubo apeado y empezado a subir las escaleras hasta el primer rellano, sus mulas y equipajes ya habían sido encerrados en los establos del palacio. Cuando entró en la sala del Papagayo se vio rodeado de hombres armados que lo condujeron a otra sala que llamaban la sala del Vicario, donde estaban el abad Alviano, el protonotario Orsini, Giacomo Santa Croce y Rinaldo Orsini, que también estaban prisioneros como él. Al mismo tiempo el gobernador recibía la orden de apoderarse del castillo de Monte Giordano que pertenecía a los Orsini y sustraer todas las joyas, colgaduras, muebles y servicios de plata que encontrara.

El gobernador cumplió a conciencia este cometido y llevó al Vaticano todo lo que había confiscado, incluido el libro de cuentas del cardenal. Al consultar dicho libro, el papa constató dos cosas: la primera, que el cardenal era acreedor de una suma de dos mil ducados, aunque no constaba el nombre del deudor, y, la segunda, que el cardenal había comprado, tres meses antes, por quince mil escudos romanos, una magnífica perla que no estaba entre los objetos que se habían incautado. Por consiguiente, el pontífice ordenó que, a partir de aquel momento y hasta cuando esta negligencia en las cuentas del cardenal se viera resuelta, los hombres que le llevaban dos veces por día comida de parte de su madre no entraran en el castillo de Sant'Angelo. El mismo día, la madre del cardenal le mandó al papa los dos mil ducados y, al día siguiente, su amante se presentó vestida de hombre a llevar en persona la perla reclamada. Pero su santidad, maravillada por su belleza bajo aquellas vestiduras, se la dio, según dicen, por el mismo precio que había pagado por ella la primera vez.

En cuanto al cardenal, el papa volvió a autorizar que le llevaran comida, de modo que murió envenenado el 22 de febrero, es decir, dos días después de que sus cuentas fueran saldadas.

La noche de su muerte, el príncipe de Esquilache se puso en camino para posesionarse, en nombre del papa, de las tierras del difunto.



Entre tanto, el duque de Valentinois había continuado su ruta hacia Città di Castello y Perugia y se había apoderado de ambas ciudades sin resistencia, ya que los Vitelli habían huido de la primera y Giovanni Paolo Baglione había abandonado la otra sin intentar siquiera defenderse. Le faltaba Siena, donde se había encerrado Pandolfo Petrucci, el único que quedaba de los que habían firmado la liga contra él.

Pero Siena estaba bajo la protección de los franceses y, como no pertenecía a los Estados de la Iglesia, César no tenía ningún derecho sobre ella. Por lo tanto, se contentó con exigir que Pandolfo Petrucci abandonase la ciudad y se retirase a Lucca; y eso fue lo que hizo.

Estaba ya todo tranquilo por ese lado y la Romaña sometida, así que César Borgia resolvió regresar a Roma para ayudar al papa a deshacerse de lo que quedaba de los Orsini.

No iba a resultarles difícil puesto que Luis XII había sufrido grandes reveses en el reino de Nápoles y le afectaban demasiado sus propios intereses como para preocuparse en adelante de los de sus aliados. Así que César, haciendo en los alrededores de la capital de la Santa Sede lo que acababa de hacer en la Romana, se apoderó sucesivamente de Vicovaro, Cera, Palombara, Lanzano y Cervetti; de suerte que, terminada esta conquista y sometidos los Estados pontificios desde las fronteras de Nápoles hasta las de Venecia, regresó a Roma para concertar con su padre los medios de convertir su ducado en reino.

Llegó justo a tiempo para compartir con Alejandro la sucesión del cardenal Giovanni Michele, que acababa de morir envenenado por un escanciador que había cogido de manos del papa.

El futuro rey de Italia halló a su padre ocupado en una gran especulación: había resuelto celebrar la solemnidad de San Pedro con la investidura de nueve cardenales. He aquí lo que podía extraer de esta nominación:

En primer lugar, los cardenales elegidos dejaban vacantes todos sus destinos, y estos destinos caían en manos del papa, que podía venderlos.

Cada uno de los nuevos elegidos compraba más o menos cara su elección, en función de su fortuna; y el precio, sujeto al capricho del papa, oscilaba entre diez mil y cuarenta mil ducados.

Cuando ya eran elegidos, los cardenales perdían, según la ley, el derecho de testar, y el papa sólo tenía que envenenarlos para heredar de ellos; de este modo el pontífice se colocaba en la posición del carnicero que cuando necesita dinero sólo tiene que sacrificar el carnero más recio de su ganado.

La nominación tuvo lugar. Los nuevos cardenales fueron Giovanni Castellar Valentino, arzobispo de Trani; Francisco Remolino, embajador del rey de Aragón; Francisco Soderini, obispo de Volterra; Melcior Copis, obispo de Brissina; Nicolas

Fiesque, obispo de Fréjus; Francesco de Sprate, obispo de Leome; Adriano Castellense, clérigo de la cámara, tesorero general y secretario de los breves; Francesco Loris, obispo de Elva, patriarca de Constantinopla y secretario del papa; y Giacomí Casanova, protonotario y camarero secreto de su santidad.

Cobrado el precio de la simonía y vendidos los cargos que habían dejado vacantes los elegidos, el papa escogió a los que debía envenenar; decidió que serían tres, uno antiguo y dos nuevos; el antiguo era el cardenal Casanova, y los nuevos monseñores Melcior Copis y Adriano Castellense, que había adoptado el nombre de Adriano de Corneto de la ciudad donde había nacido, y quien, por sus cargos de clérigo de la cámara, tesorero general y secretario de los breves, había amasado gran fortuna.

Tomadas ya las decisiones, César y el papa hicieron invitar a los elegidos a asistir a una cena en un viñedo situada cerca del Vaticano perteneciente al cardenal de Corneto; durante la mañana del día señalado, que era el 2 de agosto, habían enviado a sus sirvientes y a su *maître* a ultimar todos los preparativos y el mismo César había entregado al sumiller de su santidad dos botellas de vino preparado con aquel polvo blanco parecido al azúcar, cuyas propiedades mortíferas había tantas veces comprobado, con orden de no servir aquel vino sino a las personas que él le indicaría<sup>[2]</sup>: a este efecto, el sumiller había colocado el vino en un aparador aparte y había indicado a los sirvientes que sobre todo no lo tocaran porque estaba reservado para el papa.

Al anochecer, Alejandro VI salió a pie del Vaticano apoyado en el brazo de César y se encaminó hacia la viña acompañado del cardenal Caraffa; pero como hacía mucho calor y la subida era escarpada, se detuvo un instante para retomar aliento; estaba en ello cuando, al llevarse la mano al pecho, se percató de que había olvidado en sus aposentos una cadena que solía llevar en el cuello y de la que colgaba un medallón de oro que encerraba una hostia consagrada. Esa costumbre le venía de una predicción que un astrólogo le había hecho, que mientras llevase consigo una hostia consagrada ni la espada ni el veneno podrían dañarlo. Al verse, pues, separado de su talismán, ordenó a monseñor Caraffa que corriese al Vaticano, indicándole en qué lugar de sus aposentos lo había dejado y que se lo trajese sin demora. Como la marcha lo había alterado, se volvió hacia un criado y le pidió de beber; César, que también estaba alterado, pidió que trajeran dos vasos.

Pero, por una extraña casualidad, el sumiller acababa de regresar al Vaticano para buscar unos magníficos melocotones que le habían regalado al papa aquel mismo día y que había olvidado llevar consigo; el criado se dirigió al segundo sumiller diciéndole que su santidad y monseñor el duque de Romaña tenían sed y pedían algo de beber. Éste vio las dos botellas de vino aparte y, como había oído decir que aquel vino estaba reservado para el papa, mandó al criado a llevarles dos vasos sobre una bandeja y les sirvió aquel vino que ambos bebieron sin sospechar que se trataba del que ellos mismos habían preparado para envenenar a sus comensales.

Entre tanto, monseñor Caraffa corrió al Vaticano, y, como el palacio le era

familiar, subió al aposento del papa con una vela, pero sin criado que lo acompañara. En un pasillo el viento apagó la vela y, como estaba acostumbrado, siguió su camino pensando que no necesitaría ver para encontrar el objeto que iba a buscar. Pero al abrir la puerta del aposento profirió un grito de terror. Acababa de tener una visión terrible: le parecía haber visto, en medio de la cámara, entre la puerta y el mueble donde estaba el medallón de oro, a Alejandro VI, inmóvil y lívido, acostado en un ataúd en cuyas esquinas quemaban cuatro antorchas. El cardenal permaneció un instante con la mirada fija y el cabello erizado, sin fuerzas para avanzar ni retroceder; pero luego pensó que se trataba de una ilusión de sus sentidos o de una aparición infernal, así que se persignó invocando el santo nombre de Dios y de pronto todo se desvaneció. Las antorchas, el ataúd, el cadáver y la cámara mortuoria se fundieron en la oscuridad.

Entonces el cardenal Caraffa, el mismo que relató este extraño suceso y que fue después el papa Pablo IV, entró en el aposento con resolución, y, aunque un sudor glacial corría por su frente, fue directo hacia el mueble, encontró la cadena de oro y el medallón en el cajón indicado, los cogió y salió precipitadamente a llevárselos al pontífice. La cena estaba ya servida, los convidados habían llegado y su santidad, que estaba muy pálida, iba a sentarse a la mesa cuando lo vio venir de lejos; Caraffa apretó el paso y le presentó a su santidad el medallón. Pero, justo en el momento en que el papa le tendía la mano para asirlo, se inclinó hacia atrás profiriendo un grito seguido de violentas convulsiones. Unos instantes después, al levantarse César para socorrerlo, fue acometido del mismo mal: el efecto había sido más rápido que de costumbre porque César había doblado la dosis del veneno, y el estado caluroso en el que estaban al tomarlo había aumentado sin duda su acción.

Los dos enfermos fueron transportados al Vaticano, donde se separaron para ir cada uno a su aposento; a partir de aquel momento no volvieron a verse jamás.

Apenas acostado, el papa fue acometido de una violenta fiebre que no disminuyó ni con los vomitivos ni con las sangrías, y muy pronto fue preciso administrarle los últimos sacramentos de la Iglesia. A pesar de la robusta constitución de su cuerpo, que parecía haber engañado a la vejez, luchó ocho días contra la muerte; finalmente, tras estos ocho días de agonía, murió sin haber nombrado ni una sola vez a César ni a Lucrecia, que eran los polos sobre los cuales habían girado todas sus pasiones y crímenes. Tenía setenta y dos años y había reinado once.

En cuanto a César, ya sea porque hubiese bebido menos que su padre del fatal brebaje, ya sea porque la fuerza de su juventud fuese superior a la del veneno, o ya, como dicen algunos, por haber tomado al llegar a su aposento un antídoto que sólo él conocía, no perdió ni un momento de vista su terrible posición, y habiendo llamado a su fiel Michelotto con los hombres de más confianza, los distribuyó en las diversas cámaras que precedían la suya y ordenó al jefe quedarse al pie de su lecho acostado sobre una manta y con la espada en mano.

El tratamiento había sido el mismo para César que para el papa, sólo que, aparte

de los vomitivos y las sangrías, le hacían tomar extraños baños, que había pedido él mismo, porque había oído decir que, en un caso parecido, una vez curaron al rey Ladislao de Nápoles. Cuatro postes fijados con fuerza al techo y al suelo se alzaban en su cámara, parecidos a la máquina donde los herreros hierran aún los caballos; cada día llevaban a un toro y lo ataban por las cuatro patas boca arriba, luego le practicaban un corte de un pie y medio en el vientre, por donde extraían los intestinos, y César se metía en aquella tina viviente, y tomaba un baño de sangre; muerto el toro, el duque salía y lo envolvían con mantas hirvientes, sintiéndose, luego de profusos sudores, casi siempre aliviado.

Cada dos horas César preguntaba sobre el estado de su padre. Apenas se enteró de su muerte y aun estando él mismo moribundo, retomó aquella fuerza de carácter y capacidad de reacción que le eran privativas, ordenó a Michelotto que cerrase las puertas del Vaticano antes de que el rumor de su muerte se difundiese por la ciudad, y prohibió la entrada en los aposentos del papa en tanto no se hubiesen sacado de allí documentos y dinero. Michelotto obedeció al instante, fue a ver al cardenal Casanova, le puso el puñal en el cuello, le quitó las llaves de los aposentos y gabinetes del papa, y, conducido por él, se apoderó de dos cofres llenos de oro —que podían contener cien mil escudos romanos en metálico, varias cajas llenas de joyas y gran cantidad de servicios de plata y vasijas valiosas. Lo llevaron todo al aposento de César, doblaron los puestos de vigilancia y, una vez abiertas de nuevo las puertas del Vaticano, se proclamó la muerte del papa.

Por muy esperada que fuese, la muerte del pontífice no dejó por esto de producir un terrible efecto en toda la ciudad; porque si bien César estaba aún con vida, su enfermedad dejaba al pueblo en suspenso. Efectivamente, si el valiente duque de Romaña, si el poderoso condotiero que en cinco años había conquistado treinta ciudades y quince fortalezas hubiese estado montado, espada en mano, en su caballo, las cosas no hubiesen estado un solo momento inciertas y vacilantes.

Porque, como él mismo dijo luego a Maquiavelo, todo lo había previsto su ambicioso genio para el día de la muerte del papa, salvo que él mismo estaría moribundo. Estaba postrado en su lecho sudando su ponzoñosa agonía, de modo que, si bien conservaba el juicio, había perdido el poder y se veía obligado a esperar y sufrir los hechos cuando hubiera debido adelantarse a ellos y dominarlos.

Se vio entonces obligado a regular sus actos, no ya según el plan previsto, sino según las circunstancias. Sus más acérrimos enemigos, los que más podían presionarlo, eran los Orsini y los Colonna: a los primeros les había robado la sangre, y a los segundos, los bienes; así que se dirigió a quienes podía restituirles lo usurpado y entabló negociaciones con los Colonna.

Entretanto se procedía a las exequias pontificales; el vicescanciller había ordenado a los altos cargos del clero, a los superiores de los conventos y a los cofrades seculares que no faltaran, so pena de ser despojados de sus dignidades y cargos; debían, como era costumbre, acudir todos con su séquito al Vaticano para asistir a los funerales del



papa. Así que, el día y la hora indicados, acudieron todos al palacio pontificio, desde donde el cuerpo iba a ser transferido a la iglesia de San Pedro para darle sepultura. Encontraron el cadáver solo y abandonado en el lecho mortuario; porque todos los que llevaban el nombre de Borgia, salvo César, se habían escondido, y no sin razón, ya que cuando Fabio Orsini tropezó con uno de ellos, lo apuñaló y, como prueba de aquel odio que se habían jurado unos y otros, se lavó la boca y las manos con su sangre.

La agitación era tan grande en Roma, que cuando el cadáver de Alejandro VI iba a entrar en la iglesia provocó uno de aquellos rumores tan frecuentes en las tormentas populares, produciendo al instante un desorden tal en la comitiva que los guardias formaron en batalla, el clero se refugió en la sacristía y los portadores soltaron el féretro; el pueblo arrancó entonces el paño que cubría al cadáver y éste quedó al descubierto, con lo que todos pudieron ver, impunemente y más de cerca, al que quince días antes hacía temblar, de una punta a otra del mundo, a príncipes, reyes y emperadores.

Pero, por aquel respeto al sepulcro que todos sentimos instintivamente, que es el único que sobrevive a los demás en el corazón mismo del ateo, el féretro fue recogido y conducido al pie del gran altar de San Pedro, donde, subido a unos caballetes, fue expuesto a la vista de todos. El papa estaba tan renegrido, deforme e hinchado que era horrible de ver: de su nariz emanaba una materia sanguinolenta, su boca estaba tan repugnantemente abierta, y su lengua inflada de forma tan monstruosa que ocupaba toda la cavidad; a este espantoso aspecto se sumaba un hedor tan grande que, aunque fuera costumbre en los funerales del papa besar la mano que había llevado el anillo del pescador, ni un alma se presentó para darle al representante de Dios en la tierra esa muestra de religión y respeto.

Hacia las siete de la tarde, es decir, cuando el ocaso del día se suma a la gran tristeza que reina en el silencio de las iglesias, cuatro enganchadores y dos carpinteros llevaron el cadáver a la capilla donde le iban a dar sepultura, y, habiéndolo retirado de su catafalco ornamental, lo acostaron en el féretro que iba a ser su último palacio; pero resultó que el ataúd era demasiado corto, de modo que el cuerpo no pudo entrar hasta que no le doblaron las piernas y las hicieron entrar a fuerza de golpes. Entonces los carpinteros colocaron la cubierta, y, mientras uno de ellos se sentaba encima a fin de que las rodillas se doblaran, los demás la claveteaban entre bromas shakespirianas, última oración que resuena en los oídos de los poderosos; luego, según Tommaso Tommasi, fue situado en la parte izquierda del gran altar de San Pedro bajo una losa de bien poco valor.

Al día siguiente, se podía leer en la lápida el siguiente epitafio:

VENDIT ALEXANDER CLAVES, ALTARIA, CHRISTUM: EMERAT ILLE  
PRIUS, VENDERE JURE POTEST.

Es decir: «Alejandro vendió las llaves, los altares y a Cristo; habiéndolos comprado antes, tenía el derecho de venderlos.»



Del efecto que la muerte de Alejandro VI había producido en Roma puede deducirse el que produjo en toda Italia y en el resto del mundo. Tembló por un momento Europa, porque la columna que sostenía la bóveda del edificio político se había desmoronado, y el astro de miradas de fuego y sangrientos destellos a cuyo alrededor gravitaba todo desde hacía once años, se había extinguido; de modo que el mundo, sumido en una súbita inmovilidad, vivió por algún tiempo en las tinieblas y el silencio.

Pero después del primer momento de estupor, todo aquel que tenía alguna injuria que vengar se sublevó y acudió al reparto del botín. Sforza recuperó Pesaro; Baglione, Perugia; Guy de Ubaldó, Urbino y della Rovere, Sinigaglia; los Vitelli entraron en Città di Castello, los Appiani en Piombino y los Orsini en Monte Giordano y en sus demás Estados. Sólo la Romaña permaneció fiel e impasible, ya que el pueblo, que nada tiene que opinar sobre las discordias de los poderosos con tal que éstas no lo afecten, jamás había sido más feliz que bajo el mando de César.

Los Colonna se habían comprometido a mantenerse neutrales, gracias a lo cual habían recuperado sus castillos y las ciudades de Chinazzano, Capo d'Anno, Frascati, Rocca di Papa y Nettuno, y resultó que las hallaron en mejor estado que como las habían dejado porque el papa las había embellecido y fortificado.

César seguía en el Vaticano con sus tropas, que, fieles a su mala fortuna, vigilaban alrededor del palacio donde el duque se retorció de dolor en su lecho rugiendo como un león herido. En lugar de encargarse de las exequias del papa, los cardenales —que en el primer momento de terror se habían dispersado cada uno por su lado— empezaron a reunirse en la Minerva y en casa del cardenal Caraffa. Intimidados por las fuerzas que todavía le quedaban a César, y aún más por que su mando se hubiese confiado a Michelotto, reunieron todo el dinero que tenían para formar un ejército de dos mil soldados al mando de Carlo Taneo, que fue nombrado jefe con el título de capitán del Sacro Colegio. Creían, pues, que se restablecería la tranquilidad, cuando supieron que Próspero Colonna venía con tres mil hombres desde Nápoles, y Fabio Orsini llegaba de Viterbo con doscientos caballos y más de mil infantes. Ambos entraron en Roma con sólo un día de diferencia, movidos sin duda por el mismo ardor.

Así que había en Roma cinco ejércitos: el de César, que ocupaba el Vaticano y el Borgo; el del obispo de Nicastro, a quien Alejandro había encargado la vigilancia del castillo de Sant'Angelo donde se había encerrado negándose a entregarlo; el del Sacro Colegio, que permanecía en los alrededores de la Minerva; el de Próspero

Colonna, que acampaba en el Capitolio; y la milicia de Fabio Orsini, que se había acuartelado en la Ripetta.

Los españoles, por su parte, habían avanzado hasta Terracino, y los franceses hasta Nepi.

Los cardenales entendieron que Roma estaba minada y que la menor chispa podía hacerla explotar; así que reunieron a los embajadores del emperador de Alemania, de los reyes de Francia y España y de la República de Venecia para que elevasen su voz en nombre de sus señores.

Enterados los embajadores de la urgencia de la situación, empezaron por declarar inviolable el Sacro Colegio y dieron luego orden a los Orsini, los Colonna y al duque de Valentinois de abandonar Roma y retirarse cada uno por su lado.

Los Orsini se sometieron los primeros al mandato y, al día siguiente, los Colonna siguieron su ejemplo. Sólo quedaba César, que —según decía— consentía en salir pero antes quería imponer algunas condiciones: si se le rehusaban, declararía que los sótanos del Vaticano estaban minados y lo haría explotar con los que fueran a quitárselo. Todos sabían que no amenazaba con nada que no fuera capaz de hacer: así que trataron con él.

Convinieron que César saldría de Roma con su ejército, artillería y equipajes y que, como garantía de que no lo molestaran ni atacaran en las calles de la ciudad santa, el Sacro Colegio añadiría a su milicia cuatrocientos infantes que, en caso de ataque o insulto, combatirían por él.

César prometió retirarse a dos millas de Roma durante todo el tiempo del cónclave y no emprender ninguna acción contra la ciudad ni contra ninguno de los Estados eclesiásticos. Fabio Orsini y Próspero Colonna habían contraído el mismo compromiso.

El embajador de Venecia había respondido por los Orsini, el embajador de España por los Colonna y el de Francia respondió por el duque de Valentinois.

En el día y hora señalados, César hizo salir primero su artillería, que estaba compuesta por dieciocho cañones más los cuatrocientos infantes del Sacro Colegio, a cada uno de los cuales pidió que se les entregara un ducado. Tras la artillería iban cien carros escoltados por su vanguardia.

El duque salió por la puerta del Vaticano echado sobre un lecho cubierto de un dosel escarlata, conducido por doce de sus alabarderos; iba acodado sobre cojines para que todos pudieran verle el rostro, cuyos labios estaban morados y los ojos inyectados en sangre; llevaba al costado su espada desnuda para indicar que, pese a su debilidad, podía hacer uso de ella en caso necesario. Su mejor corcel de batalla, cubierto con un caparazón negro con su escudo de armas bordado, marchaba junto a él conducido por un paje para que él lo montara en caso de ataque o sorpresa. Delante de él, a derecha e izquierda, marchaba su ejército con las armas en alto pero sin batir tambores ni sonar trompetas, lo cual confería a todo aquel cortejo un carácter profundamente fúnebre. Al salir de la puerta de la ciudad halló a Próspero Colonna,

que lo esperaba con una tropa considerable.

Al principio César pensó que, faltando Próspero Colonna a su palabra como tantas veces él había faltado a la suya, iba a atacarlo. Ordenó de inmediato hacer alto y se preparó para montar a caballo; pero, al ver Próspero Colonna el temor que había inspirado en César, avanzó a solas hasta el pie del lecho. Fue a decirle que se ofrecía a escoltarlo, temeroso de alguna emboscada de Fabio Orsini, quien había jurado públicamente vengar la muerte de su padre Paolo Orsini o perder su honor. César dio las gracias a Colonna, pero le respondió que no temía a Orsini porque estaba solo. Entonces Próspero Colonna saludó al duque y se dirigió con sus tropas a Albano mientras César tomaba el camino de Città di Castello, que seguía siéndole fiel.

Allí el duque se vio no sólo dueño de su suerte sino árbitro de la de los demás: de los veintidós votos que tenía en el Sacro Colegio, doce seguían siéndole fieles, y como el cónclave se componía de treinta y siete cardenales, con sus doce votos podía hacer recaer la mayoría a su antojo. Así pues, se encontró cortejado a la vez por el partido español y el francés, ya que cada uno por su lado quería que fuera elegido un pontífice de su nación.

César escuchó a unos y otros sin prometer ni rechazar nada, y dio sus doce votos a Francesco Piccolomini, cardenal de Siena, uno de los protegidos de su padre que conservaba su amistad, y que fue elegido papa —el 8 de octubre— con el nombre de Pío III.

César no erraba en sus pretensiones: apenas fue elegido, Pío III le envió un salvoconducto para volver a Roma, donde el duque regresó con doscientos cincuenta soldados, otros tantos caballos ligeros y ochocientos infantes. Se instaló en su palacio y sus soldados acamparon alrededor.

Entretanto, los Orsini, manteniendo sus designios de venganza contra César, levaban numerosas tropas en Perugia y sus alrededores para atacarlo dentro de Roma, y como temían que Francia, bajo cuyas banderas militaban, protegiera al duque —a fin de procurarse los doce votos con los que contaban para elegir en el próximo cónclave al cardenal de Amboise— se pasaron a las banderas españolas.

Al mismo tiempo, César firmó un nuevo tratado con Luis XII por el cual se comprometía a apoyarlo en su conquista de Nápoles con todas sus tropas, e incluso con su persona, tan pronto como pudiera volver a montar a caballo; por su parte, Luis XII le garantizaba la posesión de los estados que tenía aún en su poder y le prometía su ayuda para recuperar los que había perdido.

El día en que se conoció este tratado, Gonzalo de Córdoba hizo pregonar en las calles de Roma que todo súbdito del rey de España que sirviese en un ejército extranjero debía romper su compromiso so pena de ser juzgado culpable de alta traición.

Esta medida le arrebató al duque de Valentinois diez o doce de sus mejores oficiales y casi trescientos soldados.

Al ver los Orsini que su ejército estaba tan reducido entraron en Roma protegidos

por el embajador de España y emplazaron a César ante el papa y el Sacro Colegio para que rindiera cuenta de sus crímenes.

Fiel a sus compromisos, Pío III respondió que en su calidad de príncipe soberano, el duque de Valentinois, por su administración temporal, dependía de sí mismo y sólo a Dios debía dar cuenta de sus acciones.

No obstante, como el pontífice veía que, a pesar de su buena voluntad, no podría proteger durante mucho más tiempo al duque de Valentinois contra sus enemigos, le aconsejó que intentara unirse al ejército francés, que seguía su marcha hacia Nápoles y en cuyo seno únicamente estaría seguro.

César resolvió retirarse a Bracciano, donde Giovanni Giordano Orsini, que en otro tiempo lo había acompañado a Francia y era el único de la familia que hasta entonces no se había declarado contra él, le ofrecía asilo en nombre del cardenal de Amboise; así que dio orden a sus tropas de ponerse en camino hacia aquella ciudad y salió de Roma protegido por ellas.

A pesar de haber mantenido su intención en secreto, la noticia había llegado a los Orsini y desde la víspera habían hecho salir a todas sus tropas por la puerta de San Pancracio; de modo que, dando un gran rodeo, le cortaron el camino al duque de Valentinois. Así que, al llegar a Storta, el duque se encontró con el ejército de los Orsini formado en batalla esperándole; un ejército que era casi el doble del suyo.

César tuvo que reconocer que entablar combate en su estado de debilidad sería su perdición. Ordenó a sus tropas que se retiraran y, como era un excelente estratega, escalonó tan hábilmente su retirada que sus enemigos lo siguieron sin atreverse a atacarlo y entró en la ciudad pontificia sin haber perdido un solo hombre.

Esta vez César fue directo al Vaticano para ponerse más directamente bajo la protección del papa y distribuyó a sus soldados en torno al palacio pontifical a fin de vigilar todas las salidas. En efecto, los Orsini, decididos a acabar con César, habían resuelto atacarlo dondequiera que estuviese y sin respeto por la santidad del lugar: fue lo que intentaron, pero sin éxito, porque las tropas de César estuvieron muy alerta y se defendieron muy bien.

Entonces los Orsini, que no habían podido vencer la resistencia que ofrecía el puesto del castillo de Sant'Angelo, esperaban poder sacarle ventaja al duque saliendo de Roma y volviendo a atacarlo por la puerta de Torione; pero César había previsto este movimiento y encontraron la puerta con barricadas y vigilada. No cesaron en su empeño y procuraron llevar a cabo por la fuerza la venganza que no habían podido obtener por la astucia. Sorprendieron a los guardias de la puerta y prendieron fuego; cuando la brecha se abrió, penetraron en los jardines del castillo, donde hallaron a César esperándolos al frente de su caballería.

Frente al peligro, el duque había recobrado todas sus fuerzas, así que se lanzó el primero contra sus enemigos llamando a Orsini a gritos para acabar con él si lo encontraba; pero éste no lo oyó o no se atrevió a batirse con él. De modo que, tras una encarnizada lucha, César, cuya fuerza numérica era dos tercios menor que la de

su enemigo, vio a su caballería despedazada, y, después de haber hecho prodigios de fuerza y de valor, se vio obligado a regresar al Vaticano.

Allí encontró al papa agonizando: hartos de luchar contra el compromiso de aquel anciano con el duque de Valentinois, los Orsini, por medio de Pandolfo Petrucci, habían conseguido que el cirujano del papa le aplicara un emplastro envenenado en una herida que tenía en la pierna.

El papa estaba moribundo cuando César, cubierto de polvo y sangre, entró en su aposento perseguido por sus enemigos, que se habían detenido en los muros del mismo palacio, detrás de los cuales los sostenían todavía los restos de su ejército.

Pío III, notando que iba a morir, se incorporó en la cama y entregó a César la llave del pasadizo que conducía al castillo de Sant'Angelo, y una orden para el gobernador de recibirlo, a él y a su familia, defenderlos a toda costa y dejarlo salir cuando quisiese. Luego cayó desmayado en su lecho.

César asió de la mano a sus dos hijas, y seguido de los duques de Sermoneta y de Nepi, se refugió en el último asilo que le quedaba.

Aquella misma noche el papa falleció. Había reinado sólo veintiséis días.

Hacia las dos de la madrugada, César, que se había acostado vestido en su lecho, oyó que la puerta de su aposento se abría. Ignorando quién podía a esas horas presentarse allí, se incorporó empuñando su espada; pero al primer vistazo reconoció al visitante nocturno: era Julián della Rovere.

Carcomido por el veneno, abandonado por sus tropas y despojado de su poder, César, que nada podía en su propio favor, tenía aún influencia para hacer nombrar un papa: Julián della Rovere iba a comprarle el voto de sus doce cardenales.

César le presentó sus condiciones, que fueron aceptadas.

Una vez elegido, Julián della Rovere lo ayudaría a recuperar sus Estados de la Romaña; el duque seguiría siendo general de la Iglesia y Francisco María della Rovere, prefecto de Roma, se casaría con una de las hijas de César.

El duque le vendió sus doce cardenales a Julián bajo estas condiciones.

Al día siguiente, a petición de Julián, el Sacro Colegio ordenó a los Orsini que se alejaran de Roma durante el tiempo que durara el cónclave.



El 31 de octubre de 1503, al primer escrutinio, Julián della Rovere fue elegido papa con el nombre de Julio II.

Apenas instalado en el Vaticano, lo primero que hizo fue llamar a César y devolverle su antigua vivienda; como el duque estaba en plena convalecencia, empezó a ocuparse de restablecer sus negocios, que habían empeorado desde hacía algún tiempo.

La derrota de su ejército y su entrada en el castillo Sant'Angelo, donde lo creían

prisionero, habían producido grandes vicisitudes en la Romaña. Cesena volvía a estar en poder de la Iglesia, de la cual había dependido en otro tiempo; Giovanni Sforza había vuelto a Pesaro; Ordelfi se había apoderado de Forlì; Malatesta reclamaba Rímini; los habitantes de Imola habían asesinado a su gobernador y la ciudad estaba dividida en dos partidos: uno quería someterse al poder de los Riarii, el otro quería entregarse a la Iglesia; Faenza era la que más tiempo había conservado su fidelidad, pero perdida ya su esperanza de ver a César recobrar el poder, había llamado a Francisco, hijo natural de Galeotto Manfredi, solo y último heredero de esta desdichada familia, cuyos legítimos descendientes habían sido asesinados por los Borgia.

Debe recordarse que las fortalezas de estas diferentes poblaciones no habían participado de las revoluciones y continuaron invariablemente fieles al duque de Valentinois.

Así pues, lo que inquietaba a César y a Julio II no era precisamente la defección de esas ciudades, que gracias a sus fortalezas podían ser conquistadas, sino las miras que sobre ellas tenía Venecia.

En efecto, en la primavera del mismo año, Venecia había firmado un tratado de paz con los turcos, de modo que, libre de su mayor enemigo, había reconducido sus fuerzas hacia la Romaña, que siempre había sido objeto de su codicia; las tropas habían sido encaminadas hacia Ravena, última plaza de sus Estados, bajo las órdenes de Giacomo Venieri, quien no había podido tomar Cesena por sorpresa y había fracasado únicamente por la valentía de sus habitantes. Pero aquella derrota había sido compensada con la rendición de las fortalezas del Valle de Lamone y de Faenza, con la toma de Forlìmpopoli, y con la rendición de Rímini, que Pandolfo Malatesta—su dueño— cambió por el señorío de Cittadella, en el Estado de Padua, y por el título de gentilhombre veneciano.

Entonces César le hizo una propuesta a Julio II: hacer donación momentánea a la Iglesia de sus Estados de Romaña a fin de que el respeto que los venecianos guardaban por la jurisdicción pontificia salvara a aquellas ciudades de sus empresas; pero —según Guicciardini— Julio II, en quien la ambición, tan natural en los soberanos, todavía no había sofocado los restos de probidad, rechazó la donación por miedo a exponerse a la tentación de retenerlas más tarde contra sus promesas.

No obstante, como las circunstancias eran urgentes, le propuso a César que se fuese de Roma para embarcarse hacia Ostia y llegara por mar hasta La Spezia, donde lo recibiría Michelotto al frente de cien soldados y cien caballos ligeros, los únicos restos de su magnífico ejército, y desde allí, dirigirse de Ferrara a Imola, donde, una vez llegado, podría lanzar el grito de guerra que se oiría en toda la Romaña.

Como este consejo secundaba los planes de César, éste no vaciló en aceptar al instante.

Sometida su resolución al juicio del Sacro Colegio, fue aprobada y César partió hacia Ostia acompañado de Bartolomeo della Rovere, sobrino de su santidad.

César creía que por fin era libre y ya se veía montado en su caballo de batalla llevando por segunda vez la guerra por todos aquellos lugares por donde ya había combatido, cuando al llegar a Ostia tropezó con los cardenales de Sorrento y Volterra, que venían, en nombre de Julio II, a pedirle que entregara estas mismas ciudadelas que tres días antes el papa había rechazado. En aquel intervalo, el pontífice se había enterado de que los venecianos habían realizado nuevas invasiones y había reconocido que el medio propuesto por César era lo único que podía detenerlos.

Pero esta vez fue César el que se negó, inquieto por aquellas tergiversaciones y temeroso de que ocultasen alguna trampa. Declaró que la cesión que el papa le pedía era del todo inútil porque, con la ayuda de Dios, antes de ocho días llegaría a Romaña. Los cardenales de Sorrento y Volterra volvieron a Roma con la denegación.

A la mañana siguiente, en el momento de subir César en la galera donde iba a embarcarse, fue detenido en nombre de Julio II.

Al principio César creyó que había llegado su fin: estaba acostumbrado a esos modos de obrar y conocía la corta distancia que había entre la prisión y la tumba; la cuestión era aún más sencilla en cuanto a él, ya que si el papa hubiese querido no le hubiesen faltado pretextos para instruir un proceso en su contra. Pero el corazón de Julio era de otro temple que el suyo, muy dado a encolerizarse, pero abierto a la clemencia, de suerte que cuando el duque de Valentinois entró en Roma, conducido por sus guardias, la irritación momentánea que su denegación le había causado a Julio II ya se había calmado y fue recibido por el pontífice con su proverbial cortesía y sus modales habituales, aunque desde ese mismo momento comprendió que lo vigilaban constantemente.

En compensación por tan buena acogida César consintió cederle al papa la fortaleza de Cesena, ya que era una ciudad que, habiendo pertenecido a la Iglesia, volvía a la Iglesia, y entregando el acta firmada por él a uno de sus capitanes, llamado Pedro de Oviedo, le ordenó que marchase a tomar posesión de aquella fortaleza en nombre de la Santa Sede. Pedro de Oviedo obedeció y partió al punto hacia Cesena, donde se presentó —acta en mano— ante don Diego Quiñones, noble condotiero español, que poseía la fortaleza en nombre del duque de Valentinois. Pero, tras leer el documento que Pedro de Oviedo le entregó, don Diego respondió que sabía que su señor estaba preso, que sería infame obedecer una orden arrancada sin duda por la violencia, y que el portador merecía la muerte por haberse encargado de tan vil misión. Por consiguiente, ordenó a sus soldados que lo apresaran y lo arrojaran desde lo alto de las murallas; lo cual fue ejecutado al instante.

Aquella muestra de fidelidad fue fatal para César: al enterarse del trato que había recibido su mensajero, el pontífice montó en cólera y César vio peligrar su existencia por segunda vez; de modo que, para comprar de nuevo su libertad, hizo nuevas proposiciones a Julio II, que fueron redactadas en forma de tratado y validadas por una bula. Por este convenio, el duque de Valentinois se comprometía a entregar en manos de su santidad, en el plazo de cuarenta días, las fortalezas de Cesena y de



Bertinoro, y de dar el refrendo de la de Forlì: todo ello con la garantía de dos banqueros de Roma, que debían responder con una suma de quince mil ducados, importe de los gastos que el gobernador pretendía haber tenido en esta última fortaleza por cuenta del duque.

El papa debía por su parte obligarse a conducir a César a Ostia con la única compañía de la guardia del cardenal de Santa Croce y dos oficiales que lo dejarían en libertad tras haber cumplido sus condiciones; en caso contrario, César sería reconducido a Roma y constituido prisionero en el castillo de Sant'Angelo.

Para la ejecución del tratado, César bajó el Tíber hasta Ostia acompañado del tesorero del papa y muchos de sus criados. El cardenal de Santa Croce partió después de él y se reunieron el mismo día.

Pero como César temía que, tras la entrega de sus fortalezas, Julio II, faltando a su palabra, lo retuviese prisionero, hizo pedir por medio de los cardenales Borgia y Remolino —quienes, no creyéndose seguros en Roma, se habían retirado a Nápoles— un salvoconducto a Gonzalo de Córdoba y dos galeras para juntarse con él. El salvoconducto llegó con el siguiente correo anunciando que las galeras estaban de camino.

Entre tanto, como el cardenal de Santa Croce supo que, por orden del duque, los gobernadores de Cesena y de Bertinoro habían entregado sus fortalezas a los capitanes de su santidad, trató con menos rigor a su prisionero y, como sabía que un día u otro debía devolverle la libertad, empezó a dejarlo salir sin vigilancia. Entonces, temiendo César que lo apresaran por segunda vez al embarcarse en las galeras de Gonzalo, como había sucedido en las del pontífice, se escondió en una casa de las afueras de la ciudad; y, cuando llegó la noche, montado en un mal caballo de campesino, huyó a Nettuno, donde, tras alquilar una pequeña barca, se embarcó hacia Monte Dragone y de allí llegó a Nápoles. Gonzalo lo recibió con una alegría tan grande que César se creyó al fin salvado. La confianza aumentó cuando el duque le manifestó a Gonzalo sus propósitos —que consistían en irse a Pisa y de allí pasar a la Romaña— y éste le permitió reclutar en Nápoles tantos soldados como necesitase, prometiéndole dos galeras para embarcarse con ellos.

Engañado César con tamañas demostraciones, se detuvo casi seis semanas en Nápoles, donde visitaba cada día al gobernador español y le comunicaba sus proyectos y planes. Pero Gonzalo sólo lo había retenido para tener tiempo de avisar al rey de España de que su enemigo estaba en sus manos; de modo que, llegado el momento de su partida y habiendo hecho embarcar las tropas en las dos galeras, César se dirigió al castillo para despedirse de Gonzalo. El gobernador lo recibió con su habitual cortesía, le deseó todo tipo de bonanzas y lo abrazó antes de dejarlo; pero, a las puertas del castillo, César tropezó con uno de los capitanes de Gonzalo, llamado Nuño Campejo, que lo detuvo diciéndole que quedaba prisionero en nombre de Fernando el Católico. A estas palabras dio César un profundo suspiro y maldijo la fortuna que lo había inducido a confiar en la palabra de un enemigo, cuando tantas

veces había faltado él a la suya.

Inmediatamente fue conducido al castillo, cuya puerta vio cerrarse sin que le quedase una esperanza de que alguien acudiese en su ayuda, porque el único protector que le quedaba en el mundo era Michelotto y sabía que éste había sido detenido en Pisa por orden de Julio II.

Mientras llevaban a César al calabozo, un oficial fue a buscar el salvoconducto que le había dado Gonzalo.

Al día siguiente de su arresto, que había tenido lugar el 27 de mayo de 1504, César fue conducido a bordo de una galera que rápidamente levó anclas y se hizo a la vela para España. Durante la travesía no tuvo más compañía que un paje para servirlo y, luego de su desembarco, fue llevado al castillo de Medina del Campo.

Diez años más tarde, estando Gonzalo a su vez proscrito, le confesó a Loxa en su lecho de muerte que, en el momento de mostrarse ante Dios, dos actos le pesaban cruelmente en la conciencia: uno era su traición hacia Fernando y el otro el haber faltado a la palabra dada a César.



Dos años estuvo el duque en prisión, siempre con la esperanza de que Luis XII lo reclamara como par del reino de Francia; pero Luis XII estaba consternado por la pérdida de la batalla de Garigliano, que lo desposeía del reino de Nápoles, y sus propios asuntos no le permitían ocuparse de los de su primo. El prisionero empezaba a desesperarse, cuando un día encontró en el pan del almuerzo una lima, un frasco con un licor narcótico y una carta de Michelotto en que le anunciaba que había salido de la prisión, que había abandonado Italia para seguirlo en España y estaba escondido con el conde de Benevento en la aldea vecina; que desde el día siguiente lo aguardarían —el conde y él— todas las noches en el camino del fuerte con tres excelentes caballos. Dependía, pues, de César sacar el mejor partido posible de la lima y el frasco. Cuando el mundo entero había abandonado al duque de Romaña, un esbirro se acordaba de él.

La prisión donde había estado encerrado por espacio de dos años le pesaba en demasía a César como para que perdiera un solo momento; así que aquel mismo día rompió un barrote de su ventana, que daba a un patio interior, y lo dejó en tal estado que no le costó mucho arrancarlo. Pero la elevación de la ventana era de unos setenta pies y no se podía salir del patio más que por una puerta reservada al gobernador, cuya llave tenía éste siempre consigo y no la dejaba nunca; de día la llevaba colgada de su cintura y de noche la ponía en su cabecera: ahí residía el mayor obstáculo.

Sin embargo, aunque prisionero, César había sido tratado siempre con todas las consideraciones debidas a su nombre y rango. Todos los días, a la hora de la comida, iban a buscarlo al aposento que le servía de cárcel para conducirlo a la casa del

gobernador, que le hacía comer en su mesa como un noble y cortés caballero. Cierto es que don Manuel era un antiguo capitán que había servido con honor al rey Fernando y, aunque mantuviera las órdenes que había recibido de vigilar a César, tenía mucho respeto por tan bravo general, y escuchaba con gran placer el relato de sus batallas. Muchas veces había insistido en que César no sólo cenara sino que almorzara también con él; pero, afortunadamente, el prisionero, tal vez por presentimiento, había rechazado hasta el momento la invitación, puesto que aceptarla le hubiese privado de recibir los instrumentos de evasión que Michelotto le había enviado.

El mismo día que los recibió, al volver a su aposento el prisionero dio un paso en falso y se torció el pie. A la hora de la cena intentó bajar pero, pretextando un fuerte dolor, finalmente renunció. Entonces el gobernador pasó a visitarlo y lo encontró acostado.

Al día siguiente, César no se encontraba mejor, así que el gobernador hizo que le sirvieran la cena y fue de nuevo a visitarlo. Halló al prisionero tan triste y aburrido por su soledad que le ofreció compartir la cena con él, a lo que César consintió agradecido.

Esta vez era el prisionero quien hacía los honores a su huésped, y se mostró tan encantadoramente cortés que el gobernador, para quien el honor tenía todavía algún mérito, quiso aprovechar la confianza que le manifestaba el duque para hacerle algunas preguntas sobre el modo en que había sido detenido. Le preguntó en viejo castellano la verdad sobre la infidelidad de Gonzalo y Fernando para con él. César se mostró enteramente dispuesto a explayarse en la confidencia, pero le hizo señal de que los criados estaban de más. Esta precaución le pareció tan natural al gobernador que no se molestó ni titubeó en pedirles que saliesen para quedarse a solas con su comensal. Cerrada la puerta, César llenó su vaso y el del gobernador y propuso brindar a la salud del rey. El gobernador lo secundó. El duque empezó su narración, pero no había llegado aún a la tercera parte cuando, como por arte de magia, los ojos de su huésped se cerraron y se dejó caer sobre la mesa profundamente dormido.

A la media hora, como no oían ningún ruido, los criados entraron y hallaron a los dos comensales uno encima y otro debajo de la mesa. Al no tratarse de algo extraordinario como para darle mucha importancia, se contentaron con llevar a don Manuel a su aposento y a César a su cama; cerraron la puerta con sumo cuidado y dejaron al prisionero a solas. César permaneció un momento inmóvil y sumido aparentemente en un profundo sueño, pero al oír ya lejanos los pasos de los criados, levantó despacio la cabeza, abrió los ojos, salió de la cama, caminó lentamente hacia la puerta —sin resentirse del incidente ocurrido la víspera— y se quedó unos minutos con la oreja apoyada en la cerradura. Entonces levantó la cabeza con un ademán de indefinible audacia, se enjugó la frente con la mano y, por primera vez desde la salida de los guardias, respiró profundamente y con libertad.

No había tiempo que perder, sus primeras precauciones fueron cerrar la puerta por

dentro como estaba por fuera, apagar la lumbre, abrir la ventana y acabar de serrar el barrote. Hecho esto, se desató los vendajes que le apretaban la pierna, arrancó las cortinas de la ventana y las sábanas de la cama y las rasgó en tiras junto con el mantel y las toallas. Formó con todo ello una cuerda de sesenta pies de largo, le hizo nudos y la fijó con solidez por uno de los extremos al barrote contiguo al que acababa de cortar. Entonces empezó la parte más peligrosa de la operación: se aferró de pies y manos a aquella inestable cuerda. Afortunadamente, César era tan fuerte como hábil, así que recorrió toda la cuerda sin problemas, pero al llegar al extremo, colgado del último nudo, buscó en vano el suelo bajo sus pies: la cuerda era demasiado corta.

La situación era terrible. La oscuridad de la noche no le permitía distinguir la distancia que le separaba del suelo y el cansancio no lo dejaba subir. César rezó una breve oración, pero sólo él podía saber si oraba a Dios o a Satán. Entonces soltó la cuerda y cayó desde una altura de entre doce y quince pies.

El peligro era demasiado grande como para que el fugitivo se preocupase por las ligeras contusiones que se había hecho al caer; así que se levantó al instante, y, orientándose por la dirección de su ventana, se dirigió directamente a la puerta de salida. Una vez allí, se metió la mano en el bolsillo y sintió un sudor frío recorrerle la frente: ya no tenía la llave. Tal vez la había olvidado en su aposento o la había perdido en la caída.

Hizo memoria y descartó por completo la primera posibilidad, ya que lo más probable era que se le hubiese caído. Volvió a atravesar el patio intentado ver dónde se le podía haber caído, reconociendo el muro de un aljibe sobre el cual había puesto la mano al levantarse. Pero el objeto perdido era tan pequeño y la noche tan oscura que, por mucho empeño que pusiese, su búsqueda no dio resultado. Aquella llave era su último recurso. De repente una puerta se abrió y apareció la ronda de noche precedida por dos antorchas. César creyó por un momento que estaba perdido, pero se acordó del aljibe y sin pensarlo se metió dentro dejando sólo la cabeza fuera para seguir, con toda la ansiedad de la situación, los movimientos de los soldados. Estos pasaron a pocos metros de él, atravesaron el patio y desaparecieron por una puerta del otro lado. Aunque su aparición fue corta, había bastado para iluminar el suelo y César había visto brillar la llave que tanto buscaba, así que, apenas se cerró la puerta por donde habían salido los soldados, se vio dueño de su libertad.

A medio camino del castillo a la aldea le esperaban dos caballeros y un caballo: el conde de Benevento y Michelotto.

César montó en el caballo que no tenía dueño y estrechó la mano del conde y la del esbirro. Los tres se dirigieron hacia la frontera de Navarra, donde llegaron a los tres días de marcha y fueron muy bien recibidos por el rey Juan de Albret, su cuñado.

El plan que César tenía era pasar de Navarra a Francia, y desde allí, con el auxilio del rey Luis XII, hacer alguna tentativa contra Italia. Pero durante su cautiverio en el castillo de Medina del Campo, Luis XII había firmado la paz con el rey de España, de modo que, cuando se enteró de su huida, en lugar de protegerlo como César podía

esperar siendo el rey su pariente por alianza, lo despojó del ducado de Valentinois y le quitó su pensión. Pero César aún contaba con unos doscientos mil ducados de los banqueros de Génova, así que les escribió para que le enviaran dicha suma y pudiera llevar algunas tropas en España y Navarra y hacer una tentativa sobre Pisa: quinientos hombres, doscientos mil ducados, su nombre y su espada eran más que suficientes para no perder toda la esperanza.

Los banqueros negaron el depósito.

César se halló a la merced de su cuñado.

Uno de los vasallos del rey de Navarra, el príncipe Alarino, acababa de sublevarse. César tomó el mando del ejército que Juan de Albret envió contra él, seguido de Michelotto, siempre fiel en su próspera como en su adversa fortuna. Gracias al coraje de César y a las sabias disposiciones que puso en práctica, el príncipe Alarino fue derrotado en el primer encuentro; pero, dos días después de aquella derrota, habiendo el príncipe reunido a su ejército, presentó un combate a las tres de la tarde y César aceptó.

Por espacio de tres o cuatro horas se batieron de una y otra parte con encarnizamiento. Pero al final, como el día empezaba a decaer, César quiso decidir la batalla cargando él mismo al frente de un centenar de hombres sobre un cuerpo de caballería que era la fuerza principal de su adversario. Pero, para gran sorpresa del duque, al primer enfrentamiento, la caballería reculó y huyó en dirección a un pequeño bosque donde parecía buscar refugio. Entonces César los persiguió pisándoles los talones hasta la linde del bosque, cuando, de repente, dieron media vuelta y cuatrocientos arqueros salieron del bosque para ayudarlos. Al ver que habían caído en una emboscada, los compañeros de César se dieron a la fuga y abandonaron vilmente a su jefe.

Aun habiéndose quedado solo, César no quiso retroceder ni un paso; tal vez estaba ya harto de la vida, y su heroísmo provenía más bien del hastío que del coraje. Sea como fuere, se defendió como un león; pero su caballo, acribillado de flechas y tiros de ballesta, se derrumbó y le aplastó la pierna. Enseguida sus adversarios se le echaron encima y, al no llevar coraza, uno de ellos le atravesó el pecho con una pica de hierro delgada y afilada. César blasfemó contra el cielo y murió.

Entretanto el resto del ejército había sido derrotado gracias al coraje de Michelotto, que había combatido como un valiente condotiero. Pero al volver de noche al campo supo que los fugitivos habían abandonado a César y que éste aún no había aparecido. Como estaba seguro de que, a pesar del coraje que su jefe tenía y que él conocía tan bien, le había sucedido algo, quiso darle una última prueba de amistad no abandonando su cuerpo a los lobos y a los pájaros carroñeros. Alumbrado por antorchas y acompañado por una docena de soldados que habían perseguido la caballería hasta el bosque con César, fue en busca de su jefe. Llegados al lugar indicado vieron a cinco hombres tendidos en el suelo, uno al lado de otro; cuatro de ellos iban vestidos, pero el quinto, al que le habían quitado la ropa, estaba totalmente

desnudo.

Michelotto se apeó de su caballo, le levantó la cabeza y la apoyó en su rodilla; así fue cómo, a la luz de las antorchas, reconoció a César.

De este modo cayó, el 10 de marzo de 1507, en un campo de batalla cualquiera, cerca de una aldea desconocida que lleva el nombre de Viana, víctima de una nefasta escaramuza con el vasallo de un reyezuelo, aquél a quien Maquiavelo presentó a los príncipes como un modelo de habilidad, política y valor.

En cuanto a Lucrecia, la hermosa duquesa de Ferrara, murió colmada de los más altos honores, adorada por sus súbditos como una reina y alabada como una diosa por Ariosto y por Bembo.



ALEXANDRE DUMAS (Villers-Cotterêts, Francia, 24 de julio de 1802 - Puys, cerca de Dieppe, Francia, 5 de diciembre de 1870), conocido en los países hispanohablantes como Alejandro Dumas, fue un novelista y dramaturgo francés. Hijo del general francés Thomas Alexandre Davy de la Pailleterie, mejor conocido como Thomas-Alexandre Dumas, y de Marie-Louise Elisabeth Labouret. El general muere de cáncer a los 43 años, cuando Alexandre Dumas tenía cuatro años de edad. Una investigación reciente del escritor y periodista neoyorquino Tom Reiss sobre la vida de Alejandro Dumas, compilada en su libro *El Conde Negro*, revela que las experiencias vividas por el padre de Dumas, el general Thomas Alexandre Dumas, fueron las que inspiraron buena parte de *El Conde de Montecristo* y de *Los Tres Mosqueteros*.

Dada la exigua pensión de que disponía su madre, Dumas recibió una escasa educación escolar. Con unos estudios deficientes empezó a trabajar como mensajero, vendedor de tabaco y como pasante de un notario. Dumas tenía un carácter indómito y soñador, dedicaba su tiempo a la caza y al cortejo de las muchachas de su edad. En 1822 realizó su primer viaje a París, financiado con el producto de la caza. Quedó fascinado por la ciudad y el teatro. Por ello, unos meses después decidió volver con algunas cartas de recomendación para los antiguos amigos de su padre. En 1823 se instala en París y entra al servicio del Duque de Orléans como escribiente, gracias a su perfecta caligrafía y a la recomendación del General Foy. Continúa escribiendo y completando su formación de manera autodidacta. En 1825 se estrena su primer *vaudeville*, *La caza y el amor* y en 1826 publica su primera novela en prosa, *Blanca de Beaulieu*.

Repartía el tiempo entre el trabajo, el estudio y el amor, que en 1824 lo sorprendió con un hijo, Alejandro Dumas hijo, fruto de su romance con la costurera Marie-Catherine Lebay. El 5 de marzo de 1831 vino al mundo Marie-Alexandrine, fruto de su relación con la actriz Belle Krebsamer, quien lo obligó a reconocer a la recién nacida, así como a su primogénito. En 1832 Dumas realizó su primer viaje al extranjero (Suiza). Siguió Italia (1835), Bélgica y Alemania (1838). Así inició su producción de diarios de viajes. También en 1838 sufrió la pérdida de su madre, a quien siempre dedicó sus mayores cuidados. En 1840 se casa con la actriz Ida Ferrer. Aunque no duró mucho el matrimonio, continuó ligado a ella debido a asuntos legales y económicos.

Es un autor prolífico (tragedias, dramas, melodramas, aventuras...) aunque, para atender a la creciente demanda del público, tuvo que recurrir a la ayuda, notoria, de «colaboradores» entre los que destacó Auguste Maquet (1839-1851) que intervino en varias de sus novelas, entre ellas *Los tres mosqueteros* y *El Conde de Montecristo* (1844). Amasó una considerable fortuna que dilapidó con prodigalidad en fiestas y cenas.

En 1870 Dumas se refugia en la casa de campo de su hijo en Puys, imposibilitado de regresar a la capital por la guerra con Prusia y su estado de salud. Muere de un ataque al corazón el 5 de diciembre, el mismo día en que los prusianos entraban en el pueblo.

Publicó aproximadamente 300 obras y numerosos artículos, convirtiéndose en uno de los autores más prolíficos y populares de Francia. Sus novelas van desde la aventura a la fantasía, pasando por la historia y el terror.



# Notas

[1] Burchard o Burckhard, Johannes (1445-1506), autor del *Diario de la curia romana*, que redactó entre 1484 y su muerte. <<

[2] El veneno de los Borgia, dicen los autores contemporáneos, era de dos tipos: en polvo y líquido. El veneno en polvo era una especie de harina blanca casi impalpable, de un sabor azucarado, llamado *cantarelle*. Se ignora su composición. En cuanto al veneno líquido, se preparaba —según dicen— de un modo bastante extraño como para pasarlo en silencio. Citaremos lo que hemos leído, sin añadir nada, a fin de que la ciencia no pueda desmentirlo. «Se administraba a un jabalí una fuerte dosis de arsénico y, cuando el veneno empezaba a actuar, se colgaba al animal por las patas; empezaban las convulsiones y el jabalí escupía una baba mortal que se recogía en una bandeja de plata y se colocaba en un frasco herméticamente cerrado: era el veneno líquido». <<